

U.A.N.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

17

OROZCO

LA
GUERRA
DE 30 AÑOS

2

PQ7297

.076

G8

v. 2

R. C.



1080013880



LA GUERRA

DE 30 AÑOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA
GUERRA DE 30 AÑOS.

POR
FERNANDO OROZCO.

TOMO II.

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MEXICO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA DE VICENTE GARCÍA TORRES,
á cargo de Luis Vidaurri.

1930.

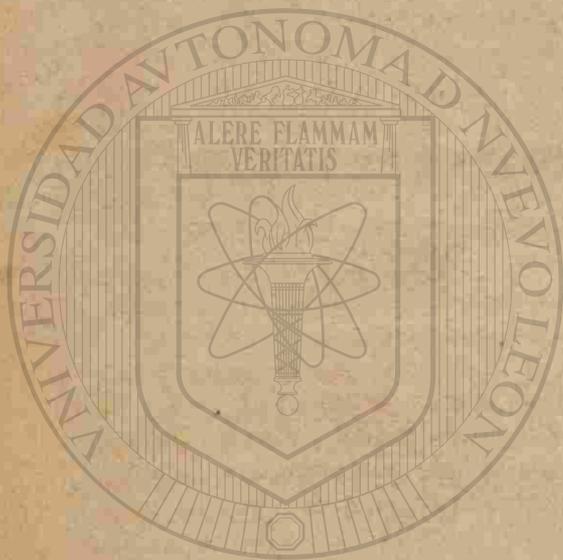
FORO HISTÓRICO
CARGO GOBIERNO

PA7297

076

G8

v.2



FONDO HISTÓRICO
R. CARDO COVARRUBIAS

156186

LA GUERRA DE 30 AÑOS.

XVII.

LAS DOS ROSAS.

1.837.—Abril, Mayo y Junio.

Una rosa y una chica de quince años, son dos cosas bien semejantes: la belleza, la frescura, hasta el aroma y las espinas son rasgos de semejanza que las igualan.

Con poca diferencia en tiempo, quiero reunir hasta donde sea posible dos pasajes que forman bello contraste, una antítesis como diría un retórico.

Rosa la rubia es una jovencita de apenas trece años; delicada como un ángel, su cintura podría abarcarse con una mano, y es tan esbelta, que teme uno se quiebre abrazándola con entusiasmo: sus ojos garzos brillan como luciendo al través de una capa cristalina; sus cabellos blondos caen en madejas ondu-

lantes sobre su cuello de alabastro; y en sus mejillas y su frente luce la aurora con sus medias tintas suaves. Es una miniatura caprichosa en el perfil y el colorido, en la espresion y el relieve de las formas.

Si se rie fascina, si manda domina; si ruega encanta, si se enoja intimida. Sus ojos despiden luz, y su boca provoca á besarla.

Fué criada entre dos viejos, cristianos á toda prueba, ridículos, y mas que ridículos hipócritas. Rosa naturalmente altiva y caprichosa se emancipó desde bien temprano, pues tanto sugetaron su alma y su imaginación, que acabó por rebelarse.

En vez de novenas leía novelas; la conducian á la iglesia y ella iba pensando en el teatro; la tenían encerrada y ella tenía su mundo en su imaginación.

A Rosa la conocí cuando aun tenía diez años. Entré en su casa por milagro; me admitieron por milagro, y llegué á familiarizarme con ella por milagro.

Nuestros caracteres eran semejantes; independencia y reforma: pronto debiamos simpatizar, y mas si yo le ayudaba á conseguir ciertas licencias de los papás, y á predicar indirectamente la necesidad de sacar á las niñas de su encierro, para enseñarles siquiera los usos de la sociedad, las fórmulas mas comunes de la etiqueta.

Rosa era una niña, y yo no era un viejo; conversabamos y jugabamos; nos haciamos nuestros cariños fraternales, y todo andaba á las mil maravillas.

Rosa la morena tenía quince años floridos. Dos ojos negros que despedian brasas, se saltaban de las órbitas cuando miraba con interes: sus labios abultados dejaban entrever sonriendose dos hileras de dientes de marfil, su pelo negro como la pluma del cisne, y levantado frecuentemente sobre dos orejas finísimas, le daba á su semblante la espresion mas altiva y resuelta.

Muger de aquellas que tienen sobre el labio un sombrío azulado, y delante de las orejas dos madejitas de vello fino y sedoso, que revelan un temperamento tropical.

Esta no era Rosa cultivada en maceta de china ni dentro de un jardín de corte. Era una flor silvestre, con su aroma fuerte, sus colores subidos, su fisonomía original y marcada.

No hacia sino cuatro meses que habia llegado á Búrgos de las posesiones de su padre, donde habia crecido. En Búrgos habia aprendido el arte del tocador y de la cortesía, no de la cortesanía.

Su lenguaje franco, sus modales llanos, su sinceridad imprudente; todos los defectos y las cualidades de un corazón generoso y ardiente, desarrollado sin dirección ni freno, los conservaba para dar mayores encantos á su hermosura virginal.

La muger y la gata de quien la trata.

Yo visitaba familiar y frecuentemente á las primas á cuya casa fué á alojarse. Todas tenían novio ménos ella; y ella lo necesitaba mas que todas.

—Rosa, tiene vd. los mas lindos ojos que he visto.

—Todos me dicen que es lo mejor que tengo.
—No es cierto; detras de esos ojos hay algo mejor.

—¿Qué cosa?—me preguntó cándidamente.

—El corazon.

—Un corazon de paya.....

—Puro como el aire que se respira en el campo.

—A lo ménos lo encuentre libre de muchas cosas que he venido á saber aquí, en Búrgos.

—¿Y no está vd. enamorada?

—Quien me querria tan llana y tan claridosa como soy.

No me atreví todavía á decirle—yo. Quince dias de conocimiento no eran bastantes aunque yo percibiera que sus ojos apelaban á mí, para desmentir á sus primas que la tenian por incapaz de hacer una conquista.

Por otra parte Serafina era mi ángel malo, mi obstáculo, mi desesperacion. Quería olvidarla, y me era imposible; un remordimiento tenaz me punzaba tan pronto como un pensamiento me acercaba á otra muger.

Pero Rosa la morena tenia unos ojos divinos, la veia diariamente, y me regalaba dulces y flores, ménos fragantes, ménos sabrosos que una de sus miradas de sirena.

No tocaba, ni cantaba, ni bailaba; no tenia ninguna de las gracias de la civilizacion: no sabia sino reir con franqueza, dejar percibir sus deseos con el

mayor candor, hacer unos gestos adorables, unas muecas graciosísimas cuando se enfadaba.

Era indispensable amarla, ó enamorarla siquiera.

—Está vd. triste Rosa—le dije un dia mirandola pensativa.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por nada.

—¿En quién piensa vd.?

—En nadie.

—Imposible.

—Pues bien, en alguno. ¿Que le importa á vd.?

—Si fuera en mí.

—Vaya unas chanzas!....

—Que si fueran veras?.....

—Vd!.... que dicen mis primas que es un pícaro.

—¿Pícaro!....

—Es decir galanteador.

—Eso es otra cosa. Pero no es un obstáculo—

—Pero una pobre paya que no sabe los usos de aquí, y teme que todo el mundo la engañe....

En este mismo momento, entró otra de las muchachas, interrumpiendo un diálogo que no se donde iria á parar. Casi me alegré porque comenzaba á sentir las punzadas de la infidelidad.

Hoy una palabra, mañana una mirada, luego un accidente; así nos fuimos enamorando y entendiendo sin haberle yo dicho, ni ella tampoco, una palabra de espresa declaracion. Pero no era necesario:

las recíprocas finezas que nos hacíamos indicaban bastante, aun á las primas maliciosas, nuestra cordial inteligencia.

X Se le ocurrió un día á Rosa prenderse en el pelo uno de esos claveles carmesíes de color renegrido y fragantes hasta la embriaguez. Estaba linda con ese tocado: se formaba el mas bello matiz con el carmesí del clavel sobre el color moreno de Rosa, cuyas mejillas estaban coloradas con el nácar mas vivo. No pude contener la impresion que me hizo y se lo dije:

—Que linda está vd. con ese clavel.

Al oír esto se puso todavía mas hermosa: un bochorno retirió sus mejillas, y sus ojos lucieron como dos llamas. Y desprendiéndose el clavel,

—Tenga vd.—me dijo ruborizada todavía—no puedo darle otra cosa.

Sin poder contener un impulso, la traje de la mano hácia mí, y la abracé con furor.

—¡Ah!... ¡Gabriell!...

No pudo decir otra cosa porque se sofocaba como yo. Mi mano cayó casualmente sobre su corazón que latía como el de una paloma asustada que acaba de caer en las manos del cazador.

Desde este día los mas encontraba yo á Rosa peinada de la misma manera, con su clavel carmesí resaltando sobre el lustroso negro de su pelo.

Al despedirme de ella me daba el clavel, y en seguida la mano para que la besara.

Ademas hacia otras mil monadas, increíbles en

una niña nacida y criada en el campo, sin trato ni mundo, sin educacion ni lectura. ¡Oh! las mugeres tienen el instinto del amor, y saben por ciencia infusa desplegar su ingenio, mostrar sus gracias, ostentar sus encantos, y poner en juego todos los resortes que conmueven los de nuestro corazón.

Las primas lo sospechaban ya todo, pero nada sabian, y procuraban espiarnos. Esta situacion hacia interesante la nuestra, embellecida por la zozobra de verse, y la agitacion continua de un secreto que se quiere guardar estando perseguido.

Pero esta felicidad nos duró muy poco; quince dias; en los cuales hizo Rosa progresos admirables en la ciencia de la compostura y la coquetería. Coquetería tanto mas agradable, cuanto que dejaba traslucir candorosamente el entusiasmo, la sinceridad, la ternura con que me amaba.

Una noche paseabamos la luna. Llevando yo á Rosa del brazo, ella dejaba caer el suyo con el abandono de la confianza y el afecto. Yo iba ya preparado para esta espedicion.

Habia mandado hacer un bonito anillo con mi cifra.

En medio de la conversacion que seguíamos con las otras parejas que nos seguían, y favorecido por la capa en que iba envuelto, le tomé la mano que ella recataba al principio, y le fuí poniendo el anillo en el dedo del corazón. Cuando estuvo en su lugar, mirandome Rosa con una mirada tierna como la luz de la luna buscó mi mano entre los pliegues

de la capa, y la estrechó con una espresion indecible.

Nuestro amor quedó sellado, y nuestros corazones ligados para siempre.

Que sé yo cuantas horas pasé esa noche imaginando placeres tan puros y atractivos como el alma de aquella niña, que sin artificio ni dudas se dejaba llevar de su pasion, y se echaba en los brazos de un hombre, á quien entregaba su alma sin reserva ni gazonería. Ella tambien pasaria la noche soñando en mí, acariciandome, estudiando los placeres mas exquisitos y nuevos para acabar de embriagarme.

A la mañana siguiente corrí á su casa. Todas las cuatro ó cinco muchachas de la familia estaban reunidas en la sala, y al presentarme en la puerta una risa general, acompañada de miradas malignas, me desconcertó de tal manera que apenas pude saludarlas. Evidentemente aquellas risas, en que la misma Rosa tomaba parte, eran por mí.

Esta maldecida Rosa se los ha contado todo, y les ayuda á burlarme!...—Este fué mi pensamiento.

Procuré aparentar indiferencia, no entender sus epigramas ni sus señas; y hasta tomé parte en la broma. Pero en el corazon sentia una herida mortal, el desengaño mas feo é inesperado.—Burlarse de mí Rosa, la niña ignorante y cándida; de mí que comenzaba tal vez á amarla.

¡Imbécil!... No conocí que la risa de Rosa era amarga y forzada, que la violencia la estaba mar-

tirizando; que apenas podia reprimir la ira con que por los ojos devoraba á sus primas.

Pronto hice terminar mi visita, saliendo desesperado, y con la intencion de no volver á ver á aquellas gentes.

Que tarde ó temprano hubiesen descubierto mis amores, era muy natural; pero que cuatro niñas necias me burlaran, inclusive la misma Rosa, era lo que yo no habia imaginado nunca, y lo que ultrajaba mi amor propio.

Pasaron dos días y no fuí á ver á Rosa: al tercero me la encontré en una visita. Ella habia ido á buscarme.

Tan pronto como estuvimos solos iba ella á hablarme; yo no le dí tiempo, sino que bruscamente le pregunté:

—¿Traes mi anillo?

—Sí—me respondió ella llena de alegría.

—¿Dónde?—proseguí buscandose lo en las manos.

—Donde las mugeres guardamos lo que amamos.

Y llevando su mano al seno me mostró el anillo.

Sin hablarle yo una palabra, airado por aquel rasgo de coquetería adorable, que yo tomé por la mas refinada malicia, le arrebaté el anillo de las manos, y la dejé.

—¡Gabriel!.....—fué todo lo que pudo decirmeá. Y cayó pálida y temblorosa sobre el sofá inmediato.

No volví á verla ni en su casa ni en ninguna parte. Una vez que la encontré casualmente la ví palidecer, temblarle los labios, y humedecerse los ojos. Síntomas de un dolor terrible que no pudo disimular.

No será por mí—dije yo.

Pero otra y otra vez sucedió lo mismo, y en la frialdad violenta con que me hablaba llegué á percibir que yo era la causa, y que aquella no era la espresion de una muger intrigante, sino de la amante adolorida por la credulidad y la dureza de un hombre.

La traduccion de esto es la siguiente. Rosa se habia guardado el anillo en el seno desde el momento que se separó de mí, temiendo que sus primas viesen la clara cifra que lo denunciaba todo. Pero una de ellas casualmente lo tentó; tuvo curiosidad de ver lo que Rosa escondia; la resistencia de esta aumentó el deseo de verlo, y entre todas la violentaron dandole tortura hasta arrancarle su secreto.

Ellas que tenian educacion de pueblo; que se rien de un muerto, que no respetan las conveniencias, que desconocen la delicadeza del corazon, se propusieron divertirse á costa de los dos, y lo hicieron con la mayor majadería, sacrificando á su prima.

Esto lo supe despues de cuatro ó cinco meses; cuando ya no era tiempo de retroceder. Entónces Rosa habria creido que yo era quien me burla-

ba; y su venganza hubiera sido terrible..... No; en un corazon como el suyo es imposible la venganza, pero yo mismo reflexioné, que volviendo á encender su pasion, podria tal vez conducirla hasta un punto que la hiciera de veras desgraciada. No era Serafina, no era siquiera la muger coqueta que conviene á un hombre medio depravado. De modo que por su propio bien continué mostrandome el insensible, sin esplicarle para consolarla, el origen de mi crueldad.

¡Pobre muchacha! Lo único que ha podido conseguir, es permanecer tranquila en mi presencia; pero la primera impresion nunca la disimula y si puede evitar el hablarme lo evita.

¿Qué culpa tuve yo de la grosería de sus primas ni de que no nos dejaran aquel dia un momento para esplicarnos? Ademas que la otra Rosa la vengó, y ella misma vengará en los que despues caigan en su red, este desengaño de sus primeros amores.

Esa es la vida: una cadena de verdugos y víctimas que se alternan en el martirio, dando los placeres y los remordimientos, con la regularidad fatal de la venganza que succede á un desengaño.

Rosa la rubia tenia tanto de maliciosa y viva, como de inocente y franca Rosa la morena.

Inteligente y curiosa por carácter se había entregado por sí sola á la vida no simpatizando con las gentes que la rodeaban, y que solo parecían tener el objeto de apocar su alma y anonadar todas sus potencias con esos ejercicios estériles que se llaman devoción.

Conmigo tenía toda la familiaridad de una hermana, sin que nuestros afectos pudiesen tener el mismo carácter inocente.

La ví crecer hasta los trece años, cada día mas bonita, mas viva, mas risueña. Tenía un sistema nervioso de rubia, sensible como el de la mimosa, y violento como el relámpago.

Con la edad nuestros juegos fueron cambiando de carácter, porque yo le ayudaba á poner sus muñecas, jugaba á las escondidas, y aun la acompañaba al prado á retozar y correr como un cabrito. La quería; y hasta sus impertinencias me caían en gracia, no pareciendome ninguna cosa excesiva para grangearme su amor, (amor inocente) y para divertir su soledad.

Pero fué creciendo, y á los instintos de la niña sucedían los de la muger, los de la jóven curiosa y llena de imaginación. Era de aquellas jovencitas que espían los secretos de los papás, preguntan todo lo que no saben, se informan de lo oculto, y forman originales explicaciones de todo lo que les es desconocido.

Crecía ella y yo estaba á su lado; yo que ántes la besaba como á una estatua bonita, y delante de

todos, y ahora me recataba y tenía miedo de sufrir una repulsa. Antes me la sentaba en las piernas para platicarle mientras jugaba con sus trenzas de oro; ahora la abrazaba con emoción y raras veces.

¿Era este cambio porque ella me oponía alguna resistencia? No: pero á fuerza de ver mi extraño recato comprendió que algo había, y acabó por hacer como yo, escasear sus cariños, poner ciertos límites á la familiaridad, y mostrarse seriecita cuando me veía turbado ó reflexivo.

¿Pero quién contenía á dos muchachos? Si nuestros juegos tenían ántes su origen en la alegría infantil, ahora eran el pretexto, la ocasión de ciertos accidentes, ciertos cariños atrevidos: despues de un beso furtivo quedábamos los dos avergonzados; y los ojos nos servían para hablar un lenguaje entusiasta y vago pero seductor, que nos enardecía.

Por fin, estipulamos tácitamente ciertas condiciones; pusimos nuestras fórmulas de placer, y solo esperábamos una ocasión para hacer una locura... sin intención ni perversidad, sino conducidos por el demonio, embriagados por el placer, fascinada ella por el encanto de un goce desconocido y escigido imperiosamente por la naturaleza.

Pronto va á terminar esta historia.

Una mañana entré algo mas temprano en casa de Rosa. Sin encontrar á nadie fuí internándome hasta su recámara, que aún estaba á media luz.

—Hay aquí alguno?—pregunté sospechando que hubiese enfermo.

—Sí, yo—me respondió Rosa asomando la cabeza por entre las cortinas de su cama.

—Estás enferma?

—Tengo pereza.

—Te va á regañar tu mamá.

—Papá y mamá se fueron á una funcion solemne y volverán muy tarde, tengo tiempo de flojear; sientate.

Las venas se me inflamaron al encontrarme á la orilla de la cama, junto de una mugercita peligrosa cuyas formas se dibujaban debajo de la ropa. Las cortinas nos cubrian, y quedabamos en una penumbra convidadora.

Comenzamos por platicar sérios, seguimos por chanzas y risas, y acabamos por animar el coloquio con la retórica mas espresiva. Cuando hacíamos demasiado ruido nos deteniamos repentinamente para escuchar si alguno venia.

—Oye—me dijo Rosa como si le ocurriese una idea—llamame á Nicolasa.

Nicolasa era la vieja que le servia de dueña; la única persona de respeto, pudiera decirse, que estaba en la casa.

Nicolasa apareció con sus 60 años y su paciencia.

—Oye, nana—le dijo Rosa—será bueno que te vayas á misa porque yo probablemente no me levanto.

—Sigues mala, hijita?

—No; pero me va á hacer daño el aire; vete sola, y vete pronto, porque ya es tarde.

—Pero como te dejo?

—Aquí está Gabriel que me acompañará mientras.

—Vaya que sea. Pues no me tardo y te encomendaré á Dios.

—Sí, anda.....Ah! diles á las criadas que no vayan á hacer la bestialidad de dejar entrar hasta aquí á cualquiera; si alguno viene que lo reciban en la sala y entren á avisar.

—Sí, hijita.

—Luego son tan necias....Anda, anda vete que es tarde y no puedes andar aprisa.—Vaya—añadió viendola salir—entrecierra un poco mas la ventana, porque me incomoda la luz.

He aquí á una muchacha discreta, solícita, resuelta. A mí con mis 27 años me estaba temblando el corazon de hallarme inesperadamente en aquella aventura.

Sin embargo, la situacion no podia ser mas apremiante y revelada con la intencion decidida de ella habria sido una debilidad retroceder.

Volví á tomar mi asiento, comenzaron las hostilidades; y mientras mas inminente era el peligro, tanto mas sostenida era su resistencia; pero resistencia que escita y no desalienta, que va perdiendo terreno á medida que se hace mas violenta, que cubre en fin, todas las ecsigencias del pudor, provocando la violencia para no ceder sino á ella, y no perder los atractivos á los ojos del mismo conquistador. ¡Y quien concebiria el deseo de cortar una

rosa si no tuviera espinas? El triunfo sin lucha no es triunfo, el trofeo que se alcanza fácilmente no es glorioso ni lisonjero.

¿Pero quién le habia enseñado todo esto á Rosa que no hablaba sino con su nana, ni tenia mas de trece años de una vida claustral? ¿Será la coquetería uno de los instintos femeniles, mientras nosotros lo achacamos al refinamiento y el mal ejemplo del mundo? Sigamos.

La lucha era cada vez mas encarnizada, y la fiebre nos cegaba por grados, pero rápidamente; estábamos al borde del abismo y el demonio iba á precipitarnos. Rosa no podia mas, y fatigada, y palpitante me dijo con el acento de la súplica.

—Esperate..... me muero de fatiga.....

Y aprisionó mis manos contra su pecho.

Este momento de calma me bastó para reflexionar, y como un relámpago me pasaron mil ideas alarmantes. Una niña seducida, deshonrada, prostituida por mí!..... Un ángel me dió valor.

—Oyes?—le dije, fingiendo que oía ruido en la pieza inmediata.

—No es nadie.

Ella habia aflojado sus manos, y yo no movia las mias.

Sabes?—añadí—tu mamá va á venir y nos encuentra.....

No habia yo acabado de pronunciar estas palabras torpes, cuando arrojando mis manos con violencia, y haciendo un gesto imperioso, me dijo:

—Marchate!.....

Pero con el acento mas airado.

Avergonzado ya, pero siempre fingiendo me dirigí á espiar á la puerta, volviendo despues á acercarme.

Entónces Rosa, apoyandose sobre su brazo y dejandome ver todo el seno descubierto.

—Qué quieres?—me dijo, con una mirada de profundo desprecio:—Vete de aquí.

—Te has enojado?

—Yo!..... Marchate; y sabe que para tratar á las mugeress es preciso que seas ménos necio ó ménos cobarde.

Y cerrando las cortinas, me volvió á repetir.

—Vete; no vuelvas á hablarme.

Por no tener remordimientos cometí aquella torpeza; y al salir sentia yo otros mayores. Tenia vergüenza de mí mismo, y de veras salia con la resolución de no volverle á ver los ojos aquella niña. Yo mas cobarde que ella!..... ¡Ella dandome tan humillante lección, á mí el asesor de los amantes, el disertador de las mugeres, el fisiólogo del corazón!..... Sea por Dios.

Aquí hubiera parado todo si yo no fuera tan bárbaro. Pero arrepentido de haber despreciado un placer que tal vez no volveria á encontrar en la vida, venciendo mi vergüenza y los fundados temores de

una sangrienta revancha me aventuré á hacer nuevas tentativas.

El primer cuarto de hora que estuve á solas, lo aproveché, quise aprovecharlo dándole un beso por vía de introito; pero su resistencia formal, y mas que su resistencia sus palabras me enfrenaron de tal modo, que al cabo conocí que habia perdido para siempre aquel tesoro que dejé caer de las manos.

La maligna Rosa no se conformó con esto; sino que á lo que entiendo me *acusó* con su mamá; á lo ménos yo no esplico de otra manera la conversacion que tuvimos al siguiente dia.

—Y vd. es medio-enamoradillo—me dijo la reverenda señora.

—Lo ménos de todo.

—No le creo:..... A vd. le gusta mucho andar besando á las niñas.....

—Yo, señora!

Rosa estaba cosiendo cerca de nosotros, y disimulaba su risa inclinándose sobre su labor, y espionando mi semblante al seslayo.

—No digo yo que á todas— continuó la mamá.— V. g., no lo haria vd. con Rosa porque ya es grandecita, y dirian las gentes..... ademas que vd. es muy buen muchacho para abusar de la confianza que le dispensamos.

—Ya se ve. Pero supongo que vd. lo dice.....

—Por simple conversacion nada mas. No vaya vd. á creer. Sobre todo; yo conozco á mi hija demasiado y sé que para mí no tiene secretos..... (Ro-

sa reprimió una carcajada). Si alguno la enamorara.....

—Seguramente. Rosa es demasiado buena para tener nada que ocultar.

Tambien acentué esta frase que Rosa levantó la cara, y me vió por un momento frunciendome las cejas.

Pues tampoco paró aquí, Rosadesde ese dia fingió tenerme miedo, y á cada rato me daba una cólera, de aquellas que es fuerza reprimir, porque aunque se conozca la ofensa, no debe uno darse por entendido. Y se gozaba tanto de ello la maligna muchacha, adquirió tal hábito de reirse á mi costa, que llegó á dominarme, á vencerme, y me avergonzaba yo delante de ella, y ni me atrevia á mirarla por no encontrarme con su eterna sonrisa, su irónica alegría.

Rosa la morena bajaba los ojos al verme; yo bajaba los míos al ver á Rosa la rubia: una era mi víctima, la otra mi verdugo. Y yo habia amado, deseado sinceramente á las dos; las dos me habian amado á mí, y del mismo origen habian nacido situaciones tan diferentes.

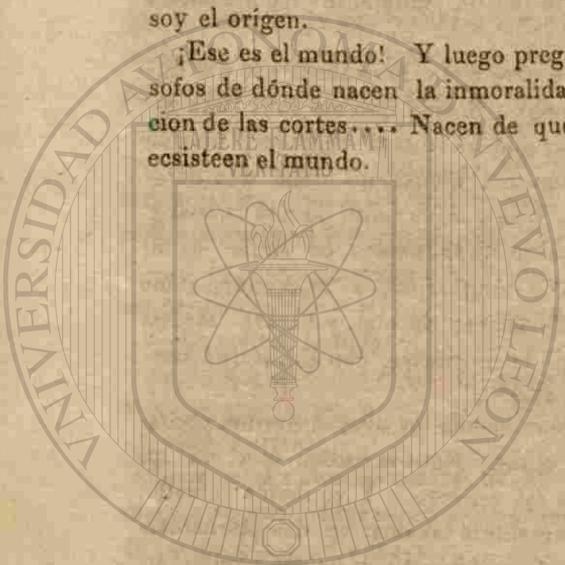
La paya se vengaba echandome en cara su resignacion; la burgalesa echandome en cara mi necesidad: esta me despreciaba, la otra me reprendia; para aquella fuí ingrato; para esta torpe.

Yo habia perdido á las dos; y sin haber gozado de mi crimen, sentia los remordimientos de la desgracia. Rosa la inocente desconfiará en lo de ade-

lante de todos los hombres, y vengará en ellos su primera ilusión perdida: Rosa la resuelta sabrá recoger mejor sus hombres, y al cabo encontrará uno que conociéndola la pierda.

Aquí hay una serie de desdichas futuras, de que soy el origen.

¡Ese es el mundo! Y luego preguntan los filósofos de dónde nacen la inmoralidad y la corrupción de las cortes.... Nacen de que el amor no existe en el mundo.



XVIII.

AGONIA.

1837 Hasta Diciembre.

Vamos á dar un vistazo sobre mí.

Mi mala suerte me arrancó de Madrid al cumplir los 22 años, cuando empiezan á germinar en el corazón de un jóven las ideas de amor, gloria, y ambición.

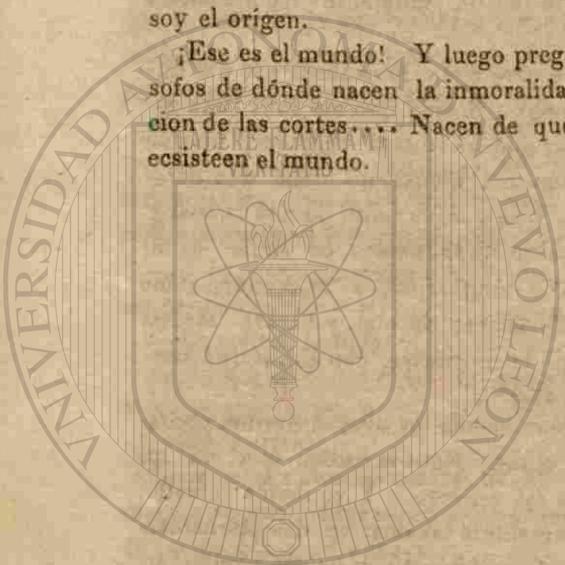
Léjos de mis amigos, estudiantes francos y alegres, me encontré rodeado de una juventud grosera, ignorante, hipócrita: en vez de mis madrileñas pulidas, hermosas y discretas, solo encontré en Búrgos mugeres desaliñadas, medio profanas, medio religiosas, vestidas ridículamente, gazmoñas, desaseadas, zurdas. Búrgos no es otra cosa que un gran convento, donde las gentes que viven juntas por indolencia, se toleran por necesidad, se aman por interés. Un fraile y un peso lo dominan todo.

Reina el silencio de la hipocresía; la inacción

lante de todos los hombres, y vengará en ellos su primera ilusión perdida: Rosa la resuelta sabrá recoger mejor sus hombres, y al cabo encontrará uno que conociéndola la pierda.

Aquí hay una serie de desdichas futuras, de que soy el origen.

¡Ese es el mundo! Y luego preguntan los filósofos de dónde nacen la inmoralidad y la corrupción de las cortes.... Nacen de que el amor no existe en el mundo.



XVIII.

AGONIA.

1837 Hasta Diciembre.

Vamos á dar un vistazo sobre mí.

Mi mala suerte me arrancó de Madrid al cumplir los 22 años, cuando empiezan á germinar en el corazón de un jóven las ideas de amor, gloria, y ambición.

Léjos de mis amigos, estudiantes francos y alegres, me encontré rodeado de una juventud grosera, ignorante, hipócrita: en vez de mis madrileñas pulidas, hermosas y discretas, solo encontré en Búrgos mugeres desaliñadas, medio profanas, medio religiosas, vestidas ridículamente, gazmoñas, desaseadas, zurdas. Búrgos no es otra cosa que un gran convento, donde las gentes que viven juntas por indolencia, se toleran por necesidad, se aman por interés. Un fraile y un peso lo dominan todo.

Reina el silencio de la hipocresía; la inacción

de la ignorancia tiene sumergida à la ciudad en un sopor pavoroso.

Yo que tenia la cabeza llena de las novelas de Paris; que estrañaba la agitacion y el brillo de Madrid, que me sentia ántes inflamado de nobles y grandes ambiciones, me encontré repentinamente en un teatro mezquino, y lleno de espectadores, despreciables para la altura à que me elevaban mis deseos. Cada hombre es un cómico en la farsa de la vida; y al pisar el tablado se resuelve à trabajar segun el respeto y las esperanzas que inspira el público que se abarca desde la primera mirada. Yo no encontraba público; sus aplausos prodigados à otros mas necios que yo, no podian darme gloria, ni siquiera vanidad.

Y el destino fatal me tenia à aquel desdichado lugar con una cadena inrompible. Mis esperanzas de volver à Madrid habian muerto: trasplantado como una planta ecsótica me habia secado en aquella atmósfera estraña, donde nunca ví el sol.... donde el amor de Serafina jamas lució para mí, dejandome marchitar poco à poco, como una flor privada de luz y de calor.

Este amor que en tantos años no he sabido expresar ni inspirar, acaso por demasiado puro, me entristece hasta el desaliento, y deseando alcanzar una esperanza siquiera, permanezco en la mas completa inaccion.

Que sé yo hasta que punto influyan mis impre-

siones pasadas, y por si pudieren explicar esta contradiccion, les darémos un vistazo retroactivo.

Durante mi niñez y mi primera juventud fué corrompido cuanto puede serlo un niño; y esta corrupcion precoz, aunque no agotó mi organizacion, produjo el fastidio. En mi vida moral ya se vieron las impresiones que la han influido, y la desconfianza es hoy el rasgo dominante de mi carácter.

Los hombres, principalmente en Búrgos, me han enseñado que el interes, el egoismo es el único móvil del mundo: las mugeres de todas partes me han engañado ó me han obligado à engañarlas. ¿Y no es mejor en tal caso vivir en la inaccion que estrellarse contra un desengaño?

Hoy ya tengo la costumbre de preguntar me cuando un hombre me dá la mano, ó una muger me mira risueña—qué querrá de mí....

La ambicion de amor está apagada por el desden inflexible de Serafina; el deseo de gloria no puedo satisfacerlo en la mezquina sociedad que me rodea; la avaricia ni la concibo. Le faltan resortes à mi vida moral.

Ni aun los placeres de la sensualidad me estimulan. Siempre he tenido una vida sobria y monótona; mi organizacion es completa por el equilibrio de los temperamentos, así es que ni aun las pasiones de la animalidad se pueden desarrollar violentamente.

Con las mugeres soy frio; ahora mas, habiéndose reunido la desconfianza al fastidio de los amo-

res venales. No sacrificaré á un simple apetito, ni mi tiempo ni mi ingenio aunque perciba la facilidad de satisfacerlo poniendo los medios. ¿Es el alma la que desea? para mi alma no hay otra muger que Serafina. ¿Es el cuerpo quien lo necesita? Media onza de oro, y media hora de tiempo: he aquí lo que basta para él.

De algunos años á esta época no me conozco. Suspica y escarmentado, vivo inquieto y aislado; la susceptibilidad del corazón se ha hecho esquisita á fuerza de sufrir, y una palabra, una mirada que otro ni percibe, á mí me hiere el alma: dolores secretos me martirizan, callo por no encontrar la burla, y me privo hasta del consuelo de platicarlos. Yo que he sido el hombre social por carácter, voy adquiriendo una especie de misantropía insostenible; mis caprichos y mis extravagancias suelen enfadar á los amigos mas deferentes.

Sufro mucho!... y encubro mis pesadumbres con la máscara del hablador, del gracioso, del maldeciente. Para el mundo suelo pasar por un perezoso, un disipado, un cínico. Yo mismo me quiero analizar algunos momentos, y unas veces me creó un ángel, otras un demonio. Algunas acciones mías son tan nobles como pueden serlo las de un hombre; otras son tan viles como las de un hijo de Adam.

Doy pésimos consejos, y tengo miedo de cometer un crimen; me burlo de las mugeres, y junto á

ellas bajo los ojos; desconfío de todas y adoro á Serafina.

En dos palabras; no sé que soy ni quiero saberlo: que pase el tiempo y con él mi vida. No tengo otra esperanza.

¿Está la felicidad en el mundo? ¿Dónde se encuentra? La felicidad está bien lejos de la tierra: aquí no se goza nunca, se tienen ilusiones que se disipan en un momento. Pues gozarlas..... ¿Y cómo se goza con la conciencia de perder el bien, de no tenerlo seguro ni en lo que llamamos presente? Aun cuando fuera la verdadera dicha no satisfaría: la dicha debe ser eterna y segura, completa y fácil.

¿El optimismo!..... Precisamente. Un idiota, un bruto se conforma con pasar el día; el que piensa en el porvenir del corazón se entristece hasta el desaliento.

Hé aquí el nuevo tinte de mis amores.

Yo amo á Serafina: ¿me ama ella? No—aquí está la desgracia.

¿Me ama Serafina? Sí. ¿Estoy seguro de que me amaria siempre; de que la amaria yo toda la vida sin fastidiarme de ella algun día? No; y aquí está la desgracia.

Nos amamos hasta la muerte: ¿pero hemos de morir juntos?.... Tambien aquí está la desgracia.

Con esta incertidumbre no se puede gozar. La dicha absoluta está solo en el cielo, y por algo le llamaron á este mundo valle de lágrimas.

Entonces ¿por qué lloro, por qué deseo, por qué me entristezco y me sacrifico? ¿Alcanzar su amor!... ¿y para qué? Seguir la gloria: ¿para qué? Buscar las riquezas: ¿para qué?

Serán sofismas; pero mientras yo los crea verdades, bastan para mantener mi desaliento.

Como médico, una de aquellas afortunadas curas que dan fama, estendió la mia por todo Búrgos, y mi clientela se aumentó como yo no creía. Pero me fastidiaban el estudio, la filantropía y el dinero. ¿Para qué el dinero si no me basta para comprar el amor de Serafina? ¿Para qué el estudio que no me hace feliz? ¿Por qué hacer bien curando los males de una sociedad que ha causado los míos, y se olvida de ellos, y los aumenta?...

Dejé á mis enfermos para encerrarme en mi casa á morir de inacción y de pereza. ¡Lástima de Gabriel!...—decían mis enfermos—es un buen médico, pero siempre está durmiendo, ó es preciso ir á sacarlo del café ó de los bastidores del teatro.

¡Pobre Gabriel!...—decían mis amigos—ha dado en la manía de que está enamorado, y esa maldecida lo va á volver loco.

En afecto, era ya una manía. ¿No me preguntaba yo mismo á propósito de todo—*para qué?*... ¿No estaba yo convencido de la imposibilidad de mi amor? ¿No desconfiaba yo de ser dichoso aunque la tuviera en mis brazos, y escuchara de su boca la palabra que me habia costado tantos suspiros?... Y sin embargo, estaba triste; me de-

sesperaba la idea de perderla, y sabiendo que Serafina no era la dicha, la deseaba, me hacia falta como la luz, como el agua, como el aire para respirar.

La inteligencia y el corazón luchaban: estaba yo en aquel estado de vigilia soporosa, en que siente uno que está delirando, percibe y rechaza los disparates de la imaginación, y no puede disiparlos ni moverse.... y se abandona uno por fin á la fuerza mágica de un martirio doloroso y lisongero.

Al complemento de este capítulo y aun de todo este libro, deberían ser mis versos, cuyos orígenes están aquí.

En prosa y verso soy lloron, quejumbroso.... y romántico, para no olvidar el epíteto vulgar: esto es natural porque en prosa y verso he sufrido; pesares positivos ó ficticios; debidos á mi mala fortuna ó á mi mala cabeza; pero el dolor lo siento, y los sufrimientos nunca han alegrado ni á los mártires. Jesucristo en el huerto de los olivos, dijo al sentir que llegaba la hora del suplicio: si es posible pase de mí este cáliz.

Y Jesucristo tuvo un ángel que lo confortara: á mí me abandona Serafina á todo el horror del desaliento, del escepticismo, de la misantropía.

Mi fastidio era ya crónico, la pereza y el abandono, mi carácter; el sueño mi vida.

Así pasé arrastrando la existencia hasta la entrada del invierno.

Una epidemia de fiebres invadió á Búrgos, por

un accidente atmosférico inesplicable. La gente se sobrecogió de un terror pánico, y todas las familias que tenían medios de hacerlo, escapaban de la epidemia huyendo á los pueblos inmediatos.

El punto de reunion principal fué Lerma: lo mejor de Búrgos fué atraído allí por la hermosura del lugar, su temperamento saludable, y las mayores comodidades que proporcionaba para la vida. Serafina fué una de las emigradas.

Yo la hubiera seguido; pero mis enfermos que no abandonaba enteramente y otros lazos que no podia romper, me detuvieron.

Muchas otras personas que como yo, tenían en Búrgos sus negocios y en Lerma su corazón ó su familia, tenían que hacer frecuentes viajes, estableciéndose así una comunicacion activa y diaria. Lerma solo distaba unas siete ó diez leguas, para cuyo tránsito se pusieron coches y diligencias de alquiler.

No pude resistir á la tentacion, y repentinamente un dia hice mi primer viaje.

En Búrgos reinaba el terror, el silencio, la muerte; en Lerma la vida, la libertad, la alegría: en Lerma estaba Serafina.

Trabajo me costó volver á mis ocupaciones y no tardé una semana en hacer el segundo viaje: el camino me divertía; el movimiento me despertaba, me sacudia de mi inaccion; la atmósfera de Lerma tenía un perfume que me encantaba. En pocos dias me convertí en la personificacion del movi-

miento: y como me hubiera abonado á la ópera, me aboné á la diligencia.

En cualquiera parte, en el mismo Lerma estaba yo inquieto, no hallaba la calma sino atravesandolos campos, adormecido por el sol, y arrullado por el monótono ruido del carruaje.

Antes no hacia caso de mis enfermos; ahora ellos comenzaban á abandonarme á mí, que en tiempo de epidemia no hacia mas que pasear sin tino ni objeto; solo por cambiar de lugar y de atmósfera; porque tambien Lerma llegó á fastidiarme y estendia mis escursiones á pié, á caballo ó en coche á los lugares inmediatos. Si hubiera yo tenido tanto dinero como esplin, le doy la vuelta al mundo como un lord fastidiado.

Pasando los dias y aun las noches á la intemperie, durmiendo en cualquier lugar, pasando todas las incomodidades de la imprevisión y la imprudencia; así estaba yo, no contento, distraído á lo ménos, disipado, aturdido con el desorden y la novedad de las impresiones variadas.

Serafina permanecía impasible.

En Lerma se formaban tertulias nocturnas, partidas de campo cuando la atmósfera lo permitía; todas las diversiones y juegos capaces de entretenir en el campo la ociosidad de la gente acomodada, y acostumbrada á las ocupaciones de la etiqueta en un lugar que es la parodia de Madrid.

Yo me mezclaba en todas las reuniones; buscaba todas las ocasiones: Serafina me veía: tuve desos-

de que una sola vez me dirijiera la palabra; que se detuviera cerca de mí, y no se apartara léjos; siempre léjos, para evitar una ocasion, un accidente.

Todas estas circunstancias reunidas me condujeron al despecho y al completo abandono. Vivía en lo material como autómeta; siempre cansado, perezoso y soñoliento: en lo moral inaccesible á toda impresion que no me viniera de Serafina. Ni el porvenir, ni el pasado me despertaban; ni los consejos de mis amigos, ni los avisos de la conciencia.

Caminaba yo todo el dia; veía un momento á Serafina, y dormía toda la noche: al dia siguiente despertaba pensando adonde iria, en que ocupacion frívola mataria mi tiempo con ménos fastidio y ménos violencia.

Así pasé la vida hasta que llegó mi época anual de alegría: el carnaval de 1838.

XIX.

HISTORIA DE UN BESO

¡Historia de un beso!... hasta los niños de la doctrina podrian contarla: un hombre está cerca de una muger, le toma una mano, se la acerca á los labios, y..... la besa.... ¿Nada mas?... ¿Y ántes de llegar á ese beso no ha habido desèos, temores, esperanzas, zelos, noches de insomnio, ensueños deleitables, pesadillas horribles, promesas, juramentos?... ¿despues de ese beso, no quedan recuerdos, ni esperanzas, ni remordimientos?... Un beso sin antecedentes y sin consecuencias, seria el beso frio, material, que por hábito imprime el cenobita en la imágen empolvada de un claustro.....

Un beso para un niño enamorado, para un corazon inocente, es toda una pasion, el sello del amor, y un sello mas puro y mas perfecto que el que ecsige el materialismo. Para un jóven de pecho generoso, de sentimientos poéticos, de imaginacion acalora-

da, un beso es mucho, bien merece una historia, y esta, precisamente esta, y no el beso, será lo que interese á los lectores: mientras mas cansados estén de gozar todo género de placeres, tanto ménos tiempo deben haber tenido de analizar su propio corazon. ¿Dos años, dos meses de desear un beso que el primer dia pudo á todo trance haber sido robado, no merecen llenar unas cuantas páginas?

Por otra parte, un médico inteligente redacta una memoria sobre cada caso curioso que observa, para acumular datos y fundar un sistema: pues bien, yo he redactado tambien una monografia amorosa, para que los sicologistas y los moralistas tengan un dato mas en que apoyar sus doctrinas.

1838. Febrero y Marzo.

Las gentes de provincia suelen escoger para visitar á Madrid los dias de cuaresma. En uno de ellos, por el año de 30, encontré en el Prado á dos jóvenes acompañadas de un hombre que parecia su padre.

Nada noté en ellas, sino el aire de provincialismo tan visible para un madrileño. Sin embargo; la fisonomía de una de ellas se me fijó de manera, que despues de algunos dias la reconocí frente al aparador de una tienda, donde estaba mirando y divirtiendose con los mil objetos que se ponen para provocar los deseos de los ricos y la envidia de los pobres.

A principios de 32 fuí á Búrgos, como el lector recordará si quiere. Pues bien, la primera tarde que salí al paseo, lo primero que ví fué á aquella jóven que concí en el Prado de Madrid: la reconocí, era la misma; y este hallazgo me causó una alegría superior á la importancia del acontecimiento.

Informandome de ella, supe que se llamaba Isabel. ¿Y qué nos importa Isabel? Es que tambien tengo una historia que contar á propósito de ella; una historia divertida.

Isabel es una muger de mas de 20 años; con toda la fisonomía de una española; bien proporcionada en las formas; tez morena y manchada; ninguna cosa particular, sino los piés pequeños; pero el conjunto agradable, y aun puede decirse atractivo: desde el modo de mirar hasta el de andar son artificiosos; pero este artificio es gracioso, bien sostenido, y á mí á lo ménos nunca me ha repugnado.

Segun el decir de los jóvenes, es una coqueta; todos, con mas ó ménos finura, con mas ó ménos rencor, espresan la misma idea; despues yo he creído que le convenia bien el epíteto.

Yo veo una muger que vive con lujo, y viste con elegancia y buen gusto, mas que nada con brillo; me agrada verla, y alcanzaria de ella un favor de buena gana; los hombres la murmuran, pero la lisonjean y la pretenden.

Le conozco, además de los que la rondan actualmente, dos amantes, uno en actual servicio, que la

visita todas las noches y que el público cree tan afortunado como puede serlo un hombre; y el que debió, hace algunos años, ser su marido. Las relaciones con este nunca han sido desde su época ni enteramente muertas, ni continuas, sino intermitentes, según las ocasiones ó los caprichos de ambos.

Una casualidad me dió ocasion de hablar con Isabel en la antesala de su casa: encontré una mujer suelta y despejada, de maneras señoriles y muelles, cortés y amable con los que la rodeaban, inteligente, de imaginación viva y lenguaje fácil, aunque no florido ni cultivado. Me pareció buena su amistad, y procuré no interrumpirla: no hallé repugnancia y le hice algunas visitas siempre de noche; hora en que encontraba al amante.

Una noche la oí decir, después de una conversación muy empeñosa que tuvimos—Qué imaginación tan viva la de Gabriel: cuando ama ha de tener mucho entusiasmo.—Se engañaba Isabel como se han engañado muchas: sin embargo, me lisongé.

La epidemia invadió á Búrgos, y la hermosa Isabel emigró á Lerma como todos. Allí la seguí visitando y la encontré como siempre, amable y cortesana.

Una noche la encontré sola con el que debió ser su marido; con Victor, que así se llama. Me chocó la familiaridad y buena paz en que estaban, puesto que yo sabía que se habían dicho palabras

duras, y recibido mutuamente desengaños amarguísimos á causa del otro amante.

Este llevaba por lo ménos tres años de relaciones visibles con Isabel, que no había quebrado con Victor sino mucho tiempo después: y ahora se encontraban solos en ausencia del amante, y hablaban en voz baja cuando yo llegué.

Inexplicable era esto para mí; y aún lo será por mucho tiempo. Lo único que he llegado á comprender, es que Victor sirve de espantajo á todos los pretendientes quienes tienen que sufrir sus impertinencias, y reprimir los zelos que les causa en presencia ó en recuerdos. Víctor, cuyo nombre se oye pocas veces en los labios de Isabel, le sirve de motivo y disculpa para todo; es un último atrincheramiento y refugio en las dificultades galanteriles.

Llegó el carnaval, y los lermehños, animados con la presencia de los burgaleses, hicieron baile de máscaras público en su gran teatro. La tercera noche se presentaron, entre la turba de gente hedionda y mal vestida del pueblo, unas cuantas mujeres, entre las cuales reconocí á Isabel. Celebré el capricho de las principales burgalesas, y me alegré de tener con quien disipar mi fastidio. Como yo era también uno de los pocos hombres con quien ellas podían bailar, bailé con Isabel la mayor parte de la noche.

Desde el primer valse percibí que estaba inquieta: reía sin motivo aparente, reprimía movimientos

repentinos y estraños, y estaba distraida cuando yo le hablaba; sus ojos, única cosa que podía ver bajo la careta, brillaban con una espresion airada: busqué el motivo de esto, y me pareció encontrarlo en Víctor que estaba en su palco, enamorando, á mi ver, á la misma cocinera de Isabel; cocinera de 15 años, fresca, bonita, coqueta en su rango, y objeto de las pretensiones de todos los burgaleses aficionados á las buenas chicas.

Entendí que estaba, mas que zelosa, picada, porque el agravio que se hacia á su vanidad era bien notable: procuré divertirla divirtiendome, y la llené de flores y simplezas que recibió de mejor manera que yo esperaba; al terminar la noche le pedí como trofeo y recuerdo del baile un lazo con que llevaba atada una esclavina de punto, rehusó darmela pero con blandura; yo no insistí, y despues de darla el brazo hasta su casa nos despedimos mejores amigos que ántes.

Yo la veia picada, veia tambien que mis palabras eran bien recibidas y solo me aventuré á pedir un pedazo de liston!..... Tengo el carácter mas raramente necio; comprendo las situaciones: me jacto de conocer el corazon humano; doy siempre buenos consejos, y cuando me encuentro en un lance, me conformo con percibir la facilidad sin aventurarme jamas á la prueba. ¿Es esto timidez ó fatuidad? ¿respeto, ó lástima á las mugeres, ó mi indiferentismo habitual?

En el entusiasmo de los placeres, siempre se piensa en preparar otros nuevos para despues; así que se habia hablado entre las personas emigradas de otro baile de máscaras mas bonito para el domingo prócsimo: este dia estaba yo en Búrgos, á pesar del alboroto que no dejaba de sentir por volver á bailar con Isabel; pero no habia encontrado una ocasion de sacudir mi pereza, y resolverme á emprender un viage; por otra parte ninguna causa me detenia. A la una de la mañana de este domingo estaba yo en casa de un amigo pretendiente de la hermana de Luisa; por alborotarlo, y mas bien por alborotarme á mí mismo, le hablé del baile, nos resolvimos, buscamos un coche á cualquier precio, y casi sin comer nos pusimos en camino á las tres de la tarde; á las ocho de la noche entramos, y tuvimos que represantar un bien triste papel, delante de las muchachas que nos vieron llegar esperando un baile que no hubo; se rieron de nuestro engaño, nos consolaron con buena conversacion, y al dia siguiente nos volvimos despues de habernos despedido.

Es ya evidente que no solo aprovechaba, sino que buscaba yo las ocasiones de hablar con Luisa y de intimarme en su trato; pero todavía no era sino la vanidad de verme medio camelado por una muger de moda; mi amor pertenecia aún esclusivamente á Serafina; de tal modo le pertenecia que en las últimas semanas que permaneció la corte en Búrgos, no pensaba sino en ella, y estaba decidido á buscar

y aprovechar una ocasion de aventurar una declaracion mas formal, y de formar con su familia las relaciones que hasta entónces no habia podido tener, para de este modo seguir una empresa descuidada á mi pesar y por pereza tanto tiempo. Fomentaban entónces mis deseos algunas jóvenes amigas de Serafina y mias que en sus continuas conversaciones conmigo me compadecian, la culpaban á ella de injusta y me ofrecian proteccion.

Pero la epidemia cesó, los emigrados volvieron á Búrgos, y todos los proyectos que yo habia formado quedaron en teoría. Me olvidé enteramente de Isabel á quien me habia acercado la ocasion, y seguí pensando en Serafina con la misma cronicidad de siempre.

XX.

TRES DIAS.

19 de Marzo.

¿Qué es el honor?

La respuesta es mi vida.

Estaba yo en Madrid hace siete años, en mi cuarto, tirado largo á largo sobre mi cama echando jardines.

Ignacio llegó haciendo estrépito en la puerta, sudoroso, desalado.

—Anda, pronto: dame papel, pluma, tinta....

Pero papel fino, del mejor que tengas..... ¡Anda, hombre!....

—Voy, voy.

Y me levanté diciendo entre mí—Novia tenemos.

Ignacio escribió su carta, la cerró y se fué ántes de darme tiempo de preguntarle.

A los dos meses me convidó Ignacio á ir á misa: extraño convite.

y aprovechar una ocasion de aventurar una declaracion mas formal, y de formar con su familia las relaciones que hasta entónces no habia podido tener, para de este modo seguir una empresa descuidada á mi pesar y por pereza tanto tiempo. Fomentaban entónces mis deseos algunas jóvenes amigas de Serafina y mias que en sus continuas conversaciones conmigo me compadecian, la culpaban á ella de injusta y me ofrecian proteccion.

Pero la epidemia cesó, los emigrados volvieron á Búrgos, y todos los proyectos que yo habia formado quedaron en teoría. Me olvidé enteramente de Isabel á quien me habia acercado la ocasion, y seguí pensando en Serafina con la misma cronicidad de siempre.

XX.

TRES DIAS.

19 de Marzo.

¿Qué es el honor?

La respuesta es mi vida.

Estaba yo en Madrid hace siete años, en mi cuarto, tirado largo á largo sobre mi cama echando jardines.

Ignacio llegó haciendo estrépito en la puerta, sudoroso, desalado.

—Anda, pronto: dame papel, pluma, tinta....

Pero papel fino, del mejor que tengas..... ¡Anda, hombre!....

—Voy, voy.

Y me levanté diciendo entre mí—Novia tenemos.

Ignacio escribió su carta, la cerró y se fué ántes de darme tiempo de preguntarle.

A los dos meses me convidó Ignacio á ir á misa: extraño convite.

- Vamos, la verás.
—Vamos, ¿pero á quién veré?
—A Lola; la de la carta.
—Bien. ¿Te corresponde?
—Me voy á casar con ella.
—Perfectamente.

Después me fuí á Búrgos. A los dos años llegó Ignacio con su muger. El era burgales con todas sus malas mañas; ella madrileña relamida y pretenciosa.

Los visité como á personas de mi conocimiento; los quería como á buenos amigos; platicaba con Lola como con cualquiera otra muger.

Les pasó la luna de miel, y mi hombre dejó percibir que era zeloso: manía de todo necio. Yo que soy otro igual, me complacia en atormentarlo, contándole cuentos de maridos; pintándole con vivos colores todos los atractivos y las garantías de una muger casada; toda la ridiculez de un hombre zeloso y engañado.

Ignacio me oía, y yo no percibí nunca el gesto de desconfianza con que me examinaba mientras escuchaba mis tonterías.

Solo noté que su muger evitaba estar á solas conmigo; en fin, que huía de mí. ¿Hay cosa?—me decía yo—¿Qué le he hecho para repugnarle? Puesto que yo no le he dado motivo, ó lo hace por mortificarme, ó divertirse conmigo..... ¿ó por qué?.... ¡Oh! nunca. Ignacio siendo zeloso me abre las puer-

tas de su casa, y sería una infamia. Aunque me rogase.

Los dos caros esposos se empeñaron la última semana en darme toda especie de pruebas de amistad, y llenarme de agasajos. ¡Pobre Ignacio! el mundo lo acusa injustamente de intratable y zeloso. De nadie debía desconfiar mas que de mí, que aunque nunca hago nada, hablo siempre mucho y tengo sobre las mugeres las teorías mas inmorales. Ya se vé, bien sabe que siempre respetaria yo á su muger.

Una tarde estaba yo en el balcon de mi casa: era el dia 19 de Marzo.

Ví venir á Ignacio, pero con el semblante pálido y descompuesto. Me llamó la atencion, y ántes de que entrase en el zaguan, porque á buscarme venia, le hablé con interes.

—¿Ignacio?

—¡Ah!..... Baja.

—¿Qué sucede? ¿Está enferma Lola?—le pregunté acordandome de que era médico.

—Sí. Baja—me respondió secamente.

Me puse una levita apresuradamente; y bajé.

—¿Adonde vamos? le dije.

—A casa.

Comencé á informarme del accidente que iba á curar, y estrañé que casi no me respondia en su juicio; lo que me alarmó, creyendo que el mal era tan grave que lo enloquecia. Pero al mismo tiem-

po extrañé que anduviera con una lentitud que á mí me desesperaba.

Iba envuelto en su capa, y observé que en la mano derecha llevaba algo—será una botella para llevar una bebida—pensé—y seguí andando.

En una esquina me dijo imperiosamente:

—Por aquí.

—¿Pues no vamos á tu casa?

—Sí, pero quiero ir por aquí.

—Vamos pues.

Sin comprender la extravagancia de estraviar el camino, cuando se estaba muriendo su muger, lo seguí.

No habíamos andado cincuenta pasos en la nueva direccion, cuando me dijo en voz balbuciente:

—Eres un infame.

—¿A ver? sepamos por qué—le respondí casi riendome.

—Porque has enamorado á mi muger.

—¡Vaya! estás loco.....—Y se lo decia sinceramente, porque levanté los ojos y ví los suyos desencajados, sombríos, con una expresion inesplicable.

—No, no estoy loco; sino que tú eres.....

Una verdulera hubiera aprendido algo nuevo en esta elocuente tirada; y yo, á quien se dirigia, tuve bastante calma todavía para responderle.

—Hombre, mira lo que dices, qué estás loco.

—¿Loco?..... Te he ido á buscar solo para matarte.

Con tal fé me lo dijo, que á pesar de su locura que veia yo patológicamente desarrollada en su cerebro, me inquietó tan rara determinacion—Y será capaz de hacerlo—pensé asustado—Zeloso y loco.... razones muy suficientes, aunque yo no haya dado motivo.

—Sí—continuó él, ecsaltado visiblemente—te voy á matar; te voy á enseñar á ser infame con un amigo. Sigüeme, sigüeme.....

—Te voy sigüendo.

Sorprendido con la especie, y percibiendo de lo que es capaz un hombre delirante, no quise hacerle resistencia, con la esperanza de aprovechar el primer momento de calma.

En fin, adiviné que lo que llevaba debajo de la capa no era una botella, sino una pistola: pero yo llevaba otra en la bolsa, y en todo trance estabamos iguales. El sabia bien esto, porque conocia mis costumbres como yo mismo.

—¿Por fin, vas?—me preguntó, á pesar de que sin detenerme lo seguia á su paso.

—Vamos á donde quieras—le respondí, ya un si es no es calentito con la retahila de requiebros que siguieron á la pregunta.

—¡Vamos!..... á matarte.

—Vamos á verlo.

Y los dos apretamos el paso.

Yo la habia tragado ya, é iba acariciando mi pistola que llevaba en la falda de la levita.

De repente se detuvo Ignacio.

—Mejor es que vayamos à casa: te voy á matar delante de mi muger.

—Vamos á donde quieras.

Esta transicion me volvió la sangre al cuerpo. Entre mugeres no llega la sangre al rio.

Lo ví algo calmado, y procuré convencerlo; pero su ecsaltacion volvió y crecia á medida que nos acercabamos á su casa.

En efecto, hubiera sido la mayor infamia que yo le hubiese enamorado á su muger, y con esta consideracion disculpaba la indignidad de su lenguaje, la violencia de su delirio.

Automáticamente lo seguia. Atravesé el patio, subí la escalera, pasé el corredor, entré en la antecámara, y en fin, nos hallamos en la recámara de su muger, que no estaba.

—Sientate allí, infame, en el lugar donde la has enamorado.

Y me señaló el sillón de la cabecera de la cama.

Yo medio inquieto, pero llamando en mi auxilio la sangre fria, me senté solemnemente en el sillón, como en el banco de un patíbulo, fumando un cigarro, pero no enteramente libre del temor de que me hiriese, porque estabamos solos, y tenia metidas las manos dentro de las bolsas del paltó, donde ocultaba la pistola, habiendo tirado al entrar la capa y el sombrero.

El parado frente á mí, devorandome con ojos de

frenético, yo sin chistar ni moverme; así permanecimos mas de un minuto.

Las mugeres y las demas gentes de la casa nos habian visto entrar, y estaban prevenidas.

Entraron en grupo repentinamente, y entonces mi hombre sacando definitivamente su pistola, comenzó á vomitar mas desvergüenzas que balazos. Yo permanecí quieto sentado en el sillón.

Pero se acercaba demasiado, y temí, no que disparase, porque tiempo le habia sobrado, sino que me desbaratase las narices de un golpe. La cosa era de fácil remedio: tomé á una de las mugeres por la cintura, y me la puse de trinchera comenzando á jugar bonitamente á S. Miguelito.

El, y cinco mugeres, y tres muchachos, todos gritaban ménos yo, que aturdido no decia una palabra, ni para defenderme, ni para responder sus amenazas: ni saqué mi pistola creyendola enteramente inútil.

Desconcertado por aquella escena mas cómica que trágica, tuve un momento de debilidad, en que seriamente creí á Ignacio capaz de matarme. Mi temor fué pueril; puedo contarlo.

Las gentes se dividieron al fin en dos grupos; uno que lo contenia para que no fuera á perderse; otro que me llenaba de las palabras mas socces, y me empujaba para afuera llamandome seductor, pícaro y judío.

Maquinalmente percibí que me echaban como á un vil, y maquinalmente andaba sin escuchar lo que

me decian, sin decir una palabra, seguido de todos los de la casa que me acosaban y me ladraban como una jauria de perros desesperados.

En fin me encontré en la calle hecho un idiota sin pensamiento, ni voluntad; y eché á andar por el primer camino que se me presentó, sin determinacion ni objeto.

En todo lo que faltaba de la tarde y de la noche no pude salir de mi anonadamiento: me parecia delirar, recordaba yo todo como si hubiesen pasado muchos años, como se recuerda un ensueño, medio borrado ya, confundido con otras mil ideas estrafias y vagas.

Hasta el siguiente dia no sentí los efectos de aquel suceso desagradable. La cólera me irritó violentamente, y pensé en tomar una venganza, en pedir una esplicacion á Ignacio, y de grado ó por fuerza obligarlo á una reparacion.

El público todo sabia ya el suceso; porque en Búrgos las malas nuevas trascienden como el aroma; pero el público no me importaba: le habia yo perdido el respeto y la consideracion.

Solo pesaba en mí la opinion de Serafina... y la del público tambien. Arrojado de una casa por abuso de confianza, quedaba yo infamado; y mal que le pese á mi cinismo, quiero pasar por un bribon, ó un necio, pero nunca por un infame, un vil.

La mas necia de las consideraciones vino á calmarme. Ignacio al fin tiene razon: aunque yo no haya levantado los ojos á su muger, él lo cree, jus-

ticia tiene en castigarme; y yo en su caso no me habria contentado con echarlo de mi casa: lo habria matado sin remedio.

En fin llegué á reirme del suceso mirandolo por su lado ridículo, y me chanceaba á propósito de sus zelos, mi aturdimiento, y nuestra general ridiculez.

Una espina me quedó en el corazon,—Serafina!... ¿qué dirá Serafina?..... Mi humor se oscureció algo mas que de costumbre, y en proporcion aumentó mi maledicencia, mi charla, mi malignidad aparente. A las pullas que entre chanzas y veras solian soltarme las gentes, respondia yo con un epigrama venenoso, ó con una salida impudente que les callaba la boca.

Paciencia; decia yo. Ya sucedió, y á lo ménos tengo la satisfaccion de mi conciencia.

Dia 6 de Setiembre.

Ignacio, como todos los cobardes se desataba en amenazas mortales siempre que hablaba de mí, al paso que yo hasta lo iba olvidando.

Un dia me fué preciso pasar por su casa dos veces; pasé sin acordarme de él. De repente oí una voz que me hablaba por la espalda; era la suya.

—¿Gabriel?.....

—¿Qué cosa?—repondí enfadado volviendo la cara. Antes de acabar de voltearme recibí una saliva

en la cara..... Yo me quedé como Pipelet en todos los momentos supremos, inmóvil y anonadado.

Después de un momento me bañé de un sudor frío, sentí un estremecimiento interior, y se me anuló la vista, viendo la profundidad del abismo en que nos precipitábamos.

Un momento de debilidad, de terror involuntario me hizo flaquear, tuve miedo de acometerle: pensé que sería capaz de todo el hombre que se había atrevido á tanto. Este mismo temor que me avergonzó interiormente produjo una reacción, y mirándolo cara á cara exclamé conmovido hasta los huesos.

—¡Ignacio!.....

—¡Eres un cobarde!.....—me respondió él, y tomó el camino de su casa. Tenía razón: había sido un cobarde, un débil, no destrozándolo con mis uñas.

Según mi costumbre yo llevaba una pistola en la bolsa; debí dispararla sobre él y no lo hice; ¿por qué? No tengo testigos que aseguren y es inútil decirlo.

Yo solo supe que aquel hombre me había herido el alma; había matado mi honor; y no tenía otro remedio que la muerte de uno de los dos.—Eres un cobarde!.....—me había dicho viendo que yo permanecía quieto: luego esperaba mi venganza y estaba dispuesto á ella, á todas sus consecuencias.

No sé si es pereza ó cobardía esta calma con que sufro y reflexiono en los momentos en que todo el mundo se ciega y hace disparates. Lo cierto es, que

mientras Ignacio tomaba el camino de su casa, yo fuí á buscar un par de pistolas grandes y un amigo.

Todo lo tenía á los cinco minutos. Entónces me dirigí á la casa de Ignacio, y le mandé un recado esperándolo en la puerta de la calle.

Bajaron sus tíos, sus hermanos, sus abuelos, sus nietos, toda su ascendencia y su descendencia; en último término él se apareció llenándome de injurias; y mientras lo contenían unos, otros me eshortaban á que no lo precipitase. No decía yo palabra: pero viendo que aquello no tenía remedio, me hice oír en medio de la gritería para darle una cita en términos bien claros.

Y creyéndolo pundonoroso si no valiente, me dirigí al lugar donde debía esperarlo.

Cuántas y cuán lúgubres ideas me asaltaron en un rato de soledad. El amigo que me había acompañado me dejó en cuanto vió que aquello tomaba un aspecto serio.

Sentirme herido y caer, era tal vez lo que ménos impresión me causaba. Estaba yo muerto moralmente, deshonrado para siempre. La vida no podía lisongearme. Sentía el miedo del instinto, pero estaba yo resuelto á morir ó matarlo: no concebía otro medio ni tenía otro pensamiento.

Mientras yo esperaba, mi pobre hombre salía de la ciudad. El primer impulso me dominó, y empecé el viaje para seguirlo; pero á los quinientos pasos retrocedí.—Caminar diez leguas para matar á un hombre ó dejarse matar, es una tontería: ya

volverá. No ha de haberse ido por cobardía, sino comprometido también por su familia, que lo ha ido á acompañar. Volverá, y me buscará.

Entre tanto, y para que no se le olvidase, le escribí la siguiente carta:

“Ignacio:

Supongo que no es la cobardía la que te ha sacado de Búrgos. Si no eres tan vil como fanfarron, espero que cuando vuelvas me buscarás.

GABRIEL.”

Todo esto lo hacía públicamente, y yo mismo procuré esparcir la noticia, contandosela á todo el mundo. Por otra parte no era necesario; habia pasado todo á la luz del sol y en medio de la plaza; mi deshonor no podia ser mas pública.

La noche de ese día concebí la idea del infierno: la desesperacion sin esperanza; la eternidad de una vida arrastrada en el desprecio, la repugnancia, el deshonor.

Temia que saliera la luz, porque tenia vergüenza de que me vieran la cara. Me levanté haciendome violencia, y me escondí del criado que me llevó el desayuno temiendo que se riera de mí.

Sentia los párpados áridos y como polvientos; un calor seco tostaba mi piel; una fiebre lenta me devoraba. Nada podia comer; solo bebia agua á vasos llenos, que me amargaba y no calmaba mi

sed. El sol estaba amarillo y opaco; un silencio sepulcral me rodeaba.

Al menor ruido que oia en la pieza inmediata, me salvaba en mi recámara para ocultar mi vergüenza. Permanecía muchas horas sentado en una silla, callado, inmóvil, con los ojos clavados en el suelo y el pensamiento fijo en mi desgracia..... De repente me palpitaba el corazón de ira, ó me sobrecogia el calofrío de la muerte..... Mi porvenir se habia hundido, y mi venganza estaba lejos. ¡Oh! ¡que tres días!.....

Al fin fué preciso salir á la calle. Cada mirada me parecia un desprecio; cada palabra un sarcasmo. Si no me saludaban mis conocidos, ya los juzgaba quebrados conmigo; si me hablaban afectuosos, lo interpretaba como una sátira. Entónces aprendí á distinguir por el tacto todos los pensamientos expresados en las diferentes maneras de tender la mano á otro.

Esta misma preocupacion me alejaba de los hombres, cuyos menores gestos interpretaba, concibiendo, como era natural, un rencor concentrado por todos los que injustos (á mi juicio) conmigo no habian sabido apreciar mi conducta.

Al resolverme á hablar con el mundo despues de mi desgracia, formé el propósito de mostrarme cínico y desvergonzado con los necios, reservando una esplicacion para las pocas gentes, cuya opinion pesaba en la mia, y cuyo aprecio no queria perder.

Cuando aparecia yo risueño, burlandome con acritud del honor, de la virtud, de la probidad; cuando me decia sátiras á mí mismo, y me reia de la degradacion, entónces era yo bien recibido, aplaudido tal vez, compadecido de los pocos que tenian bastante tacto para percibir que debajo de aquella máscara ocultaba un dolor tan profundo, que yo lo queria disimular á mí mismo..... Y así era la verdad.

—Cosas de Gabriel.....—decian al oír mis despropósitos, mis paradojas, mi inconsecuencia práctica.

Era yo hombre de cosas, y con cierta clase de la sociedad me ahorré mil amarguras.

Pero aquellas gentes, en cuya discreccion y amistad tenia yo confianza; en las que esperaba que me consolaran, que me aconsejaran, fueron mis verdugos mas crueles.

Yo no creo en el honor; no creo que sea preciso matar á nadie por una injuria de esta especie. Tampoco tenia rencor contra Ignacio, cuyo desman provenia de los zelos; de la causa mas justa que puede alegarse. Reprobaba yo solamente su indecencia y su cobardía, su torpeza. Si no se sentia con bastante valor para matarme, debió callar, para no envilecerse á mis propios ojos y los de toda la sociedad, entre la cual vivia y me dejaba vivir, sabiendo, creyendo que yo habia profanado su lecho, su esposa..... y esta deshonra que era secreta, él la hizo pública, para no vengarla... por

cobardía. Me llamó y no me escusé; lo llamé y salió de la ciudad. Yo creia que las gentes tuviesen sentido comun para distinguir estas conductas, y espiando su juicio; pensaba perdonarle; porque sin rencor personal, ni fé en el honor: ¿cuál podia ser el estímulo de mi venganza?

Sin embargo lo habia yo desafiado de palabra, y despues le escribí una carta, porque filósofo y cínicco, respeto la opinion del mundo en que vivo, y que pienso que no deberia admitir á los hombres sin honor. Creí que con esto, y con la intencion sincera de cesigirle á Ignacio una esplicacion el primer dia que volviera, habia cumplido con mis deberes: la sociedad no podia cesigir de mí mayores sacrificios que prescindir de mis creencias, esponerme à perder la vida, despreciar los consejos de la conciencia que me reprobaba ir á matar en un duelo á un hombre á sangre fria. Le hacia á la sociedad la ofrenda mas completa; mi cuerpo, mi vida, mi alma, mis creencias... Todavía hoy me batiré con Ignacio si está dispuesto. No es imposible que conozca este propósito, que me causa miedo y remordimientos; pero que quisiera verme comprometido á cumplir.

Platicaba un dia de este negocio, y á una réplica respondí lo mismo que ahora escribo.

—Si á mí me hubiera escupido la cara un hombre—me respondieron—lo habria yo seguido hasta el fin del mundo para matarlo.

Luego no he hecho todo lo que debia—dije yo—y

formé la intencion de marchar en busca de Ignacio; pero ya era estemporáneo el procedimiento, y preferí esperar devorando mi vergüenza. El no se habia de espatriar por mí; si lo hacia no queria yo otra satisfaccion.

Ignacio volvió en efecto á los dos meses: entró en Búrgos de noche y con ciertas precauciones.

Uno de aquellos portadores de malas nuevas, que se complacen en fomentar querellas, y se divierten con las desgracias humanas, me lo avisó al momento.

Al siguiente dia un amigo le dió de mi parte un recado: y ademas, fuí á ponerme de planton en una tienda por donde él debia pasar.

Al recado contestó que él era muy hombre, y que me despreciaba: que no lo provocara yo porque me comeria vivo.

Salió á la calle constantemente acompañado de otro, y al verme parado en su tránsito torció el camino.

¿Lo sigo y lo provocho en medio de la calle hasta hacerlo estallar? Pero va con un compañero que procurará evitarlo todo; armamos un escándalo sin otras consecuencias que el ridículo.

¿Lo sigo y lo asesino? No.

Le mandaré tantos recados, tantas citas, que al fin conocerá su deber.—Y volví á esperar en el martirio de mi oculta desesperacion.

—Si yo hubiera desafiado á un hombre—me dijo entonces otro—y se hubiera negado á darme satis-

faccion de tal injuria..... lo escupiria tambien para reñir en el acto.

Luego no he hecho cuanto debia—y puesto que era necesario volver injuria por injuria, y cediendo á mis propios deseos de hostigarlo hasta precipitarlo, comencé á publicar su cobardía á boca llena, delante de sus amigos y parientes, para que llegase á su noticia, y dejé escapar palabras respecto á su muger que bien merecian un balazo.

Siempre huia yo de una de esas riñas improvisadas, en que tal vez con armas desiguales se hiere con ceguedad, y se muere sin prevencion; riñas soeces en que los hombres se asesinan, satisfaciendo el rencor, pero no el honor.

O si solo se combate con los puños, es lo mas grotesco ver á dos hombres que se arañan, se muerden, se revuelcan, se montan, y al fin solo resultó una rotura de cabeza, ó un cardenal en las narices.

Yo he visto á muchos de esos valientes que arman camorra por la mosca que pasó, y son audaces y atrevidos cuando solo se trata de esponer las espaldas, pero débiles cuando se habla de combatir en regla, jugando la vida en un duelo. Hombres que en un momento de exaltacion se dejarán matar tal vez, pero que no saben pensar en la muerte, mirarla venir cara á cara y á paso lento, esperarla con calma.

Entre tanto vivia como un judío escomulgado de la sociedad; despreciado de la gente mas vil; extraño, desterrado en mi propia patria.

—Mientras no te hayas vengado, lo mereces todo me—decían mis amigos.

Lo creía yo, y mis tormentos se escasperaban.

Entraba yo á una tertulia con la desconfianza en el corazón, indagando con los ojos si me repugnaban, si huían de mí, si iban á hacerme arrojar por los criados: al salir de ella dejaba yo mi honor, y por el camino creía escuchar las sátiras con que lo destrozaban en mi ausencia.

Quise hacerme superior á estas preocupaciones, y no pude: poco á poco me fuí retirando de todas las gentes de cuyo trato me creía indigno, por lo mismo que las apreciaba y las tenía en algo; resignándome á tratar solo con los que me tolerasen por ser gentes igualmente despreciadas que yo.

Todos estos sufrimientos no eran nada. Yo no podía ya levantar los ojos á Serafina!... Antes me creía yo digno de su desden; ahora se hubiera degradado tomándome de lacayo.

Cuando la encontraba en la calle ó en su balcón, deseaba que me tragara la tierra; bajaba yo los ojos como un infame, y sentía un frío que me penetraba hasta el alma.

Perdido para ella; perdidas mis esperanzas y mis ilusiones. Ya no podía amarla, no podía hacerle el público homenaje de mi pasión..... mi infamia era una barrera inmensurable, eterna.

A todo me resignaba, ménos á perder el ídolo del culto de mi amor; una ilusión de seis años, una

esperanza halagüeña, pura, íntima como la de la vida celestial.

El desprecio público, la pérdida de mi quietud interior y de mi porvenir, todo se lo perdonaba yo, ménos esto: y se fué introduciendo sordamente el odio dentro de mi corazón.

Pero Ignacio huía de mí, escusaba darme la cara; tenía miedo. Recibió la cuarta cita, y respondió lo mismo que á las anteriores.

¿Qué hacer con un hombre así?.....

Su familia, en fin, tomó parte oyendo mi maledicencia. Me alegré, porque ya pensaba tener una víctima espiatoria que ofrecer á la opinión.

Uno de sus hermanos me dió una cita: fuí, y no era para reñir, sino para causarme mayor repugnancia por unas gentes que no saben ser dignas ni en la desgracia. Ruegos y promesas, en vez de amenazas á nombre del hermano; esto fué todo.

Yo salí de aquella entrevista con la conciencia de que mi desgracia no había consistido en la debilidad de mi carácter, sino en la degradación del suyo.

El demonio castigaba mi pereza, esa punible manía de dejarlo todo para despues; esa calma habitual que tal vez no es otra cosa que el pretexto de la impotencia, la máscara de la imbecilidad.

¿Cuánto sentía yo aquel momento que no había de volver, el único tal vez oportuno para vengarme! Pero entonces creía yo á Ignacio un hombre como yo, cobarde y tímido, pero no abyecto ni isn-

vergüenza. Esperaba de él el mismo sacrificio que yo hacia.

Marzo 3 de 1839.

Un año había pasado. Ignacio escondiendome la cara, diciendo fanfarronadas, aborreciendo ya á su muger; yo sufriendo, y deshonorandolo por todo desquite.

Una tarde caminaba Ignacio delante de mí como á cincuenta pasos: era la primera vez que lo veía solo. Casual ó intencionadamente él se metió en una tienda; yo fui á pararme en otra á pocos pasos esperando verlo salir.

Salió y al verme vaciló; pero hizo un esfuerzo y siguió el camino que traía. Al pasar lo llamé una- dos y tres veces: no me respondió siquiera, pasando de largo: tuvo miedo, y para mostrar lo contrario, despues de diez minutos volvió á pasar en sentido contrario por el mismo lugar. Volví á llamarlo, y él á no responderme: le temblaba la barba, iba pà- lido, y sus pasos no eran seguros.

—Ya lo ven—les dije á los que formaban el corro de la tienda—Lo he llamado con intencion de entrar aquí en arreglos pacíficos delante de vdes. y fijar las condiciones de una satisfaccion.

Este era efectivamente mi intento: no tenia yo otro pensamiento que vindicarme, mostrando que no huia sino ántes buscaba una ocasion.

—A un hombre como ese lo mataria como á un perro—dijo uno de los que escuchaban.

Luego no he hecho todo lo que debía.

A pocos momentos la conversacion habia variado.

Cuando estaba ya oscuro un conocido vino á hablar-me en secreto.

—Ignacio está esperando á vd. aquí cerca, y quiere hablarle.

¡Y ántes no habia querido responderme siquiera!

Tuve miedo sospechando una traicion de que lo creo muy capaz; pero me sobrepuse, no queriendo dejar decir pue la única vez que él me habia busca- do me escusaba yo.

Lo encontré echando espuma por la boca y fue- go por los ojos: habia un testigo que nos contuviera.

—Eres un vil—me dijo—no te he matado porque te tengo lástima.

—Hombre, mira que dices.

—Ya sé que andas diciendo que soy un cobarde porque no he querido admitir un duelo.....

—Y tengo razon.

—Pero el cobarde eres tú, y para probartelo á la hora que quieras estoy dispuesto.

—¿Estás dispuesto?

—Sí; y te comeré, y te.....

.....

—Basta, basta. Aquí tenemos un testigo de lo que has dicho, y mañana te entenderás con el que yo te envie. Hasta mañana.

—Oye.

—Nada mas necesito saber. Hasta mañana.

Esa noche asistí como siempre al café y al teatro aparentando calma; pero contaba yo los momentos como el que mira fijo el término de su vida.

Por fin se habia ecasperado, habia recordado que era hombre, y que tenia que vengar tambien una afrenta acaso mas degradante que la mia.

Al salir del teatro tomé á uno de los amigos que me pareció mas caballero, mas firme y leal.

—Ya sabes mis antecedentes con Ignacio—le dije —por fin él está dispuesto á batirse conmigo, me lo ha dicho esta noche.

—¿De veras?

—De veras. Si no te excusas de tomar parte en este negocio, mañana espero que me hagas el favor de arreglar las condiciones, para que lo mas pronto posible se termine.

—¿Qué condiciones quieres tú?

—Figurate que es un asunto propio, y arreglalo como quieras: solo una cosa debes tener entendida, y es que no voy á batirme por mera fórmula: no nos separarémos hasta que uno de los dos quede muerto ó imposibilitado de seguir combatiendo.

—¿Estás dispuesto, Gabriel?—me preguntó como dudando.

—Tengo miedo—le respondí—no soy valiente; pero procuraré cumplir mi deber.

—¿De modo?...

—Que vas y lo arreglas teniendo en cuenta mi honor como si fuera el tuyo. A las diez de la mañana quiero saber la respuesta.

—Está bien.

La noche que pasé es bien difícil describirla. Todos los recuerdos de infancia, toda mi vida se vino á retratar en la imaginacion con tan hermosos colores que sentí despedirme de la vida: me parecia lisongera á pesar de que nada he gozado en ella; me desprendia á fuerza del mundo para cumplir un deber que no habia de recompensarme, tal vez ni reconocirme.

Conforme adelantaban las horas cambiaban el aspecto y las figuras del cuadro... sangre, horrores, la muerte!... Pero una muerte de aspecto terrífico y severo, con todos los atavíos del rencor, de la venganza, de la fatalidad.

Así me queria yo; ecasperado, delirante, ciego; invocaba yo todos los recuerdos de ese hombre; repasaba con detencion para impregnarme de su acritud, todos sus agravios, todos los sufrimientos, todas las humillaciones que me habia hecho sufrir en silencio: acudia al amor de Serafina; pensaba en mi porvenir; media todos los pesares que iba á evitar-me con esta última violencia.

En fin, creí aborrecerlo en algunos momentos, justificaba mi venganza, y para cerrar los oídos á las amenazas de la religion, acusaba á los hombres que me precipitaban.

Enmedio de la tempestad violenta que me agitaba en el pavor de las tinieblas, me consolaba oír la respiracion igual de mi hermano que dormia en la misma recámara, tranquilo y en calma.—Dichoso

él que duerme; y que al despertar no encontrará ni la muerte, ni la deshonra; dos abismos, en uno de los cuales me voy á precipitar dentro de algunas horas.

Si muero, ¿le deberé á Serafina una lágrima, un recuerdo? ¿Me creará entónces digno de ella, para no recordarme con repugnancia?

Por fortuna dormí algunas horas de la madrugada y desperté bien tarde. La calma que sentí al despertar me asustó: me habia despedido de la vida, me consideraba muerto, y los objetos del mundo no me hacian ya impresion.

Ni una sola vez me ocurrió la idea ó el deseo de matarlo, sino el de morir con honra, con nobleza. Mentira que yo sea valiente; pero la muerte no espanta sino cuando es estéril: yo preveia otra vida en la memoria de los hombres, en la compañía de los espíritus..... ¿Cometia un crimen?..... Yo no iba por mi voluntad; me sacrificaban los sacerdotes del culto del honor, y por no negarlo, moria como los mártires del cristianismo, por una creencia. ¿Se les puede acusar á estos de suicidio por guardar pura su fé? Los cruzados que inmolaban á los sarracenos, invocando tambien una creencia, ¿eran homicidas?.....

Tenia yo miedo de morir, miedo de escuchar el juicio de Dios, pero iba porque la vida no me era soportable sin esta condicion. Un duelo es un albur que seduce como todos los juegos de azar en que se abandona uno á la fatalidad.

Yo no sé manejar ninguna arma; pero confiaba en mi causa..... mejor dicho, sin determinacion alguna de rencor, me entregaba al destino, resignandome á matarlo, ó à morir: ámbas cosas iguales para mí en aquel momento.

No pude tomar el desayuno: lo único que me agradaba era tener trocitos de azúcar en la boca, que desvanecia un poco mi amargura.

A cada campanada del reloj me palpitaba el corazon con una fuerza que sentia sofocarme.

—¿Estàs hoy de mal humor?—me dijo mi hermano.

—Sí—le respondí—me voy á la calle á ver si lo disipo un poco.

Mas conmovido à cada paso que daba, me dirigí al lugar de la cita con mi testigo. Esperé cinco horas eternas de zozobra, de inquietud, de tortura.

Al fin ví llegar á mi amigo fastidiado, sudoroso, con la cara encendida y los ojos inyectados. Su aspecto me causó estrañeza no susto, en su fisonomía no se pintaba la palidez de una resolucion.

—¿Qué sucede?—le pregunté inquieto.

—Nada.

—¿Cómo!.....

—Ese hombre es un bajo, no tiene remedio..... jamas se batirá contigo..... No te queda otro recurso que cargar bien una pistola, escupirlo donde lo encuentres, y al primer movimiento que haga levantarle los sesos....

—Pero..... En fin, ¿qué te ha dicho?

—Vilezas, cobardías, indecencias..... Dice que lo dejes en paz: que te perdona: que te *respetará* cuando te encuentre si tú haces lo mismo con él. Que no lo precipites à perderse sabiendo que tiene familia, despues que no puedes haberle hecho mayor mal que haberle quitado el reposo de toda la vida.....

—¡Ah! ese es un infame!..... ¿Pero no habrá medio de obligarlo?

—Despues de todo esto ¿cuál?..... Provocar una riña y asesinarlo: este es el único.

—Està bien. ¿De modo que no hay esperanza?

—Ninguna: es un sinvergüenza.

Lo es en efecto: todos los que conocen à Ignacio lo dicen. Ignacio es un degradado que vive con una muger de quien desconfia, que deja vivir à un hombre que lo persigue con su maledicencia, y lo perseguirá hasta el fin de su vida. Tormento por tormento. Yo no volveré à contar un instante de alegría; él no volverà à abrazar à su esposa con la confianza de los primeros dias: yo viviré espatriado de la sociedad, él sufrirá el escarnio de cuantos lo conozcan.

Y tendrá que agachar la cara, que bajar los ojos siempre que me encontre: huirá de mí como ya lo he visto huir una vez, de vergüenza y de miedo.

Sin embargo ahora vivo mas inquieto, mas temeroso de él. Ya estoy convencido que nunca se batirá como un hombre; pero el dia que se cecasperen

sus recuerdos, que se vayan concentrando poco à poco su odio, sus zelos, sus remordimientos, su vergüenza; el dia que ceda à un acceso de frenesí me herirá à traicion: no tendrá valor para vengar de otro modo la injuria que le hago publicando su deshonor.

Si algun dia me encuentran asesinado busquen à ese hombre, y lo hallarán manchado con mi sangre y con mi afrenta.

Entre tanto yo vivo condenado à la tristeza, à la desesperacion y el aislamiento. No sé ni quiero vengar esa infamia sino en un duelo: Ignacio se conforma con que los dos vivamos degradados; y mientras él vive de su fatuidad yo estoy muerto para el mundo.

Al tenderle la mano à otro hombre temo que retire la suya por no mancharla al contacto. No me atrevo à amar à una muger, temiendo que me vuelva la espalda al recordar que no soy hombre.

¿Y por qué soy tan débil, que no pongo término à esta agonía eterna matandolo ó matandome? Porque ¿para qué?... *all is equally.*

Yo no he perdido mis hábitos: como y duermo como àntes; las gentes no me arrojan de su lado; mis amigos me hablan como àntes; el sol me calienta, el agua me refresca... Luego puedo vivir.

¡Pero cómo vivo! Con el infierno en el alma.

Tú no conoces à Elena, lector; mas tarde te la retrataré con los colores mas claros y hermosos que halle en mi paleta, para que la ames y la ad-

mires como yo. Ahora te basta saber que Elena es la muger mas delicada, mas consecuente, mas fina. Por no molestar á un criado se priva de un placer; por no disgustar á un conocido se dejaria morir; por no turbar con sus quejas la alegría de su familia, se ha dejado asesinar con un martirio de quince años sin dejar escapar un suspiro.

Esta es Elena; mi amiga de corazon; la muger que me debe la escepcion de creer en su virtud, de respetar su opinion, de tener confianza en su amistad. Solo en su casa entro satisfecho, y me siento junto á ella porque en su atmósfera respiro la confianza, la vida. Ella no me cree degradado como los otros; ella me defiende, me quiere, me endulza la vida. Es mi ángel bueno que me reconcilia con la vida y el mundo. No es mi querida, mi amiga del alma.

Pues bien; al siguiente dia entré en su casa alegre, como siempre que la veia.

Me habló de mis pesares para consolarlos, y yo le referí la última escena de mi desconsoladora historia.

—¿Y qué piensa vd. hacer?—me preguntó, cuando hube acabado de hablar.

—Esperar la muerte devorando mi ignominia.

—No le tiene vd. odio?

—No.

—Es vd. un buen cristiano.....

Cuando quiso reprimir la ironía, ya no pudo: se avergonzó y procuró disculparse. Yo no pude creer

en la sinceridad de esas palabras demasiado sublimes para merecerlas.

Aquella amistad que era mi último refugio, se disipó como tantas otras ilusiones. ¿Cuál me queda ahora? La muerte que temo y que deseo.

Luego para el mundo no he hecho lo que debia.

Veamos, pues, que es el honor, y como lo garantiza la sociedad.

El honor es el respeto à las creencias, las costumbres, los usos de la nacion en que se vive; el público tiene el derecho de lanzar de su seno al que no respeta sus leyes: sí; pero al imponerlas debe proporcionar los medios de cumplirlas.

A mí, deshonorado, tenia derecho de escomulgar-me; pero ¿qué ha hecho en mi favor teniendo yo voluntad de lavar esa mancha? ¿Ha castigado á mi cobarde ofensor? ¿Me ha rehabilitado en su opinion desde que mostré no ser mia la culpa, ni la falta? ¿Qué ley, qué juez obligará á Ignacio á batirse conmigo? Ninguno: y sin embargo me echan en cara un baldon que no es mio; y si un dia lograra por fortuna vengarme, entónces me aplaudirian, me llamarian hombre de honor, de delicadeza.

Pero la ley me condenaria como homicida.... ¿Pues por qué las leyes están en contradiccion con las costumbres y las creencias sociales? Si yo fuera delante de un juez á pedirle satisfaccion á Ignacio, el munde se reiria; quedaria yo mas en ridículo que

ahora estoy. Las leyes del país me condenan à vivir libre en la infamia, ó à vivir en la infamia de una cárcel. ¿Por qué?.....

X El duelo debía reglamentarse, no prohibirse. Un tribunal puede reparar las injurias à la justicia, à la verdad; pero no las del honor: su único guardian es el hombre mismo; su juez la opinion. Prohibir el duelo es quitarle al hombre su única garantía.

Quando uno de esos fanfarrones fatuos supiesen que una habladuría infamante, un insulto grosero, tenía seguro castigo, y que los jueces lo arrastrarian al campo del honor, como el verdugo al patíbulo, habría mas respeto, mas delicadeza, mas paz entre los hombres. Y no que ahora las sociedades apenas son reuniones de gentes degradadas que se dejan escarnecer, insultar, envilecer; porque no hay medio entre el asesinato y la resignacion. Con una palabra se degrada à una familia, se desune à dos esposos; con una ojeada se pierde à un hombre para siempre; y el fatuo que no sería capaz de pararse frente à su adversario con una pistola en la mano, puede reirse en la impunidad del mal que ha hecho: y la sociedad severa con el injuriado à quien no da medios de justificarse, admite al agresor, le abre sus puertas y le tiende la mano, sin echarle en cara su cobardía.

Las sociedades creen todavía en el honor, es aun fantasma, ó una realidad: la única garantía del honor es el duelo, porque los jueces no bastan en la opinion de los hombres para reparar una ofensa. Mientras exista esta creencia, el duelo es neces-

rio y las leyes debian mandarlo àntes que prohibirlo.... O condena à los hombres à ser una grey de animales degenerados, cuya corrupcion heredada de padres à hijos acabará por esterminar todo sentimiento de nobleza y dignidad.

O las leyes se han adelantado en esto à la época en que vivimos, ó la humanidad es una loca que no sabe lo que hace.

¿Qué ley, qué bando, qué circular le devolverà la calma à mi corazon, la alegría à mi alma, su limpieza à mi frente, miéntas no la haya yo lavado con su sangre, ó con mi sangre?....

El honor y la religion son incompatibles; ó lo son las leyes y las costumbres actuales.

A pesar de todo es una muger simpática, amable, atractiva materialmente, y aun en lo moral tiene rasgos de lealtad inesplicables en una muger, y como ella.

Juliana tenía un novio: amores de hábito, frios, monótonos, sensuales, sin lustre ni aroma.

Juliana y Pablo se enojaron. ¿Por qué? Nacidos sus amores del hábito, debían terminar con la ausencia. Pablo, además, estaba fastidiado de una muger que nada le negaba.

Siempre había sido Juliana objeto de mi envidia, y desde que percibí que su antiguo amante la había abandonado, intenté aprovechar la ocasión.

—¿Verdaderamente no amas ya á Juliana?—le pregunté á Pablo un día.

—No.

—Es que te lo pregunto porque quiero enamorarla.

—Bien, haz lo que quieras.

—Sin que creas.....

—Te digo que nada tengo con ella.

—Y.... ¿hasta qué punto has llegado?

—Hasta amarla.

—Sí; pero.....

—Eso nunca se pregunta.

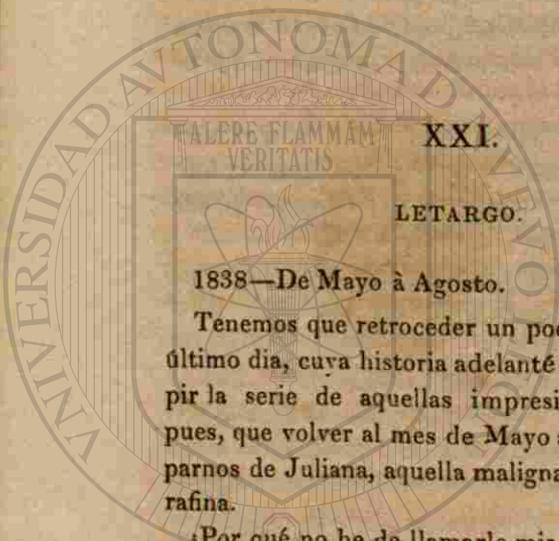
—¡Ah! bien.

—No, no creas.....

—Nada creo. ¿Puedo enamorarla?

—Sí

—Bien.



1838—De Mayo à Agosto.

Tenemos que retroceder un poco de la fecha del último día, cuya historia adelanté por no interrumpir la serie de aquellas impresiones. Tenemos, pues, que volver al mes de Mayo anterior, y á ocuparnos de Juliana, aquella maligna amiga de mi Serafina.

¿Por qué no he de llamarle mía si ella es mi alma?

Juliana es bonita, viva, alegre: su talento se diferencia un poco del de las demás burgalesas en que tiene lo que se llama diplomacia; posee el arte de intrigar, y tiene bastante imperio sobre sus afectos para saberlos reprimir ó disimular cuando le conviene. Su sonrisa apacible, su mirada tierna, su lenguaje comedido y algo pulcro, encubren para muchos su malignidad característica.

—Bien.

Y al momento me dirigí à casa de Juliana.

Deseos y no amor era lo que aquella muger me inspiraba; por consiguiente, ni pensé nunca en buscarle una declaracion, ni en retardar el término de mis pretensiones.

Juliana se puso en guardia desde que me conocí; mejor dicho, con un pensamiento oculto, para cuya realizacion era medio eficazísimo mi deseo, dióme ocasiones, me hizo algunos avances, y hasta pensé conseguir una esperanza, no muy remota, de alcanzar cuanto me habia propuesto.

Toda mi guerra fué práctica: sistema peligroso con una muger delicada, pero con Juliana, astuta, viva y experimentada, no podia adoptarse otro. Hice pues con ella lo que habia yo visto que Pablo hacia.

Comencé por darla la mano al entrar y al despedirme: buscando siempre el lugar mas inmediato à ella, para que à lo ménos nuestras ropas estuviesen en contacto.

Despues el saludo consistió en un abrazo, y en las conversaciones se mezclaban algunas palabras de galantería vulgar pero espresiva.—Que linda es vd. Juliana—¡Oh! ¡qué pié; divino!.....—Dichoso será el que se abrase en tanto fuego—Todo esto lo recibia en tono de chanza, sin dejar de fingir un rubor que no tenia, y que picaba mas mis deseos.

Las concesiones morales y materiales era necesario adquirirlas à fuerza de constancia y astucia.

—Ayer tarde vine, y no estaba vd. en casa, Juliana.

—Es verdad: fui à visitar à una amiga.

—Quien hubiera sido ella.

—¿Para qué?

—Para haber estado con vd..... Me lo dijo el portero, y tuve intencion de ir à buscarla à la visita. Pero.....

—¿Y à dónde se fué vd.?

—A cualquiera parte. Me he acostumbrado de tal modo à pasar aquí las tardes, que en otro lugar me fastidio.

—No pensé que viniera vd. ayer.

—Todos los dias vengo.

—Ménos algunos.

—Tal vez por temor de incomodar.

—¡Oh! no..... Y es mejor pasar la tarde platicando.

—Ya se ve.

Desde entónces Juliana contrajo la obligacion de esperarme, y yo de ir todas las tardes.

—Si no fuera preciso.....—dije una de ellas.

—¿Qué cosa?

—Írme.

—¿Por qué?

—A tomar mi té.

—Lo tomarà vd. acá.

—¡Oh! no.

—Voy à pedirlo.

—De ninguna manera.

—Voy á hacerlo yo misma, si es que tiene vd. desconfianza de mi cocina.

—Pero....

—Esperese vd. que yo lo mando.

Y sin la necesidad de salir á tomar el té, mis visitas se prolongaron dos horas mas todos los dias.

Despues no faltaron pretextos: el mal tiempo unas veces, otras una lectura, luego la pereza ó una conversacion animada: de modo que mis visitas duraban ya toda la tarde y toda la noche.

Ni esto bastó despues de algunos dias. Uno de ellos llegué por la mañana disculpandome.

—Esta tarde no podré venir; por eso adelanto mi visita.

—Pues precisamente para esta noche tenia yo preparado un té exquisito.

—Si acabo temprano mi ocupacion vendré á tomarlo.

—De todas maneras lo espero.

Y fué, porque eso era lo que queria; y así como no faltaron motivos de hacer diarias mis visitas vespertinas y nocturnas, tampoco nos fué difícil encontrarlos para vernos en la mañana: y como antes tomaba el té, despues almorzaba y comia.

Todo esto en clase de amigo de la casa, y como recompensa de mi bondad. Los papás me tenian en mejor opinion de la que merezco, y Juliana, mi protectora, es la niña consentida. Yo le prestaba libros que leer, le llevaba flores, y la divertia: ¿por

qué no me habian de haber sufrido todas mis impertinencias?

Viviendo casi con ella, adquirí toda la familiaridad de un prometido, si no de un esposo. Al principio me relegaba al cuidado de una de sus hermanas miéntras iba al tocador ó hacia otros quehaceres invisibles: despues, y grado por grado, asistí á cuantos actos se pueden presenciar sin faltar á las conveniencias. La veia peinar y acabarse de ajustar el vestido; le ayudaba á buscar en los cajones de su cómoda los aretes que iba á ponerse; en fin, como su sombra la seguia de la recámara al tocador, del tocador al costurero, del costurero á la sala. Nadie se curaba de nosotros, ni nosotros apeteciamos otra compañía.

Pasaba yo las mañanas enteras sentado frente ó al lado de ella tocandose nuestras rodillas: muchas veces leyendo libros, cuyos pasages procuraba hacerle comprender recargando el acento, ó haciendo una aplicacion entre paréntesis: ú otras ocasiones, en perpetuo silencio la miraba yo coser, dejando correr las horas en la inaccion, sintiendo aquel hormigueo extraño que baña la espalda en la especie de sueño que produce la molicie de la quietud, delante de un objeto que se está acariciando con el pensamiento, bañando con la vista, sin perder ni uno de sus movimientos.

Esa embriaguez tranquila en que se sueña despierto, se goza en la inmovilidad, se ama y se aca-

ricia con deleite y sin amor, ese es el magnetismo tambien.

X Muchas veces dormia yo la siesta en su casa y en su cama. Al oscurecer entraba á despertarme, y despues de encenderme un cigarro con su boca, se sentaba á la orilla, cogia una de mis manos para estar jugando con ella, y prolongaba mi amodorramiento con una conversacion agradable, llena de calma, de monotonía, de languidez, insuficiente para despertarme del todo.

De rato en rato levantaba mi mano para hacerle un cariño sensual y espresivo, dejandola caer otra vez sobre su regazo. Ella se entretenia en alisar blandamente mi cabello, ó en repasar el cútis de mi mano ó mi mejilla, apurando la delicadeza del tacto para percibir la lisura de ellas, y dejarme sentir igualmente la suavidad de su mano. No haria mas un magnetizador para sumergir á su manequin en el delicioso sonambulismo donde se ven jardines, palacios, hadas, orgías, amores y deleites.

Para prolongar este ecstásis, era preciso pretostar dolor de cabeza tener la luz retirada bajo un velador opaco, y quedar á la sombra, solos, léjos de la bulla que hacian en la sala las visitas.

Juliana tenia que abandonarme algunos ratos. Cada vez que se levantaba ó se volvía, un beso era la promesa de volver pronto, ó la muestra de alegría al reunirnos como si hubiera durado un año mi soledad de cinco minutos. Esos cinco minutos de pensar á solas en la oscuridad, sintiendome

estar sobre su propio lecho, tocando con mi mejilla el mismo lugar donde ella ponia la suya, examinando á media luz todos los objetos que me revelaban su vida diaria, sus costumbres, todas las escenas que no pasaban delante de mí; estas consideraciones me hacian imaginar toda una vida de pereza, de sensualidad y molicie.

No era yo un hombre tan ocioso que así pudiese perder dias y noches enteras, semanas y meses; no debia yo perderlos, pero los perdía.

El primer obstáculo que encontraba á toda ocupacion era el zaguán de la casa de Juliana, á veinte pasos de la mia.—Entraré á verla cinco minutos, y saldré á hacer cuanto he dejado en la semana. Sí, es preciso salir de esta inaccion que me mata.

Pero entraba yo, y á su lado sentia una pesadez, un cansancio, que ninguna consideracion tenia bastantes fuerzas para levantarme del sillón en que caía.—¿A qué salgo á la calle? ¿á qué voy al mundo? A encontrar hombres falsos y egoistas; á oír murmuraciones indecentes; á sufrir un desprecio, un desengaño. Y luego; ¿para qué?... Mi porvenir será el mismo de todas maneras, y aquí lo espero en los brazos de una muger complaciente, dulce, livianita y resbaladiza.... tiene unos ojos tan interesantes; unos hoyitos junto á los labios.... Cuando me fascina con una de esas miradas lánguidas, prolongadas, suaves, ¿cómo arrancarme de su lado?... me siento atraído hácia

ella por una fuerza insuperable, al mismo tiempo blanda y agradable, que es imposible intentar vencerla. ¿Y para qué luchar?... que corra el tiempo y me sorprenda la muerte: si llega pronto.... mejor: si llega tarde; tengo tiempo.

Un amor así no puede tener encantos; es un letargo que se produce por la aspiración de miasmas corruptos, espesos; letargo que inficiona el alma, embota el corazón y aun los sentidos, y no se sale de él aunque algunos momentos repugne, porque el narcotismo es más fuerte cada día, y las fuerzas disminuyen con la voluntad y la razón.

Juliana no podía quererme; amaba á Pablo, y me había admitido como un consuelo. Sus amores con el otro tenían el mismo carácter; le hubiera sido difícil encontrarse sola, sin tener á quien dedicar sus cuidados, sus finezas, sus obsequios, sin tener con quien engañar sus deseos y divertir su imaginación.

Juliana me concedía cuanto no podía ser de consecuencias; porque Juliana es muger que piensa para amar, y goza para no arrepentirse. Virtud de utilidad es lo que tiene, y entregándose al placer cuando está segura de que no tendrá que pagarlo con lágrimas ó compromisos, tiene bastante firmeza para detenerse en la orilla de un precipicio.

Ninguno ignoraba ya en Búrgos que yo era el sucesor de Pablo. Y Juliana no lo ocultaba porque tenía su objeto, y doble.

Quería en primer lugar probarle á Serafina que

yo no la amaba; que si la había amado, ella, Juliana, tenía bastante mérito para arrancarle un amante de tantos años, ciego y encaprichado.

¿Y lo había conseguido? Serafina estará en mi corazón hasta la muerte: Juliana lo sabía, y desconfiaba de mi fidelidad. Yo á mi vez, sabía que Pablo era su dueño, y sin soltarle una prenda que me hubiese puesto en berlina, solicitaba como podía el cumplimiento de mi deseo.

Nos acariciábamos sin amarnos, nos engañábamos mutuamente en el objeto y el carácter de nuestros sentimientos; y el engaño era tan bien sostenido, que hasta el público más incrédulo llegó á quejarse del poco respeto que le guardábamos, ó de la embriaguez que nos quitaba el conocimiento de los deberes sociales. En efecto; Juliana abandonaba á una visita por ir á prepararme el té, ó platicarme un rato; en un paseo no admitía sino mi brazo; en la mesa solo tomaba la copa que yo le ofrecía; en una tertulia no cantaba si estaba yo de mal humor, ni en su casa admitía otro asiento que el butaque donde yo apoyaba mis piés, sentado en el sofá inmediato.

Todo esto me permitía ella en público para conseguir su segundo objeto. La muger propia fastidia; lo que se posee no interesa. Pero desde que se pierde el bien, se conoce; y solo hasta entónces, dice el refrán.

Pablo tenía demasiado buenos recuerdos de Juliana para olvidarla enteramente; y suponiéndola

enajenada y no libre, debía escitarsele la envidia, los celos. Juliana tenía conciencia de lo que valía, y de cuanto había hecho gozar á Pablo. Esperaba, y con razon, atraerlo de nuevo recordandole que los favores que ahora me concedia, tal vez á solas, ántes habian sido suyos exclusivamente, y podian volverlo á ser, si volvía en sí, y abandonaba á la rival; porque Juliana la temia; y no me tomó á mí sino para ponerme frente á ella y no sufrir la humillacion del abandono completo.

Creia yo estar cerca de la dicha, muy cerca: jamas había estado Juliana tan amable, tan fácil como la noche anterior, jamas la había yo sentido estremecerse en mis brazos ni tomar la iniciativa, quemandome los labios con un beso de fuego. Hasta pensé que aquel era el cuarto de hora que esperaba hacia tres meses.

Pero no era sino el final de la comedia.

Al dia siguiente hallé á Pablo ocupando mi lugar en el sofá; á Juliana hablandole como á mí: á los dos mirándose como nos mirabamos nosotros. Pablo me lo usurpaba todo; lugar, conversacion, miradas, atenciones.

Despues de un cuarto de hora me abandonaron el campo, y mientras una hermana me entretenia. Pablo y Juliana seguian en la pieza inmediata un diálogo bien animado.

Juliana salió con los ojos brillantes, las mejillas de carmin: Pablo aparentando calma y mirandome con curiosidad, examinando mi fisonomia.

Hasta entónces no conocí el papel que habia representado; aunque tuve el buen sentido de no hacer cólera, ni fingirla siquiera.

Conocí que era tiempo de retirarme, y lo hice ajustando un tratado de amistad con mi enemiga.

—Juliana—le dije cuando no tuve ya duda—me va vd. á responder con franqueza.

—Sí.

—¿Qué significan las visitas de Pablo?

—Lo que siempre.

—Esa es respuesta como de vd., llena de asuncia.

—Vd. siempre desconfiado.

—Y vd siempre viva y diestra. En sustancia, ¿ Cree vd. que la amo?

—Nunca me lo ha dicho.

—¿Y si se lo hubiera dicho?

—No lo habria creído.

—¿Y si hubiera vd. llegado á creerlo?

—No le habria correspondido

—¿Por qué?

—Porque no sé amar á dos.

—¿Cómo! ¿quién era el otro?

—Bien lo sabe vd.

—Yo sé que Mariana—(su rival)—en esta época.

—Ilusiones....

—Pues bien; entónces....

Iba yo á oponerle una objecion muy fuerte, nuestros besos y su anuencia. Pero ella mas viva, y mas veterana me interrumpió.

—¿Sabe vd.? amistad entre hombre y muger siempre es peligrosa; porque luego los hombres convierten en sustancia, interpretan

—Espero que de mí no podrá vd. decir eso.

—Tan no lo digo, que ni ocasion ha tenido vd. de ello.

Esta audacia para mentir, para negarle à uno lo que ha palpado, solo la tienen las mugeres, y solo ellas tienen el talento de dejarse seducir, de permitirse gozar lo que quieren, sin dejar una huella, una prueba con que poderlas avergonzar diciendoles—fué tu voluntad. Nuestra inseparabilidad, nuestros besos, nuestra obediencia habian sido amistad pura y sencilla. A tener valor, le hubiera pedido la esplicacion de ciertas cosillas; pero me habria respondido entónces—Casualidad, distraccion, juego—¿Acaso valgo tanto para creer?

¿Y qué hace vd. con una muger como estas? Sentir perderla; quererla como siempre, y separarse de ella con sentimiento, pero sin rencor.

Lo van conduciendo à uno cuesta abajo con una atencion, con un cuidado eficacisimos; le buscan el paso mas seguro y fácil; y cuando lo han dejado en el llano le dirigen una mirada última que quiere decir—Ahora es imposible; pero de tí depende alcanzar la primera vacante.

XXII.

MAS AGONIA.

1838.—Hasta Diciembre.

Pocos dias despues de haberme despedido de mis esperanzas con Juliana, recibí de Ignacio la injuria que me sentenció à vivir en la infamia.

No tenia, pues, ni un refugio contra el fastidio; un lugar donde ir à matar el tiempo, léjos del mundo, y cerca de una idea constante con que divertir los pesares, engañando al corazon.

Un nuevo acceso de fastidio, de amargura, de desesperacion fria y lenta, eterna y descolorada, como el vacío sin la creacion.

Meditaciones sombrías, largas horas de soledad y silencio; la inaccion y el temor; la duda y el

abandono. ¿A qué aspirar?... Cuando me sentía el corazón latiendo con la calma del desfallecimiento; cuando del porvenir oscuro salía una voz que reprendía mi criminal ociosidad; cuando aun el presente me aguijoneaba con los asaltos de un acreedor, ó las reconvenções de un olvido voluntario, hacía un esfuerzo para levantarme y obrar.... Pero ¿cuál era el objeto de mi actividad? ¿qué estímulo me quedaba? Volví la vista á lo pasado, para reanudarle con el porvenir, para buscar en los recuerdos el germen de un deseo, de una esperanza; y si el porvenir estaba vacío y negro, el pasado estaba lleno de dolores, pesares y decepciones.

Mujeres volubles, corrompidas y falsas.... aun cuando las hubiera creído inocentes, tiernas y fieles; ¿podía aspirar á ellas, yo, que sin vengar la más humillante de las afrentas, no era digno ni de respirar de la misma atmósfera que los otros hombres?... Serafina vivía para reconciliarme con las mugeres, para amarlas; pero Serafina estaba perdida para mí: me hubiera ella rogado en esta época, y yo habría huido para que no se manchase con mi deshonra.

Ella, una hada, una vírgen, un ángel, deshonorada por un reptil asqueroso que la hubiera envenenado, quedando aplastado bajo sus piés!.....

Entonces se apagó enteramente aquella flama débil de la esperanza que ardía opaca dentro de mi corazón.

Pero yo no quería desprenderme de Serafina: arrancármela es arrancarme el alma, la vida..... Concebí una idea horrorosa, infernal.

¿Por qué el destino no le arrebatara su familia y su fortuna? ¿por qué no la abandonaran su virtud y su orgullo? ¿por qué no tropieze con un seductor que la pierda y la desprecie despues, dejándola tirada en el fango de la vergüenza y la prostitucion?..... Despojada de sus galas, de su reputacion, de su modestia, llorando lágrimas de hiel, maldiciendo la vida y corriendo tras de un crimen para olvidar otro crimen, descendiendo cada dia un escalon hasta llegar á la miseria y la desesperacion, entonces iría yo, como no iría ningun otro de los amantes que hoy la adulan, á echarme á sus piés, no para ofrecerle mi amor ni solicitar el suyo, sino á divertir sus dolores, á servirla como esclavo, á perderme con ella aceptando el oprobio de su deshonra, de su liviandad.....

Sí, deseaba yo verla desgarrada y harapienta, fea y envejecida, despreciable y desesperada, condenada á la necesidad, no de amarme, sino de escucharme; de permitirme espiarla por la hendidura de la puerta que nos separase, aunque jamás me diese licencia de pisar el mismo suelo que ella habitara....

¿Poseerla, tenerla en mis brazos, nunca! ¿Acaso me acuerdo de si Serafina es una muger?... Su talle delgado y trasparente; sus ojos apacibles, no son más que el vestido, la forma con que se hace

visible para mí; pero Serafina no es mas que un ángel, un espíritu, con quien serian imposibles los placeres del mundo.

Nunca; no quiero saber si Serafina es una mujer como todas; la veria despues como á todas ellas, llegaria á repugnarme.... perderia mi ilusión!

¡Deseaba yo verla como otra Samaritana y ser su Cristo; llorar con ella y morir por ella martirizado con una tortura de mil años!

¡Ah! ¡Serafina!.... ¿quién te amaré como yo? ¿quién habrá amado como yo sobre la tierra?....

Pero este amor ideal, imposible, hacia mi desgracia. Última esperanza concebida y apagada; último rayo de luz que me alumbraba y me calentaba antes de extinguirse, cuando me dejó en las tinieblas de la desesperacion, comencé á sentir la muerte de la inaccion, el marasmo de la vejez.

El infortunio me hizo suspicaz; la malicia misántropo; la misantropía insufrible aun para mis mejores amigos; á los que no huian de mí por repugnancia ó temiendo mi carácter duro y maldiciente, desigual é irascible, los ahuyentaba yo á fuerza de mal humor y desconfianza.

Mi sombra me fastidiaba muchas veces, aborrecia á la misma Serafina; y concibiendo proyectos horribles para vengarme de la humanidad entera y destruir el mundo, tenia miedo de que descubriesen este rencor oculto, y vivia con la inquietud de un criminal.

Tenia miedo de estar solo; temblaba en la oscu-

ridad como un chiquillo medroso, y cuantas noches, despertando sobresaltado, me incorporaba para asegurarme de que mi hermano dormia junto á mí y no estaba solo.

Este hermano, estos hermanos que se entristecian con mi tristeza, que ocultaban sus pesares para reirse delante de mí, que preocupados con su propio dolor, hallaban sin embargo consejos y palabras para consolarme, me cansaban; huia yo de mi hermano; y cuando mi hermana venia á consolarme con la ternura que heredó de nuestra madre, la despedia con un beso helado que la hacia llorar.... y yo me quedaba con los ojos secos, devorado de remordimientos.

Hace catorce años que no lloro; catorce años que no tengo el placer de sentir la húmeda huella que deja en la mejilla una lagrima que cae en silencio.

En fin, hay en mí una preocupacion que origina todos mis defectos y mis pesares; sea que estoy impregnado del escepticismo de moda, ó mas bien, que las primeras impresiones que recibí al despertar á la razon, fueron todas terribles y de aquellas que enfrian el corazon mostrandole todo el crimen y toda la falsedad de que son capaces los hombres; lo cierto es que yo perdí la fé en ellos, y tengo la desgracia de dudar hasta de los hechos: yo sé bien que en el mundo debe atenderse solamente al resultado que para uno tengan las cosas, sin reparar en los medios ni los orígenes de las acciones; comprendo el positivismo y sé por mi propia esperien-

cia que el que no explota es explotado; pero soy de diferente masa que los hombres, y cuando uno me quiere hacer un regalo ó una muger me da un beso, siempre me pregunto ¿por qué lo haría? ¿espera algo de mí este hombre? ¿esta muger tiene lubricidad ó amor?..... Maldita idea de preguntar el por qué de todas las cosas, y de analizarlas: y como en mi propia naturaleza reconozco que el yo, el egoísmo mas ó ménos reprimido por el Evangelio, es el único móvil de todas las acciones humanas, desconfío hasta de mi sombra, y sin fé no puedo amar á nadie: no soy misántropo en la apariencia; pero mi corazón vive aislado.

En cuanto á la felicidad que todos buscamos en la tierra, me sucede lo siguiente: el alma no puede satisfacerse sino con la verdad; y en el mundo no encuentro otra que la muerte y la resurrección á la vida eterna: las ilusiones que dan momentos de entusiasmo y verdadera dicha á algunos, no pueden causar en mí el mismo efecto; como todos, tengo yo mis ilusiones, pero conozco que lo son, y como tales sé que tarde ó temprano deben disiparse: y este pensamiento me amarga en el mismo momento de gozarlas. Yo concibo la felicidad no pasajera y cambiante como todo lo terrestre, sino inmutable y eterna como Dios que es su origen: de modo que aun suponiendo que llegase á encontrar un dia el amor de una muger, tan desinteresado, tan noble, tan espiritual como me figuro que debe ser el amor, y con tal evidencia probado que por

fin realizara mi deseo completa y cumplidamente me pesaría entónces de haber hallado tal muger, porque no podría amarla ni conservarla eternamente. Esta evidencia de que mañana debo perder lo que realmente tengo hoy no me deja gozar. No hay medio: ó no se encuentra el objeto que satisfaciendo los deseos causa la dicha, y estamos tristes; ó se halla, y entónces nos entristece el temor de perderla. Sofismas ó verdades, he aquí el origen de mi pereza y mi tristeza.

Es horrible ese estado de impasibilidad sombría en que ya no se sienten ni los propios pesares: ni el sol calienta, ni el frío incomoda; un agravio y un favor se recibe con igual indiferencia: hasta los sentidos se embotan, y puede uno permanecer en medio de una fiesta estrepitosa y brillante, sin ver, sin oír, sin distraerse de un pensamiento tan profundo y tan vago, que uno mismo no podría recordarlo al volver de su letargo.

No se siente placer en amar ni en ser amado: todos los afectos se convierten en odios; todas las demostraciones de piedad ó simpatía que se reciben, repugnan, pesan, violentan el espíritu que no quiere amar ni agradecer.

La muerte tan fea y tan temible, aparece entónces con una máscara de sirena, engalanada con ropas vistosas, seductora bajo un disfraz engañoso. Entónces la muerte es la única amante posible que se desea, que se acaricia en el pensamiento; que no se sale á encontrar. . . . por cobardía!

Temo la muerte porque está en el instinto, y porque no siendo virtuoso me espanta el infierno con que amenaza la religion; pero realmente no tengo otra esperanza risueña que morir. ¿Por qué no me he suicidado? lo repito; por miedo y por pereza: el día que los placeres, las pesadumbres ó las circunstancias me saquen de mi apatia dandome una actividad energética, estoy muy cerca de morir... ¡Romanticismo! ¡esageracion!.. ¡moda!.. esclamarán algunos riendose de mí: ¡ojalá que nunca tenga el que tal diga una de aquellas épocas, uno de aquellos momentos en que vemos el mundo lleno de sombras, y maldecimos la vida. Este estado es violento, anormal, no puede ser perpetuo; cénvengo, y espero que mañana cambiaré de ideas; pero entretanto padezco, y ya llevo en padecer diez años, los primeros de la juventud.

XXIII.

SIGUE LA HISTORIA DE UN BESO.

1839.—Enero.

Isabel vino á sacarme un rato de este delirio.

Volví á visitarla sin saber por qué, con mas frecuencia cada dia; y alguna vez estuvo tan amable conmigo que el amante que nos veia en silencio, se formalizó un poco. Entónces lo achaqué á mero capricho: hoy veo que la coqueteria es en ella el rasgo mas saliente de su carácter.

Poco á poco fuí sintiendo mas gusto en verla, y arrostrando con el amante, á quien siempre encontraba de noche y me ponía mal gesto, me dejaba llevar de una fuerza interior que me violentaba dulcemente.

Comenzaba ya una época en que este capricho tomaba la forma determinada de un deseo, pues no la buscaba ya por mero pasatiempo: se me paseaba ya el pensamiento de hacerla mi querida. La veía

Temo la muerte porque está en el instinto, y porque no siendo virtuoso me espanta el infierno con que amenaza la religion; pero realmente no tengo otra esperanza risueña que morir. ¿Por qué no me he suicidado? lo repito; por miedo y por pereza: el día que los placeres, las pesadumbres ó las circunstancias me saquen de mi apatia dandome una actividad enérgica, estoy muy cerca de morir... ¡Romanticismo! ¡esageracion!.. ¡moda!.. esclamarán algunos riendose de mí: ¡ojalá que nunca tenga el que tal diga una de aquellas épocas, uno de aquellos momentos en que vemos el mundo lleno de sombras, y maldecimos la vida. Este estado es violento, anormal, no puede ser perpetuo; cénvengo, y espero que mañana cambiaré de ideas; pero entretanto padezco, y ya llevo en padecer diez años, los primeros de la juventud.

XXIII.

SIGUE LA HISTORIA DE UN BESO.

1839.—Enero.

Isabel vino á sacarme un rato de este delirio.

Volví á visitarla sin saber por qué, con mas frecuencia cada dia; y alguna vez estuvo tan amable conmigo que el amante que nos veia en silencio, se formalizó un poco. Entónces lo achaqué á mero capricho: hoy veo que la coqueteria es en ella el rasgo mas saliente de su carácter.

Poco á poco fuí sintiendo mas gusto en verla, y arrojando con el amante, á quien siempre encontraba de noche y me ponía mal gesto, me dejaba llevar de una fuerza interior que me violentaba dulcemente.

Comenzaba ya una época en que este capricho tomaba la forma determinada de un deseo, pues no la buscaba ya por mero pasatiempo: se me paseaba ya el pensamiento de hacerla mi querida. La veía

hermosa, y me causaban envidia los hombres que, según el dicho de algunos, la habían poseído.

Antes de seguir, hagamos algunas reflexiones y una advertencia.

Esta es, que los apuntes de la historia de un beso los he hecho siguiendo día por día, hora por hora, la marcha de la intriga, qué quise consignar al papel por un nuevo capricho. Esta es la razón porque el capítulo presente está lleno de pormenores, y escrito en lenguaje de presente, familiar y aun difuso.

Las reflexiones preliminares son las que siguen.

Todo el mundo acusa á Isabel no solo de coqueta, sino de liviana; pero hasta ahora me fijó en la idea, á pesar de haberla oído hace mucho tiempo. Diferentes conversaciones con personas, hombres la mayor parte, que podían saberlo, confidencias hechas á mí en lo reservado, me hicieron creer que Isabel se había rendido enteramente, no solo al amante actual y al marido, sino á otro hombre con quien tuvo sus primeros amores. Yo nada he visto, pero el primer amante tuvo á su favor la edad, el temperamento de Isabel y su atrevimiento; Victor contó con la ocasión y el despecho de una muger caprichosa, á quien se prohíbe casarse con el hombre que aún dice que ama; el amante actual contaba en fin cuatro años de visitas nocturnas sin testigos ni obstáculos.

Yo concibo, y disculpo, y apruebo que una muger ceda á los impulsos del amor, y se entregue á

su amante; pero no sé como llamar á la que tiene varios novios sucesivos y es fácil con todos ellos: una muger puede tener mil pretendientes; pero admitir los obsequios de mas de uno, es coquetería; puede pasarse, y para mí no es crimen, que una muger hasta se prostituya con un hombre solo, pero divertirse, engañar á algunos á la vez, es una infamia; y es casi evidente que mientras Isabel mantenía sus relaciones con Victor, aun despues que había abandonado la casa por la desaprobación del padre, ella admitía un amante en su casa, donde permanecía encerrada, casi enclaustrada, arrojando la maledicencia del público entero. Isabel, pues, dejó de ser para mí una muger pura, y la juzgaba según esto una muger esplotable, aunque no entra en el número de mis esperanzas.

Una pregunta. ¿No es muy posible que todas estas especies tengan su origen en la maledicencia y la envidia, y no en su mala conducta?

Pero un amigo mio (así llamo á todas las personas de mi conocimiento porque es la expresión usual) me dijo una vez ciertas palabras que movieron mi curiosidad, lisonjeando mi amor propio; y llegó por fin á hablar me de este modo,

—Yo conozco á una muger que está enamorada de tí.

—¿De mí?—le repliqué.

—Sí: y una muger que lo vale.

—¿Quién es?

—Isabel.

—¡Isabel!... no lo creo; pero ojalá... ¿Y tú de donde lo sabes? ¿ella te lo ha dicho?

—Ni á mí ni á nadie creo que se lo diga, mas se le conoce.

—Pues por lo que toca á mí...

—Pero yo si lo percibo bien: frecuentemente habla de ti alabando tu talento y tu originalidad, se ocupa de las cosas que te suceden, y en fin á mí me ha dicho estas palabras;—Gabriel es un muchacho apreciable, inspira interés; yo no puedo estar junto á él sin sentir no sé que cosa...

—¿De veras?

—De veras: serás un necio si desperdicias la ocasión.

Estas palabras me hicieron cosquillas, encendieron mi amor propio y fueron el origen de todo. Yo creo á Isabel capaz de haber dicho esto; creo tambien que se lo dijo á un amigo mio para que llegara á mis noticias, y creo que la intencion del que me las confió eran sinceras: despues verémos el fundamento... desde ahora.

Luisa habia quebrado con su amante, y Victor estaba léjos; necesitaba un hombre con quien divertir sus noches, y gastar la inagotable inquietud de su imaginacion: sabia mi antigua y acendrado amor á Serafina que me habia mantenido por espacio de siete años indiferente á todas las mugeres, y queria que se sacrificara yo á esta muger con todas las ilusiones que conservo todavía; en fin, me juzga un hombre austero, indiferentista, fuerte con-

tra las tentaciones, conecedor de las mugeres, en una palabra, un filósofo segun dicen las gentes vulgares; y quiso hacer alarde de sus fuerzas probandolas con mi filosofia: hé aquí bastantes y fuertes razones para que formara un capricho respecto de mí.

Por otra parte, aunque sé que el amigo que me hizo la confianza es y ha sido pretendiente víctima de Isabel, no desconfié de él, ni temia nunca una traicion que quisiera hacerme para favorecer acaso sus proyectos, porque entónces no los tenia, y yo percibí que me habia hecho el favor de la noticia, en uno de aquellos momentos en que los hombres somos filántropos por impotencia.

Ya yo no pensaba en Isabel, sino como en un lance agradable, una conquista para la vanidad y el deleyte; un negocio pasajero que me dejaria buenos ratos, recuerdos alegres, y nada mas. Procuraba tantearla, escudriñar su corazon, espiar sus pensamientos, y esperaba una ocasion; porque yo no creia que debia hacer otra cosa: la juzgaba una muger de buen temperamento, frívola, caprichosa, amante de escenas violentas y originales, llena la cabeza de novelas, y capaz de sacrificar á un placer nuevo y bien buscado, el pudor que ya habia perdido tantas veces. Imaginabame mil escenas diferentes, ensayaba dentro de mí infinitos modos de comprar á su gusto el placer que me habia propuesto alcanzar, y esperaba el carnaval creyendo que entre la confusion y bulla de las máscaras, y

favorecido por la careta, se completaría un lance que debia terminar al punto.

Pero el curioso lector verá que á pesar de que las carnestolendas llegaron, yo soy un hombre que pienso y hablo mucho, todo lo comprendo y lo analizo á mi modo, y á pesar de cuanto miro, creo, y siento, no hago nada.

Isabel se ausentó de Búrgos por ir á pasear al campo algunos dias; la ví despedirse de mí alegre, fria; esto me picó cuando yo la creia empeñada en seducirme, é incapaz de abandonarme: pero ella estaba ya satisfecha de que podia descuidarme algunos dias porque ya estaba cogido en la red.

¿Me amaré en efecto Isabel? ¿Me atreveré á amarla? Estoy deshonrado, y una muger como ella no podria admitir el cortejo del hombre que desprecia todas.

Isabel pretende divertirse y no lo conseguirá. Haberse marchado sin consultar mi voluntad si quiera por fórmula!..... No volveré á verla.

Volvió ella del paseo, y en efecto no la ví, aunque para ello me hacia violencia. La revelacion que el amigo me habia hecho, escitaba mis deseos, mis esperanzas; sin embargo, tuve fuerzas para esperar y esperé, invocando la memoria de Serafina para no dejarme vencer de un deseo ya irresistible.

Febrero 18.—Es domingo de carnestolendas, y estoy de mal humor. Hace muchos dias que no tengo mas pensamiento que el de encontrar á Serafina en el baile, hablarle, bailar con ella, y con-

cebir á lo ménos una esperanza. Isabel ha entrado en mis proyectos de carnaval como un lance que estoy pronto á olvidar despues, y aun á abandonar si encuentro á Serafina ménos rigorosa. Mi mal humor consiste hoy en que el sastrero no me traerá la ropa que debe servirme esta noche, y lo mismo que un niño alborotado para una fiesta, estoy renegando contra todos los hijos de San Homobono, y maldiciendo mi pereza, motivo que me proporciona este mal rato.

Llegada la noche me he contentado con sentarme á la puerta para ver entrar la concurrencia del baile; á Isabel no la ví; Serafina llegó á las once y media, tan linda, tan gallarda, tan llena de encantos é ilusiones como el primer dia que la ví; hasta su traje era igual, todo blanco.

Pasó junto á mí sin verme siquiera: sentí impulsos violentísimos de ir á casa, vestirme de cualquier modo y volver al salon: pronto cambié de idea, creyendo que en los ojos me conoceria la gente la ridiculez del enamorado; y llena la cabeza de ideas amargas, me fuí á acostar con la misma tristeza que si hubiera perdido la última esperanza.

Febrero 19.—En la mañana me han contado mis amigos los pormenores del baile de anoche, y he sabido que Isabel preguntó á algunos el motivo por qué no asistí; recibí ademas de su parte, un saludo amistoso, casi una reconvencion.

Mi humor es hoy mas negro que ayer: no podré todavía cumplir el capricho de estrenar un vestido

de moda, y me parece que sin él no podré hacer nada de cuanto me he propuesto; gozar del lance con Isabel y hablar á Serafina.

En la noche no he podido resistir, y con el mismo traje de todos los días me he metido en la sala, sin siquiera tomar ropa blanca limpia: mi amor á Serafina y su desden, son tan conocidos del público como la luz; y la amargura de mi corazón va tan bien marcada en mi semblante, que todos los máscaras se ríen de mí, me dicen chuladas, y apelando al materialismo me aconsejan que me alegre y procure olvidar mis ilusiones de poeta por placeres mas positivos y fáciles; yo no los escucho, y me fastidio sin bailar, sin hablar, sin hallar un objeto que me distraiga un momento de mi monomanía—Serafina.

Resuelto á hablarle, esperando despues de muchos días oír una palabra suya aunque no fuera de amor, ó gozar la dicha, grande para mí, de estar sentado á su lado siquiera un momento, sentí la verdadera desesperacion al verla en un palco (estamos en el teatro) no dispuesta á bajar al salon en toda la noche. Desesperado atravesé por en medio de los máscaras que hubiera querido desaparecer de un solo golpe, y fuí á sentarme á un rincón.

Isabel pasó vestida de máscara y la reconocí; cosa bien fácil para todo el mundo respecto de ella. Isabel tiene gusto en vestirse de máscara, pero no se disfraza: si permaneciera desconocida, perdería el baile todos los encantos, perdiendo necesariamente todas las ventajas de su posición.

Una muger con la careta puesta, puede negar quien es aunque lleve cosida su fé de bautismo en la capucha del dominó; con esta garantía quedan satisfechas las leyes sociales, y con la evidencia que por otra parte se tiene de la identidad de la persona, se forma una lucha tan interesante como ventajosa para quien sabe manejar bien la lengua debajo del antifaz: una muger puede llamar á un desconocido, repeler al amante, hacer avances, desdeñar, gozar en fin cuanto quiera y con quien quiera, segura de que, habiendo ganado reputacion y placer durante la noche, al día siguiente puede levantarse diciendo, no he salido de casa, no he sido yo; y al paso que se desespera á los que darian un brazo por satisfacer su orgullo identificando ante el público la persona enmascarada de quien fueron favorecidos, ella puede afrontar la maledicencia, porque nadie le ha levantado la cortina de la careta para verle la cara y mostrarla á la concurrencia.

Isabel me saludó al pasar, y despues de algunas vueltas vino á ocupar un lugar que casualmente estaba desocupado junto á mí.

—Estás muy triste—me dijo al sentarse.

—Estaba—le respondí—pero á tu lado me alegraré.

—¿Y por qué estabas triste?

--Qué sé yo.

—Las pasiones..... el corazón....

Apénas pudo llegar aquí nuestro diálogo: una porcion de hombres vinieron á rodearnos llenan-

dola de flores, de lisonjas, de alabanzas, de tanto, que tuve que callar, permaneciendo así gran rato: despues llegó un enmascarado, le tendió el brazo, y ella no le dejó diciendome:

—Ya vengo, ¿eh?

—Aquí te espero.

Todos los deseos que habia esperado realizar con ella esta noche, se habian disipado delante de Serafina.

Sediento de verla me levanté para pasearme y mirarla: al pasar frente à ella le dirijí una mirada que mas que amor tenia desesperacion, y ella fijó los ojos en mí de una manera que me quedé clavado en el suelo sin dar otro paso. Bañandonos, abrasandonos, con la vista, permanecemos diez segundos, hasta que al fin bajé mis ojos no pudiendo contener la espresion de los suyos: yo la decia al mirarla—Me muero por tu amor;—ella me respondia.—Comprendo lo que por mí sufres, y te amo.—En este momento rápido pasó por mi imaginacion fascinada toda una historia de amarguras y placeres.

Serafina me ha humillado, me ha despreciado cuanto puede hacerlo una muger orgullosa con un hombre débil, y nunca he creido que llegará à amarme; debió pues, ser muy clara, muy franca la espresion de su mirada para que yo la hubiera comprendido: pero ilusion ó realidad, esta es la primera ocasion que sus ojos se fijan en mí de una manera que hagan latir el corazon: lo sentia de ve-

ras reventar, y la preocupacion de aquella mirada no se me disipará fácilmente.

No tuve ya cabeza para pensar mas en Isabel: volví à encontrarla algunas veces, cambiamos algunas frases y no me ocupé mas de ella, ni ella de mí.

Ví salir del baile à Serafina, y creo que me miró para despedirse: con ella se fueron mis ilusiones todas, y desesperado de no oír lo que me parecia leer en su semblante, esperé el fin de la fiesta con impaciencia, para hallar en el sueño el remedio de la inquietud, de la violencia que sentia, vacilando entre la esperanza y la duda. Al siguiente día

Febrero 20.—Contaba yo las horas, los cuartos, los minutos, y me martirizaba la lentitud con que corria el tiempo: no hallaba un objeto que pudiese distraerme de mi inquietud, dominandome una idea sola; la idea que por tantos años no he podido, no he querido que se borre de mi imaginacion.

En cuanto el sol comenzó à declinar, se fué disipando mi esplin, y los largos y difíciles pormenores de una *toilette* desusada para mí, me entretenieron durante la tarde y las primeras horas de la noche: clavaba yo los ojos en el vestido con positivo é íntimo deleite, y lo queria y lo cuidaba como que veia en él la esperanza de mi amor; cada pieza que me iba ajustando al cuerpo, me hacia experimentar la sensacion mas dulce, y en fin, cuando me puse los guantes para salir de casa, era im-

posible aquietar los latidos de mi corazón, pudiendo apenas reprimir la sonrisa que à cada momento abría mis labios revelando mi satisfacción. Llegar, hablarla, oír la confesión de su amor y vivir feliz con ella; escuchar una nueva repulsa, y matarla, y matarme y matar à todo el mundo, eran para mí cosas tan fáciles y tan necesarias en aquel momento, que no podía prescindir de estas ideas.

Este conjunto de puerilidades, de alucinamientos, de estravagancias, me formaban una situación que no puede comprenderse por todos, y que à muchos les parecerà equívoca y falsa, ó cuando ménos escaserada: recuerde, sin embargo, cada uno el tiempo en que estuvo enamorado, y entónces verá que nada hay en esta pintura de contranatural ó mentiroso.

Llegué al baile con el corazón alborotado y alegre como una sonaja; mis ojos brillaban, mi cara estaba animada y encendida; me ví disimuladamente al pasar frente à un espejo y quedé complacido de mi figura, no por vanidad, sino porque creyendo estar tan gallardo y apuesto como cualquier otro, tenía un medio mas de cautivar à Serafina que no me iba à ver con mi traje sucio y repugnante de todos los días.

Pero à poco tiempo comencé à avergonzarme interiormente de mi locura; y como un lugareño que se vé por la primera vez enmedio del gran mundo, me ruborizaba del traje, mis maneras tenían el encogimiento, la zurdería de la desconfian-

za, y temiendo caer en ridículo, como tanto petimetre novel é improvisado, casi me entristecí, y aun iba à salirme de la sala huyendo de Serafina, por temor de aparecer à sus ojos como un sér risible.

Ella estaba en un palco, y la preocupación de que esta noche la había de hablar infaliblemente, me hacía esperar que después bajaría al salón; para mí era esta creencia un hecho, y espiaba el momento con una seguridad imperturbable. Entre tanto mi mal humor crecía, y para disiparlo mientras llegaba la hora suprema de tenerla en mis brazos, me decidí à tomar parte en el movimiento común. Bailaba y charlaba con cuantas podía, decía epigramas, conversaba con los máscaras, en fin, comenzando friamente y como por fuerza, acabé por estar positivamente disipado y enagenado con el baile y los bailadores.

La concurrencia era esta noche tan lucida como numerosa; apenas se podía transitar por enmedio de un torbellino de moros, de pastores, de viejos, de templarios, de ninfas... y de dominós. Aquel murmullo sordo, pero penetrante de tanto tiple y tanta algazara; la luz y el calor de mil luces, la fatiga del baile, el entusiasmo de la música, me embriagaron por algunas horas, y como un jóven que prueba la primera noche de libertad en una fiesta, me entregué à la alegría franca y exclusivamente. Me empeñaba en conocer à las enmascaradas, y las decía requiebros; obsequiaba à las que me pa-

recian bonitas; hacia en fin, cuanto puede hacer un muchacho nuevo en este género de espectáculos: por mucho tiempo olvidé mi amor á Serafina, y casi temia que bajase á interrumpir mi alegría con su presencia. A Isabel la habia encontrado ya, y casi ufano de presentarme en *grand tenue*, lisonjeando su vanidad, corrí á hablarle con intencion de ejecutar esta noche mi proyecto, pero me recibió de tal manera, que me dejó como dicen, con la palabra en la boca, y me alejé de ella ofendido y como desengañado.

Despues de la media noche desapareció Serafina de su palco, yo la creí dormida en su cama, olvidada de mí, ó soñando con otro; y por despecho de ver burladas todas mis esperanzas, me entregué con mas furor á la locura del baile.

Mi enojo con Isabel no podia durar mucho tiempo. Volvi á encontrarla y me habló con dulzura: me satisfizo indirectamente, nos reconciliamos y traté de bailar con ella:

—Con los demas—me respondió—tengo que cumplir por la etiqueta; vd. es mi amigo y se esperará.

—¿Pero hasta cuando?

—Hasta que yo quiera.

—Pero....

—¿No tendrá vd. mas satisfaccion en bailar conmigo cuando yo tenga gusto de ello?

—Sí.

—Pues yo le robaré un rato á tanto impertinente que me persigue, y lo llamaré á vd. cuando....

—¿No esperaré en vano como otras veces?

—Si desconfia vd....

—Con tal de que vd. me lo prometa....

—Lo prometo, y yo misma lo llamaré para que bailemos el rato que le dedique.

—¡Oh! mil gracias.

—No hay de qué: si no tuviera gusto en ello, no lo haria aunque me lo rogara.

Me quedé callado, porque mi lengua confieso que es estéril para las lisonjas y los cumplimientos improvisados: pero sentí una especie de satisfaccion al oír tales palabras que eran un favorcito, una pequeña distincion. Con esto me conformé, y divertido ademas con la bulla de los máscaras, y las intriguillas ajenas, no pensé mas en la mia. La encontré varias veces, estuvimos juntos algunos ratos, y siempre se mostró amable y condescendiente; yo no le recordaba su promesa sino indirectamente temiendo ofender su delicadeza, ó fastidiarla, á pesar de que no faltaban muchas horas para que llegara la aurora.

De repente la veo bailando, entusiasmada, enagenada con Victor, y confieso que no pude apagar un sentimiento interior, no de zelos, porque no tenia motivo, pero sí de envidia, que viene á ser lo mismo. Despues escuché que se decian tiernas reconvençiones y dulcísimas palabras; tan dulces que yo creí haber presenciado una reconciliacion. El amante último estaba tambien en la sala, y á lo ménos al parecer no hacia caso de ella. Vic-

tor solo se disfrazaba para hablar con ella, y el resto del tiempo ni se acercaba, ni la miraba siquiera.

Al terminar la noche, Isabel estaba solazando su fatiga á la sombra de un numeroso grupo de cortejos, entre los que estaba disfrazado Victor. Pasaba yo frente de ella, y abandonando á tanto adorador, me dijo tomando mi brazo.

—Este valse que sigue es para vd.

--Al fin....

--¿Pensaba vd. que me olvidaria?

--No creo merecer tanto....

--Bailemos.

La sala estaba ya despejada, los músicos, fastidiados, tocaban con un compas violento para cansar pronto á los bailadores; Isabel me tendió los brazos con una malicia, con un abandono.... En fin, nos arrojamos á la corriente impetuosa de parejas que corrían al rededor de la sala entusiasmadas, ciegas, locas; y bailamos un valse.... delicioso; se confundían nuestros alientos, se tocaban los corazones, se devoraban los ojos, se identificaban las personas de la manera mas íntima que puede hacerse en un baile.

El valse debió ser inventado por un diablo muy epicureo ó un ángel desertado de las regiones puramente espirituales; solo el que lo baila puede comprender la sensacion deliciosa que se experimenta en medio de aquella voràgine de figuras originales, viendo pasar las luces, los cuadros, las cortinas, las

gentes, pero en una sucesion rápida, prodigiosa, que desvanece y embriaga, sintiendo que lo devoran unos ojos brillantes de entusiasmo, besando casi una boca que se sonrie disimulando la fatiga; espiando y abrazando un seno donde fermentan deseos que mal encubre el pudor... Se sigue el compas sin escuchar la música, se siente la cabeza desvanecida y gira uno firme y acelerado como un loco, los ojos saltan de las órbitas y nada se ve... La alegría, el entusiasmo, el amor nos impelen, y olvidamos á la muger que llevamos en los brazos.... los ratos en que la vemos la adoramos.... Isabel me dijo bien en otra ocasion. No puede bailarse valse sino con el hombre que se ama....

El golpe que dió el bastonero para terminar la danza, me pareció el aldabazo de la eternidad, y desperté de mi ensueño..... La fatiga, el entusiasmo, un sentimiento indefinible no me dejaba decir sino palabras entrecortadas é incoherentes, que sin embargo decían mucho; ella ménos agitada y con mejor sangre fria, me respondía con frases lisongeras y miradas espresivas.

El carnaval terminó en fin; con la aurora salí del teatro despues de haberme despedido de Isabel á quien prometí ver muy pronto. Cuando llegué á mi recámara y cerrando las puertas para evitar la luz del sol, me tiré medio muerto en la cama, donde tuve un rato de delirio y de amargura. El tiple de los mäscaras y la música resonaban en mis oídos; veía pasar mil fantasmas estrañas por la imaginacion; mi-

raba en deredor de mi cuarto y desconocía los muebles, las figuras, las sombras que se producían..... El recuerdo de siete años de esperanzas perdidas, me hacían prever un porvenir entero vacío y triste; el remordimiento de perder la existencia como he aquí en el ocio y los placeres me amargaba..... el recuerdo de Isabel no podía consolarme; no era ella mi objeto, sino Serafina; por quien hubiera sacrificado todo.

Un calor irritante me hacía revolcar en la cama, hasta que al fin me levanté después de un breve sueño agitado é interrumpido.

Febrero 21.—Todo el mundo sabe lo que se siente el día posterior á una gran fiesta; cansancio, fastidio, tristeza, amargura; el sol no calienta, y su luz parece opaca y amarilla; todo se ve oscuro; en torno nuestro nos parece escuchar el silencio de un desierto; creemos estar solos en medio del mundo, tan léjos así vemos los días pasados, y tan léjos así están los días del porvenir.... Solo los lazos del placer nos unirían otra vez con los hombres, con la vida, con la alegría.... Y el placer está terminado, agotado, sin esperanza de volver á gozarlo: tanto así es nuestro fastidio y nuestra saciedad.

De este modo pasé el día, apurando el disgusto de mi situación sin levantarme de un lugar. En la noche dormí temprano y bien, gracias al cansancio; no soñé y me levanté muy tarde.

Febrero 22.—Hoy salí á la calle por la curiosidad de oír los pormenores, las intrigas, los comentarios

que cada uno tendría que contar de las fiestas pasadas. Un carnaval es en todas las ciudades donde se celebra con bailes de máscara, un gran acontecimiento, y fuente de discusiones de lances y recuerdos para muchos días; con tanta más razón en Búrgos, lugar en que la sociedad tiene todo el año una existencia sedentaria y monótona.

Comencé después á sentir el deseo de ver á Isabel, pero me parecía inoportuna todavía una visita, y esperé algún tiempo.

Febrero 23.—A las ocho y media de la noche he llegado á casa de Isabel, á quien he encontrado casi durmiendo en un butaque.

—Me alegro que haya vd. recordado en donde vivo—me dijo incorporándose.

—¿Dormía vd....? Sentiré....

—Al contrario: he recibido gusto de verlo.

—¿Está vd. cansada ó enferma?

—Triste, muy triste: las noches son horribles para mí.

—¿Por qué?

—Siempre sola, me muero de fastidio; deseo alguna gente con quien hablar; pero no tengo visitas.

—Antes veía aquí casi siempre al Sr. D. Jacinto de.....

—Hace ya unos meses, dos ó tres lo ménos, que no me visita. (Yo iba á preguntar el motivo, pero me contuvo la idea de ser indiscreto; y por otra parte, me bastaba saber el hecho). De día á lo

ménos—añadió—hallo distraccion en mis quehaceres mugeriles, pero las noches....

—Esta á lo ménos, no la pasará vd sola.

—Ya lo veo, y me alegro.

—Si no temiera fastidiar á vd., vendria á verla conmas frecuencia.

—Vd. nunca me fastidia, Gabriel: favor me haria en venir á platicarme de noche.... Y vamos, cuenteme vd., ¿qué tal se divirtió en el carnaval?

—Vd. lo vió; á no ser el rato que bailamos....

Tambien yo estoy triste, muy triste.

—Pues nos consolarémos los dos.

—Ojalá.... Y vd. nada me ha dicho de su paseo: habrá vd. estado muy contenta, muy divertida.

—¡Oh! sí, mucho.... Cuando salgo de Búrgos se me olvida todo.

Hasta yo—dije entre mí, y esta idea que tan franca ó imprudentemente confesaba ella con su todo, no me gustó mucho.

—¿Qué hacian?

—Cuanto se hace en el campo.... Además, cada noche teniamos baile, y cada día un convite; de modo que solo el tocador nos robaba la mayor parte del tiempo: así siempre estabamos disipadas.

—Me alegro:—dije tristemente.

—Hace mucho tiempo que yo no hago sino andar de fiesta en fiesta, cantando, bailando, brincando, riendome, desvelandome.... solo así puedo pasar la vida, y olvidar mis tristezas.

Yo entendí al oír esto que me quería decir que

habiendo quebrado con Jacinto necesitaba consuelos, y formé el propósito de aprovechar la insinuacion.

De esta manera seguimos platicando por mas de una hora que duró mi visita.

En esta especie de conversaciones entre dos personas que tienen un pensamiento que recatar, al mismo tiempo que el deseo de dejarlo percibir, es imposible describir todas las modificaciones que toma la voz, los diferentes acentos que se ponen á las palabras, el diverso giro de las frases; en estas escenas las palabras pierden su significacion literal y comun, por otra convencional, que en el momento le da una sonrisa, un gesto, una mirada de que van acompañadas; todo es ficticio en estos casos; las almas necesitan espresiones tan vagas y problemáticas como su deseo, tan nuevas como las situaciones improvisadas que se van sucediendo; y á falta de poder inventar un idioma *ad hoc*, se sirve uno del que usa todos los días, cambiando el sentido de las frases con nuevos acentos que el ingenio inspira, ó se aprenden en la sociedad del gran mundo. No se estrañe, pues, que muchas veces le dé un sentido contrario ó diverso á mis frases ó las de Isabel. Nuestro lenguaje debe ser en todos casos como el de la Biblia, enigmático y parabólico; siempre sujeto á la interpretacion, para decir en él cuanto quiera comprender el otro, sin por esto quedar comprometido.

Sistema que practica Isabel con todo estudio,

y que le produciria efectos maravillosos si fuera mas prudente de hecho, ó escogiera mejor sus ga lanas.... Estoy mintiendo; nunca le producirà sino desengaños; porque á un peso falso algun dia le salta el cobre à fuerza de uso, ademas de que siempre suena mal.

Por esta noche yo salí satisfecho de mi visita y creyendo que en efecto se moria por mí, segun me habia dicho mi amigo, á quien no pude ménos que bendecir por la buena noticia.

Algo me podia sin embargo aquella franqueza, aquella especie de alegría con que me dijo que en el campo lo habia olvidado *todo*; y yo estaba presente ahora y no entraba en las escepciones!.... ¡Eh! me decia yo—ella es algo coquetilla y con estas inconsecuencias se propone picar mi amor, pero me quiere, y....

Febrero 25.—Me he propuesto visitarla solamente de noche porque es la hora que ella misma me ha indicado: la encontré leyendo.

—Siento haber interrumpido....

—¡Oh! no; leia á falta de ocupacion mejor.

—No me considero....

—La conversacion de un amigo que se aprecia es mejor que todos los libros.... ¿Por qué tan léjos?—me preguntó interrumpiendose, al verme sentar á dos varas de ella.

—Me sentaré donde vd. guste.

—Aquí; junto á mí.

—Sea en buena hora. ¿Y qué leia vd?

—Qué sé yo; el primer libro que se me vino á la mano.... Són horribles las noches que paso. Rosa mi hermana se duerme bien temprano y me deja sola siempre, sola.

—Esto es hecho—pensé dentro de mí—no pueden ser mas claras sus insinuaciones, ni mas decisivos sus avances.

—Yo vendria á ver á vd. mas frecuentemente; pero temo fastidiarla.

—Ni lo diga vd.

—Ademas, temo no encontrarla siempre, ó estorbarla muchas veces para salir.

—Si nunca salgo.... de noche á lo ménos; no tengo á donde ir, ni quien me acompañe.

—Los hermanos....

—No me hacen caso.... ni yo á ellos.

—Cuantas veces....—y me quedé callado pensando que me aventuraba mucho en lo que iba á decir.

—Siga vd.

—Era una necedad.

—Sea lo que fuere quiero saberlo: soy muger y debo ser curiosa.

—Pero si no debo decirlo.

—¡Gabriel!.... no quisiera que tuviera vd. secretos para mí.

—Pues bien: iba á decir que algunas veces no entro, porque no mirando luz en los balcones, creo, ó que no está vd. en casa, ó que duerme ya, ó en fin, que tiene alguna ocupacion.

X —De noche ninguna, ninguna; ¿y quien duerme tan temprano? solo mi hermana que es una niña y no tiene en que pensar.

En el mismo tono siguió la conversacion toda la noche; los ojos fieles intérpretes del deseo, no estaban mudos, y muchas veces tenia que bajar los mios no pudiendo sostener una de aquellas miradas prolongadas y silenciosas, que son una declaracion formal; muchas otras la veia yo apartar de mí la vista, ruborizada por encontrarse con la mia que la devoraba.

Frecuentemente se veia disimuladamente al seno ó se prendia mejor el pañuelo, ó se componia el talle cuidando de que mis ojos no aprovecharan un momento de descuido ó de descompostura: en fin, hizo todo aquello que abre el apetito del hombre mas frio y descuidado.

Pequeños obsequios, condescendencias fáciles, prevenciones espontáneas y espresivas; todo ese lenguaje práctico que se emplea en estas ocasiones usó conmigo.

Una sola cosa evita constantemente; contraer compromisos, contratos formales que la obliguen y la hagan dependiente de la voluntad de otro, que pudiera despues esigirle con derecho el cumplimiento.

—Seré un imbécil decia yo—caminando para mi casa—si no alcanzo de esta muger cuanto quiera: ella misma me abre el camino, me conduce, me impele; bien decia mi amigo; se muere por mí. Con esta

creencia por todo fundamento, y confirmada solo por lo que en ella veia, y que en otra muger que Isabel hubiera significado mucho positivamente, tenia bastante para formar planes tan lisonjeros cuanto fáciles y gozaba ya placeres muy gratos con esta muger. Cada dia me fijaba mas en ella, y se apoderaba insensiblemente de mí la idea de poseerla.

Febrero 27.—Anoche pasé por la casa de Isabel; los balcones estaban perfectamente alumbrados; pero creia ver mucha gente, y no gustando de la tertulia me pasé de largo. Esta noche he visto tambien buena luz y he entrado.

El mismo tema de la noche anterior: la tristeza y la soledad.

—Anoche tenia deseo de ver á vd.; pero noté desde la calle que habia visitas, y como yo no vengo á buscar tertulia, sino á verla á vd. me pasé de largo.

—¿Adonde?

—A encerrarme.

—Embustero.... Vd. que nunca llega á su casa ántes de media noche.

—Me habia propuesto ver á vd., y no cumpliendo mi deseo, era difícil que hallase otra compañía que me consolase del disgusto de no haberla visto.

—Pero anoche no ha habido en casa visitas.

—Ví dentro de las vidrieras algunas sombras.

y....

—Rosa y yo seguramente; nadie mas.

—Siento haberme equivocado.

—Por los dos debe vd. sentirlo.... Me muero de tristeza sin una persona con quien platicar, con quien divertirme.... (El verbo *divertir*, cuyo complemento directo era yo en este caso, me disonó como un violin destemplado, y la disonancia me ha hecho tal efecto que todavía la tengo en los oídos).

Ha estado tan halagüeña, tan blanda, tan obsequiosa como siempre: pero el maldito *divertir*, me viene á amargar todo el gusto.

En mi cuarto he hecho la reflexion siguiente:— Isabel ha quebrado con Jacinto, y efectivamente necesita diversion; porque una muger no puede estar ociosa de intrigas y de amorios. ¿A quien tiene mas cerca ahora? á mí: luego á mí debe ocurrir primero que á otros. Ella recuerda que en el baile de máscara de Lerma fué con ella tan atrevido como puede serlo un hombre decente; tanto que quise arrancarle del pecho una flor ó un lazo, no me acuerdo lo que era. Me tendrá, pues, por un calaverilla atrevido y emprendedor, un original, un loco, como me dice todo el mundo, muy capaz de enredar y seguir una intriga, no tan vulgar y neciamente como los demas; ella es medio romanesca, medio caprichosa, gusta de escenas nuevas y difíciles....

En fin, me toma como á instrumento de su placer; no me ama, ni se muere por mí.... esto es triste.... pero qué hacer?.... Sí, adoptaré mi posicion con todos sus peligros é inconvenientes; ¿placer y diver-

sion busca en mí? diversion y placer me proporciono ella. Al hacer nuestro corte de cuentas quedaremos iguales.... Y firme Gabriel, firme sin desperdiciar las ocasiones, que esta es *bocato di cardinali*.

Marzo 1º—Por temor de que se note la frecuencia de mis visitas no las hago todos los dias. Esta noche he percibido desde bien léjos la claridad de los balcones; y mas cerca á Isabel sentada en un butaque fuera de las vidrieras. Bueno—esclamé—queria yo una señal, y la tuve; me disculpé con una equivocacion, y no me dan lugar á otra segunda; me espera en el balcon, y sola, para anunciarme que no tengo ningun inconveniente.

—¿Qué hace vd. aquí tan sola?—le dije al entrar.

—Tomaba el fresco.... ¿Nos quedamos aquí?

—Donde vd. guste.

—Aquí, pues, nos quedaremos, aunque no es el lugar de recibir una visita, pero á vd. lo trato como amigo, y aquí haremos estrado.

—Con mucho gusto. ¿Cómo va de tristeza?

—Ahora estoy contenta.

—¿Sabe vd. que pienso que está vd. enamorada?

—Yo!..... no lo crea vd.: les tengo miedo á los hombres; temo no encontrar uno que me ame tanto como yo soy capaz de amar.

—¿Seria vd. muy amorosa?

—Mucho, como ninguna otra; y por eso no amo

á nadie..... Me moriría de vergüenza y de pesar, si encontrara á mi amante frio cuando yo estuviera llenandolo de caricias.

—Pero vd. no debe tener ese temor: ¿qué hombre que la conozca no la amarà con delirio?

—¿Así lo cree vd?.... no me adule.

—Apenas comienzo à tratar á vd. familiarmente y á conocerla, cuando ya la estimo mucho.... Si un dia llegara á amarla.... ¿Y cómo querría vd. que fuese su amante?

—¿Vd. como se figura que debese?

—Lo que yo quiero es saber el gusto de vd.

—Y yo lo que vd. piensa.

—Yo creo....

—Vea vd.; uno de los grandes defectos de los hombres es querer convertir en obligaciones todos los favores que se les conceden por amor. Lo que vieron un dia lo escogen siempre; y no saben que de ese modo aridecen el placer por la monotonía y entibian el afecto; porque toda obligacion se cumple con desgano: por otra parte, señor; ¿las mugeres somos esclavas?.... Lo confieso; en este punto soy muy orgullosa; y apénas hay cosa que me dé mas ira, que la condescendencia de esas mugeres necias que se dejan mandar, sí, mandar por sus amantes.... señor, si cuando ellas están en la época de su despotismo son vasallas, ¿hasta qué punto no se envilecerían despues de casadas?

—¡Oh! es vd. muy altiva.

—La verdad, sí, y es una de las causas porque temo tanto al matrimonio.

—¿Cómo!.....

—¿Decirle á un hombre—soy tuya!..... por amor pudiera ser; pero considerar que desde aquel momento quedaba sujeta á los caprichos de un hombre, que piensa que la muger es un mueble!..... Que gusto que nunca me he de casar.

—¿Nunca?

—Nunca. ¿Qué me falta en mi situacion para ser feliz? salud, alegría, dinero, libertad.....; Ay! me horripilo cuando pienso que podré caer en manos de un hombre que convierta mi amor en obligacion, y no sea bastante digno para evitarme que cometa las bajezas que las otras mugeres.

—Vea vd.; tampoco estoy yo por el matrimonio; ninguna razon tengo para ello, sino una repugnancia instintiva que me aleja de él, pero en la organizacion de nuestra sociedad no se permiten ciertos goces del amor sino bajo esa condicion y.....

—No amar á nadie.

—Si para un hombre es difícil, para una muger es imposible vivir sin amor.

—Y bien; ¿es fuerza casarse con un amante? Si yo tuviera uno, escigiria de él simplemente que todos los momentos que le dejaran libres sus ocupaciones me los dedicara á mí; me conformaria con verlo y hablarle todos los dias; me informaria de su vida, y le pediria cuenta de ella, miéntras ne es-

taba à mi lado..... Esto es bastante para mi amor..... yo estoy por el platonismo.

X ¡Muger incomparable!-dije entre mí-apénas habria yo encontrado otra que me conviniera mas. Mis ocupaciones me permitirán verla dos, tres, diez veces al dia; un beso al despedirme, un soneto cada semana, y un ramo de flores cada vez que vaya á un jardin; hé aquí cuanto necesito y cuanto me pide ella..... por su amor, por un amor platónico..... ¿esta si comprende el corazón de un poeta!..... y qué sé yo si con el tiempo..... al fin y al cabo hay cosas indispensables: la ocasion..... el amor..... el entusiasmo.....

Todas estas fueron reflexiones que me pasaron como un relámpago. La conversacion siguió.

—De veras!...-esclamé con la alegría en los ojos.

—Es el único modo de conservar la llama del amor. ¿Vd. no está por el platonismo?

—Oh! sí.

—Des amantes que solo están ligados de corazón, no se tiranizan; nunca mandan, sino que indican ó insinúan buscando siempre la manera mas delicada, ¿y qué muger no cede con gusto á la voluntad de un amante espresada con timidez, con humildad? y al mismo tiempo tiene lugar de agradecer la espontaneidad de los favores que se le conceden. No sé, de veras no sé qué placer puede hallarse con una muger que cede á un mandato, y que al caer en los brazos de su marido lleve en

sus ojos pintada la resignacion..... En esa escena, los ojos deben tener una espresion diferente.

—¡Isabel!..... me habian dicho bien ántes de conocer á vd., que no era una muger vulgar.

—Mi superioridad consiste en la bajeza de las demas mugeres..... Cuando yo veo que las hay que se abaten hasta darles zelos á sus amantes!.....

—Pues si vd. desconfiara, ¿qué haria?

—Si solo tuviera desconfianza, me callaría; si tuviera pruebas de su infidelidad, apelaria al desprecio; pero decirle una sola palabra!..... eso es rogar; y yo no sé rogar ni á mi padre. Una muger por orgullo, un hombre por dignidad, no deben tomar zelos.

—¿Pues qué hace un hombre?

—Callar ó despreciar..... ¡Si me parece imposible amar teniendo desconfianza! La fé es el sosten del amor, y perdida una vez, no queda otro recurso, que abandonar el objeto; ó si no se tiene sospechas ni fundamento alguno, ¿á qué molestar á la muger?..... Si mi amante me tomara zelos quebraría con él; y si fuera mi marido..... quien sabe: la desconfianza es el medio mas seguro de precipitar á una muger. Tan bonito que es para una no verse sojuzgada, ni espiada; y tan bonito que ha de ser para un hombre poseer una muger libre, ver que lo sigue por su voluntad, sin obedecer á otro impulso que el del amor.....

No recuerdo ya cuantas cosas mas hemos habla-

do: la conversacion duró mas de dos horas, y el asunto ha sido el mismo; amor y matrimonio.

X En verdad que me causa estrañeza hallar en Búrgos una muger, *esprit fort*, nada vulgar en efecto; porque si no se encuentra en ella nada de sublime ni extraordinario, es bien notable que sin educacion, sin instruccion de ninguna especie, sin sociedad, que realmente no hay aquí, haya adquirido por sí solo un caudal de ideas, que aunque no profese, y tal vez ni comprenda, sabe espresarlas en un lenguaje no florido ni elegante, pero claro y fácil: acaso no cree ni siente la mitad de lo que habla, pero es loable su ambicion de imitar á los personajes notables, que habrá visto en las novelas: quiere salir de la mania y encogimiento comun; tiene ambicion de distinguirse, y solo esto la distingue realmente, y le da un lugar superior á las demas.

Esto me cautiva, me interesa tanto mas que ella, no ha nacido en Madrid, ni en Paris; todo su mundo ha estado siempre limitado por el horizonte de Búrgos, y sin maestros ni ejemplos, ha llegado á ser una muger pataratilla. pero que sabe encubrir perfectamente su fatuidad y su bachillería.

¡Soberbio!.....—he dicho ya en mi cuarto:—voy á tener unos amoreillos sabrosos, picantes, nuevos: mis amores han sido hasta hoy tan frios y monótonos!..... Es indudable: sus palabras, sus miradas, sus menores acciones me dicen que que soy feliz esta vez..... Solo aquel maldito platonismo desbarata todos mis planes, anula el objeto y fin de todos

mis deseos y mis pretensiones: ¿Pues cómo diablos le achacan tanto, cuando ella profesa el *platonismo*?... Vamos, se esplica: ella me juzga esencialmente poeta, espíritu puro, y me habla el idioma de las ilusiones; es buena cómica, y sabe cambiar de carácter segun reconoce el de la persona con quien se propone hacer comedia.... Recapitulemos: su amante ha de ser platónico, verémos: humilde, confiado, discreto y agradecido: ha de buscarla cuantas ocasiones pueda, y ha de darle cuenta de todo lo que haga: no lo quiere para marido.... Héteme aquí de molde, como si me hubiera mandado hacer: con mi manía de escritor le haré un diario, le escribiré mis confesiones; la visitaré por la mañana, por la tarde y por la noche; ya tengo en que ocupar mis ratos ociosos, en que divertir (yo tambien) mi fastidio. No le pediré nunca zelos aunque la vea con otro, y esto me asegura una posesion perpetua, sin que pueda llamarme sinvergüenza: humilde? siempre lo he sido.... ¡Le tiene miedo á un marido!.... nunca pretenderé serlo suyo; ya tendria yo sarna que rascar si tuviera obligacion de darle otra cosa que versos y requiebros. ¡Gabriel!.... ¡Gabriel!.... te cayó la lotería grande y sin entrar en ella. Yo no la he buscado.

Es muy probable que esta noche sueñe muchas escenas bellísimas con Isabel.

Marzo 2.—No soñé nada anoche apesar de mi entusiasmo y mis esperanzas. De buena gana al-

quilaria un cuarto frente ó dentro de la misma casa de Isabel, para poder mirarnos perpetuamente. Todo el día lo he ocupado en inventar medios de hacerme amar gratis; ratos ha habido en que me ha asaltado un terror pánico al considerar qué respondería yo si me preguntase ella un día los medios con que cuento para emanciparla en el caso de que lleguemos á arreglarnos, y un accidente ó el amor haga indispensable el matrimonio. Quiera Dios que no se estinga su antipatía al matrimonio, y quiera Dios darme palabras para mantenerla en tan cristiana opinión. De buena gana la hubiera visto esta noche, pero me domina la idea de fastidiarla y de alarmar á la familia: me he contentado con pasar en la tarde por su casa y saludarla desde la calle. He estado bien inquieto.

Marzo 4. — Esta tarde la ví en el paseo y su salud me ha llenado de satisfaccion: en la noche me esperaba en el balcón. ¿He de escribir todo lo que hablamos? me faltarian papel y memoria. Solo diré que sentí al verla una alegría extrema y que ya deseaba hablarle. La conversacion giró sobre temas todos relativos al amor; cada vez me permite decirle lisonjas y galanterías mas claras, mas íntimas y espresivas al paso que recibo de ella mayores pruebas de aprecio, de amistad, de distincion: tambien ella me adula alabando mi carácter y mi talento. No permite que me siente lejos de ella, me mira con unos ojos que me desquician, me aturden, me enagenan; hace unas cositas tan graciosas

que me seducen..... vamos, me muero por ella definitivamente.

Los ratos de silencio á su lado son para mí los difíciles: no sé que hacer, ni que responder á cuanto me dicen su ojos: es imposible que ella haya desconocido en los míos el fuego que los enciende, y que reprimo..... por temor solamente. Realmente me gusta, y tengo miedo de llegar á quererla....

A esta idea ha seguido un remordimiento. ¿Será mi corazón infiel á Serafina? Siento empeñadas mis ilusiones con ella, y me estoy creyendo en este momento un hombre vil: ninguna otra muger debe poseer ni profanar mi corazón ennoblecido por Serafina..... ¿Pero quién ha dicho que Isabel tiene mi corazón? Si la amo, es un amor de otra especie el que siento por ella, y..... En fin, gozemos lo positivo: entreguemosle el cuerpo, mientras conservo para la otra el alma siempre llena de sus encantos é ilusiones.

Desde que tomé este vado me siento mas alegre: no quisiera irme á dormir por no dejar de pensar en ella, en Isabel: todo es contento y placeres para el porvenir; me está seduciendo la idea de poseerla.

Marzo. 6.—Mi inquietud crece por momentos; no estoy contento sino á su lado ó pensando en ella. Esta noche hace un tiempo hermosísimo; la luna llena, el cielo limpio, el viento fresco y suave; yo sé que encontraria á Serafina paseando si fuera á buscarla, pero me ha vencido el deseo de ver á Isabel.

La encontré sola con su hermana: despues de algunas frases hablamos del tiempo, y resolvimos salir á pasear: un hermano debia acompañarnos, y á mí, extraño á la familia, me tocaba dar el brazo á la mayor.

Isabel y yo íbamos atras: desde que salimos de la casa hablamos poco, muy poco: en esta situacion jamas se habla mucho, una que otra frase cortada, alguna observacion sobre la luna, cumplimientos, preguntas extravagantes..... De esta manera ocupado el pensamiento en ella esclusivamente, temiendo hablar demasiado porque todo me convidaba á hacerlo, hemos andado cerca de media hora maquinalmente, siguiendo las huéllas de los dos hermanos que iban delante de nosotros: pero caminabamos á paso lento, de modo que nos habiamos alejado considerablemente de ellos.

—Andarémos mas aprisa— me dijo Isabel.

—Como vd. guste.

—Nos vamos apartando mucho de mi hermana y la gente lo notará.

—¿Y qué?

—Creerá que algun motivo nos obliga á separarnos..... Si fuera cierto no me importaria lo que dijese; pero ¿para qué hemos de dar motivo no habiendo nada?

Yo estaba en el mero borde de la pendiente; una palabra mas, una sola mirada y me precipito. Temo que todavia no fuese tiempo y me contuve; pero

con una gran violencia. Nada respondí; mudo como un imbécil aceleré el paso y nos reunimos á los compañeros: descansamos un rato bajo uno de los árboles; dimos otro paseo corto y volvimos á la casa, mas silenciosos que ántes. La despedida fué elocuente.

Ahora que estoy solo y entregado á mis reflexiones, me arrepiento de mi cobardia, y temo que me salga á la cara; yo he oido decir á mis amigos que el hombre que deja escapar las ocasiones que una muger le presenta cae en el desprecio y aun en el odio.

Y así debe ser en efecto: la muger que dá una ocasion se declara; y un hombre que no corresponde manifiesta torpeza ó desamor; si torpe, merece el desprecio, y si insensible, el odio: Este es el efecto que produce el desden en hombres y mugeres; por eso no extraño y antes veo muy natural el que hoy me tiene ó me manifiesta Serafina.

Marzo 18.—Doce dias han pasado, doce dias de inquietud, de alegrías, de temores, de esperanzas, de felicidad, porque creo haberme hallado una fortuna. Fortuna es ciertamente hallar amor gratis, que me sirve al mismo tiempo de remedio y de consuelo contra los desdenes de Serafina.

Miéntas mas interesado me he sentido, tanto mas vivos han sido mis remordimientos quijotunos por mi infidelidad á Serafina. Se van á reir los que lo sepan; pero me creo tanto mas obligado á ser fiel,

cuanto mas desdeñado he sido; y me parece una verdadera profanacion decir palabras de amor á otra muger, obsequiarla públicamente, dedicarle el tiempo que ántes empleaba en meditar en Serafina. Desechar la dulce tristeza en que me gozo hace tanto tiempo!..... es empañar, en fin, mis ilusiones; ilusiones no mas, pero que como poeta me inspiran, como hombre me ennoblecen, como amante me satisfacen..... Y todo, por qué?..... por lisonjear mi vanidad; por contar en el número de mis conquistas una coqueta de tono.

Pero en fin, he pasado doce dias de vida, de alegría; mi porvenir siempre oscuro se ha despejado algo; no me ha entristecido la idea de mis acreedores y de mi miseria. En medio de mi habitual y sorda desesperacion, he conocido que hay algo en el mundo capaz de entretener la imaginacion sin fatigarla, de ocupar el corazon sin lastimarlo: porque el corazon ha tomado parte, lo siento ya y lo confieso así. No es este afecto el mismo que ha trasformado á Serafina en una divinidad adorable, llena de seducciones, cercada de una atmósfera de encantos y pureza cuya fragancia me ha tenido ebrio, loco, imbécil por tanto tiempo; pero hay algo que interesa mi corazon con un afecto, que no por ser impuro y efímero deja de existir.

No quiero contar las escenas que han pasado en este tiempo; escenas difíciles de pintar, y que no tienen interes mas que para los actores. Sonrisas, miradas, palabras, obsequios, disimuladas caricias,

finezas delicadas..... cuanto puede inventar el ingenio de una muger galante, y de un pretendiente con esperanzas: á cada visita, mayor familiaridad, mas confianza, mas intimidad..... En pocas palabras; las gentes que nos ven me dan por feliz, y los baños de agua rosada con que mis amigos me refrescan la sangre, me aseguran que si aún no he llegado al fin, estoy próximo á tocarlo.

Llega por fin el dia de la crisis. He almorzado con algunos amigos francos y alegres; he comido bien y he bebido tanto que aún me duran los humillos: brindé por Isabel y me hacia falta en la mesa. La tarde la he pasado en un jardin hermoso, lugar de la fiesta. Al volver he recibido en el camino un recado de ella que me esperaba: al llegar al café me han dado otro.

Isabel ha dado esta noche en su casa una especie de *soirée* y no queria que faltase yo á ella. Al punto corrí alborotado á vestirme para ir á casa de Isabel.

—¿Quién de todos le avisó á vd?—me preguntó Isabell al verme en la antesala.

—Fulano.

—A cuantos conocidos pasaban por el balcon les supliqué le avisaran á vd.

—Mil gracias, y aquí estoy.

—No envié recado á su casa, porque sabia que no estaba y me pareció mas probable que lo hallara en el café, ó en otra parte..... en fin, ya está vd. aquí.

—Y muy contento.

—No crea vd. que esto es un baile formal: ha sido una tertulia improvisada hoy mismo: no concurrirán sino los amigos de confianza.

Demos un vistazo á la sala. No es muy grande, y está adornada con mas gusto que lujo. La embellecen quince ó veinte jóvenes todas de buena educacion y buen nombre, las principales del lugar; los jóvenes son en todas partes los mismos. Allá en un rincon se nota un grupo de hombres circunspectos que no cantan ni bailan; lo mas notable entre ellos es un par de bigotes enormes que huelen á pólvora de á legua; el hombre que los lleva, inmóvil en su asiento no hace otra cosa que hablar y observar.

La *soirée* ha comenzado con unas cuadrillas: al comenzar á formarse los grupos he ido á invitar á Isabel y no la hallé comprometida: cosa estraña, siendo la que hacia los honores de la casa, y debiendo haber recibido invitaciones de la mayor parte de los jóvenes concurrentes: luego esperaba bailar conmigo y esperó hasta la última hora. Este primer síntoma me envaneció. En los intermedios hemos hablado lo siguiente:

—Tengo vergüenza de bailar—me dijo mirándose al seno.

—¿Por qué?

—Estoy tan mal vestida.

—Bastante bien está vd.; y sobre todo, que la belleza no necesita de la compostura.

—Ni me diga vd. eso.

—¿Le enoja á vd.?

—No, pero es una mentira.

—Yo la creo realidad.

—En fin, si le parezco á vd. hermosa, ¿qué importa aunque no lo sea yo?..... mejor.....

Y comenzamos á hacer la segunda figura. Los hombres de mi grupo me miraban con ojos envidiosos y yo hacia por reprimir mi satisfaccion. Continuamos.

—Espero que no será esto lo único que bailemos juntos.

—No, me respondió: pero sea vd. prudente: es preciso que me deje bailar con los demas, si no lo notarán.

—Antes que nada un valse.

—Bien.

—Y una contradanza.

—Bien.

—Y.....

—No tanto: ¿qué tiempo me deja vd. para los otros?

—Vd. disponga entónces.

—Eso es mejor: yo le guardaré á vd. sus ratos, y de ese modo todo sale bien.

—Pero sin olvidar.

—Otra vez no me he olvidado. (Me recordó el carnaval.)

—Es cierto.

—Entonces á que viene la desconfianza.

Hemos hecho la tercera figura, y yo me sentia reventar de gozo. De su mano á la mia pasaba una corriente eléctrica que me bañaba todo el cuerpo; al traves de los guantes sentia yo el calor de su mano, que me daba sin etiqueta, y yo tomaba con ternura, con confianza; la estrechaba con una suavidad delicadísima temiendo lastimarla ú ofenderla.

—Estoy pronto á perdonarlo todo—le dije—ménos el valse.

—¿Le gusta á vd. mucho?

—Sí.

—Con razon: es el baile mas bonito.

—Y el mas poético: es una especie de símbolo del amor.

—Es verdad: así me lo he figurado siempre..... por eso no puede bailarse sino con un hombre que se quiera mucho, que se distinga.

—Ya temo no bailararlo con vd.

—¿Por qué, inocente?

—No creo merecer tanto.

—No lo merecia vd. al ménos: debia conocer que entre todos mis amigos vd. tiene en mi aprecio el mejor lugar.

—Si fuera cierto.....

—¿Qué motivo podria obligarme á adular á vd.?

—Tiene vd. razon; soy un necio.

—No, sino desconfiado.

—Vamos, señores, que se pasa la música—nos dijo uno de los del grupo.

Sin saber que hacia me puse á bailar de nuevo, no hallando donde poner los ojos; temia yo revelar cuanto pasaba dentro de mí. Las cuadrillas terminaron, y yo dejé á Isabel en su asiento.

Al pasar junto al grupo de hombres serios, me dijo el de los bigotes:

—Dichoso vd., amiguito.

—¿Por qué?—le pregunté con aquella fatuidad del que comprende una cosa y quiere echarla de discreto ó de inocente.

—Desde aquí nada se oye, pero se ve todo.

—¿Y bien?.....

—¿Quiere vd. que le refresquen la sangre?

—No ciertamente. (Y me estaba sonriendo á mi pesar).

—Eh: vaya vd., vaya vd., y goce de su juventud, que cuando llegue á viejo tendrá que hacer lo mismo que yo; ver, y alegrarse con lo que hacen los otros.

Algo debió ver el general, porque era un general el de los bigotes, cuando me hablaba de esta manera: y apénas era la segunda vez que nos veia juntos á Isabel y á mí.

Se trató de cantar, y yo ocupé el lugar mas inmediato al piano á título de oyente. Tocó su turno á Isabel: deslumbrandome llegó hasta rozar mis rodillas con su ropa, y al volverse para componer el taburete en que debia sentarse, creí ver la gloria en su seno descubierto traicioneramente por un cor-

sé mal ajustado. Se sentó, y despues de haber dado el primer registro me dijo en voz baja:

—Tengo miedo de cantar esta noche.

—¿Por qué?

—Estoy enferma, me duele el pecho.

—Aprensiones.....

—Solo por condescender lo hago..... pero no estoy bien, me va á faltar firmeza.....

—¿Pero por qué?

—Que sé yo, pero estoy segura de que no cantaré bien..... estoy inquieta..... casi turbada.....

—Veremos: comience vd.

—Sí, al mal paso.....

Y cantó no sé si una aria, ó romanza, ó cavatina, cuyos versos eran de amor. Al levantarse del piano dejó que otro la condujera á su asiento.

Habíamos bailado juntos otra vez, pero la tertulia estaba prócsima á dispersarse y comencé á temer: nada decia sin embargo, por temor de fastidiarla, á pesar de que los zelos me consumian habiendola visto bailar un valse con otro. Se tocó la última contradanza, y yo me quedé sentado lleno de tristeza, léjos de ella, por no humillarme diciendole mi sentimiento. La contradanza es uno de los bailes que pueden prolongarse indefinidamente sin cansarse tanto; así que la mayor parte de los jóvenes que ya tenían compañera y estaban en actual ejercicio, no querian que se cambiase, para retardar cuanto era posible el fin de la fiesta.

Isabel llamó á uno de los que tenia al lado y habló con él dos palabras; el hombre en seguida se dirigió á los músicos y de repente comenzaron á tocar uno de los vales favoritos de la época. Yo comprendí todo al momento y me levanté alborozado; cuando llegé cerca de Isabel ella estaba ya en pié.

—¿Ve vd. cómo se hacen las cosas?—me dijo tomando mi brazo.

—Ahora lo agradezco mas: ya temia.....

—Siempre desconfiado..... bailemos que el tiempo que nos falta no es mucho.

El que baila valse con cualquiera muger siente agitacion porque se mueve; se embriaga porque da vueltas; pero el que lleva en sus brazos á una muger que ha deseado dos años, y está en vísperas de poseer, se vuelve loco.

El vestido de Isabel era de seda, y mi mano enguantada resbalaba frecuentemente de su cintura; en uno de los ratos que paseabamos para tomar aliento le dije:

—Temo que me suceda siempre lo que ahora; que se me escape vd. de las manos.

—No lo tema nunca: mi cuerpo es demasiado pesado para volar.

—Pero el alma es muy ligera.

—¿Y quién dice que yo tengo una alma?

—Y grande á mi parecer... y mientras mas grande mas vuelva.

—Pero encerrada en el cuerpo se vuelve tan pesada como él.

—Ojalá; y yo procuraré que no se me escape.

Yo le hablaba de alma y ella me respondía de cuerpo: desde aquel momento me chocó este lenguaje, y desde aquel momento que marcó el contraste de los caracteres, comenzaron mis desgracias.

La fiesta acabó por fin, y he sentido tanta amargura como si nuestra separacion hubiera de ser eterna. Los últimos que hemos salido de la sala hemos sido el general y yo. En la calle, me dijo el general:

—Dichoso vd., caballero.

—¿Le parece á vd. que lo soy?

—Lo veo, y lo viera un ciego. Vd. es el rey...

—¿Cómo es eso?

—El marido de la reina es el rey; Isabel ha sido la reina de la fiesta..... como en todas.....

—Pero, general, vd. supone mucho: yo no tengo con esa señorita ni pretensiones.

—Y qué á mí, perro viejo, me salga vd. con eso!....

—Sería fatuidad si dijera otra cosa.

—Hace vd. bien; tal reserva es muy propia de un caballero.

—No es reserva.

—Está bien, está bien, no disputemos: lo que le digo á vd. es que casi inválido como estoy, esta noche me he sentido hervir mi sangre, y le tengo á vd. envidia.

—Pues no hay de que.

—Hasta mañana, amiguito: y dichoso vd.

—Hasta mañana, general.

Pobre viejo—he dicho al separarme de él—de veras tiene motivo de envidiarme, y de veras soy dichoso, muy dichoso..... ¡Ah! ¡Isabel!..... el día que te vea yo en mis brazos me mata el placer.

Una de estas noches no tienen comentarios; es preciso acostarse á dormir para gozar soñando los placeres que todavía no están sino en la imaginacion. En una de estas noches por precision se sueña.

Marzo 22.—Los cuatro días pasados han sido para mí de verdadera inquietud.

¿Le hago una declaracion formal?..... pero esto me compromete á todas las obligaciones de un galán: por otra parte, ¿qué es lo que voy á decirle? ¿que la amo ó que la deseo? lo segundo es ofenderla; lo primero una necedad: negocios de esta especie se siguen por las vías de hecho, sin otras condiciones que considerar el carácter de la persona, su educacion, sus circunstancias, su delicadeza, para no presentarle el amor bajo un aspecto repugnante ó temeroso..... Y si permanezco quieto mas tiempo, me tendrá, y con razon, por un necio..... entre hablar ó hacer no tengo medio. El papel de amante rendido y acaramelado puede hacerla reir, á ella que la noche pasada me habló de cuerpo y no de alma; si me aventuro á insinuarme prácticamente tendrá derecho para ofenderse, porque solo el amor autoriza ciertas licencias, y sin una previa declaracion que

pueda servirme de disculpa en cualquier caso, estoy á riesgo de caer en ese terreno tan quebrado como resbaladizo. Ella tiene mas sangre fria que yo, y si pierdo, como suele decirse, los estribos, puedo caer tan mal trecho en una escena, que caigan sobre mí el ridículo ó el enojo..... ¿Qué hacer?..... este estado violento no puede durar mas tiempo; algo es preciso hacer para cambiar nuestras situaciones: ella espera, yo deseo; ella me dá ocasiones y yo dejo escaparlas..... Tal vez voy á hablar tan tarde que ella se fastidie: en el baile mismo debí haberle dicho..... pero no; ella conocerá bien que en un baile nada puede decirse sin esponerse á ser sorprendidos por alguno.....

¿Pero decirle que la amo?..... ¿qué proporciono, tengo yo para marido?..... y la cuestion no puede presentarsele de pronto bajo otro aspecto: nada le diré, pero tácitamente no puede entender otra cosa, no debe por su mismo decoro..... ¿Qué hacer para no perder el tiempo ni esponerme á perderlo todo por una imprudencia?.....

Así he pasado todo el dia sin resolverme á nada: yo tengo el convencimiento de que solo el amor puede ser un decente pretesto para permitirse ciertas licencias con una muger que no es lo que se llama una muger perdida; es la máscara que yo mismo debo ponerle para que no el rubor la aleje de mí, sacrificando su deseo á las ecsigencias sociales..... Por otra parte es un negocio puramente material el de que se trata, y una declaracion es un obstá-

culo..... ¿qué hacer?..... hechos y no palabras me ha ecsigido y me ha dado hasta ahora; pero ella no es tan vil que consienta, ni deje manifestar su deseo impuro, sin una apariencia de pasion, disculpa de los estravios en una muger de cierta clase.

Ha llegado la noche, sin poder resolverme á nada, y he tomado el camino de su casa indeciso y temeroso por no saber qué partido tomar. La he encontrado en el balcon como siempre, y me ha salido á recibir en la antesala.

—Traiga vd. su silla y venga á sentarse junto á mí—me dijo despues de haber vuelto á tomar su asiento en el balcon—No de esas—me dijo al ver que tomaba una de la misma sala;—¿no estaria vd. mas cómodo en uno de mis sillones?

—¿Pero adonde?.....

—Allí, en el costurero.

Nos sentamos, pues, en la forma siguiente. Dos luces ardian sobre el piano colocado sobre la misma pared de los balcones, y descuidadas, alumbraban apénas el aposento con una luz opaca: nosotros, casi fuera del balcon y bajo las cortinas interiores quedabamos entre sombras, y estabamos colocados de manera que uno frente al otro, los piés quedaban al lado izquierdo de los asientos. Rosa dormía en el sofá de enfrente, dandonos la espalda.

La conversacion tuvo por objeto desde luego nosotros mismos: yo distraido por un momento no me ocupaba de lo que hablabamos; pero de repente dijo Isabel.

—Uno de los rasgos que caracterizan á vd. y que me agrada mas es la franqueza.

—Ya que habló vd. de franqueza le voy á decir una cosa.....

Esto lo dije ya con la boca seca, y buscando aire que respirar porque el pecho se me oprimia: para disimular algo mi turbacion, y dar lugar á que pasase el vértigo que se apoderó de mi cabeza, me levanté á encender un cigarro dejando pendiente la conversacion.

—Yo tambien quiero fumar, deme vd. cigarro.

Isabel no fuma nunca.

Silenciosamente saqué un cigarro, se lo dí, lo encendió en el mio, y desde este momento recargando la barba sobre el pecho me veia al través de la columna de humo que subia tranquila, con una mirada fija, escudriñadora, penetrante..... Era la mirada de un gato que sin saber el rumbo que tomará el raton, espia inquieto, pero firme, el agujero por donde va á salir.

—¿Qué me iba vd. á decir?—me preguntó viendo que permanecia silencioso.

—Esto.....—mi voz era balbuciente y entrecortada—¿Se ha visto vd. bien en el espejo?.....

—¿Por qué?.....—me preguntó asustada visiblemente.

—Si se ha visto vd., debe haber percibido que es una muger llena de encantos.

—¡Vaya!.....

—Sí, de mil encantos que son capaces de infla-

mar al hombre mas frio..... Antes habia yo oido decir que era imposible estar junto de vd. sin amarla, que se enamoraban de vd. cuantos la trataban..... Todo lo creia cesageracion de algun apasionado, ó necesidades de nuestros jóvenes noveleros y amantes de imitar cuanto oyen decir; pero..... no sé si por mi desgracia ó mi fortuna, he conocido que es cierto cuanto me decian.....

—¿Y bien?.....

—Apénas llevo unos cuantos dias, dias no mas, y ya no siento por vd. una simple amistad..... En pocas palabras; ó estoy ya enamorado, ó muy próximo á estarlo. Pero hoy es tiempo todavia; el mal, si lo es, aun tiene remedio, y ántes de que se arraigue en mí una pasion que me ocasione pesadumbres, quiero saber las esperanzas que debo concebir.....

Esta es la declaracion mas necia que puedo hacer en mi vida. ¿Conocer el carácter de Isabel y hablarle en lenguaje tan sincero y tierno!.... Porque le hablaba con el alma; estaba preocupado, y lo que le decia lo estaba sintiendo en el alma.

—¿Esto era lo que iba vd. á decirme?—me preguntó ella.

—Sí, esto: y ahora.....

—Bien: la franqueza con que me ha hablado vd. la agradezco, y se la debo pagar.....;vd. quiere que le diga lo que siento?

—Sí; sea lo que fuere.

—En primer lugar me ha causado vd. una pesadumbre con esa declaracion: á Gabriel lo aprecio,

lo quiero como al primero de mis amigos, pero mi corazón está muerto; no puede amar, ya no ama à nadie.....

—¿A nadie?....—pregunté con intencion.

—A nadie.... estoy muerta ya para el amor.

—Al hacerle à vd. esta declaracion, le debo ántes que nada algunas esplicaciones. Mi pasion por Serafina ha sido pública; pero ante vd. ya no existe. Léjos siempre de la una y cerca de la otra, cansado de sufrir desdenes y desprecios me echo en los brazos de vd. y se la sacrificio con todas sus ilusiones.

Al decir estas palabras sentí un remordimiento verdadero, íntimo, horrible.

—Gabriel, soy muy desgraciada!.....

—Por qué?

—Soy muy infeliz y hago infelices á cuantos me rodean. Es cierto, es cierto que muchos de los que me tratan se enamoran de mí, y de este modo me veo obligada á aislarme del mundo, á renunciar de los amigos que mas quiero, ó à hacerlos desgraciados....; qué culpa tengo yo de esto?...no puedo amarlos á todos; es imposible..... Quisiera yo saber qué hallan en mí de bueno, de hermoso, para arrancarme, para ocultarlo, y no inspirar ese amor que à todos nos trae la desgracia.....

—No se ha visto vd. en el espejo?

—Sí, y me veo fea.....

—No quiero adular á vd. llamandola linda, pero en cambio tiene vd. mil atractivos, mil encantos....

—Que en vez de causarme alegría, me producen pesares.

—Le pesaria á vd. que yo la amara?

—Lo que me pesa es no poder amarlo..... Gabriel, yo no puedo amar; pero si su felicidad estuviera en mi mano se la daria.

—Su amor!.....

—Es imposible.

—Una esperanza siquiera.

—Ni mi amor ahora, ni esperanza para despues.

Yo quedé mudo. Ella comenzó á vibrar un pié tocando con la punta el borde de mi asiento: sentí impulso de tomarlo à fuerza y besarlo, pero me contuve. Cinco minutos pasamos á lo ménos en esta escena silenciosa, difícil: de repente me paré, y apoyandome en el respaldo del sillón la dije:

—Me voy.....

—Tan pronto!.....

—Me voy para no volver á ver á vd.

—¿Qué dice vd., Gabriel?

—Vd. comprenderá bien que no debo verla mas: mi pasion naciente puede apagarse léjos de vd., pero cebandose con su vista todos los dias, llegará á dominarme, y no tengo ni esperanzas.....

—Soy muy desgraciada!.....

—Mas lo soy yo..... En fin, me voy.....

—Digo que no.....y espero que volverá vd. á verme.

—Eso nunca.

—Ya verá vd. como sí.

—Me juzga vd. tan débil que no pueda vencerme?.....Por mí mismo.....y por vd. debo hacerlo.

—¿Pero no habrá medio de que se cure de esa pasión sin necesidad de privarme de su vista?

—Pienso que no.

—De modo que en este caso yo soy la víctima, yo que pierdo un amigo..... Ya veremos el modo de curar á vd.; pero entre tanto no deje de venir; si en algo me estima de veras se lo suplico.

—Pero vd. no debía suplicarme eso. Los hombres somos muy fátuos, y podría creer que á pesar de lo que me ha dicho ahora aun me quedaba alguna esperanza....Viendola siempre le hablaré de mi amor.

—Ya se desengañará vd. de que es verdad lo que le he dicho, y dentro de poco estará curado.

—Adios.....

—Se va vd?

—Sí.... y para no volver.

—¡Bien!..... vayase vd.....

El acento con que me dijo estas palabras era un mandato: dejé el sombrero que ya tenía en la mano, y volví á sentarme.

Otros cinco minutos de silencio frío, difícil que yo interrumpí:

—Esta situación es violenta, Isabel; yo debo irme.....

—Hablarémos de otra cosa para que se distraiga vd.

—En este momento no tengo cabeza, ni voluntad de hablarle sino de amor.

—Pues bien, hable vd. lo que quiera.

—¿Para oír una nueva repulsa?.....

Isabel permaneció callada, inmóvil; yo también.

—¿Quiere vd. que permanezca aquí?

—Sí.

—Pues evitemos al ménos la ocasión de hablar: pongase vd. al piano; cante ó toque algo y desde aquí la oiré yo.

—¿No es mejor que conversemos?..... busque vd. un objeto nuevo de conversacion.

—Si no quiere vd. que me vaya inmediatamente, ha de ser bajo esta condicion.

Se levantó sin hablar y se puso al piano.

—¿Se queda vd. tan léjos?

—Sí..... no quiero estar mirando.....

—Al fin se acostumbrará vd. á verme sin amarme. Venga vd. por aquí.

—Sea.....—y fuí á tomar asiento cerca de ella.

—¿Qué toco?—me preguntó.

—Lo que vd. quiera.

—Vaciló un rato y comenzó á tocar no sé qué cosa.

—¿Le gusta á vd?

—Mucho: prosiga vd.

—Cuando acabó me dijo:

—Voy á tocar ahora un valse que me hicieron repetir todas las noches por mucho tiempo..... Es feo, pero para mí tiene muchos reuerdos.

Hablaba de Victor.

—Muy bonito es—le dije cuando acabó.

—Le falta una parte que no toco porque me haria llorar.

—¿Tanto así le interesa á vd?

—Tanto así.

—Me despido otra vez.

Y me levanté á tomar mi sombrero, para volver cerca de ella, donde permanecí en pié hasta el fin.

—Es muy temprano todavía.

Yo he acostumbrado siempre retirarme á cierta hora fija: que, aunque poco, tardaba todavía.

—Ya es la hora.

—Todavía no da.

Isabel estaba ya de frente para mí con un brazo apoyado sobre el teclado: se habia sacado un anillo y jugaba con él dandole vueltas en la otra mano y como besandolo algunas veces. La luz la bañaba perfectamente; yo veia su cara lindísima, y veia el anillo con que me provocaba, y que tenia descos de arrancarle de las manos.

—Sea lo que fuere me voy, y para no volver; ya lo sabe vd. El público que conocia ya nuestra amistad estrañará el rompimiento; yo los contaré á mis amigos que me enojé por una bagatela, una falta de atencion; y esto les satisfará á todos.

—Entónces yo pierdo; dirán que soy una malcriada.

—No; vd. tiene bien sentada su reputacion, y creerán mas bien una patarateria de mi parte.

—Bien, haga vd. lo que quiera.

—¡Adiós!.....—y vacilé sobre atrancarle el anillo y llevarmelo.

—Adios—me dijo friamente:

Rosa permanecia durmiendo. Yo salí de la sala entre picado y alegre, y mas que todo satisfecho de no haber caido en la tentacion del anillo. Le doy tanta importancia á este hecho, porque habiendo creido percibir desde ántes que ella se propone un camino diferente del mio, me he encaprichado, sin yo mismo percibirlo, en conducirla y no dejarla conducir. Ella está por los hechos, yo por las ideas, ó siquiera por las palabras: hé aquí dos personas que animadas del mismo deseo, se separan mas y mas impelidos por su diverso temple; y hé aquí la primera prueba practicada de que lo que se llama amor cambia de aspecto segun el carácter de las personas. Yo, poeta, estoy por las ilusiones; ella, simple muger, está por los hechos; ella querria ceder por cumplir su antojo sin disimularlo; antojo es tambien el mio y nada mas; pero quiero que el amor nos preste su manto para cubrir las flaquezas de la carne.

Mi alegría, sin embargo, es ficticia, superficial: en este ataque perdí; y aun temo haber cometido con mi declaracion una imprudencia que comprometa el éxito del negocio. He estado despues en el café tan alegre y boruquiento, que el general de los bigotes me ha dicho:

—Vd. viene muy contento; lo felicito.

—No tengo motivo particular.

—No vendrá vd. de la casa de Isabel?

—Sí; pero.....

—Basta; no quiero saber mas.

Poco á poco se ha ido haciendo positiva mi alegría, y se ha ido disipando el sentimiento del desaire recibido: no estoy satisfecho, pero conforme; y me ratifico en la idea de no volver á verla.

Despues de todo he hecho bien. Isabel lleva el sistema, y me lo ha dicho, de no comprometerse á nada: está engreida con su independencia, y acostumbrada á conservar sus amantes en el aire para darles con el pié el día que ya no los necesita, sin dejarles lugar á quejarse ni reclamar: ¿qué derecho pudiera alegar un hombre á quien nunca se le ha dicho te amo? ¿La costumbre? pero los hechos tienen mil interpretaciones, y en ese caso una muger puede decir lo que Marcela.

Señor; qué no ha de poder ser amable una muger sin que la persigan nécios?

Repito que hice bien en ecsigir una respuesta perentoria y precisa, ella conoció el lazo y huyó, hizo bien, aunque lo siento: pero de otra manera seria yo esclavo de todos sus caprichos, sin poder nunca ecsigir su recompensa. En vez de mandatos, insinuaciones tendria que hacer, y el día que le hiciera un reclamo amistoso y disimulado con responderme —no lo creía....—no pensaba....—quedaba yo burlado. Además, la amistad disculpa la familiaridad

hasta cierto punto; pasado el cual no sé qué haria si intentando un ataque directo me preguntase con aquel acento de orgullo:—¿qué significa eso?...—Apelar á la declaracion en este caso es una necedad; callar humildemente y bajar los ojos una ridiculez; proseguir á título de seguera ó veteranada no es una groseria....Lo que yo veo es que con todas mis teorías, me han dado calabazas....

Eh! no hay mal que por bien no venga; qué sé yo cuantas pesadumbres me habrá ahorrado ella misma....y señor no todas han de decir sí á la primera: querrá que le ruegue....rogarle yo! eso no: la he dicho no volveré á verla y no volveré. Poco á poco se me irá pasando.

Con esta cristiana resolucion me voy á acostar.

Marzo 23.—Aunque he dormido bien anoche, me costó trabajo atrapar al sueño. En la soledad de las sombras he visto á Serafina echandome en cara mi debilidad y mi inconstancia; me he avergonzado de mí mismo, y he buscando disculpas á mi conducta poco caballerosa. Es verdad que Isabel no posee realmente mi corazón, en que Serafina vive aún como en un santuario; pero lo he dicho humillandola ante la otra, poniendola á sus piés como yo estaba, por alcanzar un simple favor de muger, y esto es peor que sentirlo realmente. En este caso la falta estaria en el olvido, pero no en la voluntad..... Sacrificar, igualar, abatir ante una muger corrupta y despreciable, á la que yo mismo he elevado hasta el rango de divinidad!..... profa-

nar un nombre angelical, invocandolo para realizar un crimen!..... prostituir los afectos mas puros y tiernos del corazon por un capricho!..... Esta idea me ha atormentado mas, que la pérdida de Isabel.

He pasado el dia en meditaciones á cual mas original y variada.

Ya cambié de idea, y he resuelto volver á verla lleno de alegría y de amistad, para manifestarle que no me ha hecho impresion su repulsa, ni tengo ya pretensiones de ninguna especie. Al verla le diré: fui un tonto en enamorarla á vd.; hizo bien de no hacerme caso, y aquí estoy de amigo.

En pocas palabras esto le iba á decir, para manifestarle indiferencia; salvo algunas restricciones mentales, por las que me doy licencia de aprovechar, sin decir esta boca es mia, las ocasiones que me depare la fortuna.

Todo el dia y la noche se lo han dividido ella y Serafina: planes para la una; disculpas y promesas para la otra: afortunadamente ninguna de las dos me ha oido.—No he estado triste.

Marzo 24.—Hoy sí me he levantado de mal humor. En la noche he tenido la debilidad de desear verla, pero no para humillarla con mi indiferencia, sino para humillarme yo mismo rogandole.

No seas así Gabriel: recuerda que te has reido de tanto necio que la persigue alucinado, creyendo alcanzar algun dia el premio de los ultrajes y humillaciones que sufren en silencio..... ¡vas á ser uno de tantos para que se rian tambien de tí?.....

y ella la primera..... ¿Sabes que no te amaré; que no es capaz de amar á nadie?..... ¿Pero por qué no me ha de amar?..... digo..... ¿por qué me desprecia á mí que la trato con delicadeza, con caballerosidad; que le pagaria su ternura con reserva y agradecimiento, al paso que ha sido fácil con hombres groseros que la desprecian, la murmuran, la deshonoran?..... No me desprecia; pero quiere seguir ese camino vulgar, trillado, que me repugna: ¿qué le cuesta ponerse una máscara, fingir amor, para cumplir su antojo, sin hacerse mas despreciable á mis mismos ojos?..... Yo tambien quiero placer, placer material; pero algo de ilusion porque soy poeta..... Mujeres, nada mas que mujeres, sobran..... pero no quiero una muger de esa especie..... ¡Lástima!..... bajo una apariencia tan brillante no hay mas que vulgaridad, y..... corrupcion. Y yo que siempre la habia juzgado superior á las demas..... ¡Qué diablo! por necias ilusiones y por delicadezas que nadie tiene, no he de perder un buen bocado: sigamos sin hacer fieros el camino que ella me señala.....

Pero si ya lo erré..... quebrar mi carácter, sería una inconsecuencia capaz de hacerle retroceder, es decirle claro—te he conocido;—y las mugeres gustan de permanecer encubiertas, de oír alabanzas cuando ménos las merecen; una de sus mas grandes ilusiones es creer que nos están engañando. Además, una muger se prostituye, pero no gusta de que se lo digan..... Pues le seguiré rogando;

le haré comprender mi deseo á fuerza de espiritualidad y sentimentalismo..... le haré comprender que cuando ella se abate yo la elevo; que no soy como los demas hombres que huello la flor que me causó algun placer..... ¿Y si se rió de mí?..... Seré uno de tantos: ¿qué me importa? No es nada nuevo esta guerra entre hombres y mugeres.

Estos pensamientos y otros mil me han dominado desde que comenzó la noche, y ya es bien tarde: allá en el fondo del corazon siento una punzada aguda y sorda: el amargo desengaño de ver que en el mundo todo es lodo y corrupcion; que yo mismo que corro en pos de las ilusiones, y que llora la prostitucion de las mugeres, soy tan débil que he sacrificado á un deseo profano y carnal, la única divinidad que ecsistia para mí. Yo sé que así es el mundo y que así debe ser; ni me escandalizo, ni me sorprendo, pero el corazon que ha soñado otra cosa, se lastima. Siempre me he reido de los que lloran desengaños: y yo, que los preveo todos con la cabeza, siento herido el corazon cada vez que soy la víctima. Me rio ahora de despecho, de desesperacion..... dizque conozco el corazon humano, y no sé dominar el mio.

Otra vez miro mi porvenir tenebroso: me creo mal colocado en el mundo; juzgo inútil mi vida.... imposible la felicidad.... El desaliento vuelve á dominarme.—Es ya la madrugada y me voy á acostar.

Marzo 25.—Me he levantado muy tarde, y de

un humor negro como nunca. Los quehaceres de la mañana me han distraido; pero desde que volví á casa no puedo sufrirme: á mi tristeza se añade la inquietud por verla, y me desespera el tiempo. Sé que esta tarde irá al paseo, y la siesta, que siempre duermo bien, ha sido mas corta que nunca. Muy temprano me he puesto en camino para buscarla y mirarla á lo ménos. He procurado tomar parte en la diversion comun para distraerme; pero mi pensamiento ha estado fijo en ella. De paso he visto á Serafina: ni me detuve á mirarla; ni me volví á ocupar de ella, sino cuando me pasaba vagamente por la memoria. En otra época me habria estado contemplandola toda la tarde.

Este paseo adonde voy á buscar á Isabel, es un hermoso jardin del otro lado del rio, que se ha hecho de moda y que todos los dias de fiesta está lleno de gente de todas clases. Se baila, se pasea, se juega; pero las gentes aristócratas como Isabel solo pasean sin mezclarse con el pueblo. Cada coche que oia rodar ó paraba á la puerta, me hacia latir el corazon y ya creia verla. Por fin, llegó.

La esperé sentado por disimular, venciendo los impulsos que sentia de salir á encontrarla y darle un abrazo: su primer saludo fué frio y circunspecto: los dos paseamos por el jardin cerca de una hora: siempre léjos uno de otro; porque yo no me atrevia á acercarme, entre mil que la rodeaban. Ella tuvo cuidado de no verme á la cara ni una vez; yo la espiaba á hurtadillas. Para hacerle un agaza-

jo indirecto corté un boton de rosa y se lo regalé á Rosa su hermana, que me dijo al tomarlo:

—¿Eso me da vd.?

—Sí.

—En el lenguaje de las flores quiere decir corazon sin amor.

—¡Ah!.... no quise decir eso.—Y le arranqué el boton que hice mil pedazos despues.

Rosa es una niña inteligente, y nos comprendimos. Isabel sabia el pasaje.

Salieron por fin, y el saludo de la despedida fué mas amable: se sonrió conmigo, y me tendió el abanico.

Desde este momento hasta las ocho de la noche, se me hizo un siglo. Habia resuelto ir á su casa, pero no para decirle que ya no la amaba, y reirme de su desden, sino para que me viera triste, ojeroso, *romántico*: y arrancarle un *si* á fuerza de padecer. Iba yo.... porque no podia ménos; me habria sido imposible otra cosa. Si en la tarde no la hubiera visto, puede que no hubiera ido á verla este día á lo ménos.

En el camino para su casa, luchaba todavia allá en el corazon un resto de fortaleza, que me reprendia la debilidad que iba yo á cometer; temí su risa por esta misma razon; pero no estaba capaz de oír nada. Llegué en fin, temiendo no encontrarla, y ella fué quien me abrió la vidriera de la antesala.

—¡Ya ve vd. como al fin volvió?... fueren

las primeras palabras que me dijo ántes de saludarme.

Nada respondí; ni tenia que: con los ojos bajos y sintiendo oprimido el corazon la seguí hasta sentarme en el sofá de en frente: ella estaba vestida de blanco, y con un talle hermosísimo; la vi venir hácia mí, y tomar asiento á mi lado. Todo en silencio.

Por no prolongar mas aquella escena embarazosa y humillante, le pregunté por Rosa.

—Está durmiendo ya; es una floja—y se levantó violentamente.

—¿A donde va vd.?—le pregunté.

—A despertarla.

—¿Para qué?

—¿No la despertamos?

—No.

—Pues no.—Y volvió á sentarse junto á mí. Yo me retiré hasta el otro extremo del sofá, para que no me rozaran sus vestidos; temia hacer una imprudencia.

Este diálogo fué el mas animado que tuvimos en hora y media: aun no me resolvia yo á hablarle otra vez de amor: buscaba objetos que nos ocuparan, pero los dos estabamos tan distraidos, nos interesabamos tan poco en lo que hablabamos, que cada rato se agotaba una materia sin poder ligarla con otra que mantuviera el pábulo de la conversacion. En cada uno de los largos paréntesis permanecia ella muda, con los ojos fijos en mí, con el cuerpo en el aire y los brazos cruzados, como quien está pronto á ejecutar el primer manda-

to que escuche. Yo no me atrevia á verla, aunque me llevaba el alma en cada movimiento: el -corpiño del vestido estaba hecho todo de rizos pequeños que daban al seno mayor abultamiento y redondez con una caprichosidad provocativa: le hubiera dado un beso sobre el broche que tenia en la escotadura, y habria ecshalado en él toda mi alma.

Por fin sonó la hora en que acostumbro retirarme, y la oí con placer: mi situacion no podia ser mas difícil. Me despedí de ella con una frialdad forzada que necesariamente provocó la suya.

En la calle he volteado la cara y la hallé en el balcon: fascinado todavia, pensaba ver una de aquellas visiones fantásticas que aparecen en las novelas, siempre vestida de blanco, alumbrando las tinieblas de la noche.

Soy un hombre débil, un bruto, un imbécil....

—En estas ideas que vagamente percibo, he estado fijo desde que me separé de ella..... nada siento ni me entristece ahora mas que la vergüenza de mi debilidad.

Tengo sueño.

Marzo 26.—¿Cuál es la causa de mi mal humor?

En un rato de meditacion sosegada me he hecho esta pregunta, temiendo estar enamorado de veras. Por fortuna veo que no: à lo ménos este afecto se ha manifestado en mí otras vces con diversos síntomas. Si es que puedo ver claro en medio de mi preocupacion, creo que el amor propio es lo único que padece: como hombre de mundo, á cuyo

título aspiramos todos, he cometido una torpeza. La muger nunca ratifica de palabra ciertas concesiones, mucho ménos ántes de haberlas hecho efectivas. Como campeon en una lucha de amor he quedado vencido en el primer encuentro: esto me enfada, me indispone contra mí mismo. Olvidando mis teorías me preocupó un momento el deseo de terminar pronto un negocio, que por lo mismo que creia fácil, no interesaba mi atencion; y erré el camino, creyendome ya tan cerca del fin que no podria hallar un obstáculo. Hoy percibo que es casi imposible vencerla, ¿cómo obligarla á que me confiese que me ama, cuando yo estoy convencido de que todo me tiene ménos amor?..... ¿y otra especie de confesion no seria hasta locura ecsigirsela?... Retroceder de este camino, y comenzar otro, es confesar tácitamente que he errado, porque ella me engañó ó yo me preocupé: y esta confesion nunca la hace un galan á una muger cortesana.

Esta torpeza mas que nada, y la vacilacion en que estoy, sin hallar por qué partido decidirme, cuando estoy resuelto á seguir alguno—es lo que produce el horrible humor que tengo. No quiero confesarme vencido, y busco una ocasion de ser vencedor, ¿pero qué sistema he de seguir?

En todo el dia la he visto, ni pienso verla esta noche, aunque lo deseo violentamente.

Marzo 27.—Humilde como un capuchino, y resuelto á hacer un nuevo esfuerzo, he llegado á su

casa despues de un dia pesado entre la irresolucion y la tristeza. Yo no medito ni resuelvo anteriormente lo que voy á hacer; la ocasion ó mi capricho me deciden en todas las cosas repentinamente.

Hallé á Rosa durmiendo, y á Isabel con un libro en la mano.

—¿Qué leía vd.?

—Una novela que no me gusta.

Me acerqué á leer el título, y en efecto, no valia la pena aunque sea del célebre articulista Figaro.

—Nos iremos á un sofá—añadió levantandose.

—Vamos.

El sofá que ocupamos dista del otro en que dormia Rosa, el trecho solo que ocupa la chimenea que toca inmediatamente con ellos. Isabel ocupó el lugar mas inmediato á la chimenea: yo el mas retirado.

Desde que creí estar seguro de que nadie nos escuchaba en las piezas inmediatas, comencé á hablarle de mi amor.... realmente no podia estar callado mas tiempo.

—Al fin—comencé—es imposible ya separarme de vd.; estoy ligado, preso; y miéntras con mayor violencia quiero combatir esta idea, tanto mas fuertemente me domina.

—¿A qué combatir, pues? Déjelo vd. al tiempo.

—¿Al tiempo!... si en dos semanas estoy así, no sé qué será de mí despues. Estoy volviendo á la primera edad; me estoy convirtiendo en un ni-

ño, y tengo miedo de cometer todas las ridiculeces^r todas las necedades de un colegial enamorado...

Esto es horrible, Isabel; es horrible, cuando vd. no me dà ni una esperanza.... Vd. conoce mi estado, conoce bien que ya no soy dueño de mi mismo.... Es preciso remediar esto, y nadie mas que vd. misma debe hacerlo.... O curarme de esta pasion ó satisfacerla.... ¡Pero no me responde vd. nada!....

—¿Y qué he de decirle?—me respondió tristemente.

—Lo que vd. quiera, pero hableme: vd. tiene obligacion de curar el mal puesto que lo ha causado. Al oír la otra noche la confesion de vd. me creí mas fuerte; pero veo que no paso de un imbécil, cometiendo una debilidad he vuelto, y volveré.... porque no puedo resistir; combato, y un impulso interior me vence, me trae á mi pesar delante de vd., á hablarle de mi amor, á fastidiarla tal vez.

—A fastidiarme, no.

—Sucederia algun dia, porque siempre que pueda he de decirle que la amo, no puedo hablarle de otra cosa.... Vamos, dígame vd. algo; aconsejeme.

—Busque vd. otro objeto.

—¿Y cuál?....

—Serafina.

(¿Serian celos?....)

—¿Serafina!... vd. sabe bien que no me ama....

y que ante vd. ha desaparecido. Estoy curado ya de su amor; y me alegraba al sentirlo, creyendome mas feliz; pero veo que el remedio ha sido peor que la enfermedad misma. Léjos siempre de ella duraba mi pasion, pero lenta, amortiguada; á vd. la miro cerca de mí, y á medida que la veo crece mi pasion, esto es preciso, natural: debo alejarme de vd.; quisiera hacerlo y no puedo: el combate me cuesta mucho, y al fin quedo vencido.

—No combatir.

—¿Pues he de fomentar una pasion que no tiene esperanza?

—Ella se apagará sola: dentro de cuatro ó seis meses volverá vd. á verme como ántes, simple amiga: así les ha sucedido á todos los que se han enamorado de mí.

—¡Imposible!....

—Ya lo verá vd.: me conocerá poco á poco y dejará de amarme. A mí no puede amarme nadie.

¡Impía! me engañaba con la verdad.

—¿O no cree vd. mi amor?

—Si no lo creyera no lo escuchara, y desde el primer dia se lo hubiera hecho entender á vd.

—Yo conozco que no soy el amante que vd. necesita; ha sido una locura enamorarme y buscar correspondencia: yo, un hombre oscuro, pobre, necio, no sé ni espresar mis sentimientos, no soy zalamero, ni festejoso; hasta grosero soy con las mugeres, torpe para obsequiarlas, y tal vez las agravio ó las enfado cuando intento hacerles un agasajo....

Vd. necesita un hombre vivo y ardiente de carácter, que por su figura, por su posicion, por las cualidades todas que me faltan satisfaga las ecisgenias de una muger como vd., brillante y de talento..... Una cosa sola no hallará vd. nunca en otro; tanto amor como el mio!..... no sé ni espresarlo, pero hay en mi corazon tanta ternura para amar á vd., que me siento capaz de todo..... lo seria, si vd. quisiese. He vivido siempre perezoso y humilde porque no tenian objeto mis trabajos, ni mis sacrificios; pero si supiera que tenia un altar donde ofrecer las riquezas ó el nombre que alcanzara, lo emprenderia todo, todo..... La esperanza de hallar una muger que me pagase en amor los pesares que el mundo proporciona, es todo lo que me ha faltado; una palabra, y....

Isabel permanecia callada, con los ojos bajos; y en su posicion espresiva parecia mas triste que yo, y que imperaba compasion, cuando yo era el suplicante.

Despues de un largo rato de silencio continué:

—Dígame vd., ¿no será posible que llegué yo á hacer tanto por vd., que le haga sentir de tal manera mi amor, que me cueste tantos sacrificios, que llegue vd. á amarme un dia?....

—No es imposible—me contestó balbuciente.

Comprendí al oír estas palabras que no debía permanecer mudo ni quieto; sentia grandes impulsos de decir y hacer muchas cosas; la hubiera devorado á caricias, me hubiera echado á sus piés,

protestandole eterno amor en cambio de esta esperanza.... Este era el momento de hacer una peripecia dramática, una escena de novela; lo conocia, y sin embargo una fuerza secreta me contuvo, me clavó en mi asiento, me quitó el uso de la palabra.... estaba perfectamente inmóvil.... Así permanecimos los dos largo rato.

Esta situación que no sin violencia sostenia yo, este lenguaje desusado para mí, y que me costaba trabajo mantener entre los límites de lo vulgar y lo sublime, habian agotado mis fuerzas. El *no es imposible*—habia venido tambien á calmar mi fiebre de amor; era una esperanza, una gota de agua que refrescaba mis labios tostados de sed.

Pocas palabras mas y casi frias, hablamos despues: comencé luego á observar que Isabel llevaba frecuentemente á la nariz el pañuelo que tenia en a mano.

—¿Está vd. enferma?—le pregunto.

—No: ¿por qué?

—Me parece que está vd. aspirando éter ó alguna otra cosa en el pañuelo.

—No; no tiene nada—y me lo alargó.

—En efecto, nada tiene; dije devolviendoselo.

Ella al recibirlo con una mano, estendió la otra sobre la chimenea, de donde tomó otro pañuelo que despues de haber besado ligeramente, me presentó diciendo:

—Este si huele, y bonito.

—¡Es verdad!.....—respondí aspirando un perfume delicadísimo: y me quedé con él en la mano.

Era un pañuelito lleno de encajes y bordados, usado ya, pero limpio, todavía conservaba el lustre y la tersura de la plancha; estaba solo estrujado entre las manos hasta darle la apariencia del uso actual. A primera vista le percibí una marca en geroglíficos y letras....

¿Qué hacia este pañuelo allí sobre la chimenea, tan cerca del lugar que siempre ocupa Isabel? tenia otro en la mano, y este quedaba inútil. Al volver de la calle, si habia salido, pudo ponerlo allí; ¿pero entónces á qué tomar otro? una muger aristócrata usa el mismo pañuelo en todas partes.... ¿para qué, pues, tenia dos? uno sucio, sencillo y sin perfume en la mano; otro perfumado, limpio, lujoso, puesto casi escondido entre el florero y el reloj de la chimenea.... ¿Podía dudar de que esto era un disimulado regalo; una prenda, como dicen vulgarmente los enamorados?

—No percibió vd.—le dije—que poniendo este pañuelo en mis manos me orillaba á cometer una ratería?

—¿Cómo?

—Sí, á robarmelo: y me lo robo—esto decia y me guardaba el pañuelo en la bolsa.

—¿Para qué, Gabriel?—me preguntó casi sonriendo.

—Bien sabe vd. cuanto valor tiene para un ena-

morado estas bagatelas; un pañuelo de la muger que se ama es un tesoro.

—Ya me lo devolverá vd. despues.

—No he de devolverlo.

—Lo sentiria porque tiene una marca que me hizo Rosa

—Así tendrá mas precio para mí.

—Veremos.

—Ya verá vd. cómo no se lo devuelvo.

A poco rato se levantó Rosa, y pasó por delante de nosotros, restregandose los ojos; y saludandome medio dormida todavía, se metió á la pieza inmediata.

—Esa va derecho á la cama—dijo Isabel.

—Duerme mucho.

—¿Qué quiere vd. que haga una niña como ella, que no tiene en que pensar, ni en que ocuparse?

Algo mas temprano que de costumbre me levante para irme. Estando en pié y con el sombrero en la mano, le dije:

—Temo fastidiar á vd. con mis visitas y mis pláticas de amor; pero la culpa la tiene vd. que me dejó verla, y percibir todos sus encantos. O ame-me vd., ó cureme.... Adios.

—¿Se lleva vd. mi pañuelo?

—Supongo que no le hace á vd. falta.

—¿Pero qué tiene vd. con un pañuelo?... Nada.

—Pues si es nada, no debe privarme de un gusto que para mí es grande.

—Adelante.

—Adios, Isabel.

—Adios, Gabriel.

En casa he ecsaminado el pañuelo y está tan usado que tiene algunas roturas; esto prueba su poco tacto, ó el desprecio con que me mira. Se percibe con todo que es el pañuelo que gasta una dama, y el perfume es delicado. Una cosa me llama la atencion; y es la marca que consiste en dos corazones atravesados con una flecha, y abajo escrito el nombre y apellido de Isabel: pero es una marca de aguja hecha de pocos días, de ayer mismo; la seda conserva su lustre, los perfiles mas tenues de las letras están intactos, el agua no ha descolorado la seda ni manchado la tela.... Creo no errar confirmando mi sospecha de que fué un regalo disimulado el que quiso hacerme: lo creo así sin ninguna especie de duda, y me choca.... miento; que las palabras han estado esta noche acordes con las obras.—Es posible—me ha dicho; me dió ademas una prenda, y me recordó à Serafina.... ¿Me tomaria celos?.....

Yo estaria satisfecho enteramente si no me quedara una duda que me labra interiormente. En un momento que tenia yo los ojos bajos, creí notar al levantarlos una sonrisa burlona que reprimió violentamente.... Si se ha reido de mí, ciertamente no sabe lo que ha hecho.... hacerme desconfiar, es imponerme reservas que dañan á sus deseos sean los que fueren. Ahora recuerdo que en una de las primeras conversaciones me dijo que

deseaba una persona con quien *divertir* sus noches.... Si queria divertirse simplemente, no debia dejarmelo percibir tan temprano.....

¿La amo ya de veras y por eso me causa tanta impresion esta duda?.... no, no quiero creerla tan infame que se burle de los sentimientos que ella misma provoca, ni tan necia que haga traicion á su propio sistema.... Siento que á mi pesar el corazon se repliega sobre sí mismo: tal vez llegaria á amarla, que sé yo si mi primera intencion liviana se hubiera convertido en un afecto mas tierno: ahora siento lastimado el corazon, y me resisto á creer que se haya reido de mí, no porque veo perdida la esperanza de poseerla, sino porque me arranca una nueva ilusion.... ¿Siempre me he de ver reducido al aislamiento y la tristeza? ¿No hay en el mundo otra cosa que falsedad y corrupcion?....

Marzo 28.—Desde hoy deben ser diarias mis visitas, á pesar de que esto es faltar hasta cierto punto á las conveniencias.

Esta noche no hemos hablado nada de amor:

—Gabriel, hace muchos dias que estoy quejandome con vd., y no me hace caso.

—¿Qué tiene vd.?

—Estoy enferma, muy enferma.

—Pues debe vd. curarse.

—Pero si vd. que es mi médico no me hace caso....

—Yo no puedo ser médico de vd. Al médico se le deben ciertas confiancias que en nuestrasi-

tuacion.... yo no me atreveria ni á hacerle ciertas preguntas....

—Ni es preciso: vd. sabe lo que tengo, me duele el pecho y nada mas.

—Por otra parte, ni yo soy tan buen médico que deba vd. fiarse á mis manos, ni por mas que lo fuese sabria curarla preocupado por mi amor.

—Tanto mas empeño pondrá vd., como ningun otro.

—Ademas, que yo podria abusar de mi carácter

—No lo creo.

—Mejor es siempre quitar las ocasiones de que vd. se enfade conmigo, y de que yo tenga que avergonzarme despues.

—En fin, quiero que vd. me cure.

—Recetaré—contesté secamente.

Previa una explicacion que oí por cubrir las apariencias, sin tomarla siquiera el pulso, receté una pocion de mal sabor y cargada de polvos; quise enfadarla á propósito, para que no vuelva á pedir-me que la cure.

—¿He de tomar esto inmediatamente?

—Si tan enferma está vd....

—Ahora me siento aliviada; pero si mañana....

—Cuando sienta vd. fuerte el dolor, entónces.

A poco llegó el hombre de los bigotes, el general, comandante de armas de la provincia &c. &c. acompañado de un ayudante.

La tertulia se convirtió entónces de familiar en

séria: se habló de muchas cosas diferentes, y terminó á la hora de costumbre.

—¿Sabe vd.—me dijo el general en la calle—que esta señorita es muy apreciable?

—Ya se ve.

—Veo que la sociedad de Búrgos no es tan mala como me la habian pintado.

—Es que vd. no conoce de Búrgos sino á Isabel; y por ella juzga á todas; pero sepa vd. que su despejo, su amabilidad, su cortesanía son prendas escasas en esta tierra.

—Y qué carácter tan original, tan *chispas* tiene la niña.

—¿Eso dice vd. y aun no la conoce todavía?

—Qué independencia de ideas.

—Eso tiene mas que nada y es lo que á mí mismo me causa mas estrañeza; sin mundo, sin sociedad, sin ejemplos, y hasta sin educacion, porque ninguna muger mexicana... burgalesa iba á decir... recibe la que debe, es raro que por sí sola haya adquirido el grado de cultura y cortesanía que manifiesta; su conversacion no es elegante ni erudita, pero graciosa y suelta; no tiene el encogimiento, la incivilidad, la gazmoñería de sus paisanas.

—Amiguito, está vd. haciendo su apología.

—Es natural.—contestó el subalterno que nos acompañaba.

--Hace vd. bien, amiguito.... la niña lo vale.

—General, vd. está engañado: piensa que yo tengo algo con ella y se equivoca.

—¿Qué! ¿me cree vd. ciego, señor?

—Le voy á probar á vd. que no puedo tener nada con ella. Está enamorada de otro con quien no se ha casado por repugnancia del padre; pero yo estoy entendido que muerto el papá se casará con Víctor inmediatamente. (Esto es para mí, artículo de fé.)

—¡Ah! yo ignoraba eso; y en tal caso tiene una virtud rara entre las mugeres, la constancia.... Siento ser tan viejo....

—¿Por qué?..... (Ya está cogido—dije entre mí alegrandome.)

—Esta niña he oido que tiene fama de veterani-lla.... seria muy bonito escopetearse con ella.... Vd., amiguito, cuidese; no vaya á enamorarse y á querer dar el asalto, porque es vd. hombre al agua.... Si viera vd. como me pusieron las mugeres cuando, era yo muchacho y corria la tuna: pues, y que yo..

—No haya cuidado, que yo sé bien que no debo enamorarme de ella: la conozco mas que vd. general.

—En fin, adios.... nos volveremos á ver por allá; nos volveremos á ver.

—Lo apreciaré..... Buenas noches.

El general está prendado de Isabel desde la primera noche que la conoció. Es viejo, y seria original verlo enamorado de Isabel que se rie de un entierro.

Se me está antojando inspirarle á ella la idea de que le haga algunos avances á ver si todos nos divertimos.

Marzo 29.—Esta noche he llegado muy ufano; llevaba unos versos escritos para ella, y esperaba una recompensa, un beso regateado.

Isabel me ha adulado algunas veces llamandome buen poeta; quiere que le ofrezca yo este trofeo mas; pero me habia estado haciendo sordo hasta hoy, que de una manera mas directa me ha pedido versos aunque no para ella.—Yo no gastaria mi pluma en otra muger que vd.—le habia dicho—y en efecto, he hecho unos versos *ad hoc*.

—Traigo una composicion para vd.

—A verla, á verla.

—No soy buen poeta, pero vd. me lo ha dicho, y es probable que toda la inspiracion la deba yo á vd.

—Veremos qué es lo que he inspirado.

Rosa estaba presente y asistió á la lectura de los versos. Al terminar exclamó entusiasmada:

—¡Qué lindos..... (Me alegré.)

—Están bonitos—dijo friamente Isabel. (Esto me partió el corazon.) Vengan estos versos añadió despues.

—Para vd. son, pero tienen un precio.

—Lo pagaré, y deme el papel.

—Aquí está; pero yo soy interesable en todo; no los he escrito sino para alcanzar un premio.

—¿Y cuál es?.....

Rosa nos dejó solos prudentemente diez minutos, levantandose tan pronto como oyó comenzar un ajuste que no debia presenciar.

—¿No lo adivina vd.?

—Nunca adivino nada: soy muy torpe.

Ella no quiso continuar ni yo tampoco, encaprichado en que la recompensa tuviera de su parte el mérito de la espontaneidad. La adivinanza no era muy dificil, puesto que en los versos mismos estaba bien claramente indicado su precio. Permanecimos, pues, callados hasta que Rosa volvió diciendo:

—¿Se han ajustado ya?

—Imposible; no dice lo que quiere, y no sé que darle.

—Y ahora recuerdo que esos versos no tienen puntuacion; traje el borrador mismo por leerlo, y.. á ver.... Isabel me dió el papel: lo tomé y guardandolo en la cartera dije:

—Fueron escritos para vd., pero no los tendrá mientras no reciba yo el precio.

—Es una traicion.... pero paciencia.

—Hablemos de otra cosa.

Yo estaba picado.

Y aun lo estoy; yo esperaba que mis versos, no por buenos, sino por ser de amor y para ella, hubieran sido festejados, no solo alabados; y su disimulo, su tenacidad en no comprender lo que pedia por ellos, ademas de causarme sentimiento, me la hace despreciable. Si desprecia mis versos porque

su oído es insensible á la armonía, no merece que un poeta, sea quien fuere, la ensalce gastando en ella su pobre inspiración; si lo hace por picar mi orgullo, es demasiado arrogante para convertirse en mi juez..... ¿Qué es esta muger, señor? ¿tiene solo la viveza y el ingenio del instinto? ¿son positivas las gracias que en mi preocupación le atribuyo, ó tiene una alma?.... aun cuando no la tuviera debería fingirla.... Vamos, ya veo que el sentimentalismo no es el camino por donde he de llegar á hacerme comprender.

Marzo 31.—Seguramente me ha hecho mas impresión el desprecio á mis versos que á mi amor.—El sentimiento me ha alejado de ella un día, y hoy iré á verla á mi pesar: ha perdido para mí hasta el último encanto.

Yo querría hallar en todas partes un eco á mi voz mal expresados mis sentimientos, pero bien sentidos, los echalo buscando consuelo ó satisfacción; quisiera que todos hubieran sentido como yo ó comprendieran á lo ménos mis palabras; esto si no consuela ni satisface lisonjea el orgullo del escritor..... Pero Isabel no es capaz de comprender el lenguaje ideal del amor; ó si lo comprende lo desprecia: necesita imágenes groseras que hablen á sus sentidos..... ¡ah! yo le hubiera perdonado su risa, como un rasgo de su carácter insustancial y traicionero; pero manifestarse impacible á los acentos del amor, que entusiasman á cualquier muger aun que no sean dirigidos á ella..... no ya por mí,

por su reputación misma debió manifestarse espiritual é inteligente y no un ser puramente sensual que no comprende sino lo que palpa con los sentidos.

En fin, esta noche he ido á verla arrastrado por yo no sé que fuerza superior á mi repugnancia: además..... le he compuesto un soneto por el camino, se lo he escrito con lapiz en su casa y se lo he dejado..... Puede ser que aquellos versos no tengan armonía, ó no hayan estado unísonos con la cuerda sensible de su corazón. En este soneto hay mas sentimentalismo, mas ternura, mas pasión: tal vez lo comprenderá y me pague con una mirada todo lo que me ha hecho sufrir.

No le leí mi soneto, porque el general que tambien hace ya sus visitas diaras ha estado en nuestra compañía. Todos me han conocido en el semblante el mal humor, y me han dado valla: espero á mañana como si me hubieran prometido una gran fortuna.

Abril 1^o—La he visto y ni una sola palabra me dice de mi soneto..... es una muger infame, por disimulada ó por necia. Estoy desesperado y resuelto á no volver á hablarle una palabra de amor..... No lo siento ya si lo he tenido algun día..... y aun se me pasea la idea de vengar los agravios que hace intencionadamente á mi amor propio.

Abril 2—Abril 7.—La escena ha cambiado.

Ya no estamos solos Isabel y yo platicando al la-

do de Rosa que duerme, ó nos abandona segun los casos: el general viene todas las noches, y siempre acompañado de otra persona que se ocupe de la hermana ó las visitas que pueda haber, para quedarse á luchar él contra Isabel y yo solos.

El general estaba ya segun veo seducido ántes que yo lo hubiese pensado. Isabel lo deja venir, y nos pone á los dos en perpetuo conflicto.

Diremos algo del general y de las situaciones respectivas de todos.

El general es un militar de mas de 40 años, elevado desde las últimas clases del ejército: un lenguaje libre y nada culto, sus maneras duras y bruscas revelan al miliciano impregnado de todos los defectos de nuestra oficialidad: nada orgulloso, pero muy vano, no tan fatuo que empalague, ni tan modesto que deje pasar desapercibida una cicatriz que ganó en la guerra de independencia, ú olvide referir las conquistas amorosas que hizo en su juventud. En esta materia es muy soldado; lo mismo atacará á una muralla que á una muger, hace un reconocimiento, dice una corta proclama para entusiasmarse él mismo, forma su columna, y hasta vencer ó quedar derrotado sin pedir parlamento ni armisticio.

El general comprende mis intenciones como yo las suyas; ambos nos tratamos con benevolencia, á pesar de que mutuamente nos hacemos malaobra: quise cambiar, evitando su presencia, la hora de mis visitas, y él ha hecho lo mismo: las redoblé y

él me siguió, me habia antecedido; de modo que con diez minutos de diferencia llega siempre el uno en pos del otro.

Isabel nos ve y se divierte con los dos: sabe perfectamente la manera de mantenernos en perpetua oscilacion; es dueña de nuestros resortes y nos contenta ó nos incomoda á su antojo, segun el capricho ó la necesidad. Nos deja caer una porcion de aquellos pequeños favores que vienen siempre á se del mas audaz. Yo dejo al general que los recoja todos.

El y ella con su manejo siempre práctico me enseñan el camino que debo seguir; á mí me repugna la lucha, abandono enteramente el campo, y no pocas veces he dado lugar á que tanto uno como otro me reprendan justamente de cobarde y descuidado. El general siempre junto á Isabel, le espia el seno siempre que puede por el ménos intersticio que deja el pañuelo ó el corsé; procura estarla tocando con el codo, y le pasa jugueteando por el cuello las borlas del bastón, ó le toca suavemente el hombro una mano; hace mil alusiones ó alabanzas de todas las perfecciones personales que está mirando; en fin, ataca como un soldado: Isabel resiste con la inmovilidad: yo veo todo esto y me enfado, me alejo de ellos, ya no por zelos ni siquiera por envidia, sino porque me repugna tal manejo.

¿Intenta Isabel, consintiendo al general, ponerme una moca, como dice Balzac? El verdadero

amor no se fomenta con los zelos que lo enturbian; y su alucinamiento se disipa á la voz del amor propio. Si yo buscara y esperara amor, lucharía; pero un favor, mero favor de muger, se compra con dinero, no con humillaciones ni sacrificios. Cuando esperé una ilusion, rogué, alcancé rogando una condescendencia y un trofeo, y casi satisfice mi orgullo: desilucidado al fin aunque ofendido, me entristezco al ver la miseria humana, y observo hasta qué punto es incomprendible y frívolo el carácter de una muger.

Isabel, admitiendo los obsequios del general, pierde su reputacion en público á quien no puede darle ni un pretexto puramente ostensible, para conservar á su lado á un hombre como él. Isabel se sonrie con un viejo emprendedor y lascivo que la ultraja hasta con sus palabras, mientras huye de mí.... no huye tal vez, pero no comprendo toda la delicadeza que hay en mi afecto, aun cuando allá en el fondo sea tan torpe como el de mi competidor.

Las mugeres enseñan el fruto, despiertan el apetito y corren para que las persigan: yo he perseguido á Isabel; pero no me apresuro: le doy tiempo para que evite los zarzales, el fango, los padruscos, los precipicios; no quiero, ya que me hace el sacrificio de correr para hacerme el placer mas sabroso, que por mí se lastime ó se manche, y tengamos despues que llorar juntos una imprudencia, ó que acallar un remordimiento..... Y estas delicadezas

que nunca habrá hallado, ni hallará sino en un corazon como el mio, fanático por divinizar los mas despreciables objetos, las toma por cobardía y necedad!.....

Mis amigos me aconsejan que adopte el sistema del general, presagiandome un completo resultado. Yo conozco la eficacia del consejo, y me repugna adoptarlo.

Isabel me aleja ó me acaricia cuando le conviene, no cuando me daría gusto en ello; es decir, que no busca un hombre con quien partir sus placeres; sino un simple instrumento inerte, un manequin.... Yo no me envileceré nunca hasta ese punto; el alma del poeta se asquea de descender hasta el fango del vicio, sin siquiera un pretexto de aquellos que alucinan, sin que le preparen un aroma que neutralice la fetidez que despide la corrupcion del cuerpo humano.

Conociendo Isabel mi carácter, ¿por qué no se reviste de las galas que yo quiero prestarle para adorarla? ¿No quiere tomarse este trabajo por mí? Tampoco yo quiero sacrificarle mis ilusiones de niño.

¡Oh! estoy muy triste.... nunca hallaré en el mundo la realizacion de las locuras con que sueño. ¡Sufro mucho!.... no por su desden, ni por su risa, ni por sus humillaciones: me humilla para igualarse conmigo, se rie porque no me comprende, me desdeña cuando su vanidad lo ecsije solamente.... Este es el lenguaje del despecho, lo conoz-

co..... despecho que desgarrá mi corazón iluso.... yo mismo lo burlo, lo escarnezo en los ratos de sangre fría en que impera la inteligencia; él se avergüenza de su debilidad y se comprime; pero siento que jamás prescindirá de sus ilusiones.

Estos han sido mis pensamientos dominantes en la última semana: añadiré los hechos importantes que se han verificado.

Uno de estos días, saliendo de la casa de Isabel, llevaba yo tan marcada en la cara mi lobreguez, mi antiguo desaliento por no encontrar en el mundo más que hombres y mugeres, en vez de los ángeles creados por mi imaginación, que pude percibir claramente el sentimiento de lástima que le inspiró á una amiga que me encontró, á Elena, la que me llamó *buen cristiano*.

—Ya tiene vd. las ideas negras—me dijo.

—Un poco.

—Vamos á comer á casa: se disipará vd.

—No, gracias; me voy á dormir.

—Vaya vd., es mejor; y ojalá durmiera muchos días.

Después me reí de mí mismo, y esta muger adquirió un título más de simpatía para conmigo: me comprende, ó lo finge.... en fin, me compadece.

Una mañana he llegado más temprano que de costumbre; Isabel salía del baño, y me recibió en un bonito deshabillé.

Estábamos sentados en un sofá.

—Por Dios! Gabriel, me estoy muriendo y no me hace vd. caso.

—Yo la veo á vd. tan linda y tan hermosa como siempre.

—Me estoy muriendo en pié y nadie quiere creerme porque no soy quejumbrosa; pero estoy muy mala.

—¿No hizo provecho la receta del otro día?

—Que mal me supo!....

—Pues la de hoy será peor.

—No, Gabriel!

Nos distrajimos así de la cuestión, hasta después de otro rato.

—Pero vd. no hace caso de mi enfermedad.

—Sí.... vamos, ¿que tiene vd?

—Lo de siempre.

—El dolor en el pecho?....

—Nada más.

—Que me den papel para recetar.

—Pero ni me pulsa vd. siquiera

—Ya sabe vd. que receto por condescender; pero....

—Pues bien, me moriré....

—Eso no; venga el pulso.... Está bien—dije soltándole la mano que palpé con toda la frialdad de un doctor Grifon.—Que me den papel.

—Ya sabe vd. donde mero me duele?

—¿Donde?—pregunté con socarronería.

—Aquí.... aquí....—dijo casi enojada, arrebatando mi mano entre las suyas y apretándola al colocarla en el pecho..... Ella no tenía más que

una bata, suelta enteramente y desprendida, que continuamente sujetaba con la mano para no descubrir demasiado sino en los descuidos.... Tuve tentaciones vehementes de interesarme por la enferma, y palpar y auscultar, toda la parte adolorida, pero me reprimí, y retirando mi mano cuando ella la soltó, volví á pedir papel. Receté una bagatela, y cambiamos de conversacion.

Una noche Isabel escitó mi curiosidad con un papel que tenia en la mano.

Era natural que bien pronto recayera la conversacion sobre el papel

—Esto es una carta de mi marido—me dijo ella respondiendo á la mirada de mis ojos.

—Su marido!.... de vd?....

—Sí: voy á casarme.

Me lo decia con tal espresion que era imposible creerlo. Sin embargo, hace algunos dias que busco un pretexto para hacerle entender que han acabado mis pretensiones, y he aprovechado esta oportunidad.

—¿De veras se va vd. á casar?..... Lo siento.

—¿Por qué?

—Estraña es la pregunta. ¿Y es zeloso?

—Mucho.

—Entónces yo corro riesgo.

—¿Por qué?

—Vd. no debe guardar ningun papel mio que pueda ver su marido y le cause zelos.

—¿Pero qué papel tengo de vd?

—Mi soneto.

—Con devolverselo....

—Eso queria.

—¿Y por qué se lo he de devolver á vd.?

—Porque ya no quiero que vd. lo tenga.

—Pues bien, lo daré.

—Venga.

—Será despues; ahora no tengo gana de levantarme.

—¿Y lo que yo tenga de vd.?

—¿Qué tiene vd. mio?

—Un pañuelo.... Vd. bien sabe que tengo razones para temer á los maridos zelosos, y no quisiera que el de vd. viniera un dia á quitarmelo á mano armada...

—No tenga vd. miedo que no irá.

—Pero pudiera ser, y para quitar los riesgos....

—¿Me lo devolverá vd.?

—En cambio del soneto.

—¿Lo trae vd. allí?

—No.

Isabel estaba despechada y aparentaba la mayor calma del mundo. Yo busqué mil pretextos para que el soneto saliera, y arrancarselo si hubiera sido posible de las manos aun delante del general, que llegó despues; pero ella, sin hacer caso de mis palabras, picantes algunas veces, permaneció fria, indolente, sin levantar una mano siquiera del sillón en que estaba sentada afectando una pereza y una

calma, que no han dejado de causarme terror.... las mugeres son vengativas.

Al dia siguiente volví á pedir mi soneto; ella sin decir una palabra fué á traerlo y me lo entregó: lo guardé yo en mi cartera tambien callado. Tan pronto como llegué á casa envolví el pañuelo en un papel limpio, y lo guardé en la bolsa, para entregarlo en primera oportunidad.

Lo enviaria con un criado y una esquelita expresiva, pero no queria picarla hasta ese punto: es muy mala, y aunque despues me ria de ella, si me coge una ocasion mal parado, se vengará horriblemente.

Uno de los últimos dias estabamos como siempre; el general y yo sentados á los lados de Isabel. Yo reparé que el pañuelo que tenia ella en la mano tenia una punta rota.

—Vaya-le dije chanzeando—una muger como vd. no usa estos pañuelos;—y se lo quité de la mano.

—¿Qué tiene?

—Está roto; vea vd.

—Entónces—dijo el general—se rompe y se compra otro.

—Yo no tengo para hacer esos gastos; si vd. quiere....—y le alargué el pañuelo.

—Vera vd. como yo lo hago.

Diciendo y haciendo convirtió en tiras el pañuelo y se lo guardó en la bolsa diciendome irónicamente:

—¿Quiere vd. un pedazo para reliquia?.... Isa-

bel riendose con él y mirandome con inteligencia le respondió:

—¿Para qué lo quiere Gabriel?

En efecto, yo tenia un entero cuando el otro me ofreció un pedazo.

Terminó la visita. Dejé adelantar al general, y volviendome, saqué el pañuelo de la bolsa y se lo dí á Isabel diciendole:

—Ahora yo le regalo á vd. esto.

Isabel no pensaba que yo le volveria nunca su pañuelo, y no me respondió una palabra, ignorando lo que contenia el bulto de papel blanco que le entregaba y que ella recibió como dudando.

Despues no me ha dicho una palabra sola, y se me manifiesta con la misma amabilidad de siempre: esto, mas que nada, me prueba la impresion que le hizo mi desprecio: sabe como ninguno el jueguito de estira y afloja, que en vez de alejar seduce y encapricha á los hombres; está acostumbrada á tirarlos de modo que nunca los satisface ni los desalienta completamente; yo tambien estoy acostumbrado á ceder á ciertos caprichos mugeriles, que mas bien halagan que incomodan; les ruego cuando es preciso, pero nunca mucho tiempo....

mi volubilidad y mi desconfianza son una garantía contra esta especie de humillaciones. Muy pronto me curo siempre de las heridas de un desden, y el instinto me guía á buscar en otra parte la satisfaccion de mis deseos.

Abril 8.—Abril 15.—Viene una semana de ari-

dez y tristeza para Isabel: ella debia asistir á una partida de campo que alborota á todo Búrgos: un accidente extraño la ha detenido, y el general, que no pudo prescindir de compromisos anteriores, marchó con la comitiva de los paseantes.

Yo estaba alborotado y debia haber ido; Isabel me hizo cambiar de resolucion, y aunque me quedaba con pesar habia resuelto no ir: despues me alegré sabiendo que Isabel se quedaba y el general se iba precisamente.

Al verme solo todas las noches con ella me han dado tentaciones de volver á la carga: pero no he pasado de cumplimientos, requiebros estudiados, amabilidad al uso del día, moneda corriente. Ella me orilla, yo temo un chasco, y me estoy firme.

Pasamos las noches bien tristes; acordandonos de los que se fueron á pasear. Isabel disimula el disgusto de haberse quedado; pero yo sé que estaba alborotada.

Ningun incidente particular ha habido en estos dias; de todo hablamos ménos de amor: la falta del general produce ménos bullicio; la sala está desierta; pero yo me encuentro bien. Me he acostumbrado ya á perder mis noches con Isabel; y aunque nada pretendo de ella, puedo verla sin el estorbo del general que me va enfadando, como yo á él. Rosa sigue durmiendo.

Abril 16—Mayo 6.—El general ha vuelto y la ausencia lo ha entusiasmado. Desde los primeros dias he notado su cambio respecto de mí: ántes

nos guardabamos todas las consideraciones que exigen las conveniencias; ahora poco á poco nos hemos ido descarando, hasta ponernos en lucha abierta delante de ella. Los dos, sin embargo, hemos adoptado diferente sistema: él chanceando me dice mil tonteras á que yo no respondo las mas veces; emprende disputas que nunca sostengo; cuenta fortunas, y yo desgracias; habla de dinero y abundancia, yo de pobreza; busca todas las ocasiones de sobreponerse á mí, yo le prevengo las intenciones y le allano el camino; se empeña en manifestarme su influencia sobre Isabel, yo le ayudo y le indico indirectamente lo que debe hacer; comienzan á empeñarse en una conversacion interpretable, y me levanto de junto á ellos, para ir á tomar parte en la plática del otro grupo que forma la hermana; toco el piano, ó me salgo á tomar el fresco del balcon, diciendoles al levantarme alguna chanza como—Cuidado con lo que hacen niños:—Ya sobro—Acaben pronto que quiero volver.

Isabel se pica y sufre; el general no me hace caso.

Los primeros dias siempre me defendia Isabel de los ataques del general haciendose dueña de la cuestion ó respondiendo á sus epigramas; yo permanecia impassible y me lisonjeaba interiormente: pero una noche me salí de la línea de defensa que ella me habia prescrito, se enfadó y acabé por darle las gracias, y entregarme yo solo á la lucha con todos. Desde este momento los dos me atacan fuerte,

haciendome padecer, mas de lo que piensan, por otra causa de que la que imaginan.

Isabel consiente casi todos los avances, y aun pudiera decir insolencias y ultrajes del general, no resistiendo sino aquellas cosas que seria ya indecente dejar pasar delante de mí: él cobra aliento, me burla, y se envanece; ella me da lo que se llama picones, y se venga de mi desden hiriendo mi amor propio: hasta me ha hecho entender con una accion bien marcada que no quiere presentarse en público conmigo. En esto tiene razon: se acuerda que me han escupido.

Ahora bien: el general se presenta con ella en todas partes se la ha *affichéé* sin cuidar su reputacion que compromete; la ofende con sus palabras, con sus hechos y con sus intenciones; es mas viejo y mas feo que yo, ménos fino y ménos delicado: él manda, yo ruego: él es atrevido, yo quiero ser prudente; él arrebatá miéntras yo pido.... en fin, el general ha perdido, como dicen de los asnos, la idea de la impenetrabilidad de los cuerpos, y sigue su camino sin ver à quien atropella, ni en que obstáculo puede estrellarse.

Yo, parodia de los trovadores de la edad media, suspiro no mas, y cuando desciendo á la arena del positivismo todavía quiero poetizar con la miseria humana..... ya que todo es farsa en este mundo, estoy siquiera porque hagamos un melodrama; ella no puede pasar del entremes.

Isabel sabe alegrarme ó entristecerme cerca de

ella momentáneamente, segun que quiere vengar algo de mí ó del general; ó divertirse simplemente; yo obedezco al impulso, porque movido tal resorte del corazon es preciso que se produzca tal movimiento: pero ya hemos perdido la ilusion ella y yo, así como los títeres pierden su gracia cuando se está mirando el hombre que los menea.

Por fortuna las mil heridas que cada dia sufre mi amor propio las cura prontamente la razon; yo sé que así es y siempre será el mundo: ademas de que conozco que todo esto es consecuencia precisa de mi mala conducta con ella..... al fin es muger, y no ha de estar rogando al que desprecia la ocasion que le dan, sea cual fuere el motivo..... Quiero sacar una consecuencia que halaga mi vanidad: si Isabel no me aborrece, se fastidia de mí por lo ménos: luego ántes me quiso, ó cuando muy poco, le pesa que no la haya yo perseguido mas eficazmente.

¿Y por qué estoy triste sin embargo de tener bastante sangre fria para meditar todas estas cosas?... Balzac dice, que miéntras mas se juzga ménos se ama; y dice bien. ¿Qué es, pues, lo que tanto me afecta que continuamente estoy de mal humor?... ¿Por qué no huyo de Isabel ahora que enteramente desilusionando ni espero nada de ella ni lo pretendo?... Por indolencia: estoy ya acostumbrado á verla, perdí el hábito de ir al café ó á otras concurrencias: ademas que encuentro cierto placer en sufrir así, porque este sufrimiento me recuerda á Serafina.

Todas las noches voy á sentarme con mi semblante triste y mi frente arrugada junto á Isabel, como el creyente que agoviado por el infortunio, evoca los recuerdos de su infancia llena de fé, llorando junto á su idolo derribado en pedazos.

En todo este periodo no tengo una escena notable que cantar sino es la siguiente, que sin ser gran cosa, marca el sistema que generalmente seguimos Isabel y yo.

Una noche por sostener una disputa con el general tomé de ella un anillo: al dia siguiente antes de saludar, y sin que me hubiese hecho reclamo ninguno, se lo devolví acompañado de estas palabras.

—Tome vd. ántes que lo pierda: esta mañana lo ha arrojado una criada con el agua de la lavadera, y si no me lo devuelve ya lo habia olvidado.

Ella sin contestar nada lo tomó, y lo colocó en su lugar.

El corazon del hombre es inconsecuente; es una planta parásita que arrancada de la corteza que la nutria, ó muere, ó busca un nuevo tronco en que arraigarse.

Yo visito frecuentemente á Julia, una niña que tiene la mitad de años que yo, y cuyo único mérito consiste en su elevada talla, la frescura de su tez, la morbidez de sus formas, la robustez de su complexion, en fin en sus catorce años floridos. No tonta pero inculta además de inocente. A mi vista ha ido creciendo, y está en la edad en que al roce

de un hombre se pone como la escarlata de rubor y de... amor.

Antes la veia yo con indiferencia: desde que Isabel me enfadó, desde el principio de esta nueva época, instintivamente la busco, me siento á su lado, la tomo la mano, juego con su cabello, la hablo vagamente de amor, de placeres, de mundo, y me complazco en estudiar la impresion que hacen en ella mis palabras y mis cariños, y el trabajo que le cuesta reprimir los inocentes impulsos de su edad.

De este modo se han ido formando lentamente, sin percibirlo yo mismo ni quererlo tal vez, aquellos lazos tiernos y secretos que unen á un hombre y una muger que permanecen largas horas juntos, queriendo disimular cada uno lo que piensa, dándole vuelo á la imaginacion por el mundo de los placeres... haciendo inducciones de lo visible á lo invisible, y de lo conocido á lo interior de un ser que se tiene al lado sin conocerlo completamente, ó que por demasiado conocido en sus semejantes escita los deseos.

Conozco que poco á poco me va cobrando afecto: á su modo me hace finezas, me ofrece los primeros sacrificios del pudor juvenil consintiendo mis cariños y aun provocandolos. La idea de verse amada por un hombre de mundo, como ella me cree, y que anda entre mugeres de todas clases cuya superioridad no puede desconocer, la cede... aunque no deja de tener recelos de Isabel, y

manifestarlos con la imprudente reserva de una niña. En fin, soy el único hombre que ahora tiene cerca de sí, y es fuerza que yo sea el objeto de sus deseos: si mañana viera otro ántes de que yo la hubiera seducido, lo amaría como á mí.

No sé adonde me conduzca este negocio: un vago remordimiento me acorta los pasos; y mas que nada mis ilusiones..... Siempre idealizando. Desde el momento que veo una cosa posible, la gozo enteramente en la imaginación y la abandono. Tal vez por esto no me enamoré de veras de Isabel: si no por un camino, sabía que por otro había de llegar; y esta creencia junta con mi aversión á todo lo que no es novelesco, me hizo prescindir de ella tan pronto.

Julia es tan candorosa, tan niña, tan susceptible, que creo que mi voluntad es omnipotente, y no quiero perder la ilusión de un deseo siempre vivo y siempre satisfecho.

Mas bien que seducirla procuro darle un curso teórico-práctico de amores, en que conozca á los hombres y se enseñe á ser mas discreta con ellos: le doy lugar en todas las escenas á que me observe y estudie su propio corazón. Tan inocente es, que me interesa verla dejándose caer en mis brazos sin desconfianza, alucinada por su temperamento y mis palabras: y ya que ella me sirve tambien de estudio causandome dulces placeres, le pagaré á lo ménos evitandole para despues los mil malos ratos que le causaría su ignorancia y su candor con un

hombre.... sí, ménos generoso que yo. Todo esto de modo que no sea nocivo á mis miras, ni le abra tanto los ojos que comience por engañarme á mí mismo: tampoco se le puede enseñar mucho á su edad; hay cosas que todavía no puede comprender aunque se le digan. Estoy seguro de que me faltará valor para llegar al último extremo.... y estoy seguro tambien de que cuando haya pasado la ocasion, sentiré haber sido lo que siempre.... el sol que sazona los frutos que otros han de gozar.

Que sé yo; pero cuando estoy á su lado se disipa mi mal humor, y hasta me olvido de Isabel.

Quiero hacerme una pregunta á mí mismo:—¿Y Serafina?....

Mayo 7.—Algun pecado gordo ha cometido el general, para cuyo castigo he servido de instrumento.

Desde ántes que él llegara, Isabel estuvo conmigo tan risueña y amable, como hace muchos dias que no la veo. Tenia sobre la mesa un hermoso ramo de flores, y apénas dije una palabra de alabanza cuando se levantó á hacerme un ramito primoroso. Al estar arrancando del vaso las flores, me hizo notar unos alhelies hermosísimos.

—Vea vd. qué lindos.... y qué aroma tienen: huelen vd.... ¿Los alhelias huelen?

El ramo de alhelies estaba aun atado en el vaso con las demas flores, no podía caerse. Isabel, sin embargo, dejó allí su mano como sosteniendolo, de modo que al acercarme yo para respirar el aroma,

casi la tocaba con mis labios; la hubiera tocado si me acerco hasta donde debia: y otro hombre habria dado un beso en aquella mano escondida entre flores.... yo me contenté con responder:

—En efecto, qué aroma tan suave....

Cuando acabó de amarrar mi ramito con una hebra de seda arrancada del fleco de su vestido, me dijo al entregarmelo.

—Le haremos otro à Don.... ¿no es verdad?.... Este Don.... era un hombre extraño que estaba tambien en la sala; y al pedirme licencia, porque à tanto equivalió el acento misterioso con que me lo dijo y la mirada que lo acompañó, para cumplir con los deberes de la cortesanía, me quiso dar à entender:—A tí te hago este obsequio de voluntad, al otro por obligacion..... para cubrir las apariencias.

El general llegó despues y no le han dado flores. Toda la noche fué mi víctima; no completamente, porque Isabel recuerda su situacion respecto de mí, y no ha hecho sino lo que le puede incomodar al otro, sin lisongearme demasiado. La noche fué feliz: el general y yo salimos juntos; él rechinando los dientes, y yo oliendo mi ramo.

Hace algunos dias que por un incidente extraño à todos estos negocios estoy durmiendo en casa de Julia, que me espera despierta aunque llegue yo muy tarde.

El ramo vino à ser por precision despojo suyo. Despues de la cena me retiré à mi cuarto, y hallé colocado el ramo en un vasito de agua sobre el ve-

lador.... Julia lo habia puesto allí por un rasgo de coquetería ó de zelos.

Yo que todavía tengo en los labios la miel que esta noche me embarró Isabel, he tomado un papel, y pensando en Julia, que duerme en la recámara inmediata à la mia, deseando verla, y temiendo à cada rato como un niño que salga y haya una catástrofe viendo lo que escribo, he improvisado runos versos. Despues me he ido à la cama con intencion de llevarselos à Isabel, y cambiarselos por el beso que les negó à los otros.

¡Y no la deseo ya!.... Y deseandola me conformo con un beso!....

Yo mismo lo atribuyo à cobardía muchos ratos; pero tambien reflexiono que las mugeres à quienes se llama coquetas, y son reprendidas por eso, no tienen otra diferencia de las otras que la franqueza de su manejo. Porque debemos convenir en que hombres y mugeres todos somos iguales allá en el fondo, y en el manejo exterior están solo las diferencias instituidas por la hipocresia. Todas las mugeres serian coquetas si tuvieran bastante talento para serlo, ó bastante valor para arros-trar los peligros.

Isabel tiene, sobre las otras la doble ventaja de la valentia y el ingenio.... Pero ¿por qué no me ama en silencio? ¿Me creerá tan inocente como yo à Julia, y me querrá dar las lecciones con que yo divierto à ésta?

Mayo 8. —Fuí tan cruel esta mañana, que al sa-

En la casa de Julia me he guardado el ramo, dejándola sentida y zelosa por mi pueril idea de guardarlo como si de veras fuera una prenda de amor: si Julia lo ha comprendido debió haber sentido un desagradable dolor al verse engañada. Estoy seguro de contentarla hoy mismo, y desde esta mañana le prometí dárselo, para que selo devuelva á Isabel, ó haga de él lo que quiera.

En la noche vi á Isabel en el teatro.

—Le he hecho unos versos á las flores que me dió vd. anoche.

—Quiero verlos.

—Para eso son; pero no los verá vd. ántes de haberme dado su precio; no sucederá lo que con los otros.

—Pedía vd. mucho.

—Yo no dije entónces una palabra; ahora sí digo que el verlos le ha de costar á vd. un beso.

—Es mucho.

—A mí no me parece tanto.

—Vaya; prometame vd. que los verá.

—Cambiaremos sí por sí.

—Pues sí.....—dijo violentamente.

—Bien..... pues sí—contesté yo.

El general se puso de mal humor viendonos hablar en voz baja. Isabel y yo volvíamos á estar de buenas..... Yo recobro cierta esperancilla, y ella no se manifiesta sentida sino por momentos.

Mayo 9.—Mayo 12.—En todos estos dias he estado buscando la ocasion de leer mis versos por al-

canzar la consabida recompensa; pero no he tenido la menor oportunidad: algunas veces me ha invitado Isabel, pero en circunstancias que yo temia ser sorprendido por cualquiera, bien durante la lectura, bien en la escena misma del beso. Su cara y su manejo han sido agridulces: á ratos me arropio de mi debilidad, y á ratos echandolo todo á un lado prosigo en mi intencion, solo por alcanzar de uno ó de otro modo el beso que, regateado y despues de tantos dias de meditacion, equivaldrá á mucho.

Mayo 13.—Esta mañana almorcé en el campo con algunos amigos: fué un convite medio campesitre en un corredor abierto sobre un bonito jardin. Desde que lo ví pensé en llevarle á Isabel un ramo de flores.

Las flores y el campo, que veo tan pocas veces, me alegraron; un horizonte mas estenso que el que desde mi balcón alcanzo; y en fin, el vino me dieron entusiasmo. Pasé la mañana verdaderamente alegre; los paréntesis de recuerdos y melancolía eran muy cortos. Desde luego fijé el rosal mas esquisito y florido para que fuese tributario de mis amores.

No eran las rosas comunes de castilla, sino unas flores mas pequeñas, de un color suavísimo, casi blanquecinas, de pocas hojas sedosas y recargadas muellemente sobre el cáliz, colocadas sobre unos tallos delgados, tersos y flexibles como de alambre

barnizado; al rededor de cada rosa nacen siempre otros cuatro ó seis capullos, de modo que en un solo tronco puede uno tener un ramillete completo con todas las gradaciones y la variedad del artificio. El arbusto estaba hermosísimo, cubierto enteramente de flores; casi me daba lástima despojarlo de tanta gala, y cuando con mas de treinta rosas en la mano volví la cara á despedirme de él con agradecimiento, me pareció que se quedaba místico y triste, sin una flor, sin un capullo.... á mí me retozaba el corazon pensando en que iba á ver á Isabel y á hacerle un regalo esquisito.

Eran las cuatro de la tarde, y por lo mismo que la hora es desusada para visitas, quise ir á verte, seguro de que ni los de la casa, ni los de la calle importunarian con su presencia. Así fué.

Rosa dormitaba en lo antesala con un libro en la mano.

—Qué hace Gabriel?—me dijo levantando la cabeza... ¡Oh! qué lindas flores!.....esclamó despues al ver mi precioso ramo.

—Para vdes. son.....No está ahí Isabel?

—Sí, está durmiendo.....Voy á despertarla.

Rosa volvi6 r sueña diciendome.

—No quiere creer que está vd. aquí.....

—Gabriel!... Gabriel!.....gritó Isabel desde la recámara.—Entre vd. aquí.

Yo entré al Sancta Sanctorum con mi ramo en la mano, mas ufano que si hubiera aido un cetro; en efecto, mi ramo hubiera sido digno del Fileno

mas amoroso y diestro, del mismo jardinero de Flora.

Me senté á la orilla de la cama donde Isa perbel maneci6 acostada, y alargando muellemente la mano tom6 el grupo de botones mas bonito y se lo coloc6 en la cabeza.

—¿Está bien? me pregunt6.

Rosa fué á traer un vaso lindísimo, coloc6 las flores en él, y lo puso sobre una mesa.

—Levantate.....—le dijo Rosa á su hermana.

—No puedo.....Ni estoy calzada, ni tengo mas ropa que la bata....hace un calor!

—Pero cómo estás así?

—Gabriel es de confianza....

—Y ademas no quiero molestar—añadi—si le mortifica á vd. estar en la cama me iré; si no todos estamos bien....

—No me quiero levantar; tengo pereza.

—Lo que haré ent6nces será mudar de asiento. (Imbecil!)

—Como vd. quiera.

Y me senté en el sill6n de la cabecera.

Rosa desde que lo crey6 prudente tom6 una silla y fué á sentarse fuera del balcon, desde donde sin vernos nos hacia compa6ía, pudiendo espiar algo de lo que hablásemos ó hiciésemos sin ser importuna. ®

Yo quedaba sentado á la misma altura de la cama que tenia á mi izquierda; á la derecha tenia una

mesa con su espejo, de modo que quedaba engastado el sillón en el espacio estrecho de uno á otro mueble. Isabel permanecía acostada, viendome de soslayo: cada rato plegaba ó estendia su ropa para evitar segun los movimientos, que las formas de su cuerpo se dibujasen muy claras; pero con una coquetería, con una gracia seductora.

—Qué lindo quedaria un vestido blanco adornado con estos botones.....—me dijo ella.

—Ya se ve..... y si la que lo lleva.....

—Si esta noche no me dá pereza así me vestiré para ir al teatro.

—Estará vd. como nunca.

—Las flores naturales son el adorno mas bello... cuando era yo niña me ponía siempre..... A propósito de flores..... ¿trae vd. los versos?

—Sí.

—A verlos.

Yo sin esperar otra palabra debí haberme arrojado sobre ella devorandola á besos, y sacar la cartera: pero permanecí inmóvil, y me contenté con decirle:

—Ya sabe vd. el precio.

—¿Qué?

—Un beso.

—¡Ah!..... es mucho.

—No es gran cosa.

—Demasiado..... un beso no se da así no mas...

—Tampoco unos versos se hacen á cualquiera...

—No puede ser..... yo queria ver esos versos, pero.....

—No, no los verá vd. entónces..... los otros los vió y sin pagarlos.

—Bien; pagaré despues.

—La verdad desconfio.....

—¡Desconfiar de mí!.....

—Ya tengo motivo..... el beso es una cosa prometida ya, y ahora se retracta vd.....

—Es verdad; pero.....

—Siempre se ha tenido vd. por muger firme que cumple su palabra, y yo así lo creia.

—Sí..... aquella noche lo prometí..... y á pensar de eso.....

—¿Qué! ¿no me lo dará vd. al fin?.....

—Es imposible.

—No hay cosa mas fácil..... probemos.....

—¡Imposible!..... imposible.....—esclamó con tono solemne.

Yo entónces, apoyando una mano bajo las almohadas, y cubriendome con la otra la cara, arrojé un suspiro estrepitoso y quedé mudo. De repente Isabel se movió como en sobresalto, y sentí que su mano ardiente y convulsa estrechaba la mia con una espresion indefinible..... aquello era amor, compasion, arrepentimiento..... yo enojado iba á retirar mi mano, pero se la abandoné friamente sin dar señal de vida. Ella no la soltaba.

—¡Va vd. á perderme Isabel!.....—dije levantando

do la cara lentamente.....-me va vd. á perder.....
me mira enamorado hasta la locura y.....

—Pero si es imposible.....

—¡Imposible!..... ¿por qué? veamos.....

Aun permaneciamos enlazados de las manos; ella se habia acercado á la orilla, yo tocaba apenas la de mi asiento, y tenia los dos codos apoyados en la cama: nuestros alientos se confundian al hablar.

—¿No me lo ha prometido vd?

—Sí..... pero con un beso se da mucho.

—¿Y valen ménos unos versos!..... buenos ó malos en ellos se ecshala un pedazo del corazon.....

¿y pór qué ménos se ha de vender?.....

—¿No pudiera ser otra cosa?..... un abrazo.

—Un beso.

—¿Ha de ser precisamente un beso?.....

—Ni mas, ni ménos.

—No puede ser.....

—Si no podia ser no debió vd. prometerme, y hacerme sufrir mas, despues de haber consentido... Ya no como precio de los versos, sino como cumplimiento de una promesa lo reclamo.....

—¿Será otra cosa!.....

—Un beso: ni mas ni ménos.....

Permaneció callada y con los ojos bajos.

—¿Por fin?—añadí.

—Pues sí.....

Así como ántes me habia agobiado el pesar ahora la alegría: y en vez de arrojarme á cumplir mi

deseo, caí otra vez con la cara sobre la mano ecshalando un hondo suspiro.....

—¿Qué Gabriel este!..... dijo Isabel al verme como dudando de la sinceridad de mis demostraciones.

—¿Y de dónde he de tomarlo?.....-pregunté todavía volviendo de mi éxtasis.

—De donde se toman los besos.

—De todas partes pueden tomarse; pero.....

—No de todas partes es lo mismo.

—¿De dónde, pues?..... le pregunté aplicante.

—Dígalo vd.

—¿De los labios!.....

—Sí... y bajó los ojos.

Yo estaba realmente agitado, y dejé pasar un momento para tomar reposo. Ya tocaba mi boca á la suya cuando de improviso, poniendome la mano que tenia libre sobre la frente, esclamó deteniendome.

—No, Gabriel, es imposible.

—¿Nos faltaba tan poco!.....

—Sin embargo; no puede ser.

—¿Pero por qué?

—Porque este beso seria un agravio para otro.

—¿Otro!..... ¿y quien?.....

—El que va á ser mi marido.....

—¿Marido!.....

—Sí..... hace muchos años que este hombre es un inconveniente para todos.

—¿Quién es ese hombre?..... Lo mataré. (Risitas invisibles.)

—¿Por qué habia vd. de matarlo?

—¿Por qué!..... ¿No ve vd. que ese hombre me causa celos, me estorba cumplir los deseos de mi amor!.....

—¿Pero qué culpa tiene?.....

—¿Y cuál tengo yo para sufrir por él?..... Sí, lo buscaré y lo mataré.

Los dos estábamos entusiasmados, y hablabamos en alta voz: Rosa se acercó á nosotros y se calmó la escena..... En este momento estaba yo diciendo lo que sentia: era la rabia del can que junto á la hembra, muerde á cuantos se acercan y despues la abandona y la olvida.

Rosa, despues de un rato, se volvió á su balcon: el diálogo continuó.

—¿Un beso!.....

—Ya sabe vd. el motivo porque lo rehusó, y ahora seria mayor ofensa.

—Si al fin no lo ve.

—Pero es mi deber..... ¿vd. querria que le hiciese otro tanto?

—Pues bien; entónces dejese vd. besar solamente.

—Es lo mismo.

—No, porque así nada pone vd. de su parte.

—¿Y qué ganaria vd. entónces?

—Cumplir mi deseo..... La besaré á vd. como una imagen, como al santo que besa un devoto.

—No, no puede ser.

—Está bien.....

Larga pausa.

—¿No te levantas?—dijo Rosa llegando.

—Ni siquiera moverme puedo.

—¿Qué haces ahí en la cama?..... y se volvió al balcon. Este fué el aviso de que álguien llegaba.

—Me voy á levantar; no me vea vd.

—No se levantará vd. hasta que me haya dado un beso.

—Mejor: me estaré toda la tarde acostada; harta pereza tengo.

El crepúsculo comenzaba à pardear el aposento; entónces ella me dijo resueltamente:

—Me voy á levantar.

—No, respondí—asiéndola de un brazo.

—Sí, ya es tarde y papá va á venir.

No el papá, pero el hermano llegó. Tuve que ceder, aunque preveia que en aquella lucha podia haber sacado grandes ventajas, y ella se levantó al fin, despues que una criada vino á calzarla.

—Vamos á tomar un poco el fresco del balcon que bien lo necesitamos.

—Es cierto—respondí siguiéndola.

En el balcon cuando volvimos á estar solos, viéndola cabizbaja y silenciosa le pregunté:

—¿Qué tiene vd.?

—Que soy muy desgraciada, y mi desgracia cunde á cuantos me aman..... ¡ah! si lo matara vd. moriría con él.

—Mejor para todos.

—¿De veras lo matará vd.?

—Así gane la gloria.....—contesté con firmeza..

—¿Sabe vd. en qué parará todo?..... en que me meteré á un convento, y ni de uno ni de otro.

—Mejor.

—¿Y si quiero á mas de uno?..... ¿Si son rivales de vd. seis ó siete?.....(Otra verdad que parecía chanza.)

—Iré matando uno á uno hasta que.....

—No, porque entónces..... le dirán á vd. matasiete.....

La banderilla estuvo tan bien puesta, que á pesar de la herida por poco me rio. Cuando oscureció emigramos á la sala, donde nos sentamos silenciosos en un sofá. Llovía á torrentes, y me acerqué á una vidriera, diciendo:

—Como llueve!.....

—Estamos á cubierto—me contestó.

—Quiero irme.

—No, señor; sientese vd.

A poco rato volví á levantarme á la vidriera.

—Y sigue!..... Vaya un aguacero!.....

—Que tentacion, señor.

—Tengo quehacer.

—Qué quehacer con esa agua? Si sale vd. se pone como una sopa.

—No hay un paraguas?

—Sí, pero no se ha de ir vd. . . .

Volví á sentarme resignado; ya sentia el fastidio,

y queria ir ántes de la comedia à ver á Julia que no he visitado en todo el dia.

—En fin, me voy dije levantándome tercera vez—
¿Me prestan un paraguas?

Ella no respondió nada: me dieron el mueble con que se mojan los decentes, y despues de una despedida fria, salí para ir á la casa de Julia que me agradeciò verme llegar hecho un pato, y me limpió con su pañuelo el menudo rocío que llevaba en la cara. Pasé con ella cerca de media hora, y me fuí para el teatro.

He estado risueño y charlador; allá en el fondo me pesa la vida, y en realidad no me vendria mal la muerte: la temo, y mucho, no puedo vencer la repugnancia instintiva que nos hace amar la vida en medio de los pesares; pero de veras deseo uno de aquellos lances imprescindibles á que va uno con el corazón temblando y la cara contraída de miedo.... Tres veces obedeciendo á eso que se llama honor, he provocado á duelo al cobarde que me insultó: lo he hecho con firme voluntad á pesar de mi inquietud interior; y qué sé yo si llegado el momento cometeria una vileza..... Hoy vuelvo á desear que ese marido de Isabel ù otro cualquiera me ponga en el extremo de morir..... Con todo y mi repugnancia moriria al fin si le tocaba al otro la fortuna de matarme. Para suicidarme nunca he tenido valor, ni creo llegar á adquirirlo.....Tengo miedo.

Mayo 16.—Los dias anteriores he visto á Isabel.

como de costumbre: ella ha estado amable y yo condescendiente.

Anoche vistió á Rosa para el teatro con los botones que ella debió haber llevado el día que se los regalé.

Rosa me dijo, como para contentarme por la otra.

—No me gusta ponerme flores; pero vd. llevó estas, y no debían secarse sino en mi seno.

Esto se llama una carambola en el noble juego de villar.

Un jóven llegó á visitar á Isabel á su palco, y á regalarle un ramito que despues fué mi despojo. Al salir del teatro vi que uno de mis botones, porque los conocia bien, iba prendido en el fraque de aquel jóven: me picó esto, y me apresté á vengarme.

Hoy encontré á Isabel en deshabillé; quehaceres positivos la habian tenido así hasta en la noche; despues de haberme hablado se metió para vestirse: pero las piezas por donde debia pasar estaban oscuras, y se revolvió diciendo como una niña que tenia miedo: le ofrecí mi compañía y la aceptó. Al llegar á la puerta de su recámara la detuve, poniéndole en la mano el ramito que me habia dado anoche, y diciéndole enfadado:

—Le devuelvo á vd. su ramo, y cuando yo le dé algo no lo regale.....(Niñerías, siempre niñerías.)

—¿Pero qué he dado, hijo?

—Una de las rosas que traje el otro día.

—A nadie le he dado yo.....

—Si á.....que anoche salió del teatro con un boton prendido al fraque.

—Se lo daria Rosa, porque anoche no he llevado flores....vd. lo ha visto.

—De veras?

—De veras, Gabriel.

—Lo creo; y entónces no haga vd. caso de lo que le he dicho, movido no mas del sentimiento.

—Pues no fué... se lo confesaria.

Desde la mitad del diálogo le tenia la mano entre las mias, al decir las últimas palabras la estreché y la levanté hasta darle un beso.

—Que Gabriel!...dijo en voz baja; y nos separamos inmediatamente.

Despues volvió y estuvimos como siempre: Rosa se manifestó mas agasajosa que nunca.

Hace tres días que me negó Isabel un beso, y hoy lo recibió sin ofenderse!.....y el marido? y la recámara oscura?....

Mayo 17.—No debia verla en todo el dia, ni en la noche; no por eso he estado inquieto: he entrado al teatro alegre. Pero apénas comenzaba la comedia cuando la vi llegar linda, galana.....Sentí impulsos de levantarme para ir á hablarle, y sin saber la causa me puse momentaneamente de muy mal humor.

Tan pronto como cayó el telon subí á su palco y noté que llevaba un peinado esactamente igual, con los mismos adornos que tanto alabé en Rosa la noche anterior....Me deleitaba en verla, y ella me

hizo fijar la vista en uno de sus hombros medio desnudos, para que viera yo que estaba adelgazándose. Hablamos mucho de nóvios y casamientos.....al fin llené de alabanzas su hermosura, y de veras sentí esta noche que me gustaba mucho, mucho.

A pesar de todo me dura el mal humor todavía.

Esta noche mas que nunca me ha pesado la presencia del general que no la abandona en ninguna parte.

Siento verla tan graciosa, tan seductora, tan viva.....y no poder amarla, porque no tiene corazon, no lo tiene, y se burla del mio.

Mayo 19.—Hoy ha sido dia todo de Isabel; dia agri dulce como las manzanas, y dia que, como en todos, no comprendo lo que sucede ni lo que es realmente esta muger: todavía no quiero creerlo.

Ayer habia estado en casa de Elena, y ya al despedirme me dijo algunas palabras que picaron mi curiosidad: impulsado de ella volví hoy y tuvimos la conversacion siguiente:

—Ayer me fuí curioso porque no tuvimos tiempo de hablar mas, y vengo por oír lo que tenga vd. que decirme.

—Todo lo he dicho ayer; y no he dicho otra cosa, sino que el público..... está pendiente de vd.....

—¿Se rie de mí mirandome enamorado?..... afortunadamente ya aprendí á afrontar la risa del público.

—Es que.....

—¿Qué?

—Ella se va á casar.

Yo sentí un movimiento interior que reprimí respondiendo:

—Me lo habia dicho ella misma,

—Y segun sé, no espera el novio mas que arreglar sus cuentas con la casa de.....

—¡Imposible!.....—dije lleno de estrañeza —Yo creia que con Víctor, y no tan pronto.

—¡Pobre de vd!.....—esclamó mi amiga.

—Le diré à vd. que no estoy enamorado.

—Es posible..... Pero yo conozco à vd. y le veo síntomas que.....

—Pues no estoy enamorado, lo repito..... sin embargo estoy triste y por ella.

—Ahora lo comprendo ménos.

—Alguna vez lo comprenderá vd.

—Pero si es imposible: ¿cómo se puede fingir lo que no se siente, de una manera?..... no puede ser..... vd. está lo que se llama apasionado.

—Algun dia verá vd. que no; ni puedo estarlo; se enamora uno de la muger que no conoce por esto mismo, aunque sea la mas despreciable; pero yo conozco la vida de Isabel y no puedo amarla.

—Entónces es un capricho.

—Yo mismo no lo sé:

—¿Pero cómo?.....

—Le prometo á vd. que un dia sabrá cómo y por qué empezó este negocio, que pronto debe terminar.

—¿Pero qué piensa vd. hacer entretanto?

—Pasar el día como venga.

—Termine vd. de una vez para quedar tranquilo; ó si es un capricho....

—Si digo que no sé lo que es: yo he tenido ocasiones proporcionadas por la fortuna, y aun por ella misma segun creo, en que he podido aventurarme á algo, y con todo, me he estado quieto, despreciando muchas veces pequeños favores que me dejaban caer; y esto oyendo despues que ella se quejaba de los hombres cobardes.

—Pero eso es una coquetería..... de parte de vd.....

—En este caso no.

Mi respuesta debió ser un sí, seco; pero me falta mucha maldad todavía para meterme con las mugeres.

La necia caballerosidad con que me empeño algunas veces en ocultar las faltas de una muger, siendo yo mismo la prueba y la víctima, me predestina, me ha condenado á ser siempre el juguete de todas ellas, porque apenas habrá una que sea capaz de creer sincero mi corazón, viendome tan cínico en la apariencia.

—En fin, curese vd.—me dijo Elena al despedirme—no se convierta en una pasión que lo domine, lo que ahora no es nada segun dice.

—Adios.

—Adios.

¿Qué será? ¿qué será cierto?—decía yo por la calle— Es la desesperacion no saber lo que es, ni lo

que piensa esa muger: ¿los hombres murmuran de ella por rencor, ó es verdad cuanto dicen? ¿por qué con sus halagos me hizo pensar en ella si no me amaba, cuando estaba ya comprometida á casarse con otro? Imprudencia no ha sido, luego.....

Comí, dormí un rato, y despues me puse al balcón: un amigo, de cuyas palabras dudo, porque lo veo preocupado á favor de Víctor, llegó, y en el mismo balcón hemos hablado de esta manera:

—Se casa Isabel—fueron las primeras palabras que dije á mi amigo; y era natural.

Esta idea que se me paseaba como posible desde que Isabel me lo habia dicho, me dominaba hoy que tenia certidumbre de ello, y queria saber lo que me diria este hombre á quien juzgo mejor informado que yo, sobre todo lo que concierne á ella.

—¿Sí?—me respondió él riéndose.

—Sí, se casa; lo sé de una manera positiva.

—Mejor; que se case.

—¿Hombre!.....

—Gabriel, está vd. perdido: ¿por qué no la envía á pesear y se quita de historias?

—No puedo.

Tengase entendido que con este he querido siempre hacer el papel de enamorado; tal vez lo estoy sin conocerlo, y entónces me declaro el bruto mas bruto de todos los brutos.

—¿Y qué espera vd.?

—Nada.

—Entonces?.....Vea vd., Gabriel. Vd. tiene un corazon de niño, un corazon de poeta, y vive de ilusiones á pesar de su esperiencia y de su mundo; Isabel es una muger que aun jugando lastima, y se complace en el dolor que causa. Vd. no tendrá otra cosa que pesares con una muger que se rie de su sentimentalismo, y que hubiera sido ménos difícil si vd. la ataca de otro modo.

—Pero yo no quisiera.....

—Pues.....vd. busca una alma!.....y ni un cuerpo hallará. A lo ménos hoy.

—Hasta cuando, pues?

—Con el tiempo.

—Pero entretanto se casa.

—Mejor..... esa es la época.

—Oh!.....

—Así debe ser. Isabel se casará con el bobo que le dé una posicion; y.....

—Lo cree vd?

—Yo conozco á esa muger, Gabriel; la conozco mejor que vd., y sé lo que es capaz de hacer: hoy lo que busca es una posicion, y casada una vez, será lo que Susana en pequeño; porque no tiene ni tanta hermosura, ni tanto talento. Si vd. quiere sacar algo en plata, retírese oy y hespere el buen tiempo.

—Pero por fin, qué es esta muger? ¿tiene alma, corazon, ó temperamento?

—Alma y temperamento, corazon no, mucho ménos para amar á vd.: Ella comprende el amor de

otro modo; y aun cuando este barniz melancólico y vaporoso que tiene la pasion de vd. la provoque á gozarlo, no es tiempo en que ella quiera por entregarse á un capricho, perder su fortuna, objeto único de todos sus deseos y sus manejos presentes. Ademas, arrojada la semilla es preciso dejarla germinar: vd. ya ha hecho bastante para que lo tenga presente; ya le llegará su dia que será el en que ella comprenda algo de su amor de poeta, y se entregue á él por gozar una cosa nueva. Para esa esperanza no hay una garantía posible, si la hubiera yo se la daría de que casada Isabel, vd. será uno de los primeros llamados si sigue mis consejos. Cuando el general comenzó á serle á vd. molesto debió retirarse por dos motivos; el primero porque ante el público debe vd. ser siempre pospuesto con gran detrimento de su reputacion; y el segundo, porque de este modo ella habria fijado mas su atencion en vd..... El general es hombre que lo entiende; ha manifestado sus deseos, y nada ecsige de pronto, no es imprudente: esto le valdrá algo al tercer dia del casamiento: y si vd. quiere ganarle y llegar en el mismo dia de la boda, retírese y esperese. Quanto sacrificio haga hoy será estéril, hasta que no se vea casada.

—¡Pero es horrible una muger como esta!.....yo habia visto sus retratos en las novelas, y nada sentia; ahora padezco.

—Es forzoso; vd tiene la cabeza de un viejo y el corazon de un niño.....No quiero, no quiero acabar de quitarle á vd. sus ilusiones.

—¡Ilusiones!.... no tengo ninguna: hable vd.

—Aun no es tiempo; pero sí....

—¿Qué?

—Preguntele á Isabel....

—¿Qué cosa?

—No, es un secreto.... que cuando vd. llegue á saberlo juzgará como debe.

Al oír estas palabras volví á dudar en mi interior. La conversacion terminó.

¡Pobres mugeres! ¡pobre Isabel!.... La reputacion de la mas casta está á merced del primer moçito que por ligereza ó venganza inventa secretos, descubre misterios, despierta sospechas que bastan ellas solas para empañar el honor. Isabel no es un ángel; ¿pero es lo que dicen? Tan liviana con otros, y á mí me martiriza con su resistencia?

¡Maldita conversacion!.... que me dá una esperanza, cuando casi estaba yo resuelto á olvidarla; que no me deja creer en su virtud ni en su facilidad, porque para todo me han dado una esplicacion horrible. No resiste con el deber sino con la ambicion; y si se dejara seducir tampoco seria el amor sino el placer.

¡Pobres mugeres!.... ¡Pobre de mí! que previniendolo todo en el instinto, y no escandalizandome nada, me dejo lastimar el corazon con cada uno de estos desengaños.

—La amaré?

—A las ocho de la noche he llegado á la casa de Isabel. Le dije que queriendo tener su retrato es-

peraba que se dejaria ver del pintor dónde y cuando á ella le pareciese oportuno: se negó, dejandome en libertad para que la estudiasen en el teatro ó en donde pudieran. En tal caso parece que ella teme una emboscada, y no el dejarse retratar. El tal retrato no se hará nunca, apesar de haber hablado ya con el pintor, ¡or vanidad solamente, lo confieso: procuraria tenerlo si nada hubiese de costarme, pero mi amor no llega hasta gastar una cantidad con que puedo acallar á uno de mis pequeños acreedores.

El general ha llegado media hora despues; como siempre, llenando la sala.

El, Isabel y yo hemos formado un grupito apartado del resto de la tertulia. Isabel con su natural gracia y su hábito de satirizar se ha reido del matrimonio con verdadera alegría.

Esto naturalmente ha hecho recaer la conversacion sobre su casamiento, y al fin nos hemos quitado la máscara todos tres, apareciendo ella en medio de dos adoradores, como una vírgen de la Luz que recibe los corazones á canastos.

Yo siguiendo mi sistema de fanfarronería por sostener el papel que representaba, insistí en querer matar al futuro de Isabel; pero el general que no me deja pasar ninguna, me respondió riéndose:

—Qué va vd. á matar!

—O me matará él—repliqué—pero buscare una ocasion y nos batiremos.

—¿Y qué adelantaria vd. en eso para su amor?

Si vd. muere, buen negocio ha hecho; y si es él la víctima, solo conseguirá vd. que Isabel lo aborrezca más. Déjelos que se casen, que vivan los dos y vd. también; que si hoy no alcanza nada, acaso despues....

Isabel que oía esta conversacion permaneció muda. Viéndola así iba á responder por ella, á protestar de una suposicion que la ofendia tanto; pero callé tambien por no manifestar esta susceptibilidad que era un signo de amor.

Tres personas diferentes me han dicho en el mismo dia—espera—Isabel ha oido á una de ellas y no se apresura á desmentirla; y me habia dicho—es posible.....—y seguia desesperandome..... Me tiene entre las uñas y juega conmigo, como un gato se divierte con el raton y no acaba de matarlo porque no tiene hambre todavía.

Isabel fingia estar triste, apurarse por mis amenazas; el general para consolarla le dijo:

—No haga vd. caso de esas valentías: en situacion semejante he prometido tambien matar á un hombre, pero ha llegado el dia de la boda, y me he resignado. Ya se le pasará el acaloramiento.

—Pero vd. cree que yo temo.... Gabriel no me ama tanto para ponerse en un peligro estremo....

Treña que es manso—dije para mi sayo—¿Tendrá algun agravio que vengar de Victor, y me espolea para hacerme su instrumento?....

Sobre este mismo tema hablamos toda la noche,

manifestándose despues Isabel como indiferente y permaneciendo silenciosa. Hubo en el intermedio una escena bonita:

Ella estaba enmedio de nosotros dos; se quejó de no sé qué mal en una mano y me la tendió: yo la cogí entre las mias, y mas bien la acariciaba que la ecsaminaba; procuré prolongar la situacion y de repente ví que tambien mi general curaba entre sus manos la otra que le quedaba libre á Isabel.— Hé aquí una bella trinidad—dije en mis adentros—y hé aquí una muger y dos amantes hechos de la mejor pasta.

Por fin nos despedimos.

Pues, señor—decia yo ya solo en mi cuarto—no me queda otro recurso que seguir el consejo que la hermana me dió la otra noche, apelar á la filosofía. Por fortuna el desengaño ha sido claro, aunque amargo; que si el corazon se lastima de ver que al cabo no eran sino prestadas las ropas con que en galanó su ídolo, la cabeza está afortunadamente bien organizada para dejar de conocer que es *posible, natural*, comun cuanto ha pasado. Resignado estoy y curado; haré paciencia si el público se rie de mí; mejor dicho, yo me reiré de él, que no sabe lo que hace. A Isabel que piensa haberme engañado la dejaré en su error; y esperaré.... no á que se case para ir de nuevo á buscar un placer grosero; esperaré el tiempo para.... ¿para qué, pues? ¡Estraño carácter de muger!..... afrontar las murmuraciones del mundo, sostener una guerra peligrosa y violenta, arriesgarse á perder su posi-

cion, desafiar à los mismos con quienes ha sido fácil y pueden perderla solo por el estraño capricho de hacer rabiarse à los hombres que la rodean!... Tal vez tiene su carácter un rasgo de semejanza con el mio: yo vivo no mas de lo que pienso y siento, no de lo que veo; doy por gozado todo lo posible, y hermoseo y purifico lo que amo; la materia no ecsiste para mí, y dentro de la imaginacion tengo mi mundo que gozo y gobierno á mi modo; no necesito sino de mí, para vivir y ser feliz ó desgraciado; así la prostitucion de ella puede estar reducida á jugar, á hablar, à reirse, como una niña que le da libertad á sus impulsos sin pensar en las consecuencias. Si, este es su carácter, no hay duda; y la acusan de crímenes que nunca habrá ni imaginado cometer, solo por haber dejado escapar tal vez una palabra ó una mirada por indiferencia, por abandono, por capricho.... ¿Qué culpa tiene de poseer un corazon franco y sensible, una imaginacion versátil por fecunda, una actividad incausable? ¿qué culpa tiene de haber nacido llena de encantos y conocerlos; de ingenio y manifestarlo; de amor y sentirlo sin reserva? Los hombres padecen con ella, pero no por ella; hace el mal, no por intencion, por instinto; es una muger en fin, y querer que no sea así, seria lo mismo que acusar á la naturaleza. Pretender quitar á una muger este carácter, seria querer que el tigre no fuera feroz, ni astuta la zorra....

¿Si fuese una muger pura y grande, que lleva en

su corazon un pesar de aquellos que lo matan, lo atormentan continuamente, y quiere disimularlo, apagarlo en el continuo movimiento de la galanteria?..... ¿Si su coqueteria encubriese un secreto de aquellos que solo una muger sabe guardar y disimular sacrificandose á sí misma?..... ¿Si su locura fuera tal vez el velo que cubriese la honra de otra muger, ó que defendiese la vida de un hombre?..... ¡Oh! ¡yo la adoraria!.....

No, no; es mentira esto es fuerza desengañarla y humillarla; ha creido que me dominaba, y no hacia mas que descubrirme su artificio..... Me he de vengar de ella..... ¿Pero cómo? todos me ofrecen pruebas de su infamia; pero no me presentan ningunas..... tal vez no ecsisten; tal vez son suposiciones de un odio, de un desengaño como el mio.... ¿y por qué me habia de vengar? ¿Me engañó? ¿para qué fui necio? Bien sé que los hombres y las mugeres se hacen por instinto una guerra perpetua, tan divertida como peligrosa; y en esta guerra es fuerza perder y ganar; mi venganza supondria en ella mas valor del que tiene; ¡esponerme á morir ó matar á alguno por ella, muger vil que ni comprenderá siquiera el amor, mientras yo soy un hombre bueno y generoso! un poeta se deja matar por la muger en quien adora, y de quien es amado; un filósofo desprecia á quien lo engaña, y sigue su camino....

Pero ¿dónde se halla el amor, este amor que yo siento y que no encuentro en ninguna muger? Al-

gunas me han dicho que me aman, lo he creído, y sin embargo no he estado satisfecho, porque no me han amado del modo que yo imagino; con el alma y con el corazón nada más.

Uno de los últimos pensamientos que me vino y me afligió más, fué el siguiente: Si mañana vuelvo á Serafina, y le ruego con mi amor, tendrá derecho á despreciarme, porque no sabe que este capricho ha sido un relámpago á cuya luz he visto mi corazón, y he encontrado que no amo ni puedo amar más que á ella; y ella puede creer sin embargo, que el desprecio y el engaño de Isabel me hacen retornar á su amor por consuelo tal vez, después de haberla olvidado.

Advertase de nuevo que Serafina es mi Dulcinea: hoy más que nunca lloro desdenes que no me hacen gozo favores que no me dispensa; en fin, la amo sin que ella lo sepa.

Despierto por estas ideas y otras mil tan diversas como extravagantes, pasé la noche today no me dormí sino cuando apuntaba la luz. Me levanté dos horas ántes que de costumbre, y mi sueño estuvo lleno de visiones en que siempre veía á Isabel bajo diferentes aspectos.

Mayo 20.—Me he levantado tranquilo: Isabel ya no es mi amada: allá en el interior se me posea un sentimiento vago de rencor, hijo exclusivamente del instinto, pero yo sé bien que á esa muger nunca la haré una traición, ni llegaré á aborrecerla. Sus atractivos, y más que nada mi propia imagina-

ción, me encubren sus defectos porque yo quiero ver en cada muger un ángel: si mi corazón creyera cuanto le dictan la inteligencia y la experiencia, padecería mucho.

Estoy más bien que triste, melancólico.... en este momento pasa Isabel con su hermana por enfrente de mi balcón, me he escondido porque no sé con qué semblante hablarle; me ha ocurrido cortar una rosa de las macetas y arrojarla. Después de pasar la he espiado tras de la vidriera.

Hoy debí asistir á una comida de hombres solos que será bulliciosa y alegre: he preferido irme á comer á casa de Julia por no estar solo en la mía.

En la tarde me he paseado con el amigo de ayer, á quien he fingido algo más de lo que sentía.

El duelo con el amante es un pensamiento que realmente me lisonjea no sé por qué, á pesar del miedo vago que me inspira, y á pesar de que cada día tengo menos resolución de provocarlo; creo con todo esto, que si se me rodase una ocasión de aquellas en que el amor y el orgullo se satisfacen la aprovecharía.

Mi amigo y yo hemos hablado de pruebas contra Isabel: aunque llegue á tenerlas en mis manos no las usaré en su contra, cuando más, las explotaría á mi favor.

La reputación de una muger es bien frágil; un habladorcillo cualquiera puede empañarla con una palabra..... ¡Pobre Isabel!.....

La he visto en el teatro, hermosa como siempre:

la he ido á hablar mas tarde, y me he separado mas pronto que siempre: Le pedí una flor del peinado y no me la dió; hace un mes no habri sucedido esto.

El general estuvo de mal humor y habló poco: ella se quejó de mal estar, hizo algunas alusiones pican-tes á mi manejo, estuvo habladorcilla, graciosa, y hasta alegremente frívola, pero habia violencia en todo, y parecia sufrir interiormente. Tal vez estaba disgustada de mi presencia, y me fingia que lo queria disimular. Estoy creido de que al salir del paleo se han reido á mi costa ella y el general.—Dormí bien.

Mayo 21.—Todo el dia me lo he pasado en casa escribiendo y meditando. No he estado de mal humor; y he resuelto no verla hoy.

En la tarde me he hecho esta pregunta.—La amo? Cada lector responderá lo que guste. Yo digo lo siguiente. Un pensamiento lúbrico ha sido el origen de mis relaciones con Isabel; y yo concedo que el verdadero amor termine por los goces materiales, pero no que comience á manifestarse por ellos exclusivamente: ahora, es evidente que yo nunca he visto á Isabel sino como un instrumento de envidiables placeres. Que yo haya perdido el tiempo y hasta el reposo algunos dias, se explica fácilmente: yo esperaba algo y para alcanzarlo debia estar cerca de ella; yo no esperaba otra cosa que un favor de muger, pero me heria el amor propio con sus coqueterías y su preferencia al general, y en

fin, queria yo que me dijera que me amaba, aunque estoy seguro de que me habria dicho una mentira; pero al ver, porque lo creia ver, que negandome el corazon no me lo negaba todo, padecia naturalmente con su descuido que me dejaba percibir el prosaismo de la materia.

La delicadeza del corazon se ofendia de ser el simple instrumento de sus placeres materiales, me entristecia el no poder hacerle comprender que estabamos conformes en ideas, aunque queriamos llegar por diferentes caminos; y como sé ademas y he palpado que su sistema es no comprometerse nunca para poder dar un sofion á tiempo, me pesaba no haberla vencido para tenerla bajo mi fé-
rula.

Me he propuesto despues entrar en una explicacion con Isabel, decirle francamente el motivo y origen de mis pretensiones, ofrecerle mi amistad sincera, y esperar. Una esperanza vaga me queda allá en el fondo del alma, y por conservarla procuraré no romper, sino cuando vea que es necesario.

A las nueve de la noche he salido á pasear, creyendo encontrarla; no la he visto, y he paseado con Julia.

Esta noche he platicado con el hombre que me orilló con su confidencia á enamorarla; y ha incurrido en la contradiccion de quitarme toda esperanza, aconsejandome que me retire. Esto lo hace porque él quiere volver á la carga, despues de haber sido derrotado una vez, y mi presencia le es-

tórba. También pensó divertirse mucho con nosotros; y viendo que nosotros solemos reirnos á su costa, pretende enmendar su error.

A pesar de que sé que todos sus consejos tienen un mal principio, he resuelto seguirlos.

Conozco que no debo hablar con otro de ningún negocio mio, ni oír ninguna opinion, porque fácilmente me inclino á cuanto me dicen; soy un verdadero veleta que mueve el mas ligero impulso. Por esta nueva noticia he vacilado en mi propósito de hacer una especie de capitulacion, y he pensado hacer otra prueba: me ha venido también á la imaginacion que ademas de mi tontera y mi pereza, hay alguna persona que se interpone entre Isabel y yo.

A nada estoy definitivamente resuelto, y espero tranquilo que una circunstancia me determine á algo.

Me ocurre ahora que si Isabel cree inestinguible mi amor á Serafina y fingido el que le muestro á ella, no sé como me ha tolerado: en todo caso no podrá negar que los dos nos hemos divertido. Se me recuerda también que segun dicen, Isabel se jacta de que no hay un hombre que la trate que no se enamore de ella. No es difícil que toda la liviandad que le suponen sea aparente, y sus coquetías no lleguen sino hasta donde sea necesario para lograr este constante capricho de su vanidad; pero es mucho sacrificar la reputacion, tener que disimular las ofensas del público, por un placer tan

frívolo..... ¡ah! también me ha dicho el amigo de esta noche, que sospecha que Isabel y el general se entienden perfectamente: si tal cosa es cierto, soy un desgraciado: yo que, como el poeta de Breton, lo pido con mucha necesidad, y sabria pagarlo y agradecerlo. ¿Por qué alcanzaria el general lo que yo no? Porque él es audaz é inconsiderado; mientras yo trato con delicadeza aun á las mugeres perdidas.

Las mugeres enseñan la fruta, despiertan el apetito y corren, deseando que las alcancen, para poder decir en el acto mismo no quiero, no queria, me vencieron: pero yo que no sé correr ni tras de la fortuna, las dejo escapar, y con razon me llaman todas tonto y cobarde: yo no debia pretender sino á las mugeres que no corren, y olvidar á las demas que nunca me han de querer por perezoso y tímido.

Hasta hoy llevo todos nos por ningún sí; y esto no entrando en ningún negocio dudoso como los otros hombres: siempre tengo probabilidades de hecho, casi certeza en la razon..... ¡y siempre me sucede lo mismo!..... ¡y nunca cambio de sistema!..... Pobre tonto que piensa que las mugeres leen su razon y deben comprenderlo: me temo que se va á morir con la pesadumbre de no haber encontrado la realizacion de su bello ideal de muger enamorada.

Turbias van las aguas, madre,
turbias van;
mas ellas se aclararán.

Me voy á acostar, y darán y contaremos.

Mayo 22.—He estado tranquilo durante todo el dia: en la noche he ido á su casa. Me ha recibido y ha estado durante toda mi visita notablemente fría conmigo: mi hombre ha hecho de las suyas, y ha estado haciendo alarde de su influencia y poderio: confieso que no me ha hecho esto muy buena impresión; y percibo que mis visitas deben irse alejando poco á poco; pero un instinto, tal vez el capricho, me dicen que continúe, y que tenga calma, cachaza y mala intencion. Sé que con este sistema, al fin me saldria con la mia, pero no soy hombre capaz, aunque en este momento pienso hacer la prueba.

Toi franche!.... toi simple!....
avoir de la confiance en toi....
toi!.... vois tu!.... toi!.... mais
tu te moucheras de la main gauche
rien que pour le plaisir de
tromper la main droite si tu pou-
vais.....!

GAVARNI.

Mayo 29.—El negocio ha cambiado enteramente de aspecto: no se trata ya de divertirse conmigo, dejandome hacer el amante cobarde y suspiron; ahora intenta Isabel castigar mi torpeza y mi frialdad, al mismo tiempo que vengar su orgullo humillado, mal que le pese, por un amante demasiado delicado para ella, y que por serlo tanto quiso an-

dar el camino que le pareció mas digno, y no el comun y trillado que ella le dejaba abierto.

Todo es hoy amor propio: siempre ha sido este el afecto dominante en ella, y el resorte de todas sus acciones; en mí ha habido una sustitucion; al capricho de divinizar una muger tan humana ha sucedido el empeño de fastidiarla, haciendome impasible contra sus epigramas, y procurando hacerle entender que es un cuerpo tan pesado, que por mas que yo quise en mi fantasía elevarla al rango de ilusion pasagera, la veo ahora caída á mis piés, y no me siento con fuerza de hacer un nuevo impulso para levantarla.

Antes tenia interes por su vida, y me informaba de ella para engalanarla con los colores de la poesía, acusando á la maledicencia, é interpretandolo todo, á la manera que los jesuitas han hecho con la Biblia, *ad maiorem gloriam Dei*. Hoy me importa poco lo que sea; juzgo por lo que palpo yo mismo, y si respecto de su manejo con otros podia yo formarme ilusiones, porque veia los toros desde léjos, ahora que soy actor no puedo tener sangre fria para estar forjando cuentos y esplicaciones sobre hechos bien claros.

Hoy es precisamente cuando voy á divertirme. Tal vez se ecsalte su orgullo hasta buscar una ocasion de ponerme en ridiculo, porque este es su fuerte: entónces pensaré que valgo alguna cosa, mucho mas que ella; puesto que se ocupa de mí tan vivamente, al paso que yo le mostraré con mi

estoicismo que conozco que sus crueldades son consecuencia precisa de la naturaleza. Nunca pretenderé vengarme, porque ella misma se castiga despreciando de palabra á los hombres que no puede engañar, y sirviendo, con lo que sufre, de escarmiento á las mugeres, y de escarnio y diversion á los hombres. La diversion suele ser cara; pero un gato tambien araña al que juega con él, y no por eso deja de ser un animal.

¿De qué proviene en mí este cambio repentino de ideas?—Los hombres somos hijos de las circunstancias. Desde el dia que le besé la mano noté su frialdad y no hice caso; pensé que era natural un poco de remision, despues de un acceso de calentura: pero despues, en los últimos dias se ha puesto insufrible. Si toco un objeto que tenia ella en la mano lo hace pedazos; si la miro se enfada, si me siento junto á ella tiene calor; me paga mis cumplimientos con una esactitud mercantil; me da las gracias por todo; para disculpar su silencio y su mala cara se queja de mal estar, y ya no implora los auxilios de su médico, *el único en cuyas manos habia de morir* . . . finalmente, esta noche despues de haberme hecho un disimulado desaire, se ha puesto al piano y me ha puesto dos sinapismos cantandome dos canciones andaluzas.

—No está vd. para cantar ahora—le dije en un intermedio.

—¿Por qué lo dice vd?—me preguntó.

—Por que se rie vd. demasiado, y no puede dar al canto el aire que debe tener.

—Es verdad, también estoy ronca.

—Para estas cancionse *picantes* es necesario guardar la vergüencilla y cantarlas con soltura.

—Poco á poco . . . Las estudiaré mejor

Siguió cantando, y siguió diciendome despues en la conversacion algunas palabritas amargas. El general y toda la tertulia se regocijaban francamente.

Al despedirme, me dijo mil cumplimientos á cual mas significativo.

Todas estas pequeñeces, principio de una gran serie de pesadumbres que me prepara, son bastante motivo para que yo me haya apeado de mi asno é intente seguir el camino del positivismo.

Dicen que nunca está un hombre tan cerca de la fortuna como cuando está airada la muger que pretende. Digo que está airada Isabel y no cansada de mí porque no veo que procure echarme de su lado, sino ponerme á cierta distancia y fastidiarme, sin levantar entre los dos la insuperable barrera de la indiferencia.

Yo no espero sin embargo, sacar ninguna ventaja de su ira: en materia de amor nunca tengo yo apetito, sino simplemente hambre; es decir que no concibo caprichos, y me contento con satisfacer la necesidad. De este modo estan libres de mí todas las mugeres de cierta clase, que por no necesitar del dinero de sus amantes, se hacen pagar en sacri-

ficion y servicios personales los favores que dispensan: yo hago estos sacrificios, como cualquiera hijo de Adán, y me parecen mejor recompensados con la diversion de estudiar un objeto, tan igual en su esencia como vario en sus formas, (la muger) que con alcanzar el favor supremo. Si esto es una tontera, estoy bien con ella, de este modo jamas llego á fastidiarme de ninguna, ellas y conservan cuando menos la inquietud que alimenta la duda. ¿Este hombre que hallando una puerta abierta se empeña en abrir otra nueva para entrar, ó se sienta en el dintel á lamentar desgracias que todavia no le suceden es un tonto, un inocente, ó un impotente?

Para que Isabel no crea que voy á morir de deseos y tristeza léjos de ella, le he hecho saber un tête-á-tête de los que tengo con Julia: como conquista, no es un trofeo glorioso, porque es una inocente todavia que se me echa en los brazos por amor; pero es tan linda como una rosa de Abril, y los placeres que me proporciona son tan sabrosos como los primeros frutos que se cortan despues de haber esperado todo el invierno. No lucho con una muger pero poseo sin dudas ni inquietud, una alma y un corazon vírgenes hasta hoy para todos: sus caricias, blandas y dulcísimas, tienen todo el encanto de la sinceridad y el pudor, y la miel que destilan sus labios tiene un aroma que llega al alma.

Un beso suyo deja en mis labios aquel barniz

suave y oloroso, aquel gusto delicado y sencillo que saboreamos despues de haber comido las hojas mas tiernas y amarillas del cogollo de una lechuga fresca.

Es un crimen; pero un crimen de aquellos cuyos goces hacen callar á los remordimientos, y cuya disculpa está en la misma víctima.

Jnnio 1.º —Esta tarde me he convencido de que el único deseo que alienta á Isabel en todas sus acciones es el de divertirse con los hombres. Ya dudo que alguna vez haya cedido sinceramente á esta necesidad puramente animal elevada á sentimiento, que se llama amor: acaso el escesivo orgullo la hace desconfiar de todos, y engañada una vez, se divierte con todos, los deja llegar hasta donde no pueden comprometerla con pruebas de ninguna especie.

Todavía no se casa y ya es tiempo: su carácter lo ecsige.

Una soltera se divierte como soltera, una casada como casada; en el primer caso hay que esperar un porvenir, una posicion, un marido; en el segundo ya se tiene editor responsable; y la Iglesia católica no admite el divorcio.

Siempre he sacado una consecuencia triste: y es que Isabel se ha divertido conmigo; y generalizando la cuestion que todas las mugeres se divierten con todos los hombres: con esta diferencia, que aunque nosotros digamos que tambien nos divertimos con ellas, salimos perdiendo. Ellas poseen

algo que es condicion indispensable no solo de nuestra alegría sino de nuestra salud, y por fuerza hemos de rogarles; ahora, el que ruega se humilla, y el que se humilla está debajo: eso que las mugeres poseen, y sin lo cual no podemos pasarnos, es desgraciadamente el principio y fin del amor, sea cual fuere el carácter que tome segun las personas y las circunstancias. El hombre tiene, pues, que seguir á la muger, y la muger tiene que ceder, y cede siempre; pero ántes de llegar al lugar que ellas escogieron en su capricho, nos hacen pasar por mil dificultades y situaciones bien trabajosas y molestas.

¡Ay! es forzoso resignarse, ó á renunciar algunos deseos, ó á esperar el tiempo oportuno. A ellas y á ellos nos gusta modificar el placer para mantener el apetito; esperemos de mañana lo que nos haya negado el día presente, que no es imposible ver premiado en la lotería un número seguido constantemente.

¿Debo pues esperar? así me lo aconsejan, y así lo creo, aunque me queda cierta duda allá adentro.

Si Isabel no me enfada enteramente con sus epigramas y su risa, y si no encuentro otro objeto que me la haga olvidar, esperaré; pero entre tanto mi situacion es difícil, y no sé verdaderamente como sostenerme sin vacilar ni dar una caída: las teorías son todas bellisimas; pero la práctica siempre difícil.

Antes de ir á la casa de Isabel he estado con

Julia, que me tendió los brazos al verme y ha estado mas mona que nunca: esto provino de que le queda la exaltacion de una fiesta á que concurrió ayer, y en la que estando tambien Isabel, recibió de mí los obsequios que podia hacerle, al paso que ni siquiera me vió hablar á la otra de quien tiene celos, y de quien querria verme separado de una vez.

Sabiendo que iba á concurrir con ella se esmeró mas que de costumbre en el tocador, y por fortuna tuvo buen gusto en todo, cosa que no dejaba de inspirarme ciertos temores de ver en los labios de Isabel una de aquellas sonrisas malignas que penetran hasta los huesos.

Sea agradecimiento de mi conducta en la noche pasada, sea que una fiesta aviva las pasiones, lo cierto es que ví reprimir á Julia mil impulsos de amor que á la verdad me provocaban; pero ayer me cansé de gozar en una pequeña orgía, y hoy estaba bastante satisfecho para permanecer impassible viendo á la luz de la luna, un pecho virginal y fragante como un boton de rosa.

He aquí mi teoría del platonismo: he aquí porque mientras agoto mis fuerzas con otras mugeres, ni siquiera recuerdo si Serafina, á quien amo, es una de ellas.

Hé estado en la casa de Isabel hasta cerca de las once; ni un solo epigrama: frialdad, pero no encono. Esto proviene de dos motivos: sabe que de intencion quise presentarle anoche á Julia pa-

ra que viera que no me falta una amante mas d6cil, mas fresca y mas hermosa que ella, y en tal inteligencia no debió manifestarse resentida, desmintiendo su opinion de orgullosa y discreta: el otro motivo es que el general parte dentro de pocos dias, y si yo tambien me retiro, no tendrá con quien *divertir sus noches*.

Veremos que partido saco de esta nueva época. Estaremos solos, y la soledad es el primer aliciente: ademas, Isabel es muger esclusivamente de ocasion: todas tienen su cuarto de hora, como dice el refran; pero con la diferencia de que con unas se necesita haber preparado este cuarto de hora con largos antecedentes, y otras gustan precisamente de las improvisaciones, para hallar disculpa en la misma sorpresa. De este género es Isabel; y yo me acuerdo que al dia siguiente de haberla besado me dijo—No me gustan las escenas improvisadas porque la sorprenden á una; siempre es bueno meditar ántes la situacion en que se vá á estar para estudiar lo que se debe hacer.—Con estas palabras se disculpaba de haberme consentido *tamaña* libertad y me indicaba el camino que en lo de adelante debia seguir.

Como ella no llam6 á otro, voy á estar en buena posicion, sin quien la distraiga de mí por las noches....

Convengamos en que todas las mugeres serian coquetas en cierta posicion; pero la mayor parte se ven estorbadas por sus circunstancias. El te-

mor de perder la reputacion ántes de casarse; el deber de tener un solo amante.... y con uno solo no se puede coquetear. Mas si tuvieran confianza en su talento, y libertad de ponerlo en juego, todas se rodearian de una corte mas ó ménos numerosa siquiera para poder escoger; este consejo da á las jóvenes cristianas el santo San Francisco de Sales....

Isabel es fiel cuando tiene uno solo; vacila en medio de dos; con cuatro coquetea; con diez se envanece: hace bien, es muy bonito engañar porque en este pícaro mundo, nunca puede uno quedar satisfecho de haber pagado todo lo que debe en esta especie de comercio.

Aunque deseo, no espero alcanzar, ni lo pretenderé acaso, por desconfianza de mí mismo. Esperaré sin embargo esta nueva época de aislamiento: lo espero mas bien por ver, que por hacer.

Junio 7.—Hace algunos dias que no veía á Isabel. El general estaba en vísperas de marchar de aquí, y queria dejarlos en entera libertad para despedirse.

Por fin ha marchado ayer, y en la noche, á pesar de que preví que no estaria, ó no querría estar Isabel en su casa para recibirme, he ido á buscarla. En efecto, habia salido y le dejé una tarjeta.

Esta noche la hé visitado en su palco; tan fria me recibió ella como su hermana. No hemos hablado una palabra que pueda ni interpretarse como alusiva á nuestra situacion: estuve un rato

bien corto, y me sali. El amante estaba en el teatro contra su costumbre, hace mucho tiempo á lo ménos que no lo veia concurrir á esta diversion.

Julia y su familia han comenzado, por mis instigaciones, á concurrir al teatro, y tiene su palco frente al de Isabel: hace algunas noches que noté que un hombre dirijía sus brújulas á Julia de una manera impertinente. Para que el lector comprenda, como yo comprendi luego, que este hombre obra-ba inspirado por Isabel, veamos quien es, y lo que ha pretendido.

Este amante pretérito que me hostiliza en compañía de un hermano de Isabel, es un jóven que para calavera no le falta sino talento, y para tonto le sobra un buen exterior: hace muchos tiempos que tuvo sus dimes y diretes con ella; hoy está ya casado y todavia busca luneta bajo su palco para estarsela bebiendo por los ojos. Esta jóven habla mal de Isabel; luego nada ha alcanzado. La busca y la persigue á pesar de que habla mal; luego tiene esperanzas de alcanzar alguna vez lo que todavia desea. Este hombre solo pudiera caracterizar á Isabel que está amontonando pretendientes para que sé yo cuando, y que se entretiene en jugar con ellos y engañarlos mientras les llega su dia, si es que ha de llegarles.

Porque yo tengo entendido que Isabel no cede sino á su capricho, y es invulnerable al amor y á toda especie de seducciones, escepto las del orgullo; de modo que el hombre que la posea no puede

vanagloriarse de haberla conquistado; cuando mas, de haber tenido la fortuna de ser elegido como el mas bonito muñeco. Otras ceden por dar gusto á su amante, sacrificandole su honor ó su virtud; esta escoge entre los que la rodean el que le gusta mas; convirtiendo en cosas á los que para otra serian personas. Bien dice ella—tengo la desgracia de que mi aliento marchita cuanto me rodea.

Al despedirme de Isabel le he dicho:

—Mañana veré á vd. si la encuentro en su casa.

—Bien—me ha respondido friamente.

Esto es casi una cita pedida y medio otorgada; bien sabe ella la hora en que acostumbro ir, aunque no la hayamos fijado.—Veremos.

Se me habia olvidado. . . El domingo último comí en casa de Julia, y llena la cabeza de los humillos del champaña cometi no sé cuantas imprudencias; en pocas palabras, quise coquetear con todas las mugeres que estaban junto á mí, pero sin buen écsito. Al despedirme en la noche de Julia, ni me apretó la mano, y me hizo una seña de amenaza con los ojos.

Al siguiente dia temprano me llevaron à verla la curiosidad y el temor. La hallé seria y muda conmigo: al siguiente dia salió fuera de la ciudad sin dejarme un simple recado, y no volverá hasta despues de ocho ó quince dias. ¿Quien creerá que este desden me ha hecho sentir cierto interes, cierto deseo de verla que nunca sentí cuando podia encontrarla fácilmente á la hora que la buscaba?

Cuando oí la noticia de su viaje casi me entristecí.

Junio 8. —Anoche quedamos medio citados. Cerca de las nueve he llegado á casa de Luisa, y confieso que fuí por no ser inconsecuente conmigo mismo; pero sin tener mucha gana. Comienza á hacerseme pesado representar un carácter falso cerca de ella, y sufrir sus desdenes y sus sátiras por la necia pretension de decirle un dia, mira tu retrato; yo sé que ella tiene bastante cinismo para reirse de mí y de todo el mundo, como toda gente despechada por el infortunio ó el castigo constante de su orgullo. Deseo sin embargo no cansarme, y al mismo tiempo preveo que mis visitas y todas mis relaciones con ella serán mas áridas cada dia, si no viene á reanimar la escena cualquier incidente nuevo.

En fin, la hallé durmiendo ó fingiendo que dormía, y no se apresuró ni á levantarse del sofá en que estaba acostada.

La conversacion ha sido del todo estraña al amor: hemos hablado de ella misma, y la he adulado cuanto podía sin que percibiese la intencion, repitiendole lo que otras ocasiones.

—Vd. necesitaba otro mundo; otra sociedad que la comprendiese para que pudiera apreciarla.

—Ciertamente es una pena-me respondió— tener que estar midiendo y meditando la menor accion, la palabra mas insignificante, y á pesar de este trabajo fatigoso quedar siempre espuesta á las mur-

muraciones, á los chismes de la gente, que interpreta como quiere lo que ve en los otros. Yo no soy ademas como todas las mugeres...

—Eso pierde á vd. el distinguirse de las demas, el ser superior.... (Apenas hay muger mas muger que esta, y no se distingue de las otras sino en reunir los defectos de todas ellas; es un tipo de muger.) Ademas—añadí— Vd. se hace esclava del qué dirán, y...

—Vd. dice bien, soy esclava del mundo.

Recuerde el lector que la noche que paseaba con ella del brazo me dijo—si tuvieramos algo me importara poco lo que dijeran.

—Y que vd. tiene una garantía, una salvaguardia que le serviria si quisiera; los nervios: á una muger nerviosa se le disculpan muchas cosas.

—¡Dios me libre! por eso ni me quejo; para que sepan todos que lo que hago, lo hago en mi juicio, y sin otro impulso que el de mi voluntad, independiente, libre, clara, firme.... Al fin, lo que hago oyendo la maledicencia de las gentes es reirme de.... las mugeres.... no todas, á algunas las respeto.

Luisa iba á decir otra palabra que no adivino, en vez de mugeres: ó quiso decir hombres y se arrepintió de hacerme un agasajo tan poco delicado, ó tuvo intencion de hacer una alusion mas directa á Julia, y se contentó despues con dejarlo todo á mi penetracion. El caso es que yo veo que se ocupa de mí, y de lo que me atañe, y esto me basta como

recompensa del tiempo que he yo gasto en disecarla, escribiendo por ella.

Ninguna cosa particular hablamos. Mi visita se terminó media hora antes de lo que me había propuesto por un accidente nada interesante, que sin embargo puede tener consecuencias. El hermano de Julia fué á buscarme acompañado de otro, é Isabel puede darle á este hecho, inocente de una y otra parte, siniestras interpretaciones.

Rosa asistió á toda la visita durmiendo al lado nuestro: esto me indicó que Isabel esperaba que yo le hablara esta noche algo sobre nuestros negocios, porque recuerdo que una ocasión me dijo hablando de su hermana, para aprovechar la ocasión de plantarme una banderilla:—Oh! esta Rosa es una picarilla; muchas veces se hace la dormida por oír lo que platican, y despues nos reimos las dos grandemente.—No olviden los lectores que la noche de mi declaracion, y otra de las siguientes, Rosa dormia no léjos de nosotros.—Basta por hoy.

Junio 10.—Esta tarde he estado en casa de Julia: aun no llega y estoy disgustado por esto.

Fuí despues al teatro. Isabel llegó tarde y vestida como de mal humor. En cuanto terminó el primer acto fuí á hablarle, á pesar que una repugnancia interior me avisa que debo alejarme de ella. Al abrir yo la puerta del palco le ha dicho á su hermana por via de observacion:

—Esta noche hay mucha gente.

—Y ahora mas—dije yo tomando una silla.

—¿Cómo está vd. Isabelita?... y vd. Rosita linda?..

—Buena y vd.????—me contestó Isabel apartando de mí la vista.

—Cómo va, Gabriel?...—me respondió Rosa riéndose con visible malicia.

—Jesus! que calor tengo esta noche!....—dijo Isabel á pocos momentos.

—Hay tanta gente....—respondí yo.

—Estoy molesta, mortificada, violenta.....

—Por qué?

—En primer lugar quisiera quitarme el tápalo, y estoy muy mal vestida: en segundo, sufro tanto!...

—Mañana gozará vd.

—Jamás!..... no tengo otra esperanza que la muerte!....

—Quiere vd. que la mate yo?

—No quiero que me maten, sino morir.

—Si la mato á vd., seguro es que morirá.

—Quiero decir que no debo dar mi consentimiento, porque seria suicidarme.

—O mejor—añadí violentamente—matémenos los dos recíprocamente.... tambien yo sufro mucho!..

—No quiero!.... (con altanería).

—¿Por qué, si tanto le pesa á vd. la vida?

—Porque no quiero nada que tengamos que hacer los dos..... (Final)

—Vamos—le dije riéndome fuertemente—está vd. esta noche muy nerviosa y muy romántica.

—Sabe vd? si supiera que el público habia de achacarlo á los nervios haria yo cosas....

—Cómo cuales?

—Muñas.... á bien que yo sabria en mi interior que solo la voluntad lo mandaba.... Y de que se rie vd. tanto?

—Pues no he de reirme? dice vd. cosas tan.....

El telon se levantó, y yo tambien tomando mi sombrero:

—Me voy niñas.

—Por qué tan pronto?—me preguntó Rosa.

—Estoy fastidiado y me voy á dormir.

—Bien hecho.—me respondió Isabel.

—Adios!....

—Adios!....

—Adios, Gabriel.—me contestó Rosa.

Victor y el amante no nos habian quitado la vista y aun creí notar signos de inteligencia con Isabel.

Pues, señor, terminó el asunto:—decia yo saliendo del palco.—Nada que tengamos que hacer los dos?..... y este nada me suena muy diferente de los nos de antes. Paciencia y conformidad; pero yo no queria acabar tan pronto.... Como no me dé con las puertas en la cara el dia que vaya á visitarla.... Me salí en efecto del teatro con intencion de irme á dormir; pero en el camino me ocurrió ir á saber si habia vuelto Julia.

No llega todavia: y su ausencia me entristece tanto mas, cuanto que necesito consolarme de la pérdida definitiva de Isabel.... Isabel á quien de-

jé en el teatro sosteniendo como siempre una guerra gloriosa contra toda la luneta.

Dios la guarde, y el diablo la inspire. Ma gustan las mugeres fuertes, aunque sea yo su víctima.

Junio 15 hasta el fin.—Julia ha vuelto, y me ha abrazado con frialdad. Tampoco me ha dado siquiera una disculpa de no haberme enviado un recuerdo, ni haberme prevenido su partida.

Esto último no me habia causado estrañeza, sino el que se hubiese prolongado su enojo por mas de ocho dias y no hubiese, con la ausencia, cobrado nuevos deseos de verme, y mas ardor en amarme.

Era que entre las gentes del paseo no habia faltado alguna alma caritativa que le advirtiese que estaba yo amandola al mismo tiempo que á Isabel.

Sin saberlo yo todavia supuse que podria ser esa la causa, y en tal sentido procuré disculparme, y la inocente hasta buscaba ocasiones de hacerme hablar. Tal vez sus informes eran vagos, que si no, quien sabe si, como despues, este zelo me roba de una vez su amor de 14 años.

—Julia, estás seria conmigo.

—No.

—Sí.

—Se engaña vd.

La inocente me hablaba de vd. siempre; me respetaba casi; le parecia un favor que la amara.

—Desde que llegaste te veo fria, disgustada.

Una niña no sabe disimular.

—Pues qué!—me dijo estallando—¿he de sufrir que me esté vd. engañando?

—Engañarte yo!....con quien?

Su respuesta era segura.

—Con Isabel....con esa....

—No lo creas.

—Me lo han contado todo.

—Te habrán contado mentiras.

—Lo cierto es que vd. no sale de su casa.

—Hace tres dias que no la veo siquiera, y probablemente no la volveré á visitar.

—Ya quebró vd. con ella?

—Mira—le dije tomándole la mano—si la hubiera amado.....

—Podría vd. haber amado á una coqueta que engaña á todos sus amantes?

—¿Y qué me importa eso si yo no lo soy?—Si la hubiera yo amado la abandonaría por tí

—Harias mal. Perderias en el cambio.

—Oh! no—y le dí un beso en la mano que ella recibio con aparente frialdad.

—Sí, Gabriel, perderia vd. Isabel es muger de talento y de mundo, sabe escitar, sabe coquetear, sabe lo que se necesita hacer con un hombre para cautivarlo, cuando es como vd....así, tambien hombre de mundo....

—Es decir un pícaro....

—No, no, amar no es un pecado.....Pero yo nunca he tenido novios, no se que se debe hacer

con ellos, ni conozco lo que les agrada....yo que lo he creido....

—¿Me has creido?

Julia bajó los ojos, y me respondió turbada.

—Déjeme vd. seguir.

—Prosigue, pero en la inteligencia de que no amo á Isabel, que no la he amado, que tú sola....

—Ojalá.....Ah! no, no he dicho nada....

Era imposible no abrazarla con entusiasmo. Poco á poco nos habiamos ido acercando.

—Digo—prosiguió tranquilizandose—que no podría vd. amarme: yo no sé negar lo que tal vez deseo yo misma, ni sé disimular cuando estoy triste ó alegre, no sé mas que dejarme conducir, dar gusto....

—¿A quién?

—A....vd....

—¿Pues me quieres?

—Mas que lo que Isabel podrá quererte nunca.... Ella tiraniza....porque viene vd. de mal humor muchos dias?

—No es por ella.

—¿No!.... y muchas veces ni lo puede vd. disimular delante de mí.

Era fuerza tranquilizarla enteramente: al fin nada me costaba.

—Mira: ¿qué quieres que haga para probarte que no la amo?

—Todo.

—¿Quiéres que en una tertulia que nos reunamos le haga un desprecio delante de tí?

—Sí.

—¿Quiéres que no vuelva á verla?

—Sí.

—¿Qué mas quieres?

—.....Que me dé vd. el ramillete que ella le dió.

—Te lo daré.

—Luego lo guardaba vd.

Por poco me quedo callado.

—Te habia prometido.... dártelo.....

—Ah! y se lo llevó vd. al siguiente dia.

—Por hacerte desesperar..... por ver si me amabas.

—Entónces, para mortificarme sin motivo....

¿Le doy á vd. nunca un disgusto?

—Perdonámelo; y te prometo no volver á hacerlo.

—Si me quisiera vd., si me amara tanto como yo á vd....

—Por qué no me hablas de tú?

—Porque mamá va á oírlo un dia, y me regañará.

—Ten cuidado.

—Si me acostumbro y algun dia me descuido, pueden enojarse y decirle á vd. que no vuelva.

—No sucederá..... y aunque suceda.

—Bien: pero no has de engañarme?..... Ya ves

que creo todo lo que me dices, y que te quiero mas que á ninguno.

Yo le cerré los lábios con los míos, y ella me oprimió el pecho con el suyo al recibir este beso.

La conversacion la habia ecsaltado. Estabamos sentados yo en la esquina de un sofá, ella en una silla junto á mí, tan juntos como podiamos estarlo.

Despues de este primer beso nos quedamos callados, pero ya inquietos; yo clavaba en ella una mirada llena de ternura que le hacia cambiar de colores y apartar el semblante.

De repente me apretó la mano, y viendome con firmeza me preguntó:

—Oye ¿que te gusta mas de mí?

Sus ojos me veian con una espresion indefinible; y yo alucinado tambien le respondí balbuciente:

—Tus ojos.

Como un relámpago cayó hincada entre mis rodillas, y cogiendome la cara entre sus dos manos, me presentó los párpados cerrados.

Al sentir un beso que á mí mismo me abrasaba, se estremeció, me apretó la cara hasta causarme dolor, y rechinó los dientes..... Tenia el delirio... yo me quemaba.

Julia abria los ojos para mirarme y sonreirse; volvía á cerrarlos, y yo volvía á besarla..... hasta que nos cansamos los dos.

Entónces se sentó à mis piés, apoyando su brazo sobre mis rodillas, y levantando los ojos, me decía con una sinceridad angelical:

—Te amo mucho, Gabriel: te amo mucho.
De repente oímos ruido en la pieza inmediata y Julia se levantó asustada.

—Me asusté. Creí que era mamá.

Me dijo, volviendo tranquilamente á sentarse á mis piés.

Yo me entretenia en jugar con su pelo rubio y suavísimo.

—¿Por qué tendré tanto miedo de que nos sorprenda mamá?—me preguntó despues de un rato.

—¿Lo tienes en efecto?

—Sí: y aun mas todavía á mi hermana.

—Vaya; cuéntame: ¿qué te dice..... de mí?

—.....Mn.... nada.

—¿Nada? Entónces ¿por qué tienes tanto miedo?

—Porque..... Y luego: ¿no tiene ella á su Pancho, á quien quiere?

—De modo que te aconseja que no me quieras?

—Precisamente eso no; ¿acaso le he dicho que te quiero? Pero siempre me está regañando porque me siento junto á tí, y porque hablo de tí, y..... porque te regalo todo lo que tengo. El otro dia, porque fuí á cortar para tí una rosa de su maceta hasta me hizo llorar: me dijo.....

—¿Qué?...

—Que no la merecias.

—¿Y tú qué dices?

—Me mereces á mí, con que una rosa....

—Ven....

Y otra descarga de besos acabó de ponernos tranquilos.

Poco á poco hablabamos ménos; la luz iba faltando, y una especie de embriaguez magnética nos iba adormeciendo. Ni el ruido de las respiraciones se oia; solo sentia yo el blando movimiento de su pecho, donde tenia mi mano entre las suyas

Estaba casi ya oscuro, y enmedio de las sombras veia yo lucir sus ojos que se levantaban para verme.

Así permanecemos un buen rato, soñando delicias celestiales, dejando vagar la imaginacion por un mundo lleno de imágenes brillantes y cuadros seductores.

Aquellas caricias, inocentes por el candor de Julia, sabrosas por su espontaneidad, fragantes por su pureza, me conmovian mas, me causaban un placer mas delicado que una seduccion.... Hubiera sido una infamia, una iniquidad.

Se ataca á la que sabe y puede defenderse; se combate cuando se halla resistencia; pero perder á una niña sin malicia y tal vez hasta sin conciencia de lo que hace, es una bajeza; el mayor de los crímenes.

¡Cuántos remordimientos sentiria hoy, viendola perdida ó desgraciada!

La recamarera llegó al fin; puso una luz sobre la mesa, y se fué silenciosa como habia entrado.

Con la luz despertamos.

—Ahora no te vas ¿verdad?—me preguntó Julia con la mas dulce de las voces.

—Sí; que es preciso.

—¿Tienes algun quehacer?

—Sí.

Mentira: tenia yo deseos de ir al teatro por ver á Isabel.

—¿Pero es tan preciso que no puedas dejarlo?

—Me iré un poco mas tarde; pero tengo que irme.

—¿Sabes?...no seria muy bonito que vivieramos juntos?

—Ya se ve.

—Pero ahora no te vas.

—Es preciso.

—¿Y si yo te lo mandara?

Me iria—le iba yo á responder; pero tuve lástima de su credulidad, y no quise negarle un gusto que nada me costaba: así, pues, le respondí resignado:

—Me quedaria.

—Pero no á disgusto.

—¡A tu lado!....

—Bueno, bueno.... te quedas. Verás como sé acortarte el tiempo.

Su triunfo la regocijaba hasta la locura. Me mandaba, ejercia un imperio sobre mí; y este es el primer orgullo de una niña.

La suegra vino á ponerla en juicio, y á poner

fin á los cariños con que pagaba mi condescendencia.

En efecto, la noche me pareció corta. Nunca habia yo creido á Julia capaz de inventar tanta circunstancia, de aprovechar tan delicadamente todas las ocasiones de hacerme una fineza, una caricia disimulada; de ofrecerme un obsequio de aquellos que lisonjean el corazon.

La hermana se sonreia al vernos; y tal vez cuando estuvieron solas hubo algo de sermon y consejos.

En fin, pasó aquella noche: y ya era preciso. Ocho dias mas, y no respondo de mí.

A la tarde siguiente, sus ojos me anunciaron la alegría con que me esperaba.

Se me antojó tirarme en un sofá, y la cartera que llevaba yo en la bolsa del costado me incomodaba.

—Dámela: la guardaré—me dijo.

Con la mayor indiferencia se la di, olvidandome de pedirsela al salir.

Tan pocos negocios llevo yo en la cartera, que ni al dia siguiente estrañé su falta, ni me pasó siquiera por la imaginacion.

El saludo que me hizo Julia al verme entrar á su casa, fué levantarse con violencia, entrar adentro, y salir con la cartera en la mano que me tiró, diciendome casi balbuciente:

—Tenga vd., y no me vuelva á hablar.

—¿Qué te sucede?

—¿Quería vd. que lo viera? ya lo ví.... Maldita sea....

—Pero, Julia....

Sin darme lugar á detenerla se metió, cerrando las puertas con estrépito. A pocos momentos la hermana apareció.

—¿Qué le ha hecho vd. á Julia?—me preguntó sonriendo, despues de saludarme.

—¡Yo!.... nada.

—Desde esta mañana está con un humor negro, y ahora, ya lo ve vd., me manda que salga, porque ella no tiene intenciones de volver.

—Pero yo no le he hecho nada.

—Lo sentiría.

—¡Cómo!....

—Vd. se ha puesto con una niña....

—Yo.... no entiendo.

—Vd. está embriagando á mi pobre hermana que lo cree una alma de Dios, que no lo conoce.

—No lo crea vd.

—Pero afortunadamente lo de ahora parece que es algo, tal vez bastante para curarla, y yo me en cargo de ayudarle.... Por su mal humor, sus lágrimas de hoy, conozco hasta donde hubiera podido llegar, y ya es tiempo de que esto acabe.

—Le aseguro á vd.....

—Lo que fué ya pasó. Ahora lo único que hago es advertirle á vd. que aquí debe hacer punto final, y que por vd. mismo se abstenga de todo in-

tento nuevo. Ademas: esta conversacion como si no la hubieramos tenido.

—Pero....

—Hablemos de otra cosa, y ya sabe vd. que conmigo no se las pone.

Me acobardó tanta franqueza, y mas que nada, un oculto temor de que Julia despechada hubiese revelado imprudentemente todas las licencias que yo me tomaba, por el gusto de hacer mis estudios al natural, como los pintores.

Pero que contenia la cartera? Evidentemente ella era la causa de todo; y yo no me atreví á registrarla delante de la hermana:—Serà alguna carta vieja; algunos versos de amor que le han causado zelos—así decia yo mientras no tenia ocasion de cerciorarme.

En mi casa abrí aquella desdichada cartera, y loh! barbaridad.... Aquel ramo que me dió Isabel, y habia ya sido causa de zelos, disgustos y protestas, ese mismo maldecido ramo, guardado como una reliquia, servia ahora de nuevo motivo á su enojo.

—Vaya: al fin se le pasará.... Pero como diablos me fuí á descuidar de este modo?..... Si no fuera una niña inocente trabajos me esperaban.

Sí, inocente y crédula: pero lo cierto es que yo volví á la carga, y que encontré la resistencia mas seria, mas firme: ni ocasiones me daba de justificarme, cosa que me hizo temer seriamente que hubiese tomado una resolucion decidida, ayudada por su hermana que me lo habia prometido.

Sin embargo no desmayé; y no consiguiendo nada con palabras interrumpidas ni suspiros ardientes, me decidí á seguir un camino práctico, el mas á propósito para escitar sus recuerdos y su sensibilidad.

—El dia que vuelva vd. á hacer eso, se lo aviso á mamá.

Al decirme Julia estas palabras estaba airada, su acento era firme y decidido, el desden de su mirada profundo y silencioso: me quedé hecho un novicio, y ni volví á hablarle. Me acordé de Rosa, y tuve miedo de que esta tambien me cumpliera su amenaza.

Pero no por eso desistí inmediatamente. Me dolia perder un placer que casi habia probado, y cuyos atractivos iban tomando colores mas vivos y hermosos á medida que se iba perdiendo en mi esperanza.

Cada dia mas frialdad, mas ceño, mas dureza: la mas severa política sucedió á la dulce familiaridad de tan breves dias, y al cabo desesperé de reconquistar su corazon perdido. Estaba desengañada por la primera vez: su ódio seria irreconciliable.

Fué preciso alejarme y me alejé.

XXIV.

LA LIBRERIA.

1839, hasta Agosto.

Otra vez solo, aislado en medio del mundo. E amor, mi último refugio, me abandonaba, huía de mí, bajo cualquier disfraz que lo buscase.

Cada muger un desengaño, cada dia un pesar, y cada instante un remordimiento. Serafina, cuya sola vista me regocijaba; Serafina que era mi ídolo, y que derramaba en mi corazon la alegría y la esperanza, habia sido traicionada por mí, olvidada... ¿y por quien? por mugeres vulgares que no valian lo que ella, que no eran dignas ni de servirle como criadas.

Justo era el castigo que ellas mismas me habian dado; justo el desaliento con que me resigné á abandonar el mundo, á cerrar mi corazon á todo afecto, á esperar la procesion de los dias en la inaccion y la indiferencia.

¿Serafina podria llegar á ser el objeto de mi ac-

Sin embargo no desmayé; y no consiguiendo nada con palabras interrumpidas ni suspiros ardientes, me decidí á seguir un camino práctico, el mas á propósito para escitar sus recuerdos y su sensibilidad.

—El dia que vuelva vd. á hacer eso, se lo aviso á mamá.

Al decirme Julia estas palabras estaba airada, su acento era firme y decidido, el desden de su mirada profundo y silencioso: me quedé hecho un novicio, y ni volví á hablarle. Me acordé de Rosa, y tuve miedo de que esta tambien me cumpliera su amenaza.

Pero no por eso desistí inmediatamente. Me dolia perder un placer que casi habia probado, y cuyos atractivos iban tomando colores mas vivos y hermosos á medida que se iba perdiendo en mi esperanza.

Cada dia mas frialdad, mas ceño, mas dureza: la mas severa política sucedió á la dulce familiaridad de tan breves dias, y al cabo desesperé de reconquistar su corazon perdido. Estaba desengañada por la primera vez: su ódio seria irreconciliable.

Fué preciso alejarme y me alejé.

XXIV.

LA LIBRERIA.

1839, hasta Agosto.

Otra vez solo, aislado en medio del mundo. E amor, mi último refugio, me abandonaba, huía de mí, bajo cualquier disfraz que lo buscase.

Cada muger un desengaño, cada dia un pesar, y cada instante un remordimiento. Serafina, cuya sola vista me regocijaba; Serafina que era mi ídolo, y que derramaba en mi corazon la alegría y la esperanza, habia sido traicionada por mí, olvidada... ¿y por quien? por mugeres vulgares que no valian lo que ella, que no eran dignas ni de servirle como criadas.

Justo era el castigo que ellas mismas me habian dado; justo el desaliento con que me resigné á abandonar el mundo, á cerrar mi corazon á todo afecto, á esperar la procesion de los dias en la inaccion y la indiferencia.

¿Serafina podria llegar á ser el objeto de mi ac-

tividad? ¿llegaría á aceptar alguna vez mi mano y mi nombre, mi caudal ó mi gloria?..... No: mi vida quedaba, pues, sin objeto: por falta de valor para suicidarme me veia obligado á esperar la muerte en la mas completa inaccion, en el abandono mas perfecto.

¿Y donde pasar las horas, donde matar el tiempo, donde hallar ese movimiento y ese bullicio que entretiene, que disipa, que arrulla, dejandolo á uno tan aislado en su interior, tan libre, tan independiente, tan ocioso como si no ecsistiera?.... en la libreria.

En Búrgos también hay una libreria, y un librero como no lo hubiera imaginado.

La tienda está situada en una de las principales calles: el tráfico es activo y continuo.

El armazon ha servido para todos los comercios posibles, así es que se perciben las diversas modificaciones que ha ido sufriendo, segun que sus cajones han guardado, ó alcantaces de especias, ó sombreros, ó libros. A fuerza de mirar y contemplar aquel armazon, como un geólogo que ecsamina y analiza los fragmentos de un esqueleto fósil, llegué á formarme la historia de aquella obra, y aun aprendí de memoria las fechas y las circunstancias de cada transformacion.

Una capa de color verde fijaba la época de la penúltima edad; las tablas no pintadas aún databan de la forma literaria que los libreros le habian dado, y por varios lugares descascarados reciente-

mente se percibian diversos otros colores, que quedaban anunciando edades mas remotas, como las capas mas profundas y estratificadas de la tierra.

Al rededor de todo el armatoste corria un banco hueco que habia sido cajon, y ahora servia de canapé á los platicones: un cielo raso de dudoso color y frágil apariencia, cubria á medias el techo, y en fin, los claros de las dos puertas sin cortinas, se limitaban por un mostrador corrido, que, como los bastidores de un teatro, por fuera estaba renovado y repintado, miéntras á la espalda presentaba el aspecto repugnante de cajones sucios y apolillados, tablones remendados, y huecos llenos de tarantines y basura.

Este era el cuadro que se descubria desde un sillón manco, todo de puro palo y pintado de encarnado: este sillón estaba colocado en la mediania del espacio comprendido entre el armazon y el mostrador, detras de una mesita zancuda y endeble, que en vez de carpeta, estaba forrada de periódicos añadidos con lacre, y pegados con lo mismo en las orillas y esquinas.

Sobre esta mesita se veia, á la izquierda, el libro de apuntes diarios y los papeles de actualidad, como las cartas del correo, la factura acabada de recibir, ó una lista de encargos; á la derecha, todos los adminículos para la escritura; es decir, un tintero de vidrio negro, dos ó tres plumas de acero montadas en sus cabos, lacre en pedazos, un mall corta plumas, un pedazo de goma &c.

Raro concurrente no escribía sobre el forro de la mesa su nombre ó el de su novia; ó pintaba una figura, ó levantaba el plano de un viage; yo solía apuntar mis versos, y Miguel hacia cuentas, ó abreviaba el memorandum de sus negocios: á otro le ocurría calarlo de filigrana, ó sacar las letras grandes, hasta que las injurias de los concurrentes ponían inservible aquel forro, y una mañana aparecía la mesa vestida de nuevo con el Siglo y el Correo de Ultramar, ó con una edición entera de las bulas de Pio IV. De modo, que cada uno de esos forros que se levantaban, era un cuadro curioso, digno de ser litografiado.

Esa mesa y esa silla eran el lugar de honor, el trono presidencial de la tertulia: el que se posesionaba de ellos tenía derecho á usar de la palabra, y era feliz.... no habia asiento mas cómodo á pesar de que le faltaba un brazo á la silla, y no tenía cojín, ni escañuelo en que apoyar los piés.

Aun nos falta que conocer algo mas de la librería.

A la derecha de la mesita hay una puerta estrecha que conduce á la trastienda, especie de bodega, húmeda y oscura, rellena de cajas, tercios-libros, y toda clase de estorbos: de esta bodega, larga de quince varas, se pasa á un cuartito pequeño, que es como quien dice el *boudoir* de Miguel.

Es una pieza de cuatro varas de ancho sobre cinco de largo, de bóveda lisa en vez de cielo raso, y pintada toda con la sencillez de los medios colores.

Es la única pieza que tiene una vidriera. El ajuar consiste en una cómoda otomana forrada de azul, una mesa redonda, sobre la cual hay un quinqué de bomba apagada, y dos ó tres sillas cuando se necesitan.

Nada hay de lujoso ni bello, pero despues de atravesar la oscura bodega, donde se respira la humedad y la fetidez de un calabozo, se goza agradablemente con el aseó y la claridad del gabinete, que tal nombre merece.

Conocida la habitacion, nos falta conocer á los habitantes. En esta ocasion solo importa conocer á Miguel.

Miguel es un jóven de 25 años: alto y robusto: las mugeres lo encuentran buenmozo; para los hombres simpática su fisonomías.

Las patillas chuletas y el bigote, son la forma mas comun de su barba negra y poblada: el pelo largo hasta cubrirle las orejas, y levantado por toda la frente en forma de furia, le da á su cara un aspecto algo arrogante.

Su mirada es tranquila, indagadora, fria: su risa es franca y contagiosa; pero cuando solo se sonrie hay en sus labios mas malicia que regocijo.

Miguel habla poco delante de un desconocido, platica con sus amigos: á nadie le hace una confianza completa.

Si Miguel ofrece algo se puede aceptar; si se le pide una cosa, sin responder una palabra la da siéndole posible; si no quiere ó no puede, un gesto

desdeñoso semejante al de una muger enfadada, anuncia que va à responder un no, sin disculpas ni protestas.

Si se le pide un consejo es severo; si se le pide un juicio es franco.

El que lo ve por la primera vez lo toma por un orgulloso; despues de haberle hablado con cualquiera motivo se siente que es hombre accesible y social.

Para Miguel no hay dificultad. ¿Se trata de un paseo? Miguel conoce el mejor sitio, el mejor vino, al mejor fondista. Está en una visita de confianza y se rebentó el cordon de la campana? Miguel, sin escalera ni andamios sube hasta el techo, y vuelve à bajar despues de cinco minutos llamando, con el mismo cordon que compuso, à la camarera para que le traiga un vaso de agua. Miguel hace un ramo de flores elegante, empaqueta la chucheria mas delicada de modo que pueda caminar doscientas leguas: Miguel, en fin, lo sabe todo y lo hace todo callado la boca.

Miguel es comerciante y pocas veces engaña à sus parroquianos, porque pocas veces se deja engañar él mismo.

Miguel está sentado escribiendo: una sombra le avisa que tiene un marchante en el mostrador; levanta la cara y espera que le hablen. Oye el nombre del libro que le piden, y lo compara con el traje y la fisonomia de la persona: le pone el efecto sobre el mostrador, apoya la barba contra el pe-

cho, y arrugando las cejas clava sus ojos encapotados sobre el marchante, à quien deja hojear y registrar el libro à su sabor. Despues dice el precio, y economizando tiempo y palabras echa el dinero en el cajon y va à asentar la partida, ó vuelve à colocar el libro en su lugar, y sigue escribiendo con la mayor tranquilidad.

Cuando sale de la tienda un comprador Miguel sabe ya que el breviario que compró es para tal cura; y por apéndice conoce à la sobrina, y la clase de vicios que la dominan.

Sin embargo, Miguel no es entrometido, ni comadrero, ni curioso.

Este hombre debe tener una novia, una querida, un devaneo cualquiera: todos lo sospechan; pero ninguno podrá afirmar quien es la muger, ni à que horas la visita.

Miguel es, en fin, poco hablador, es reservado, previsor, sagaz: no lo creo capaz de una traicion, y el que no lo conoce bastante lo llama jesuita. Tiene sobrada independenciam para hacer un mal juicio del mejor de sus amigos; pero se conforma con prevenir el mal que puedan hacerle sin dejar percibir sus temores ó su desconfianza.

Así es como yo conozco à Miguel.

¿Y qué me importa?—preguntará el lector—Es que la libreria fué mi refugio; Miguel mi consuelo. Hora por hora pasamos juntos muchos meses, los mas amargos de mi vida. Volvamos, pues, à mí.

Tengo un titulo de médico y no curo à nadie

tengo aspiraciones de poeta y no escribo; tengo humos de literato y hace años que no leo un volumen completo.

Vivo vegetando como un animal, y fastidiándome como un inglés.

Me levanto á las diez de la mañana, tomo el desayuno por costumbre, y me siento á recibir el sol de mi ventana, que ya no me alegra ni me calienta. Antes de las doce me visto, y fatigado solo con el pensamiento de andar cien varas, me dirijo á paso lento á la librería.

Miguel al verme entrar me cede la silla manca, y sigue leyendo ó escribiendo.

Me siento... ¿á qué? En los primeros momentos me ocurre leer un libro, escribir, hacer algo: á los cinco minutos me canso de todo, y estendiendo los piés, y dejando colgar la cabeza, comienzo á sumergirme en un sopor lento, silencioso: el menor movimiento me causa un dolor, una violencia.

Después de cuatro ó cinco horas de inmovilidad siento helados los piés y las manos: y si Miguel pasa aprisa junto á mí, la ligera agitación del aire me parece una corriente glacial, que me escalofría.

Después una languidez insuperable afloja todos mis miembros, mi cabeza va perdiendo su aplomo, mi imaginación su energía: pierdo la conciencia de lo que pasa á mi derredor, la sensibilidad es oscura, y un murmullo vago me ensordece, me abrumar.

Casi me siento feliz en este estado de insensibilidad: la inercia, el marasmo producido por la falta

de alimento en ocho ó nueve horas me quita la voluntad de hablar, de moverme, de abrir los párpados. Me dejaría morir en aquel estado por no moverme.

Miguel me veía en silencio, me dejaba dormir tranquilo, ó si me veía dispuesto me hablaba, me enseñaba un libro curioso, me contaba una anécdota divertida.

Si después de cierta hora no me levantaba yo, ni llamaba á un criado para que me trajera de comer, Miguel me preguntaba secamente.

—¿Qué quiere vd. tomar?

—Cualquiera cosa.

Y esa cualquiera cosa me la traían á poco rato: comíamos los dos sobre la mesita, delante del público que pasaba por la calle ó entraba á la tienda después me quedaba yo fumando y él volvía á sus ocupaciones.

Podía yo ir á una fonda inmediata, debía ir á mi casa donde me esperaban; pero no tenía ni voluntad ni fuerzas: Miguel lo comprendía, y su prevención me daba la vida.

Nunca faltaban en la librería cuatro ó cinco marchantes de conversación: cuando su presencia ó su charla se me hacían insoportables, arrastrándome atravesaba la bodega, entraba al gabinete, y cerrando todas las puertas para tener oscuridad y silencio, me tiraba en la otomana y dormía.

A las oraciones de la noche era preciso salir, so pena de quedarme solo y encerrado. Entonces iba

o à buscar el café, ó una visita de aquellas donde título de confianza se vuelve uno desatento, y no habla ni se levanta si no tiene voluntad de ello.

Jamas volvía á casa ántes de media noche; ni me acostaba ántes de las dos á las tres: mas temprano no podía dormir, me asaltaba el insomnio, y deliraba hasta la madrugada.

Me lavaba á las diez del día siguiente, triste y perezoso como el anterior; cansado de vivir, huyendo de la luz y del aire, de los hombres y hasta de mis recuerdos.

¿Con qué pesar veía salir la luz y escuchaba la hora que me avisaba la necesidad de abandonar el asilo donde me ocultaba del mundo!

¿A qué despertaba? ¿á qué me levantaba? ¿á qué salía de mi recámara?.... A concebir nuevas sospechas contra cuantos me hablaban; á sufrir dolores ficticios, que no por eso dejaban de martirizarme. Una muger desconocida volvía la cara al encontrarme? era antipatía, repugnancia ofensiva, cuando yo no le daba motivo. ¿Se reía alguno? era por mí, porque recordaba que me habian escupido, y no me habia vengado. Me saludaba alguno con espresion? era ironía. Me hablaban con formalidad? era desprecio.

Para no sufrir tanto á cada momento, era preciso huir de los hombres, negarle al corazón todo afecto y al alma toda esperanza; y á fuerza de violencias y de dolores; á fuerza de paladear la amar-

gura de la soledad engañando á la imaginacion, logré vivir con la calma de la muerte.

Hacia un año que no cambiaba el vestido esterior: cualquier otro me lastimaba, me causaba mucho calor ó mucho frio.

Mis relaciones con Madrid eran ya nulas por la falta de mis cartas; el círculo de mis conocimientos se limitaba cada día; en fin, aun con los criados que me servian y las personas que formaban mi familia, no hablaba, sino cuando no podía pedir con un gesto ó con una demostracion ligera, la cosa que necesitaba.

A la librería..... Allí no era mi casa y no tenia que moverme para hacer los honores á una visita; ni recibir un recado de un enfermo ó un conocido que me llamaba. En la librería tenia yo para disiparme el tráfico ruidoso de los carruajes, de los transeuntes, de los compradores, de los platicones, y no ligado con ese mundo pasajero y movible, no demandaba mi situacion la menor violencia, la menor actividad.

Ocupaba mi sillón de palo, y me ponía á soñar, á dormir con los ojos abiertos.

Ademas; Miguel, al mirarme entrar, leía en las arrugas y la palidez de mi frente el grado de fastidio ó de tranquilidad, y me trataba con la misma espresion de mi fisonomía.

Miguel lisongeaba mi manía, curaba mis dolores, prevenia muchas de mis necesidades. Yo me habria privado de comer; pero de ir al teatro estando

Serafina; de asistir á un baile donde podia á lo menos mirarla, respirar el aroma de las flores de su tocado, sentir sus ropas rozarse con las mias en una contradanza?..... Eso nunca.

Cuando el cobrador del teatro pasaba á dejar á Miguel su boleto, pedia el mio, lo pagaba, y en su cuaderno de créditos activos iba á apuntar bajo el rubro de Gabriel, tantos pesos, por tal objeto.

Cuando llegaba yo me tiraba el boleto en silencio, y yo lo guardaba sin hablarle tampoco.

—¿Iremos mañana al paseo?—me decía Miguel.

—No.

—Irá Serafina.

—¿A qué hora es el paseo?

—A las cinco.

—Iremos.

Muchas veces, al levantarme para salir, Miguel me detenía.

—Serafina pasará por aquí dentro de media hora.

—¿Cierto?

—Pasó con traje de iglesia, y es probable que haya ido á la funcion de Catedral.

—Es verdad: entónces.....

—A no ser—me interrumpía—que despues vaya á casa de fulana; que hoy es día de su santo.

Serafina pasaba en efecto á la hora prevista, ó en la tarde la miraba yo en el balcon de la amiga á quien habia ido á visitar.

—¿Va vd. á la tertulia de mañana?—siempre Miguel.

—Que sé yo.

—Irá Serafina.

—No tengo guantes, ni.....

—¿Cuánto necesita vd?

Y contaba el dinero, y me lo ponía sobre la mesa; yendo en seguida á hacer el apunte en el cuaderno.

De esta manera mi cuenta subia de 10 pesos á 20; de 20 á 100: y Miguel me veia disipado, ocioso, miserable. Si era un préstamo sin garantías, habia que agradecerle la confianza; si era una limosna, habia que agradecerle la delicadeza del modo.

Por un milagro que no comprendo, nuestras cuentas están saldadas, y nuestra amistad no se ha manchado con la tinta de los números.

Porque es de saberse que Miguel es un acreedor á quien no se le tiene ni miedo, ni horror. De tal manera hace un servicio que no molesta con el lazo del reconocimiento, ni deja sentir la pesadez de la obligacion. Lo deja todo á la espontaneidad; y en la espontaneidad está el placer de la libertad.

Miguel ve á un hombre desconocido precipitandose por una pendiente, se acerca solícito, le tiende la mano, y le pregunta:

—¿Quieres salvarte?

Si no recibe una respuesta afirmativa, se queda en la orilla del precipicio mirando tranquilamente como rueda aquel desdichado, y al oír el golpe en el fondo, dice con frialdad:—Pobre hombre—y prosigue su camino con la calma mas perfecta.

Miguel no me atormentaba con inútiles consejos, ni reprensiones estériles: Miguel conocía mi locura, y sin fomentarla la consentía, sabiendo que la violencia ecaspera sin curar, martiriza sin consolar.

La presencia de Miguel no me estorbaba porque no me la hacia sentir: me dejaba solo, no me hacia caso, no me llamaba la atencion y se ocupaba de sus negocios como si yo no estuviera.

Estaba sumergido en mi sopor habitual despues de tres ó cuatr horas de inmovilidad. De pronto una fuerza interior me reanimaba, levantaba la cabeza, y Serafina pasaba en aquel momento por la acera de enfrente, siempre linda, siempre galarda, siempre poética..... siempre cruel!..... Sabia que traspassando con la vista los umbrales de aquella tienda me hallaria sentado en el sillón que era mi potro, siempre cabizbajo, y siempre por ela. Y sin embargo las mas veces no me miraba: y yo volvia á caer mas profundamente en el abismo de mi callada desesperacion.

Pero si volvia los ojos, mi frente se desarrugaba, huian las negras nubes de mi imaginacion, mi corazón palpitaba, mi sangre hervia, y recalentandose los miembros helados me levantaba y sacudia la torpeza de la inaccion como si despertara de un largo sueño.

Miguel se sonreia de verme, y cerraba el libro en que estaba leyendo ó escribiendo: ya sabia que dentro de pocos instantes iria yo á interrumpirlo con mi charla y mi regocijo

Regocijo!..... por qué? luego amaba á Serafina tanto que su vista sola me alegraba? ... Si la amaba yo ¿como habia podido enredar una intriga, concebir un deseo con otras mugeres? ¿Como se concibe un amor múltiplo, un corazón hecho pedazos, y esos pedazos de corazón repartidos entre muchas mugeres, que aman y se olvidan como las flores que se van hollando en un jardín? ¿No habré amado nunca?....

Pero la vida sin amor es la muerte, es el infierno: si, el infierno que yo he pasado sin recuerdos, sin amor, sin porvenir. María que me amó, ya no existe para mí: Serafina a quien adoro me desprecia.... La dicha no existe en el mundo. Durnamos el sueño del abandono, para no caer en la desesperacion.

Y el porvenir?..... Todos los desgraciados son fatalistas. Me contentaba con hacer castillos en el aire, y ser dichoso en la imaginacion..... ¿Adonde podria conducirme la pereza? á la miseria, á la desgracia, á la muerte..... al término final de todos los pesares.

A fuerza de desconfiar de todos, de cerrar el corazón á los afectos, de reprimir mis accesos de rabia, de disimular mis dolores, me hice inaccesible á toda impresion. Estaba yo en el último período de una enfermedad crónica: no se siente ya ningun dolor, ni espanta la muerte, ni se ama la vida. Solo molesta la pesadez del tiempo, y cada rato se pregunta la hora, hallando siempre muy largas las

que pasaron, y muy lejanas las que faltan para dormir el último sueño.

Los sentidos mismos se pervierten, y no mirando los objetos como todos los demás, nos repugna su alegría, su empeño de vivir y gozar; parece más bien una comedia ese comercio de afectos y palabras que liga a la sociedad, y en medio de ella se vive sin esperar ni temer, sin aborrecimiento ni temor.

Es el marasmo del cuerpo, y la muerte del alma: se siente un malestar indefinible y profundo; una inquietud vaga, que quita al sueño su blandura, al sol su claridad y a las flores su hermosura—La música y las flores siempre están unisonas con el corazón: pálidas y tristes para el que sufre; brillantes y hermosas para el dichoso.

Pero esta inercia absoluta es imposible: el cuerpo sin movimiento, el alma sin impresiones es un estado incompatible con la naturaleza. ¿Donde gastar pues, la actividad concentrada en muchos días de letargo? ¿donde agotar esas fuerzas que inquietan reprimidas, y que evaporadas consuelan? ¿donde hallar impresiones violentas que hagan olvidar el pasado y el porvenir para no tener remordimientos ó temores. En una orgia, en una de esas bacanales, donde la alegría es loca y la música es estrepitosa, donde el vino se derrama y el pudor se evapora, donde los lucidos vasos de cristal quedan empañados y rotos, simbolizando a las mugeres que bebieron en ellos..... orgias que vistas a la luz

de la esperma enloquecen el corazón, y vistas a la luz del alba lo horrorizan.

Después de una de esas noches infernales hay fastidio y cansancio para muchos días. Las imágenes del cuadro amanecen más descoloradas a cada mañana, pero divierten la imaginación, y dan pábulo a la pereza.

Dominado por ella iba yo pasando hora tras hora, siempre en la librería, siempre durmiendo en mi sillón de palo; siempre bajo la influencia magnética de Mignel, que espíandome desde lejos, me burlaba ó me compadecía..... Siempre soñando con Serafina que es mi ilusión, que lo será hasta morir.

Armas!.... gritos!.... ¿Quién es ella?

Una artista sin mérito, una cómica fea que me hizo pasar una mala noche, pensando en el grado de firmeza que tendría la mano de uno de sus amantes que me desafió.

¿Porque me creía su rival? No: por todo lo contrario; porque me había yo entretenido en escribir unas cuantas sátiras, de aquellas que pican el amor propio de una muger. Ocioso enteramente, no era mala diversión el tener comedia en el teatro, en el café, en mi casa, en la librería. La comedia humana viva, con sus sainetes de intermedio.

¡Pobre de mí! ¡querían matarme por tan poca cosa! Pero esto era lo que necesitaba, un sacudimiento, un estímulo fuerte: por lo demás, la sangre no llegó al río, y en vez de dos onzas de plomo, cam-

biamos una multitud de protestas y esplicaciones que nos dejaron tranquilos, á mas de satisfechos.

Sin embargo, yo habia despertado de mi sopor; y el pensamiento de volver á Madrid, se avivó de tal manera que llegó á dominarme.

¿Qué iba yo á hacer á Madrid? lo mismo que hacia en Búrgos; fastidiarme: con la diferencia de que el torbellino de una gran ciudad disipa mas, y que allí iba yo á encontrar las memorias de mi niñez que acaso me reanimarian.

Bien; todo estaba muy bien; pero para hacer un viaje siempre se necesita dinero, aunque sea la peregrinacion á la Tierra Santa.

¿Y qué hacer cuando no tenia un cuarto? Ocurrir á la Inglaterra, á la nacion rica y previsora, sabia y sagaz, que sabe especular hasta con sus propias deudas. ¡Oh! pero los ingleses que esta vez me abrieron sus arcas eran todos unos lores, ingleses de sangre real.

—Pepe, quiero irme á Madrid.

—Hará vd. muy bien.

—Pero no tengo dinero.

—Esa es una grave dificultad.

—Y espero que vd. . . .

—Comprendido. ¿Qué va vd. á hacer á Madrid?

—Nada; pero deseo salir de Búrgos.

—En efecto; en la posicion que tiene vd. aquí no le queda otro dilema que darse un pistoletazo ó ir á buscar otros aires que lo desentuman.

—¿Luego vd. conoce la necesidad?

—Cuando es el viaje.

—Cuando tenga dinero.

—Por mí.

—Entónces mañana mismo.

—¿Mañana?

—Sí.

—Está bien.

Aun no es tiempo de hacer el panegírico de estos ingleses nacidos en Búrgos: pero debo decir que si Moises hizo brotar aguade las peñas, *de las Piedras* tambien sacaba yo plata pura y acuñada.

A las seis de la tarde pasó esta conversacion; á las seis de la mañana del siguiente dia, iba yo caminando en la diligencia de Madrid.

las mugeres que miro cubiertas de blóndas y diamantes es Serafina?—Ninguna.

En Madrid se puede tener ambicion. se puede aspirar á la gloria, se puede encontrar la riqueza; pero ¿alguna de estas cosas me servirá de título al amor de Serafina?

El método material de mi vida ha cambiado; mas no mi carácter. El trabajo pesado que aquí tengo me disipa y me cansa hasta darme un sueño profundo. Emperre los ratos de reflexion son amarguísimos.

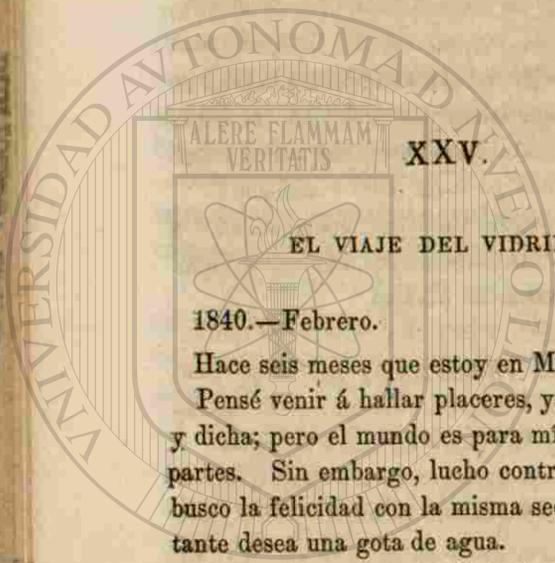
En Búrgos, Serafina disipaba algunos momentos la negra noche de mi tristeza; en Madrid he perdido hasta la esperanza.

Una circunstancia ligera ha influido profundamente en mi alma. Llegué aquí y solo hallé desocupado en el mismo hotel, el mismo cuarto donde viví cinco meses, y de donde salí para Búrgos.

El mismo friso en las paredes, el mismo color en el maque, el mismo tapete en la cama, en su propio lugar los mismos muebles, solo que ahora están un poco mas sucios y maltratados. Me parece que estos muebles me han esperado dejandose cubrir con el polvo de mis siete años de ausencia.

Para saludar á mis antiguos huéspedes escribí en mi mesa, abrí mi ropero vacío, me asomé al balcón y reconocí las fachadas de las casas fronterizas. Llegó la noche, y aturdido todavía con el rodar del coche me dormí profundamente.

Al despertar del siguiente día, las mismas ra-



EL VIAJE DEL VIDRIERO.

1840.—Febrero.

Hace seis meses que estoy en Madrid.

Pensé venir á hallar placeres, ya no tranquilidad y dicha; pero el mundo es para mí igual en todas partes. Sin embargo, lucho contra la fatalidad y busco la felicidad con la misma sed que un febricitante desea una gota de agua.

La casa en que nací está desierta y arruinandose: mis amigos de la niñez me desconocen, ó huyen de mí, ó me repelen por su corrupcion. En Madrid hay mugeres lindas, todas me recuerdan á Serafina; pero ninguna es ella.

En Búrgos hay grosería, en Madrid desmoralizacion; allá hay chismes, aquí intrigas; allá hay ridiculeces, aquí hay crímenes: en Madrid hay lujo, brillo y galanteos, pero no amor..... ¿Cuál de todas

rayas de luz sobre la puerta, las mismas sombras; en fin, el mismo criado que me sirvió el desayuno con la misma vajilla.

Me parecía todo un sueño; ayer apenas habia salido y vuelto á Madrid: los sucesos de Búrgos eran una comedia, una invencion, un sueño de la última noche, que me quedaba vagamente gravado en la imaginacion.

Me encuentro el mismo hombre; siento el mismo fastidio, y me mata el mismo amor... ¿Se acordará de mí Serafina?... Mi memoria ha sido suya todos los dias.

Isabel tambien se me pasea algunos momentos, y con Julia recuerdo sus caricias, los deliciosos ratos que á su lado pasaba... Casi siento pesar al ver perdido ese tesoro de sencillez, de sensibilidad, de amor.

Han pasado seis meses.

Hoy es víspera de carnaval...—Me está distra- yendo de escribir una blondita de quince años, co- queta y charladora que tengo en el balcon de en- frente.—Hace algunos dias que estoy saboreando el gozo de ir á Búrgos..... ¿á qué?...—Ver á Se- rafina, darle otro beso á Julia, encontrar á Isabel en las máscaras y completar su conquista; he aquí los pensamientos impulsivos...—La niña de enfren- te sigue siendo mi tentacion. Pero no volveré á ha- cerle caso.

Todo el mes anterior he estado pensando en este viage. ¿No seria una bellísima noche de máscaras

aquella en que huyendo del bullicio, y teniendo en mis brazos á Isabel palpitante y fatigada del baile, sin haberme tal vez conocido por el disfraz, y ce- diendo á la violencia agradable de la situacion y á sus propios deseos, improvisáramos una escena de novela, con sus juramentos, sus sensaciones, sus de- licias, para no volver á vernos tal vez? Este deseo me alucina.

En dias como estos la gente está alborotada, in- quieta; y corre y se afana con los preparativos de las fiestas. Uno mismo está violento, y en todos los semblantes mira el regocijo y la animacion interior que lo alegra.

Mañana salgo para Búrgos, y la imaginacion es- tá fascinada con sus esperanzas. Si no llegara yo á la hora del baile me moriria de pesar. ¿Encontra- ré á Serafina?

Ya estuve en Búrgos, y hace dos horas que me apeé de la diligencia de vuelta en Madrid.

¿Qué ha pasado en estos cuatro dias últimos? Mu- cho..... Nada.....

Sin embargo yo tengo la cabeza aturdida, llena de recuerdos y de esperanzas, de tristeza y de te- mores: siento el mismo desabrimiento inexplicable que despues de una noche de orgía.

He perdido el tiempo como un miserable, y el

porvenir vuelve á presentarse tan oscuro, como lucidas fueron las horas que acaban de pasar. La soledad de mi cuarto, despues de la agitacion continua de cuatro dias, y el bullicio de los bailes de máscara, me producee un fastidio profundo.

Vale mas morir, que llevar una vida tan miserable, tan llena de desdicha y deshonor.

El corazon está muerto. Un capricho, una ilusion lo animaba, y en este momento percibo la vanidad de un deseo alimentado por tantos años.

Ver á Serafina; darle otro beso a Julia, completar la conquista de Isabel: he aquí los pensamientos que me llevaron á Búrgos. Pues bien: voy á contar la historia de los cuatro dias.

El primero del carnaval llegué á Búrgos, y apenas tuve tiempo para quitarme el polvo del camino, ántes de marcharme al baile.

Entré al salon, y encontré mi mismo público; disfrazados de chinos, de moros, de aldeanas ó de Normas, eran siempre mis burgaleses antiguos, mis conocidos viejos. Habia yo retrocedido en tiempo los seis meses de ausencia: volvía á encontrarme en igual situacion.

En aquel momento creia haber solo hecho un paseo á Madrid, y estar como ántes, con mis pretensiones, mis deseos, mi proscripcion en medio del mundo que no podia abandonar.

Pasaron los saludos, los reconocimientos, los apreñes de mano y los abrazos.

Ninguno de mis tres objetos estaba en la sala; y procuré distraerme con la charla de los máscaras.

Hallé un dominó vestido de terciopelo negro, elegantemente calzado, con una vozecita suave, y unos ojos como dos estrellas, que lucian al traves de la careta.

—¡Oh! Gabriel; ¿qué haces aquí?—me dijo el dominó.

—¿Me conoces?

—Sí. ¿Y á qué has venido?

—.....A.....

—A perder el tiempo.

—¡Cómo! á ver; espílicate.

—Es decir has venido por.....

Vamos, esta me va á dar un baño de agua rosada—me dije entre mí.

—Vaya—añadí en voz alta—acaba.

—Has venido, porque..... no te enojas; pero me compadece el que hayas hecho un viage, que sé yo con cuantos sacrificios, para perder el tiempo.

Un tabardillo es lo que va á darme—pensé al oír estas palabras, en que la mascarita me revelaba lo que yo preveia, y no habia querido confesarme á mí mismo.

—No te entiendo—le dije ya disgustado.

—Mira: muchas veces no somos las mugeres las que los atormentamos, sino el amor propio el que los engaña.

—Es verdad; pero.....

—Ella no te quiere.

—Lo sé.

—¡Y caminas tantas leguas solo por verla!

—Pero ¿quién dice?...

—Pues ¿a qué has venido?

—Mis parientes, mis amigos.....

—Deveras?—me preguntó con ironía.

—¿Crees tú?...

—Que solo has venido por ella.

—Pero ¿cual?

—Luego tienes muchas.

—Suponlo: ¿como se llama la que dices?

—Bien debes suponer de quien te hablo; pero ya que tienes *tantas*, nombrame una y te responderé si es ella.

—Eso no.

—Es que puedo darte noticias de ella.

—¿Eres su amiga?

—Te he hablado en su casa.

Me hablaba de Isabel, porque á Serafina no la visito, y Julia.....

—Si supieras lo que dice—.....añadió mi enmascarada.

—Dimelo.

—Eso nunca.

—¿Por qué?

—Seria comprometerla.

—Luego es algo favorable para mí.

—Ya te dije que vienes á perder el tiempo.....
La fortuna tuya es, que al fin nada se te da.

—Oh! mucho.

—Si no te conocieras!..... Tú juegas con las mujeres, y facilmente te resignas.

—No; yo las amo.....

Y mi amor propio quedó lisongeadó viendo que á lo ménos me concedia el talento de despreciar á las que me despreciaban. Pero inmediatamente se arrepintió de haberse humillado á sí misma (muger!) confesando mi superioridad, y cambiando de tono añadió irónicamente.

—Con que harás pesadumbre, eh?..... Siempre te compadezco, porque has venido á perder el tiempo.

Recargó tanto la acentuacion, que me penetraron el alma estas palabras, y las tomé por una profecia perfectamente fundada en mi caracter. Me quedó el eco de ellas en los oidos, y me pesó de haber enablado esta conversacion.

Ni fué esto lo único que hablamos. La enmascarada conocia mi vida pasada y aun mis sentimientos; me hizo alusiones vivas que me lastimaron, aunque tuvo el talento de no darme motivo para responderle una groseria.

En fin, me entretuvo, y me causó la satisfaccion de haber hallado una muger que se ocupaba de mí.

Otro enmascarado me dijo casi lo mismo, mas laconicamente; y tan estraña coincidencia me desagradó hasta disgustarme. Casi me arrepentia de haber ido.

Pero era ya bien tarde y ninguna de las tres pa-

recia. Al fin reconocí á Isabel; me le puse enfrente con los brazos cruzados, y con una mirada le dije:

—Aquí estoy.

—Oh! Gabriel: vd. aquí!.....

Y á pesar de los testigos me echó los brazos. Pero esto fué todo. Su alegría pasó prontamente, y despues la vi mas cortes que afectuosa, mas coqueta que seductora.

Ni conmigo, ni con nadie quiso bailar, á pesar de mil instancias, y tan rapidamente crecia su frialdad, que permanecí á su lado muchos ratos sin decirle una sola palabra.

Terminó el baile; la conduje del brazo hasta su casa, y la última despedida fué tan indiferente como si nos aborrecieramos.

Hasta que me separé de ella no pensé en Julia, á quien no vi en toda la noche.

Y Serafina?..... ¿No habia ido por huir de mí sabiendo que estaba en Burgos, ó porque lo ignoraba no habia ido á buscarme? El amor propio me inspiraba estas preguntas.

El viaje y la desvelada me atrajeron el sueño tan pronto que no tuve lugar de hacer reflexiones hasta el siguiente dia.

Me levanté medio desalentado: tal vez el cansancio material influia en mi alma.

Julia fué una de las primeras personas á quien visité en la mañana. Entré en su casalleno de es-

peranzas; pero me recibió con política, me abrazó con frialdad, y me dejó salir con indiferencia.

Oh! habia despertado: ya no era la niña imprudente y sincera; sino la jóven presumida, desconfiada y pretenciosa..... Número perdido en la loteria.

En la tarde estuve en casa de Isabel. Siempre fria, reservada, circunspecta: quebrando la conversacion cuando yo queria inclinarla en cierto sentido, negandose á hacerme la menor promesa.

Decia bien la enmascarada de anoche—pensaba yo mientras me vestia para ir al segundo baile—He venido á perder el tiempo.

Y con esta idea desconsoladora me dirigí al teatro, casi á pesar mio; solo porque ya estaba en Burgos, y no encontraba mejor cosa que hacer.

Isabel se empeñó en desesperarme: podia hacerlo porque no estaba en la sala Serafina por quien la hubiera abandonado. Se obstinó en no bailar conmigo, ni con nadie, y cuanto pude alcanzar, mejor dicho, lo único que ella deseaba era tenerme á su lado humilde, cabizbajo mústico.

Todos los que pasaban se sonreian de vernos tan sérios, tan callados.... pero juntos. Esto era un triunfo para Isabel. Nuestra situacion estaba revelando que yo no habia emprendido el viaje sino por ella, que apenas toleraba el tenerme á sus piés sumiso como un esclavo, á quien por un mero favor dirijia una mirada dudosa, ó permitia levantar el pañuelo que dejaba caer á propósito.

Para satisfacer su orgullo esto era bastante: por-

que ya se sabe que Isabel goza cuando oprime, se rie cuando los otros lloran, ama por ser adorada, se envanece cuando domina. Es la perversion mas completa de los afectos femeniles.

+ En toda la noche vi á Julia.

Serafina se me apareció ya sin careta, casi al terminar la fiesta. Estaba divina.

Se sentó casualmente á alguna distancia de mí, pero me miraba frecuentemente, y sus ojos no tenían la expresion severa de ántes.

Se levantó para irse, y al pasar junto á mí me saludó! Le contesté su inclinacion de cabeza, pero no esponerme á ser descortes, pero me quedé dudando si se dirigia á alguna de las personas inmediatas, ó si se habia equivocado.

Ya tuve en que pensar todo el tiempo que estuve despierto. Todas mis esperanzas y todos mis deseos renacieron con una violencia inesplicable.

Me ama Serafina: mi vista la ha alegrado hasta hacerla olvidar su antiguo rigor, su orgullo, su distancia de mí!

Mi sueño estuvo lleno de estos pensamientos. Sentí la dicha, la tuve en mis brazos..... pero al despertar ví que era un engaño.

Se necesita una organizacion de hierro para pasar las noches bailando, y los dias de sala en sala haciendo cortesias y diciendo cumplimientos; almorzando con amigos y bebiendo sin prudencia.

La tercera noche estaba yo muerto. Fuí al bai-

le arrastrado por Serafina, sostenido por una ilusion que será capaz de despertarme en el supulcro.

A pocos momentos reconocí á Serafina, é inmediatamente me acerqué á hablarle, seguro de encontrar el mismo desden, la misma altanería de siempre. Pero lo hice sin embargo, cediendo al hábito, á un compromiso de amor propio.

No hablarle esta noche, ni invitarla á bailar, hubiera sido confesarme vencido ó despechado, despues de tantos sufrimientos.

¡Pero cuán profundo desaliento sentia al percibir que no era ya el amor, sino un verdadero capricho lo que me arrastraba á sufrir un nuevo desaire!

Tal vez no me hubiera resuelto á hablarle; pero estaba yo delante del público que me habia visto amarla con frenesí, sufrir sus desprecios con cinismo, y gloriarme de ser su víctima. No seguir representando mi papel, hubiera sido quebrar mi carácter.

Me acerqué, pues; y Serafina me oyó sin enfado; me prometió una contradanza!

A pesar de esto no creí que bailara; para vengarme fastidiandola, cada vez que pasaba junto á ella le dirigia una palabra irónica.... ¡Irónica!... Era el despecho que me causaba la nueva humillacion que temia, y tan positivos eran mis deseos de bailar con ella, que tal vez, por solo estarla mirando, y aprovechar un momento inesperado, desprecié una buena fortuna de carnaval, una enmascara-

da confortable, que me obligó por fin á ser impélico y hasta grosero con ella.

Se cumplió por fin el plazo que me habia puesto, y seguro de hallar el último desengaño me acerqué, solo por el compromiso.

—Esta contradanza es mia.

—Sí—!!!

Aun no creo que Serafina me haya dicho un sí tan espontáneo..... y sin embargo, yo escuché con frialdad esa palabra que un año ántes me habria ahogado de placer.

Siete años he tenido sed de bailar con ella, de tocarle una mano, de besar la orla de su vestido....

Por qué ahora esta indiferencia?

Un hombre que tenia al lado le habló al oido, y creo que le hacia reflexiones para que no bailase conmigo: ella resolvió todas las dificultades, y á mi segunda pregunta me respondió:

—Sí; bailaremos.

Llegada la hora le presenté el brazo y lo tomé; permaneciendo mudos miétras se arreglaron las parejas y comenzó la música. Ella no retiró su brazo del mio hasta el momento mismo de comenzar á bailar.

La tenia á mi lado, la tuvé en mis brazos, y no lo creia..... Un favor tan pequeño, tan deseado, me parecia sin embargo imposible en el momento de gozarlo..... ¿Gozarlo?..... ¡ojalá!..... La Serafina de mis sueños; el objeto de mis conversaciones; el centro de mis deseos; el bálsamo de mis pe-

sares; la ilusion de mi vida..... mi Serafina..... no ecsiste ya: el corazon no latió junto á ella, el alma reflexionó á su lado..... Ese amor, al cual sacrifiqué tanto, no ecsistia; era un afecto vano; un capricho de amor propio; una pasion ficticia, sostenida por la situacion y la costumbre..... Siete años de fingida tristeza, de supuestos desdenes, de martirios imaginarios, se me representaron con toda su ridiculez, casi me avergoncé de mi necia constancia en el fingimiento, y sufrí la mas desagradable impresion.

Y hace un año justamente que Serafina me inspiraba estos versos.

Aun no me canso de sufrir por ella,
miétras mas me desprecia, mas la adoro;
si ella rie de mí, por ella lloro;
y cuanto mas ingrata está mas bella.

Tal vez por ella descuidé mi creencia,
y perdí mi fortuna y mi alegría,
y por ella tambien acaso un dia
abandone con gusto la ecsistencia.

Su amor no mas me queda en este mundo;
su amor que es mi esperanza y mi consuelo;
su amor que me ha de abrir un ancho cielo,
ó á de arrojarme al baratro profundo.

A esta ilusion asido todavia,
batallo con la muerte que me espera:
y aun si me amara, renacer pudiera
mi fé en el porvenir y mi alegría.

¿Pues qué importa que mi alma en nada crea si en ella como en tí mi fé atesoro?..... haz, ¡oh! Señor, que esta muger que adoro del muerto coraczn el alma sea.

Y estos versos los escribi entoces con fé: esa muger era en efecto mi ilusion ilusion que ha desaparecido, dejandome el fastidio y la vergüenza de mi propio engaño: no la amaba, ahora lo conozco, y me amarga la idea. ¿Soy incapaz de amar?...

Decia que estaba con ella esperando que comenzara la contradanza: no solo no le hablaba, sino que interiormente estaba determinado á no decirle una sola palabra mientras estuviera en su compañía.

Con una mano la abrazaba para bailar, en la otra sentia yo la presion de su pecho que casi tocaba el mio.... esto me conmovió algo, y en las primeras vueltas no pude valsar temiendo incomodarla, ó violentarla.

—No puedo valsar—le dije medio turbado.

—¿Por qué?—me preguntó con intencion y con dulzura.

Permanecí callado; y cuando me repuse casi sentí estar bailando con ella.... ¿para qué, si ya no deseaba nada de ella?.... ya no era mi ídolo lleno de encantos, sino una muger con toda su corrupcion.

En un momento de descanso le pregunté:

—¿Eres tú Serafina, ó me engaño?.... (estaba enmascarada).

Ella vaciló un momento y me respondió:

—Yo soy.

La careta le concedia el derecho de negarme su nombre, y esta nueva concesion me satisfizo.

En fin, al dar la última vuelta le dije ya turbado por el amor.... Sí; el amor otra vez.

—Sabe que aquí ó en Madrid te adoro siempre.

—¡Oh! no lo digas—me respondió asustada.

Inmediatamente me separé de ella, y no volví á encontrarla. El baile terminó dentro de poco tiempo y me fuí á dormir un rato, para tomar la diligencia al salir la luz.

Y bien: ya realicé mi esperanza, satisfice un deseo de siete años.... Le hablé, la tuve en mis brazos; y sus ojos me vieron sin enojos, y su voz era dulce.... ¿Me ama al fin Serafina?

¡Oh! el demonio, el demonio ecsiste, y él es quien me ha respondido á esta pregunta—¡Serafina! Serafina se va marchitando como una flor de Otoño: Serafina me vió con un traje hecho á la moda de Paris; Serafina oyó que al compas de la música bailaban en mi bolsillo unas cuantas monedas de oro.... Serafina vió lucir en mí su última esperanza de matrimonio....

Para que la ecsistencia no abrume ni fastidie es forzoso tener algo que amar mas que á ella. Y bien; ¿qué me queda?....

¿De qué manera me vengaria yo del genio malé-

fico que se complace en atormentarme?.... ¡Oh! pero es mentira. Ella me ama: Serafina sintió que me amaba al verme léjos de ella, me amó siempre y yo no supe merecerlo..... Aunque no me ame yo la adoro: ¿á qué precio querrá ser mia? ¿Quiere un caudal, quiere un crimen, quiere un esclavo? Que me señale un hombre y lo asesinaré; que me diga quiero ser rica y robaré el tesoro mas guardado; que me lo mande y besaré el polvo que dejen sus pies.

¡Imposible! Un crimen me envileceria, el oro la envileceria á ella, la esclavitud levantaria entre los dos la barrera del odio!.... No: amor por amor; y ella tiene cerrado el corazon para un hombre que no tiene que ofrecerle sino el alma.

¡Y aun la adoro!

XXVI.

ANGELA.

Lector; acuerdate del capítulo V, si tienes intencion de leer este. Acuerdate de Angela, de aquella niña de catorce años, que al despedirme de ella para ir á mi destierro de Búrgos, me dijo:

—Las pobres mugeres tenemos la desgracia de no ser creidas ni comprendidas.

—¡Ah! por fin te tengo otra vez—me dijo abriéndome los brazos, cuando volví á Madrid despues de tanto tiempo—¿Te vuelves á ir?—añadió enjugándose una lágrima.

—No.

—¡Gracias al cielo!... ¿Dejas alguna novia en Búrgos?

—No.

—Te he estrañado mucho: he llorado por tí.

fico que se complace en atormentarme?.... ¡Oh! pero es mentira. Ella me ama: Serafina sintió que me amaba al verme léjos de ella, me amó siempre y yo no supe merecerlo..... Aunque no me ame yo la adoro: ¿á qué precio querrá ser mia? ¿Quiere un caudal, quiere un crimen, quiere un esclavo? Que me señale un hombre y lo asesinaré; que me diga quiero ser rica y robaré el tesoro mas guardado; que me lo mande y besaré el polvo que dejen sus pies.

¡Imposible! Un crimen me envileceria, el oro la envileceria á ella, la esclavitud levantaria entre los dos la barrera del odio!.... No: amor por amor; y ella tiene cerrado el corazon para un hombre que no tiene que ofrecerle sino el alma.

¡Y aun la adoro!

XXVI.

ANGELA.

Lector; acuerdate del capítulo V, si tienes intencion de leer este. Acuerdate de Angela, de aquella niña de catorce años, que al despedirme de ella para ir á mi destierro de Búrgos, me dijo:

—Las pobres mugeres tenemos la desgracia de no ser creidas ni comprendidas.

—¡Ah! por fin te tengo otra vez—me dijo abriéndome los brazos, cuando volví á Madrid despues de tanto tiempo—¿Te vuelves á ir?—añadió enjugándose una lágrima.

—No.

—¡Gracias al cielo!... ¿Dejas alguna novia en Búrgos?

—No.

—Te he estrañado mucho: he llorado por tí.

Las palabras significan poco escritas solamente, pero de viva voz adquieren un valor inmenso si son acompañadas de cierta espresion, ciertas miradas, ciertas acciones.

Este saludo, estas preguntas, no eran sino la confirmacion de sospechas muy vagas al principio, despues algo fundadas en ciertas cartas que habia yo recibido en Búrgos, y confirmadas últimamente por este *tú* tan espontaneo, y por un mirar tan tierno que era imposible desconocer su espresion.

Angela se habia enfermado durante mi ausencia; la encontraba yo pálida y estenuada; estaba mas melancólica que nunca; y en fin; los médicos habian declarado que no se curaria su mal, si no se aplicaba cierto medicamento que no se halla en las boticas..... Un marido; siquiera un amante.

Otro hombre habria hecho un raciocinio diferente; pero yo, que tengo ideas contrarias á las de la generalidad, discurrí de esta manera—Angela me ama; luego no debo volver á verla.

Entre el antecedente y el consiguiente es necesario interponer una porcion de pormenores.

A los tres ó cuatro meses de estar yo en Búrgos recibí la carta siguiente.

Madrid, Junio de 1833.

Gabriel:

comienzo por ponerme á tus órdenes con el título de médico que acabo de recibir, y con el carácter que me da mi profesion, te voy á hacer una pregunta que debes responderme con franqueza. ¿Estas enamorado de Angelita? ¿Tienes algun compromiso con ella? ¿Le has dicho algo?

Como amigo te prometo la discrecion; como médico cumpliré con mi deber: &c.

Tu amigo

FELIX.

Increible fué la impresion que me causó esta carta estemporánea. Por lo mismo me apresuré á responderla, haciendo á mi vez preguntas varias, que dieron lugar á una correspondencia, de que en parte voy á hacer partícipes á mis lectores.

Búrgos, Junio de 1833.

Querido Félix:

estás hecho ya un nuevo Hipócrates y te felicito por ello: sin embargo, le ruego á Dios que nunca me ponga en el caso de probar tu habilidad.

Me haces en tu carta unas preguntas tan originales que me han hecho reir, y despues de responderte á todas que no, yo te pregunto tambien bajo el sigilo de la amistad. ¿Estás tú enamorado de esa

muchacha, y piensas que yo sea un estorbo? Te protesto todo lo necesario en estos casos, y si no desconfias de mi recomendacion, te diré que Angela puede ser una buena esposa.

Si no es este el motivo, y sea cual fuere, te ruego que me expliques el de unas preguntas tan inmotivadas por mi parte, y que me causan la mayor curiosidad.

Tu amigo

GABRIEL.

Madrid, Julio de 1833.

Gabriel:

para que entiendas mejor la explicacion de mis preguntas, voy á darte algunos pormenores que acaso te interesarán.

Hace unos dos meses que fui llamado para curar á Angelita, desesperada de no aliviarse con las recetas del compañero que ántes la habia visitado.

Tú conoces mejor que yo la organizacion de esa niña: su temperamento linfático la predispone á la melancolía; y su complecion delicada y nerviosa le da una imaginacion viva, escultada ademas por la lectura constante de novelas, el encierro, y tal vez las privaciones

Desde mi primera visita he diagnosticado un histerismo marcado; y confirma mi opinion el régimen seguido por mi antecesor, y el que yo mismo he adoptado sin éxito alguno. En esta ni-

ña no existe ni puede suponerse una causa orgánica; y decidido á buscar en su moralidad el origen de un mal que se burla de mis mejores teorías, he descubierto la coincidencia del principio de su mal con la época de tu separacion. Como yo te veia siempre en su casa, y mas familiar con ella que con ninguna otra, pensé que tú podrias ser el específico que necesitaba, y que la farmacia no ha podido confeccionar todavia á pesar de sus adelantos.

Otra cosa; siempre que Angela está alegre se acuerda de tí; y siempre que le hablan de tí se alegra. Su memoria está llena de tu vida, y recuerda mil pormenores á cada paso, complaciendose en referir ó escuchar las escenas de amistad que los entretenia. Y á pesar de esto, tu nombre lo pronuncia con reserva, y espía á los demas si al pronunciarlo observan su fisonomia.

Nada significará todo esto; pero desesperado de recetarle bebidas amargas y píldoras hediondas que la martirizan sin aliviarla, ocurri á tí para que si confirmabas mi sospecha me sirvieras de guia, al mismo tiempo que yo á tí, indicandote lo que debia hacer con esta pobre muchacha.

Tambien como médico, ó como estudiante á lo ménos, te pido un consejo. La enfermedad afortunadamente no pasa del primer periodo.

Los accesos le comienzan por un bochorno súbito, seguido de calofrio y ligeras convulsiones: despues le queda un dolor vago y profundo en el estómago que segun ella dice es lo que mas el inco-

moda. El ejercicio, el movimiento material la alivia; pero ella rehusa cualquiera ocupacion que no sea sus lecturas favoritas.

Su sueño es algunas veces pesado hasta el sopor; otras inquieto y ligero. El dia que tiene alguna impresion fuerte, como ver una riña casual, ó leer una escena de Federico Zulié, es seguro que en la noche le ataca una pesadilla. Despierta atemorizada sin poder hablar, y estendiendo los brazos para que alguno acuda: sus gritos ahogados despiertan á alguna de sus hermanas, y cuando se tranquiliza un poco, llora un rato, se disipa su pavor, y vuelve á dormir.

Generalmente la veo triste; come poco y sus fuerzas se debilitan en la inaccion.

Estos son los síntomas que observo ahora; por lo que creo que su enfermedad no es incurable; mucho ménos si tú me alumbras con una buena receta, ó una sincera confidencia.

Diviertete por allá cuanto puedas, pero no olvides que nos prometiste volver, y que hay aquí alguna que suspira por tí.

Tu amigo.

FELIX.

Búrgos, Julio de 1833.

Querido Felix:

tus sospechas me lisonjean; pero por fortuna de todos son infundadas.

Angela, segun sé, desde niña fué delicada, y yo mismo observé que era enfermiza cuando la visitaba; si ahora se le ha declarado una enfermedad te aseguro que es mera coincidencia, y no efecto de mi ausencia: á lo ménos yo no creo haber dado motivo; ni Angela ha sido nunca mas que mi amiguita.

No es imposible que ella haya concebido un amor nutrido en el silencio y la soledad; tal vez alguna imprudencia mia, sus propios deseos y nuestra situacion lo fomentaron; pero ella sabia mis amores con otras, y en vez de darme zelos, me escortaba á la fidelidad y la constancia.

Confieso que siempre me ha distinguido, y que algunas palabras tuyas me han paseado por la imaginacion una esperanza, diré mejor una sospecha vaga, que he olvidado pocos momentos despues por vana é infundada. Si me ama ¿por qué no me lo ha dicho ó manifestado francamente? Bien conoce mis ideas en este punto, y continuamente me oia reprobar ese falso pudor, que sin ser la expresion de la virtud, suele ser el origen de la desgracia.

Yo reprobaré siempre que una muger le envíe una cita al primer hombre que le despierte un deseo; pero Angela, teniendome á su lado, y sabiendo que la estimaba aunque no le tuviera amor, si sentia que me amaba, hizo muy mal en no alejarme para procurar el olvido, ó en no abrirme su corazon, que yo habria aceptado siquiera por agradecimiento. Me hubiera decidido á enganarla, aun-

que no le hubiese podido corresponder su afecto, y ella no sería desgraciada.

De todas maneras, su salud y su suerte me interesan. Informame de todo, y te lo agradeceré.

Creo contigo que la causa de su enfermedad no está en el cuerpo sino en el alma: búscala, pues, en los libros, en la soledad, en un novio . . . y si crees indispensable un marido búscaselo: esta alcahuetería patológica no es un crimen ni una vileza, sino una obligación tan triste como cristiana.

Si en efecto juzgas útiles mis consejos, como estudiante ó como amigo, siempre tendrás à tus órdenes á

GABRIEL.

Madrid, Diciembre de 1833.

Querido Gabriel:

estoy desesperado: mi enferma sigue peor cada día, y yo no encuentro ya recursos en la ciencia. ¡Maldita ciencia! ¿De qué sirve, si al cabo llega un día en que se nos escapa el enfermo que hemos creído salvar de la muerte veinte veces, cuando no había sido sino su destino el que lo guardaba hasta el día fijado por la Providencia?

Angela no tenía ántes sino ligeros accesos, que aunque la molestaban, una vez disipados, volvía à la salud y à la calma por algunos días. Ahora apé

nas se le pasa uno sin sufrir un ataque que la deja doliente y quejosa por muchas horas.

Al ver la tenacidad y al mismo tiempo la remisión, la blandura de los síntomas, hasta dudo del carácter del mal, y temo que no sea el que me propongo combatir y he combatido con empeño.

Algunas horas ántes del ataque cae en tal estado de melancolía y abatimiento moral que permanece hecha una estatua con la cabeza colgando sobre el pecho, sin levantar una mano, sin mover un párpado. De repente se levanta con los ojos brillantes y la cara encendida buscando aire que respirar, y muchas veces desgarrándose el vestido por que la opresión la sofoca. Este acceso no le dura por fortuna mas de tres ó cinco minutos; inmediatamente despues se pone pálida como la muerte, los párpados se hunden y aparece el sombrío de las ojeras, tiembla crujida de frío, y sus ojos se empañan. Desde que su frente se cubre de pequeñas gotas de sudor helado y cristalino como el rocío, funde en lágrimas; pero su llanto es silencioso, tranquilo, que va agotándose poco á poco y termina consolándola.

No hay saltos violentos, ni sacudidas fuertes, no se estropea, y sin embargo despues queda cansada y adolorida por algunas horas. La dificultad de la respiración no se disipa inmediatamente; el cansancio la agobia; y si la contracción de las mandíbulas y el dentelleo han sido violentos, un dolor

agudo y alternativo en todos los nervios de la cara la atormenta por algunos dias.

Para aliviarla en este estado no he encontrado mejor medio que un narcótico; duerme algun tiempo con un sueño apacible, y se despierta por fin, ya calmada y al parecer tranquila.

En estos momentos sus ojos tienen la expresión mas tierna, su frente se colora con un tinte suavísimo, y dispuesta à todo afecto blando me da las gracias por mis cuidados con una voz tan suave y tan dulce que me conmueve.

Insensiblemente va estenuandose por falta de alimento: todos le repugnan, y hasta los mas suaves le causan trastornos y dificultades en la digestión.

Su sensibilidad va haciéndose esquisita.

Yo entre tanto me desespero: he agotado todos los sedantes y los antiespasmódicos sin éscito alguno: suelo conseguir que los accesos se retarden; pero entónces son mas fuertes cuando llegan. También me propuse cansarla con un trabajo material, y en este caso los síntomas del ataque son ménos intensos, pero la postración inmediata es mas profunda, porque las fuerzas le faltan. Apénas he visto todavía una organización mas susceptible y delicada.

Juzgándole nocivas las novelas de cierto género le busco otros libros que no le produzcan el mismo mal efecto; y me encuentro con la dificultad de que no todos los españoles han escrito un D. Qui-

jote, ni todos los alemanes una Soledad. Además estos libros la interesan sin divertirla; pues aunque conozca su bondad, los olvida luego. En fin, se agotan, y cae en la ociosidad. Ahora, yo no sé que será peor, si la volubilidad de las impresiones que sucesivamente se destruyen leyendo seguida una novela, ó la inacción que deja fijar en una idea sola la imaginación, y la mina mas profundamente.

Su único placer es encerrarse en la recámara à media luz, para estar en silencio y en reposo: huye del trato de sus hermanas, le enfada la concurrencia, y si sale à la calle, el bullicio y el gentío la aturden, la fastidian, la desvanecen.

¿Qué hacer?..... Vamos, dame un consejo: indicame un régimen, una fórmula. No hay medicamento que no le haya yo administrado en todas sus formas posibles, y lo que consigo es martirizarla.

¡Pobre muchacha! me lo ha dicho, no tiene fé en la medicina; y toma cuantas le doy con una docilidad que me conmueve. En fin, yo sé que en su delicadeza va à sufrir mucho; pero si dentro de algunos dias observo que la enfermedad sigue su marcha sin esperanzas de alivio, estoy decidido à comenzar à aplicarle fuertes revulsivos, que son uno de los últimos recursos que tengo. ¡La compadezco! va à ser una tortura, lo será para mí mismo que la oiré quejarse, y la veré padecer.... pero es preciso: tal vez un cáustico energicamente

aplicado pueda salvarla todavía; y me daré el parabien, si aunque sea á este precio puedo rescatarle la salud.

Tu amigo

FELIX.

Búrgos, Diciembre de 1833.

Félix:

como aun no tengo el corazon endurecido con la práctica, repruebo que ocurras todavía á esos medios dolorosos que ha inventado la cruel filantropía de nuestra ciencia. Antes te quedan todavía otros mas eficaces y ménos bárbaros.

La primera regla es quitar la causa, y si esa está en el alma como hemos convenido, la primera indicación es buscarle todo género de distracciones, interesarla tanto en otros objetos que olvide el que la cautiva y la está matando.

Tal vez no sea precisamente un amante lo que la preocupa; bien puede ser solo el deseo de salir, de gozar los placeres mundanos: hazla pasear, adquirir relaciones, concurrir á los espectáculos: discurre algo como esto, tú que estando cerca de ella conocerás mejor lo que le es provechoso y posible.

Sobre todo, si no tienes seguridad completa en tus revulsivos, retárdalos cuanto sea posible, y no los uses sino en el último caso. Te hablo así, mas bien como persona sensible á los sufrimientos de Angela, que como al estudiante á quien consultas.

Por lo mismo no debes hacerme caso, sino obrar con libertad.

Dale la salud, y tendrá mucho que agradecerte

GABRIEL.

Madrid, Enero de 1834.

Gabriel:

teniendo en cuenta tus consejos, he retardado la aplicacion de un primer cáustico, que al fin será indispensable, porque me veo reducido á obrar de alguna manera, y no dejarla morir en la inaccion. Los recursos morales que me aconsejas y en que yo habia pensado, son imposibles en la posicion de esta niña.

Constantemente le he mandado, como precepto, que salga con frecuencia, que vaya al teatro y á los paseos, que busque, en fin, todas las distracciones posibles. Al principio achaqué su renuencia á su propia enfermedad y á la falta de medios; despues he creido descubrir otra causa mas invencible, y que reagrava su mal. El confesor es quien le prohibe todo contacto con el mundo.

Es que seguramente esta niña le ha confesado sus deseos, sus aspiraciones, sus sensaciones tal vez, y el bueno del padre piensa que se curará con rezar. Seguramente no sabe que la edad, la organizacion y la educacion influyen tanto en ella, que si se lograra hacerla cambiar de vida, cambiaria de pensamientos aliviandose.

Pero ahora su cabeza está llena de escrúpulos y su corazón de sensibilidad: hasta un simple aspe-
rezo le parece un pecado, y á mí mismo me tra-
ta ya con reserva, con desconfianza; mis consejos
le parecen perniciosos, inspirados por la impiedad,
y contrarios á toda virtud.

Sin embargo, sigue padeciendo, porque yo no
puedo entrar con ella ni con el confesor en dispu-
tas fisiológicas, que nos valen el título de materia-
listas: no podría hacerles entender que la soledad
es para ella un veneno; y supuesto que su mal
viene de deseos, tan pronto como otros objetos di-
versos la disiparan, y se le hicieran familiares los
hombres y las cosas, hallaría la tranquilidad que
no puede tener su imaginación entregada á sueños
y visiones mas seductoras que la realidad.

Ahora; si esta niña no ha de ser una monja
¿por qué se le quitan las ocasiones de hallar un
marido? Yo no le aconsejo que se ponga una cé-
dula como de casa vacía, ni pretendo que sea li-
cenciosa, ni siquiera que aprenda á coqueta; pero
supuesto que ya tiene idea de los goces sociales,
me parece una obligación el dejarle satisfacer esa
necesidad.

Compadece, Gabriel, compadece conmigo á la
humanidad que se hace mas amarga la vida, y que
en la fuente de toda dulzura bebe hiel..... la hiel
del error y el fanatismo. A nosotros los médicos
nos llaman generalmente inmorales, porque consi-
deramos al sér en su dupla naturaleza, mientras

otros quieren que el barro inmundo de que Dios
formó á los hombres, sea espíritu puro ántes de
haber llegado al cielo.

Esta pobre Angela, que es un ángel de resigna-
ción y ternura, un mártir que llora en silencio, una
virgen que ofrece á Dios los sacrificios que le im-
puso el destino, padece ahora el doble martirio de
los escrúpulos y los nervios. Una sola cosa es ya
demasiado para una muger á quien mortifica hasta
la luz; y vive solo porque su alma indestructible la
sostiene.

Y aun te falta que saber. Convencido de que
no podría conseguir sacarla de su rincón, discurrí
un medio de proporcionarle distracción dentro de
su casa, haciéndole emprender un estudio sério co-
mo el de la historia, ó siquiera el aprendizaje de
la música ó la pintura. En primer lugar me dije-
ron que eso no le importaba á una niña para poder
salvarse; en segundo, ¿quién daría bastantes garan-
tías para hablar diaria y familiarmente con una ni-
ña? en tercer lugar, ¿cuánto costarían los maestros,
ó el maestro?.....

Ya ves que el diablo la ha tomado por su cuen-
ta, y parece que ha hecho juramento de atormentar-
nos á todos.

Yo tambien sufro; yo que voy mirando que la
práctica de la medicina es mas difícil que la teoría.
O nos restringimos á ser veterinarios empíricos,
curanderos de animales, ó si queremos diferenciar
al hombre del caballo, y dirigir su moralidad en

ciertas ocasiones, tropezamos con los intereses viejos del mundo religioso, y con la ignorancia de nuestros enfermos.

En fin, yo la emanciparía de sus propias preocupaciones si pudiera salir al campo à pasar una temporada; pero aquí se repite la misma pregunta: ¿cuánto costaría? De modo que Angela no tiene derecho à la salud, porque no tiene dinero.

Cada día está mas pálida, mas estenuada y mas melancólica. Los accesos no son tan frecuentes; pero mas profundos y le duran mas tiempo, dejándola despues en un estado tal de pereza y cansancio, que ya es habitual su malestar. Cada día está mas débil y susceptible.

Ultimamente ha comenzado à tener algunas palpitaciones, que me hacen temer el que comience à simpatizar el corazon. Esto seria una nueva dificultad y un nuevo riesgo.

Termino esta carta, y espera tu respuesta tu amigo.

FELIX.

Madrid, Marzo de 1834.

Amado Gabriel:

al fin ha sido preciso comenzar con esta desdichada niña el nuevo género de martirio que le habia preparado. Le he aplicado un caústico; yo mismo he desgarrado materialmente su pecho, que debia acariciar el amor..... ¡Pero qué muger! Pensé que

cada curacion seria una hora de gritos, de espaviento, de pataraterias; y en vez de este artificio que me ha repugnado en otras mugeres, reprimia sus ayes, ocultaba sus lágrimas; y cuando ya no podia sufrir el dolor, enclavijaba las manos y se apretaba la frente, murmurando no sé qué palabras que deben consolarla. Al terminar se enjuga el sudor que le hace brotar la congoja, exhala un suspiro de cansancio, y me da las gracias con una voz que me entenece. ¡Oh! yo tambien padezco con ella, pero era preciso.

Como habia previsto, el corazon està ya afectado, y los ataques han cambiado de carácter poniendo en riesgo su vida.

Está como siempre distraida, desalentada, inerte: derrepente una punzada terebrante le pasa del costado à la espalda atravesandole el corazon, y cae sin sentido.... Pero si la vieras así, con su frente apacible, sus mejillas de cera, sus labios descoloridos.... parece que duerme el sueño de la gracia, bajo el amparo invisible de un ángel que la arrulla.

Inmóvil y fría como un cádaver permanece algunos minutos y aun algunas horas; hasta que una palpitation violenta la agita, se levanta pidiendo agua, toma unos tragos y se calma.

Ya no la maltrata la convulsion, ahora ha cambiado tambien el tormento; las hermanas que groseramente llaman patatus à este mal, que acaso lo creen una ficcion, ó que aunque lo tengan por ver-

dadero, ignoran su origen y sus consecuencias, se rien, se mofan de Angela, juegan con ella y la escarnecen mientras está desmayada pero con todo su conocimiento. Mis insinuaciones, mis preceptos, mis reconvencciones no han valido: ellas son incapaces de comprender el mal que le causan con una sola palabra; de modo que la pobre Angela, si siente con oportunidad los anuncios del ataque, corre á esconderse en el lugar mas apartado, y allí van á encontrarla algunas veces casi muerta: ó si pasa en la soledad todo el acceso, de repente sale sofocada, con los ojos desencajados, y el pelo en desórden, pidiendo con gritos apagados—agua..... agua... Entonces las imbéciles hermanas se apresuran á socorrerla; pero tan pronto como la ven calmada, desquitan en risas y sarcasmos el susto que les causa.

¿Y he de curarla, he de aliviarla siquiera, cuando hasta el aire que respira le es nocivo?... Muchas veces, cuando estamos hablando de su enfermedad, de que ella me hace una piatura esacta, viva, interesante, termina diciéndome con una espresion de súplica humilde:—No se fastidie vd. conmigo; pero no tengo ni con quien quejarme....

Verdaderamente es desdichada esta niña. Y apenas creo que tenga resistencia para sufrir tanto.

En estos últimos dias me ha indicado la idea de encerrarse en un convento: yo desde luego me he opuesto á ella; mas no sé lo que haré para convencerla si insiste en tal propósito.

Ya te diré lo que suceda; y entre tanto recibe el afecto de tu amigo

FELIX.

Búrgos, Abril de 1834.

Felix:

lo mas acertado respecto del convento es que la dejes hacer su voluntad. Ella probará por sí misma que no está allí el origen de su mal ni el remedio que necesita, y cuando se vea mas sola y se sienta mas enferma, volverá á buscar al mundo, donde tal vez tiene la esperanza de hallar lo que ha perdido.

De modo que todo lo que debes procurar es que entre de tal manera, que quede en libertad completa de abandonar el claustro el dia que ya no lo crea un asilo, sino una cárcel. Tu obligacion es mostrarle todos los inconvenientes de esa ecsistencia solitaria; mucho mas para ella que está enferma y triste por falta de luz, de movimiento, de vida. Pero si insiste, nadie tiene derecho de violentarla, que se entierre viva si así le place; pero aun te queda la obligacion de estar pronto á levantarle otra vez la oza de la sepultura si ella da muestras de querer volver á la luz. Con esta condicion se conserva la esperanza y la probabilidad de hallar en el mundo su remedio, si la piedad no es bastante en ella para consolarla.

Procura á toda costa que salga de Madrid: la atmósfera de la corte siempre está corrompida, y el aire puro del campo le haria mucho bien. En esto debes pensar constantemente hasta lograrlo si es posible.

Expresiones &c.

GABRIEL.

Madrid, Mayo de 1834.

Gabriel!... Gabriel!..... Qué has hecho?... ¿que te ha hecho esta muger para que la asesines de una manera tan cruel?

Por fin se su secreto, y tú eres el origen de todos sus males. A fuerza de cáusticos he conseguido desviar del corazón todos los síntomas; pero ahora comienza á afectarse el cerebro.... Delira muchas noches en medio de la fiebre lenta que le devora, y tu nombre se escapa de sus labios con demasiada frecuencia.

Confiesamelo francamente: ¿qué has hecho con esta niña?... ¿Pensaste divertirte sin mirar que la cautivabas, ó has tenido el valor de abandonarla despues de haberle robado tal vez su honor?... Debes confiarmelo todo, siquiera para que sepa lo que he de hacer, y si debo conservar esperanzas de curarla.

Tu amor la mata; si, tu amor. No solo es un nombre pronunciado en el delirio lo que me da esta conviccion; tengo ademas otro pasage que con-

tarte para que veas hasta que punto tengo evidencia de un hecho que no debes negarme mas tiempo.

La encontré un dia agitada como una loca, dislocando todos los muebles, vaciando todos los roperos, volteando en fin, la casa de arriba á abajo. Buscaba algo. Derrepente lanzó un grito de alegria y cayó desvanecida teniendo un papel en la mano.

La curiosidad me hizo leer ese papel, y eran unos versos tuyos, escritos de tu letra. ¿Quieres mas?

Tantas coincidencias no pueden ser casuales, y te imponen un deber; venir á curarla: tu sola presencia le dará la vida, como á la flor se la da la luz del sol despues del invierno.

Antes pude tener alguna fé en mis fórmulas: ahora mi última receta es que vengas. Si no vienes la dejaré morir en paz, sin martirizarla mas, sin aumentar sus dolores con nuevas crueldades.

¿Cuántos se creerian felices con una muger como esta! Tú debes serlo tambien; y no podrás decir nunca que tu mala fortuna te la roba, sino que tú la abandonaste, porque los hombres son ciegos para el bien, y corren en pos del mal, que luego los atormenta.

Ya lo sabes: va á morir por tu causa.

FELIX.

Búrgos, Mayo de 1.834.

Querido Galeno:
si no hallas otra receta para tu enferma, infalible-

mente se morirá, porque en mi botica no hay el específico que has inventado.

En primer lugar te diré que aquí en Búrgos vive un Serafin, que vale por todos los ángeles, y si unos y otros han de llevarme al cielo, me atengo á mi Serafina que no padece de los nervios, ni está descolorida y estenuada.

Verdad es que no me ama; quiero decir, que aun no hemos tenido ocasion de hablarnos; pero yo la adoro, y esto me basta para creerme feliz.

Por lo que toca á Angela, cuya desgracia deploro, voy á explicarte todos los hechos, que ni son casualidades efectivamente, ni síntomas de amor.

Delira conmigo porque yo he sido uno de los hombres que la han tratado con mas frecuencia y mas intimidad; y bien sabes tú que las impresiones habituales se reproducen despues del tiempo. Los ensueños que no son sino reminiscencias ó previsiones tenidas en el delirio manso del sueño, explican perfectamente este fenómeno.

Tampoco dudo que el hallazgo de unos versos míos la haya conmovido tanto; que sé yo el valor que les dará por algun suceso que le recuerden; pero no ha de ser el poeta quien la conmueva tanto. Tú me has dicho que su susceptibilidad ha llegado al extremo; y conoces ademas su mania, su ecsajerado deseo de imitar á las heroínas de Federico Zulié.

Tranquilízate, pues, y no vuelvas á escribirme

una carta como esa que me lisonjea tanto como me mortifica.

En Búrgos me tienen atado Serafina y mi mala fortuna; para romper los lazos de este amor no tengo voluntad; para romper los del destino no tengo fuerzas: dejame vivir á lo ménos sin remordimientos si es cierto que me ama; y si no, evítame el cometer acaso una imprudencia que no la salvaria á ella y me perderia á mí.

Si me llegara á convencer de que me amaba, tendria que escojer entre su vida y la mia; entre su amor que me hiela y el de Serafina que me enloquece: y..... No; es imposible que me ame: á su vista he enamorado á otras mugeres, y ella me escortaba á que les fuera fiel y constante. Te juro que nunca le he dicho ni una sola palabra interpretable, ni una galanteria: nada en fin; y su aprecio lo he recibido siempre como pago de la amistad que le he profesado sinceramente.

Dejame en paz, querido; dejame en paz con tus reconvenções lisonjeras y tus conjeturas peligrosas. Busca en otra parte su remedio, y no hagas dos desdichados por salvar á uno que puede no serlo sino por un capricho, una locura.

Peró no por esto dejes de escribirle á tu amigo.

GABRIEL.

Madrid, Febrero de 1835.

Gabriel:

ya ves que he obedecido tu indicacion; en un año esta es la segunda carta que te escribo. Y á fé que aunque no me lo hubieras dicho, yo habria hecho lo mismo para escusarte algunos malos ratos.

Seas tú el amado ó no lo seas, Ángela se empeoraba; la fiebre casi se hizo continua, y el delirio me hizo temer seriamente. Volví à ocurrir á mis revulsivos; qué quieres? no hallaba otro recurso.

Esta muger sufrió por mas de treinta dias un sedal en el cuello: su estoicismo es increíble. Mientras unas hermanas se desmayaban y otras corrían por no ver, el dia que lo abrí, Ángela no hizo mas que llorar y crugir los dientes: es la única vez que le he notado un arrebató de impaciencia, de enfado contra el dolor.

Los primeros dias estuvo aliviada; pero al cabo conocí que aquel nuevo martirio no hacia mas que agotar sus fuerzas, sin producir resultado alguno; pues á medida que el hábito iba embotando la sensibilidad, volvían á aparecer todos los síntomas con la misma fuerza que ántes.

Ratos hay en que la veo tan doliente que deseo que se muera. Es maldito este sistema nervioso que atormenta sin matar, y que en vez de perder su sensibilidad con el agotamiento, adquiere mayor delicadeza para sentir, y ni el viento que pasa, ni la luz, ni el calor dejan de causarle una impresion dolorosa.

Supuesto que no eres tú, y que aunque lo seas, debo renuciar al proyecto de hacerte mi ahijado, he buscado al amante, he solicitado uno cualquiera; porque aunque no sea ese el origen de su mal, siempre le serviría de distraccion. Pero un novio tiene que luchar con un portero gruñidor y fiel como un perro; que ganar á una dueña incorruptible como si no fuera vieja; y que contentar, en fin, á las hermanas, que juzgan un crimen el matrimonio, y que tan pronto como le sospecharan algunos amorcillos á Ángela, serian capaces de confesarse por ella, y de echar con dos palitos al novio.

Tambien es una necedad mia pensar que solo esto la aliviará; pero desesperado de la ciencia recurro á mil extravagancias, y esta es la que me lo parece ménos. Si ella fuera franca....

Por fortuna su organizacion se cansó de sentir y despues de los seis meses mas horribles, ha quedado en una calma desconsoladora, porque es casi la muerte, pero ya no la oigo quejarse, ni la asaltan los ataques de ántes.

Ya no hace nada, ni leer: duerme ó llora; esta es su vida, igual todos los dias: se sonrie con amargura; habla cuando le preguntan; come porque se lo mandan: siempre triste y melancólica; cada dia mas débil y mas sensible.

Por fin, está convenido que el mes entrante saldrá con una tia suya que va á pasar toda la Primavera en una de sus posesiones. Tal vez en el campo se reanime como las nuevas flores que van á

brotar. Pensé que me costaría trabajo convencerla; pero me respondió:—Para ser desgraciada en todas partes estaré bien.

¿Qué es lo que aflige á esta pobre niña que ha muerto ántes de nacer al mundo?... No quiero pensar mas, porque me desespera mi impotencia, despues de haber gastado toda mi vida en estudiar

Adios. Tu amigo

FELIX.

Búrgos, Marzo de 1835.

Querido Felix:

Segun tu última, Angela debe estar ya léjos de Madrid: me alegro, porque tengo esperanzas de que cambiando de atmósfera se alivie: y como yo mismo me he visto en un estado semejante la compadezco.

Avisame cuanto sepas de ella; y en cambio recibe la amistad de tu siempre afecto

GABRIEL.

Hasta aquí la correspondencia. Pasemos en silencio los cuatro años siguientes y volvamos á Madrid.

Angela despues de tanto padecer, habia recobrado, si no la salud, al ménos la calma aparente del espíritu, y aunque siempre melancólica, vivia tranquila.

La encontré casi mas bella que ántes. Era ya una jóven perfecta, pequeña de estatura, pero proporcionada. No estaba robusta; pero la misma enfermedad le habia dado á su tez una transparencia y una suavidad que dejaban traslucir bajo su uniforme palidez, un rosado imperceptible, interrumpido á trechos por las vetas azuladas de las venas. Podia decirse que su organizacion se habia reblandecido, y la morbidez de sus formas indicaba la molicie de su vida, el cansancio de su imaginacion, la melancolia de su alma. Sus ojos siempre lindos, lucian mejor, sombreados por el ligero tinte aplomado de sus párpados.

En fin, era la misma Angela, mas sensible, mas hermosa, mas delicada, mas interesante.... Siete años mas de vida le habian dado mas soltura á sus maneras, mas elegancia á su vestido, mas poesia á su lenguaje.... En siete años su casa estaba mas empolvada y mas lóbrega; sus hermanas mas feas.

—¿Te vuelves á ir?—me habia preguntado Angela al saludarme.

—No—le habia yo respondido.

—¿Dejas una novia en Búrgos?

—No.

—Me alegro—y pronunció estas palabras con una satisfaccion, como si le volviera el aire que le habia faltado para respirar.

Aun no me bastaba todo esto para convencerme de su amor. La amistad me lo esplicaba todo, y yo

mismo seguía cebando el fuego que había de consumirla.

La hoguera llegó à ser visible para todos, ménos para mí que estaba ciego por Serafina.

Es imposible explicar las mil pequeñeces con que una muger sabe expresar un deseo, un sentimiento; es imposible reproducir ese idioma mudo del amor, que consiste en la manera de apoyar la mano, de recibir una flor, de saludar, de mirar..... hasta la fisonomía y el traje tienen en ciertas ocasiones un aire, una expresión clara, aunque no pueda definirse.

Llegué, pues, à sentir que Angela me amaba, que me había amado, y que condenada à la soledad, donde solo yo le había prestado algun consuelo, en mí había reconcentrado su pensamiento y su amor, cumpliendo con la voluntad del destino que la había separado de todos los demás hombres. Que sé yo; me amaba, como yo amo à Serafina, à pesar de ella, y de mí mismo.

Entonces fué cuando yo hice esta extravagante argumentación:—¿Me ama?—Luego no debo volver à verla.

Y lo cumplí.

Vamos à ver ahora, caro lector, si la consecuencia es legítima.

Angela me amaba: supón que yo hubiese olvidado à Serafina, y que estuviera en la libertad de trocar de nuevo mi corazón. ¿Hacia yo de Angela una amante? ¿cuánto tiempo teníamos que vivir

así? Porque aquí nace una cuestión de números, insoluble cuando no hay ecuación entre la cifra del presupuesto y la renta. ¿La convertía yo en mi querida?..... Hubiera sido un crimen: debía dejarla morir pura y casta, mereciendo la corona de azucenas del martirio virginal.

En fin, el arte de Capuron había declarado que Angela no era una muger de barro, sino una miniatura delicadísima, demasiado débil para dejarse robar la vida por otro ser.

Y Angela, sentenciada à muerte por el amor, hubiera podido decirme un día ciega de amor y echándose en mis brazos:

—Pues bien, Gabriel, asesíname; quiero morir por tí!

Y yo hubiera podido ser tan cruel que hubiera aceptado su sacrificio.

¿Debí abandonarla?

Ella siente solo su desgracia; mientras yo tengo que llorar por su amor, por los desdenes de Serafina, y por mis propios pesares. ¿Quién es mas desdichado?

El mundo está mas poblado cada día; pero preguntesele à cada uno si su corazón está satisfecho.

Yo no he venido à colonizar; yo quiero amar; y el amor huye de mí, condenandome à la desesperación.

Si mas allá de la tumba se realiza la casta unión de las almas, entonces seré dichoso. Entre tanto, guardemos el corazón que todas maltratan; unas

hollandolo con desprecio, otras oprimiendolo con locura.

En el torbellino de Madrid fácilmente se pierde de vista el que quiere ocultarse. Yo no volví á ver á Angela; y en cinco meses compró ella el cielo con un martirio continuado.

Para saber cuanto sufrió en el alma, fuera preciso que ella hubiera escrito sus memorias: los dolores de su cuerpo están consignados en los libros de patologia.

Nada de convulsiones violentas, ni ataques repentinos; ni el frenesí de la hidrofobia, ni la fiebre de un envenenamiento.

Cansancio hasta en el reposo; falta de fuerzas hasta para levantar un brazo; malestar en medio de la alegría, disgusto hasta para los alimentos.

Lastima la luz; la música causa violencia; la soledad espanta; el bullicio aturde; el aire resfria; los aromas son insoportables.

¿Qué es lo que duele? El alma..... Ahora se manifiesta en el pecho, luego en la cabeza, despues en un dedo. Solo los nervios viven con las fuerzas precarias de la vejez que se anticipa, y robándose unos á otros la vida, desgarran el cuerpo con mil punzadas por hora, que lo acribillan sin acabar de destrozarlo, de matarlo.

A los cinco meses asistí á los sacramentos de Angela.

Por prudencia no quise ponerme delante de los ojos: ella moribunda me distinguió al traves de las cortinas de su cama, alumbrada por los cirios que llenaban de luz su alcoba por la última vez.

Cuando retirada la concurrencia volvió Angela á quedar tranquila, hizo que me llamaran.

—¿Por qué te escondes?—me dijo con su voz dulce y espresiva—Sientate..... aquí. Ya estoy moribunda, muerta: ya no puedo amarte.

—Angela.....

—No te voy á reconvenir..... y pudiera reclamarte una vida que me has quitado. Mira, ya estoy muerta.

En efecto, cogió una de mis manos entre las suyas, y estaban frias.

—Ya no padezco—continuó—nada me duele; me voy consumiendo instante por instante, sin esperanza de resucitar. Seria un milagro que me pesaria. Tu corazon no lo tienes, y en vano querrias darmelo.

—No hables de eso.

—¿Por qué no, si encuentro placer? ¿No lo sientes tú, cuando recuerdas las crueldades de tu Serafina?..... Tú no te has muerto tambien, porque eres mas fuerte que yo, ó tal vez porque vdes. son ménos amantes..... ¿Quién hubiera sido Serafina!..... De todos modos habria yo muerto; pero ahora me mata el dolor; entónces me hubiera matado el placer..... Que sed tengo.

Acerqué á sus labios un vaso, y cuando acabó de beber fatigada, le dije volviendo á sentarme:

—Calmate, olvida esas cosas porque te hacen mal.

—¿Apresuran mi muerte? Si no fuera un pecado desearla me dejaría curar con la esperanza de la vida? Ahora... qué se yo: aunque se me vengan á la memoria los mas crueles dolores que he sufrido, ya no me atormentan; los recuerdo de una manera tan vaga, y veo tan cerca su fin, que me complazco en repararlos, como una vieja que cuenta ya tranquila los riesgos de su juventud.—Oye—añadió repentinamente—¿Conocias que te amaba?

—¿Angela!....

—¿Crecias en mi amor?.... Tambien yo he despreciado por tí á alguno, como tú me has abandonado por Serafina.....

—Pero....

—¿Oh! esto no es un crimen: ¿quién manda en su corazon?..... Me has dado cuanto podias darme, tu amistad; ahora tu compasion..... Me falta una cosa todavía.

—Cual?

—Mi epitafio. Ya no serán aquellos versos que me escribias de prisa, tal vez pensando en otra, y que me hacian concebir mil ilusiones..... Serafina no podrá tener zelos de una muerta, de su víctima. ¿Y piensas que la aborrezco?..... Sí; por cruel; por

necia.... no, por nada; me voy á morir y no quiero aborrecer á nadie.

—Te está fatigando mucho el hablar.

—Es verdad; ya no tengo fuerzas ni para respirar. Escucha solo otra cosa. Mis hermanas han de tener escrúpulo de que te vea yo. Si has sido mi martirio, te amaré como á mi cruz; y aunque te vea como mi amante, es una simpleza creer que en el sepulcro se tienen fuerzas ni voluntad de concebir otros pensamientos que los de la union de las almas..... Dios querrá que nos volvamos á ver en otra vida mejor.

—Si no fuera esa creencia.....

—Entre tanto, mi epitafio.

—Sí; Angela.

—No te separes de mí hasta que muera.

—No.

—Moriré consolada contigo que me quieres, que me comprendes..... Dame agua.

Una de las hermanas se acercó y yo pude salir á las piezas inmediatas. Me estaba sofocando en aquella recámara, donde habia visto crecer á Angela, donde tantas veces la ví reir alegre con mi presencia, donde habia llorado tanto por mí; donde moria, en fin, apacible y amorosa como el primer día, siempre inmaculada, siempre digna del Dios que al cabo le enviaba un consuelo. ®

La agonía de Angela debia ser larga como sus padecimientos. Ocho días la ví, sentado en su cacerera, irse consumiendo hora por hora, como la

amapola que por falta de jugo cuelga la cabeza sobre el tallo desfallecido, y va desprendiendo sus pétalos uno á uno, hasta quedar convertida en un esqueleto.

El último martirio de Angela fué la sed. Cuando algun otro le acercaba el vaso, lo retiraba disgustada, y decía suplicando:

—Qué amarga está. Que me la dé Gabriel.

Le acercaba yo el agua, y entónces bebía con ansia, y me daba su agradecimiento en una mirada lánguida y profunda como su sentimiento.

El ruido de mis botas no le incomodaba, ni el humo de mi cigarro la desvanecía; encontraba dulce el agua que yo le daba, y la jaletina que pasaba por mis manos estaba sabrosa.

Me amó hasta morir.

Su agonía material comenzó á las diez de la noche para terminar á las tres de la madrugada: agonía tranquila y apacible, como la de la inocencia.

A cada instante era mas profunda y mas lenta la respiración: una ligera elevación de las cejas anunciaba solo la fatiga. Los párpados estaban cerrados.

Con una mano interpuesta entre la sien y la almohada, y la otra colgando fuera de las ropas, así se quedó dormida con el sueño de la inocencia.

Su última inspiración fué un suspiro; su última espiración un quejido.

Toqué su mano y estaba fría; toqué su frente, y la tibieza húmeda del cadáver me crispó los nervios.

¡Huyamos; y olvidemosla!..... ¿Pero podré olvidarla?.....

Angela me habia encargado su epitafio; y cuando ya estuve tranquilo, lo hize, para mandarlo escribir en su lápida.

Despues me arrepentí..... porque el epitafio no era sino una protesta amarga contra lo que los hombres llaman destino, y yo llamo Providencia; y esa protesta escrita en un rato de ciego despecho me habia quitado la razon.

Despues se reflexiona que la gloria es el galardón de los mártires en la tierra; pero aun me duele recordar á una niña pura, virginal, inocente, no manchada jamas con un crimen, y llena de dolores como si hubiera cometido un delito con nacer á la vida, y amar á un hombre que fué ingrato.... no ingrato; desdichado tambien con no poder amarla.

¿Por qué este eslabonamiento de pasiones que para satisfacerse siempre encuentran una dificultad, un obstáculo que no está en nosotros mismos para poder destruirlo con solo la voluntad?—Nadie manda en su corazón—Bien me dijo Angela al morir: la habria yo amado por su virtud y constancia, si hubiera podido arrancarme del alma un pensamiento que me lisonjea en medio de la desdicha que me causa.

¿Qué esperaba Angela de mí, hombre miserable y oscuro? Nada mas que amor: y sin embargo, me queria: debí amarla.

Pero yo no tenia dos corazones, y Serafina.....
¿Se acordará de mí Serafina?.....

Si pensara en mí, el viento me traeria su amor y aspiraria con él la vida. ¡Oh! pero me olvida, ni siquiera me odia para deberle la muerte.

Por ella moriria, como Angela murió por mí; y al cabo iria á ocultar al sepulcro mis pesares..... y mi deshonor.

XXVII.

AMOR.

Abril de 1840.

Treinta años de vida. ¿Y qué he gozado?

Treinta años de guerra con las mugeres. ¿Y qué triunfo he alcanzado?

Para gozar y triunfar en el mundo se necesita endurecer el corazon en el crimen, y cerrar los ojos à la justicia y al pudor.

El placer mas inocente y mas frívolo ha de compararse con dinero ó con lágrimas; para hallar el dinero es preciso arrastrarse por el suelo como las vívoras; las lágrimas son pedazes del alma, las ilusiones que se van, los remordimientos que vienen. ®

Serafina no me ha costado ni remordimientos ni lágrimas. No me pesa nada de cuanto he hecho por ella; no me espanta el porvenir perdido por su

¿Qué esperaba Angela de mí, hombre miserable y oscuro? Nada mas que amor: y sin embargo, me queria: debí amarla.

Pero yo no tenia dos corazones, y Serafina.....
¿Se acordará de mí Serafina?.....

Si pensara en mí, el viento me traeria su amor y aspiraria con él la vida. ¡Oh! pero me olvida, ni siquiera me odia para deberle la muerte.

Por ella moriria, como Angela murió por mí; y al cabo iria á ocultar al sepulcro mis pesares..... y mi deshonor.

XXVII.

AMOR.

Abril de 1840.

Treinta años de vida. ¿Y qué he gozado?

Treinta años de guerra con las mugeres. ¿Y qué triunfo he alcanzado?

Para gozar y triunfar en el mundo se necesita endurecer el corazon en el crimen, y cerrar los ojos à la justicia y al pudor.

El placer mas inocente y mas frívolo ha de compararse con dinero ó con lágrimas; para hallar el dinero es preciso arrastrarse por el suelo como las vívoras; las lágrimas son pedazes del alma, las ilusiones que se van, los remordimientos que vienen. ®

Serafina no me ha costado ni remordimientos ni lágrimas. No me pesa nada de cuanto he hecho por ella; no me espanta el porvenir perdido por su

causa, ni me espantaría un crimen, si ella en recompensa me ofreciera su amor. ¡Lágrimas!..... Si hubiera podido verterlas alguna vez, me habría consolado, y yo no quiero consolarme mientras ella no me ame: dejar de sufrir por ella sería no haberla amado nunca, sería morir en el ateísmo mas completo.

El amor es ciertamente un afecto; pero que como todos, necesita tomar una forma material para hacerse sensible á los hombres.

El amor segun las horas, los lugares y las situaciones, aparece bajo diversas imágenes todas atractivas, aunque todas se desvanecen con el crepúsculo de la noche ó de la mañana.

Al levantarse de la mesa, cuando la cabeza está abrumada con los vapores del vino, y aun se saborean los últimos tragos de un fragante café, el amor toma el traje de la sultana lasciva que con su muele coquetería y sus miradas fascinadoras, hace olvidar á su señor de las huríes del paraíso.

En una tarde melancólica y oscura se piensa en una alemana de ojos claros y cabello blanco, que se enternece de alegría y llora en silencio cuando sufre, que le abre su corazón á un amante y lo acaricia con tierna intimidad.

En una noche de máscaras se necesita una vengativa loca y arrebatada, ardiente y caprichosa, que se deja arrastrar por el torrente del placer hasta hundirse de cansancio, ó estrellarse en un precipicio.

En medio de un valle florido, y abierto á la luz de un cielo puro, se fabrica luego una casita pequeña y cómoda, en cuyo hogar se duerme al lado de una niña modesta y humilde, que nos arrulla con cantares dulces, y nos narcotiza con sus miradas risueñas.

En el teatro, en fin, se desea una bailarina, en el Prado se pretende á una cortesana, en la iglesia se piensa en una monja.

No hay hora, ni lugar, ni objeto que no recuerde el amor. Sin él, la vida es un castigo.

Y yo, yo he soñado á Serafina bajo todas esas imágenes; pero al despertar me he encontrado solo ¿Cuándo me amará Serafina?.... Cuando resucite Angela asesada por mi indiferencia!

He aquí el amor.

contraste con otras, que aunque tengan la misma esencia, aparecen adornadas con los atavios del refinamiento ó la educacion. Estas dos últimas cosas nos faltan en cierto grado á los mexicanos; por eso qualquier escrito nacional debe resentirse de cierta rudeza, cierta impropiedad que aun tienen nuestras costumbres y nuestras maneras.

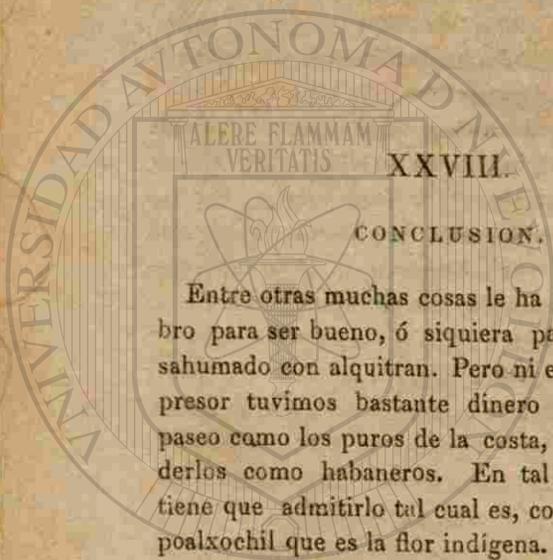
En las elases mas altas de la capital se refleja la vida europea. Cuando ellas sean mi objeto, yo haré que el veneno se beba en copa de oro, y que los aromas de la rosa y la azucena encubran la corrupcion.

¿Terminaré este libro sin hacer notar una coincidencia? Muchas páginas de él las he escrito bajo el mismo techo, dentro de la misma sala donde hace mas de veinte años aprendí á hacer los primeros palotes.

Aun me parece ver á mi maestro, al respetable ciudadano D. Luis Chousal, con su fisonomia severa, su aire grave, su paso mesurado, recorriendo el vasto salon de estudio, donde lo mas florido de la niñez de México recibia de él las primeras lecciones del saber y la moralidad.

Ese hombre que para su familia era un patriarca, para la niñez una providencia, para la sociedad un ejemplo de civismo; ese hombre me enseñó á leer y escribir, me puso en comunicacion con todos los hombres y todos los siglos.

¿Sin saber leer ni escribir podría divertirme instruirme, ganar la vida en este mismo ex-con-



Entre otras muchas cosas le ha faltado á este libro para ser bueno, ó siquiera parecerlo, el estar sahumado con alquitran. Pero ni el autor ni el impresor tuvimos bastante dinero para enviarlo á paseo como los puros de la costa, y venir á venderlos como habaneros. En tal caso, el lector tiene que admitirlo tal cual es, con su olor á cem-poalxochil que es la flor indígena.

Bien se habrá conocido que en vano digo Búrgos y Granada, cuando la sociedad que pinto es otra que la española; y esta misma sociedad medio bosquejada, es la que le ha dado el carácter á la obra. Así debia ser; y por eso se ven escenas repugnantes, las mismas en que tal vez todos hemos sido actores.

Pero afortunadamente no son las únicas esas escenas repugnantes; sino que sirven para marcar el

vento fabricado para bien de la humanidad? Habitaronlo primitivamente los frailes, que, ignorantes y corrompidos hoy, hicieron á las Américas el inestimable bien de traerles el evangelio de Cristo: despues una escuela de niños, la cuna de la ilustracion se cubrió dentro de sus paredes; y hoy se escucha el crujido de las prensas que lo mismo imprimirán el Monitor que la Iliada de Homero: es una imprenta; la última espresion de la civilizacion y la libertad.

A esos frailes les debo mi religion; á esa escuela mi vida moral, á esa imprenta mi primera esperanza de novelista. ¿Por qué no he de complacerme en recuerdos tan sinceros? Están todavia en el patio los mismos arriates con los mismos rosales; paseo las estancias y reconozco la sala de labor de las niñas, el dormitorio de los pupilos, el estudio de mi maestro.... Solo una cosa echo de ménos, la inocencia de la niñez, de aquella niñez que otros recordarán conmigo.

Aquellos paseos á lo que llamabamos la quinta con los papelotes y los borregos; aquellas dominicas de cuaresma.... estás sobre todo.

A las tres de la tarde llegabamos todos alegres y endomingados con la mejor cachucha, los pantalones mas nuevos; llegada la hora, los que iban á predicar se ponian inquietos pero orgullosos, y el presidente, el vice y el conserje eran engalanados con sus golas y sus bandas por la misma señora que con su amabilidad maternal, alentaba y com-

placia. Formados luego de dos en dos, y presididos por el maestro siempre benévolo y circunspecto, atravesabamos las calles de Plateros y el atrio de Catedral hasta entrar al Sagrario.

Las bóvedas aun resonaban con los ecos del coro de los canónigos, y cuando todos habiamos ocupado las bancas haciendo el murmullo apagado de un enjambre de abejas, un clérigo respetable subia al púlpito y decia su plática cuaresmal.

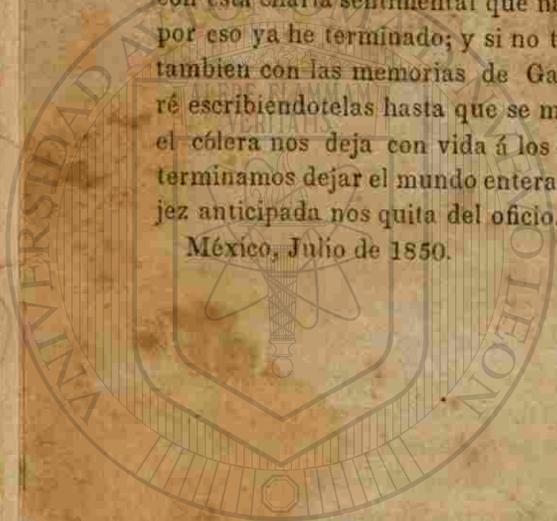
Terminada, los niños que llevaban aprendido un discurso moral escrito por el maestro, ó un trozo de historia sagrada de Fleury, ó un diálogo bíblico, subian á los ambores preparados espresamente, y se enorgullecian mirando que su familia haiba ido solo por presenciar su triunfo, y que una multitud de pobres viejas devotas los oian colgadas de sus labios, celebraban su viveza, rogaban á Dios enternecidas por la ventura de aquellos angelitos; y en seguida iban á esperar á la puerta al predicador de siete años para hacerle un cariño, y darle un medio tan sucio y arrugado como ellas. Pero estas demostraciones eran sinceras, el niño se envanecia con ellas, y una vez salido del apuro de pronunciar su discurso sin turbarse una sola vez, corría á su casa á recibir un beso maternal, á ver la sonrisa de un padre satisfecho, á recibir una gala para comprar muñecos y juguetes.

Estímulos inocentes y eficaces sabiamente inventados por el hombre que conducia á la niñez por el camino de la virtud y el civismo.

En recompensa de esa vida consagrada á su patria, mi maestro está ya en la mansión de los justos; mientras yo recuerdo con melancólica complacencia hasta las lágrimas que me hacia verter cuando mi disipacion provocaba su severidad.

Pero tú, lector, puede que estés fastidiandote con esta charla sentimental que nada te interesa; por eso ya he terminado; y si no te has fastidiado tambien con las memorias de Gabriel, yo seguiré escribiendotelas hasta que se muera; esto es si el cólera nos deja con vida á los dos, ó si no de terminamos dejar el mundo enteramente, ni la vejez anticipada nos quita del oficio.

México, Julio de 1850.



FIN DE LA GUERRA DE 30 AÑOS.

PQ7297

FHRC

.076

G8

v.2

156186

AUTOR

OROZCO, Fernando

TITULO

La guerra de 30 años

FECHA DE

VENA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

